



*Un* **JEFE  
EXIGENTE**

LESLIE NORTH

## **MULTIMILLONARIOS AL MANDO**

*Un jefe insoportable*

*Un jefe exigente*

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos aquí descritos son producto de la imaginación y se usan de forma ficcional. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

RELAY PUBLISHING EDITION, FEBRERO 2024  
Copyright © 2024 Relay Publishing Ltd.

Todos los derechos reservados. Publicado en el Reino Unido por Relay Publishing. Queda prohibida la reproducción o utilización de este libro y de cualquiera de sus partes sin previa autorización escrita por parte de la editorial, excepto en el caso de citas breves dentro de una reseña literaria.

Leslie North es un seudónimo creado por Relay Publishing para proyectos de novelas románticas escritas en colaboración por varios autores. Relay Publishing trabaja con equipos increíbles de escritores y editores para crear las mejores historias para sus lectores.

*Traducción de:* María Elena Gil Alegría

[www.relaypub.com](http://www.relaypub.com)



*Un* **JEFE**  
**EXIGENTE**  
LESLIE NORTH

## SINOPSIS

Cuando conocí a Noah Parker, lo primero que me preguntó fue si era una prostituta.

Por lo visto, si eres un agente deportivo multimillonario, encontrarte a chicas medio desnudas en tu habitación de hotel se convierte en un problema... ¿habitual?

De todos modos, eso no me impidió tirarle a la cabeza uno de mis tacones de aguja, pero no le pasó nada. Tiene buenos reflejos.

Aun así, se metió en mi habitación alegando que era la suya, y sin ninguna intención de marcharse. Pero como yo tampoco tenía intención de irme, acabé compartiendo la cama con el señor exigente.

Todo fue bastante casto y no ocurrió nada, aunque es posible que se me ocurrieran algunas ideas... subidas de tono, y tuviera unos sueños *muy* agradables.

Lo admito, estaba muy bueno. Era un capullo que estaba buenísimo, como un tren.

Pero seguía siendo un capullo, como quedó demostrado cuando despidió a su asistente personal delante de mí, y luego me preguntó si quería el trabajo.

Solo un imbécil de campeonato, alguien que piensa que el mundo gira a su alrededor, podría ser tan arrogante.

Pero, claro, también ofreció pagarme el triple de lo que estaba cobrando por mi trabajo en el periódico.

Me daría acceso a auténticas superestrellas del deporte, y él sería el protagonista de mis fantasías más secretas.

Y eso es un problema, porque no puedo enamorarme del exigente de mi jefe. Dicen que siempre consigue lo que quiere. Pero yo voy a ser la excepción.

## LISTA DE ENVÍO

Gracias por leer “Un jefe exigente”  
(*Multimillonarios al mando Libro 2*)

*Suscríbete a mi boletín informativo para enterarte de los nuevos lanzamientos.*  
[www.leslienorthbooks.com/espanola](http://www.leslienorthbooks.com/espanola)

## ÍNDICE

1. [Noah](#)
2. [Maddy](#)
3. [Noah](#)
4. [Maddy](#)
5. [Noah](#)
6. [Maddy](#)
7. [Noah](#)
8. [Maddy](#)
9. [Maddy](#)
10. [Noah](#)
11. [Maddy](#)
12. [Noah](#)
13. [Maddy](#)
14. [Maddy](#)
15. [Noah](#)
16. [Maddy](#)
17. [Noah](#)
18. [Maddy](#)
19. [Noah](#)
20. [Maddy](#)
21. [Noah](#)
22. [Maddy](#)
23. [Noah](#)
24. [Maddy](#)
25. [Noah](#)
26. [Maddy](#)
27. [Noah](#)
28. [Maddy](#)
29. [Noah](#)
30. [Noah](#)
31. [Maddy](#)
32. [Maddy](#)
33. [Noah](#)
34. [Maddy](#)
35. [Noah](#)
36. [Noah](#)
37. [Maddy](#)
38. [Maddy](#)
39. [Noah](#)

[Fin de Un jefe exigente](#)

[¡Gracias!](#)

[Cómo alegrarle el día a una autora](#)

[Acerca de Leslie](#)

## Otros títulos de Leslie



## NOAH

—Y tú, ¿qué? Un chico agradable como tú debe tener a alguien especial esperándole en casa —me preguntó con curiosidad la invitada sentada a mi lado.

Había acabado en la mesa de solteros de la boda de mi mejor amigo, James. El grupo había resultado bastante agradable hasta que se nos unió la abuela de alguien y empezó a preguntarnos a todos por nuestras vidas amorosas.

Que Dios nos libre de las casamenteras.

—No, yo estoy casado con mi trabajo —contesté con una tensa sonrisa.

No era una exageración. Acababa de volver de un viaje relámpago de cinco días para buscar talentos, en el que había tenido una reunión tras otra en seis estados distintos, y después había venido directo a la boda. Aunque esa era la vida que había elegido, de vez en cuando me resultaba agotadora.

—¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y cinco? Creo que ya va siendo hora de que sientes la cabeza —insistió la mujer, interrumpiendo mis pensamientos.

—Cuarenta y tres —contesté apretando los dientes—. ¿Por qué no va a hablar con Joe, ese que está ahí? He oído el rumor de que no cree en el matrimonio. Debería ir a salvarle de sí mismo.

Observé con gran satisfacción cómo la casamentera salía disparada hacia Joe y luché por contener un bostezo. No es que nunca pensara en casarme, pero aún no había conocido a una mujer que me hiciera pensar que sentar la cabeza y conformarse eran cosas distintas. Me gustaba mi vida tal y como era. Por ejemplo, me encantaba tener la libertad de levantarme de la mesa en ese momento, intercambiar un gesto rápido con el novio y escaparme de la celebración de la boda. Me alegraba mucho por James, pero sabía que lo de vivir felices para siempre no era para mí. Sí, él había encontrado un final feliz con su preciosa mujer, Kaitlyn, pero ellos eran la excepción a la regla.

Me subí al coche que me estaba esperando e indiqué al conductor que me llevara al pequeño hotel en el que íbamos a dormir la mayoría de los invitados de la boda. Zoe, mi asistente, se había encargado de hacer la reserva y avisar que llegaría tarde. Me estiré en el asiento de atrás, soñando con darme la ducha más caliente de la historia y conseguir por fin dormir un poco. Solo Dios sabía lo mucho que lo necesitaba.

Afortunadamente, el registro en el hotel fue muy rápido y pude dirigirme enseguida a la habitación. Con un bostezo, abrí la puerta y entré con los ojos ya medio cerrados, pensando que quizá sería mejor dormir primero y ducharme después...

Al entrar, me detuve en seco y me desperté del todo: había una mujer medio desnuda en mi habitación.

Estaba de espaldas a mí, bajándose la cremallera del vestido o, más bien, *intentando* bajarla. Parecía estar luchando a brazo partido contra la cremallera y la parte superior del vestido había quedado enrollada alrededor de su cintura. Su espalda, que había quedado al aire, dejaba ver que no llevaba sujetador.

La miré fascinado durante unos segundos: era una mujer impresionante. A pesar de lo cansado y malhumorado que me sentía, podía apreciar el hecho de que hubiera una hermosa mujer medio desnuda contoneándose tan cerca de mí.

La parte de mi cerebro que aún seguía funcionando pensó que esto se debería a otro de los errores de Zoe. Solo en este último viaje se las había apañado para confundir los dos estados llamados Dakota al planear mi itinerario, no había conseguido alquilar un coche en Iowa, y había cambiado los nombres de las esposas de dos entrenadores en todas las notas que me había preparado. Pero esto... esto ya era el colmo.

Me aclaré la garganta para llamar la atención de la mujer, pero no me oyó, así que lo volví a intentar.

—Disculpe, señorita...

El grito que salió de su garganta me hizo retroceder de un salto. Ella se precipitó a coger la colcha de la cama y taparse el pecho con ella, antes de darse la vuelta para enfrentarse a mí.

—¿Quién diablos es usted y qué está haciendo aquí? —exigió.

En efecto, se trataba de una mujer espectacular y estaba furiosa a más no poder.

—¡Venga! ¿Qué está haciendo en mi habitación? —dijo a la vez que rebuscaba en el escritorio que tenía detrás, quizá tratando de encontrar algo con lo que amenazarme—. No tiene pinta de trabajar en el hotel.

—Eso es porque no trabajo aquí.

Ella cogió el mando de la televisión y lo apuntó hacia mí, de una manera que me imaginé que le parecería amenazadora. Alcé las cejas.

—¿Me va a quitar el sonido con eso?

—¡Salga de mi habitación!

—¿Disculpe? Esta es *mi* habitación— dije, enseñándole la tarjeta—, por si el hecho de que mi tarjeta haya abierto la puerta no lo ha dejado claro.

—Pues si es su habitación, entonces, ¿cómo diablos cree que he entrado yo aquí? —preguntó ella.

Me encogí de hombros, agotado y muy irritado.

—Mire, le pedí a mi asistente que se asegurase de que todo estaba preparado para pasar una noche agradable. Ella debió entender que deseaba... tener compañía.

A ella le costó un momento entender el insulto y cuando comprendió su significado, me lanzó el mando de la televisión. Me agaché para esquivar el proyectil.

—¡No soy una prostituta!

—De acuerdo, eso no ha tenido gracia, pero tiene que salir de mi habitación...

—¡Soy una dama de honor!

Como para demostrar lo que estaba diciendo, me lanzó un brillante zapato de tacón que pasó rozándome la cabeza. Pensé en ponerme a cubierto detrás de una silla, pero su mala puntería lo hacía innecesario. Un momento después, caí en la cuenta de lo que acababa de decir. Bajé la vista al vestido amarillo pálido que aún le colgaba de la cintura y luego volví a mirar su bonita y sonrojada cara.

—¿Conoces a Kaitlyn?

—Por supuesto que conozco a Kaitlyn, es una de mis mejores amigas —dijo señalando el vestido—. Soy una de las damas de honor. ¿Y tú, de qué conoces a Kaitlyn?

—Se acaba de casar con mi mejor amigo —dije—. Soy Noah. Noah Parker.

Ella entrecerró los ojos.

—Un momento, yo te conozco —dijo, colocándose las manos en las caderas. El gesto hizo que la colcha con la que se cubría se empezara a deslizar hacia abajo por su pecho de forma alarmante—. Eres el capullo que no quiso dejar el trabajo el tiempo suficiente para asistir a la boda de su mejor amigo.

—Ajá —contesté—. Ese soy yo.

Justo en ese momento, la colcha perdió la batalla contra la gravedad y cayó al suelo.



## MADDY

Intenté sujetar la colcha antes de que cayera, pero se me escurrió entre los dedos. Tiré hacia arriba del cuerpo del vestido lo más rápido que pude y lo apreté contra mi pecho como una armadura.

Analizando la situación, lo bueno era que este hombre tan irritante y atractivo que estaba en mi habitación probablemente no era un asesino en serie. Yo aún no conocía a James demasiado bien, pero estaba casi segura de que su mejor amigo no se dedicaría a asesinar gente. No, solo era un invitado capullo del montón y, al parecer, pertenecía a esa clase de hombre que cree que mostrarse cínico en las bodas le hace parecer muy interesante y especial. También era probable que se hubiera pasado todo el tiempo en un rincón, diciendo cosas profundas y melancólicas como «el amor es la excepción y no la regla», y «estoy casado con mi trabajo», solo para luego revelar que tenía un trabajo aburridísimo, como vendedor de seguros o cartero.

En cualquier caso, fuera o no un asesino en serie, no me hacía ninguna gracia que estuviera en mi habitación. Cogí el otro zapato y lo alcé con gesto amenazante.

—¿Por qué me estabas mirando mientras me desnudaba?

—En realidad estaba mirando que no eras capaz de desnudarte.

Al oír eso, le tiré el zapato, pero Noah atravesó la habitación en dos zancadas y me sujetó la muñeca antes de que pudiera coger otra cosa que tirarle a la cabeza.

—Ya está bien —dijo con tono autoritario.

Eso debería haberme resultado alarmante o, al menos, insultante, pero lo cierto es que me excitó un poco. Tenía pinta de ser un hombre muy *fuerte*.

—Está claro que ha habido algún error con las reservas —continuó con la misma arrogancia y actitud dominante—. Tendremos que bajar los dos a recepción para que te puedan asignar otra habitación.

Dando un tirón, conseguí que me soltara la muñeca, muy molesta por lo que había asumido.

—¿Por qué yo? Ya he sacado todas mis cosas de la maleta, y tú solo tienes una bolsa. Eres *tú* el que debe irse a otra habitación.

Él apretó la mandíbula.

—No vamos a conseguir nada mientras estés a medio vestir. Termina de cambiarte y reúnete conmigo en el pasillo. Salvo que necesites ayuda, claro... —dijo, señalando el vestido con un gesto.

—Se me ha roto la cremallera —resoplé.

—¿Quieres... que te lo quite yo? —ofreció él.

—¡*Por supuesto* que no!

Él se encogió de hombros y se dio la vuelta para marcharse.

—Bien. Te espero fuera.

Cuando la puerta se cerró tras él, atravesé la habitación y eché el pestillo. Por un momento pensé dejar la puerta cerrada y continuar con mis preparativos para la noche. Durante todo el viaje de vuelta al hotel había estado soñando con un baño caliente y un buen sueño en esa cama enorme y fantástica, que parecía tan mullida como una nube. Pero no era justo dejar en el pasillo a Noah, por muy grosero que hubiera sido conmigo.

Con una maldición, conseguí librarme por fin del vestido, e hice una mueca al oír cómo se rasgaba. La noche estaba yendo cada vez peor. ¿Por qué tenía la sensación de que el maldito Noah iba a encontrar la forma de echarme de mi habitación? Solo en este breve rato ya me había dado cuenta de que era la clase de persona que siempre conseguía lo que quería. Me dio la sensación de que solo necesitaba chasquear los dedos para obtener lo que quisiera.

Pero claro, teniendo *ese* aspecto, era probable que las cosas fueran sencillas para él. Incluso estando tan enfadada y medio desnuda, me había fijado en que era alto, moreno y atractivo, y llevaba un traje que debía costar lo mismo que mi alquiler de un año.

Me puse una camisa arrugada, unas mallas negras y unas chanclas y me eché un vistazo en el espejo. Todavía llevaba el pelo recogido en el ridículo moño que me había hecho para la boda, y mucho más maquillaje del que me solía poner. Parecía una reina de la belleza venida a menos, pero bueno, estaba segura de que la persona que hubiera en la recepción habría visto cosas peores.

Cogí la tarjeta para demostrar que esta era mi maldita habitación y salí al pasillo, esperando encontrar a Noah maquinando la forma de arrebátarmela. Sin embargo, lo encontré apoyado en la pared justo enfrente de la puerta, con los ojos cerrados. Parecía haberse quedado dormido de pie. Por primera vez me fijé en que, a pesar de lo guapo que era, tenía sombras oscuras bajo los ojos y la barba le empezaba a crecer en las mejillas, como si esa mañana hubiera tenido demasiada prisa para afeitarse.

—¿Listo? —le pregunté.

Se despertó de golpe y frunció el ceño inmediatamente, como si no quisiera que nadie le viera en una actitud que no fuera severa y malhumorada. Empezó a andar hacia el ascensor tan rápido que tuve que correr para alcanzarle.

—Una noche larga, ¿eh? —dije con sarcasmo.

—Un año largo —me contestó con un gruñido.

Sentí una punzada de simpatía, pero me deshice de ella enseguida. Yo también había tenido un año muy largo. Había aceptado un trabajo de pacotilla como asistente en un periódico pequeño, porque el jefe me había prometido durante la entrevista que, con el tiempo, me permitiría escribir artículos. Pero lo de «con el tiempo» se había ido alargando cada vez más y no me había permitido enviarle una idea para una historia hasta esta última semana. Sí, todos teníamos problemas, pero *a mí*, los problemas no me llevaban a acusar a nadie de ser una prostituta.

Nos detuvimos delante del ascensor. Pulsé el botón e intenté evitar la fuerza de atracción que emitía el hombre junto a mí.

—No me he quedado con tu nombre —dijo él, rompiendo el silencio y extendiendo la mano hacia mí. Me quedé mirándola un momento.

—Soy Maddy Malone.

Acabé por extender también la mano para estrechar la suya y le lancé una mirada rápida, intentando comprender mejor a quién me enfrentaba. De acuerdo, sí, era guapo. *Muy* guapo, en plan príncipe cruel, pero apasionado y de facciones perfectas. Observé que en sus sienes ya habían aparecido algunas canas y tenía ligeras arrugas de expresión alrededor de los ojos, aunque no parecía que se debieran a que se riera mucho. No se me daba muy bien adivinar la edad de la gente, pero calculé que tendría al menos diez años más que yo. Seguro que me había tomado por una niñata a la que podía dar órdenes, pero se iba a llevar una buena sorpresa. Becket, un novio que tuve, había agotado toda la paciencia que me pudiera quedar para aguantar capullos arrogantes. Ahora mi actitud era más bien la de «métese conmigo y verás lo que pasa», o al menos, eso era lo que intentaba aparentar. A veces necesitaba poner a Beyoncé para que me subiera el ánimo antes de enfrentarme con alguien.

Noah y yo no pronunciamos palabra mientras bajaba el ascensor. En cuanto la puerta se abrió, ambos nos dirigimos con paso decidido al mostrador de recepción. ¿Me lo estaba imaginando, o estaba intentando llegar antes que yo?

Apreté el paso. Él me lanzó una mirada incrédula y aceleró un poco más. Para cuando llegamos al mostrador —yo con una ligera ventaja— parecíamos un par de trastornados.

—Buenas noches —nos saludó el hombre que estaba tras el mostrador—. ¿En qué puedo ayudarles?

Me apresuré a hablar antes de que lo hiciera Noah.

—Estoy en la habitación 302 y parece que a este señor le han asignado la misma habitación por error. Necesitamos que le cambien a otra.

Noah apretó los dientes a mi lado, probablemente irritado porque había contado mi versión de la historia antes que él.

—Entiendo, déjenme comprobarlo —dijo el recepcionista a la vez que comenzaba a teclear en su ordenador.

—Los dos estamos en el grupo de la boda Morris y Thorn —añadió Noah—. Mi asistente hizo la reserva hace *meses*.

Me acerqué un poco más al mostrador.

—Y yo soy parte del grupo de la *novia*. Ella misma hizo mi reserva, fue el año pasado, o así.

«¡Ja! Chúpate esa, Parker» pensé, levantando la barbilla con gesto triunfante.

La comisura de los labios de Noah se elevó un poco, como si fuera a sonreír, pero el gesto se desvaneció enseguida y volvió a mirar con actitud amenazadora al empleado de recepción, que seguía tecleando en el ordenador como si estuviera escribiendo una novela. Cuando por fin nos miró, lo hizo con una tensa sonrisa de atención al cliente que me puso de los nervios.

—Parece que ha habido una confusión con sus habitaciones y ambos tienen reservada la 302.

—Sí, eso es lo que ella acaba de explicarle. —Noah no pudo ocultar su impaciencia—. ¿Cómo lo va a resolver?

La sonrisa de atención al cliente del recepcionista se volvió aún más tensa.

—Lo lamento, pero el hotel está completo. No puedo ofrecerles ninguna habitación adicional.

Noah y yo miramos al hombre con horror.

—¿No tiene una suite VIP? ¿O una suite presidencial? —exigió Noah—. No importa lo que cueste.

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco. Vaya, era uno de *esos* tíos.

—En la suite presidencial están los novios —dijo el recepcionista.

Noah tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—¿Hay algún otro hotel por aquí? —pregunté.

—Por desgracia, no hay ningún otro por aquí cerca, pero podría hacer algunas llamadas y preguntar. Es posible que haya alguna opción algo más lejos, pero tendrán que decidir quién de ustedes se marcha.

El recepcionista contuvo la respiración mientras aguardaba nuestra decisión. Intenté contener la risa al imaginar a Noah, con su traje hecho a medida y su carísima bolsa, alojándose en un motel hortera, de los que tienen camas vibratorias que funcionan con monedas y están llenos de universitarios borrachos de vacaciones. Pero me serené enseguida: no sería *yo* quien volviera a hacer la maleta a esas horas.

Lancé una mirada a Noah y me di cuenta de que estaba a punto de estallar, furioso a más no poder. Esperé a que desatara su ira sobre el empleado de recepción; desde luego, eso es lo que habría hecho mi ex. Sin embargo, Noah se limitó a cerrar los ojos, apretarse el puente de la nariz y lanzar un profundo suspiro.

Vaya, era un hombre muy antipático, pero no era de los que se desahogan con alguien en una posición inferior a la suya. Además, era amigo de James. Decidí echarle una mano.

—¿No tendría una cama supletoria? —pregunté al recepcionista.

—Sí, nos debe quedar alguna.

—Podemos compartir la habitación —dije volviéndome hacia Noah—, si duermes en la cama

supletoria. Solo es una noche, por mí no hay problema.

Me miró sorprendido. Luego frunció los labios.

—Mil dólares si me dejas la cama.

—A ver. Voy a permitir que un hombre al que no conozco de *nada* comparta mi habitación después de llamarme prostituta —dije, abriendo los brazos con irritación—. ¿Te das cuenta de la suerte que tienes de que te haya ofrecido la cama supletoria?

Al oír eso, el empleado del hotel dio un respingo y Noah apretó mucho los labios para, a continuación, meter la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacar una delgada cartera.

—Pónganos la cama supletoria. Por favor, quite la tarjeta de crédito de la señorita Malone de la habitación y cóbremela a mí —indicó al empleado, lanzando sobre el mostrador una tarjeta de crédito negra que cayó con un golpe seco.

—No tienes por qué hacer eso...

—No es nada —dijo, ignorándose con un gesto de la mano.

—Les agradezco mucho su comprensión —dijo aliviado el recepcionista—. Yo, eh, les enviaré la cama supletoria enseguida. Estoy seguro de que tenemos una, o eso creo —añadió, para luego desaparecer apresuradamente por una puerta trasera.

Intercambié una mirada desconcertada con Noah, que se masajeaba la parte posterior del cuello.

—Te pido disculpas por el comentario de la prostituta —dijo.

—Vamos a dejarlo y subamos.

Me di la vuelta y me dirigí al ascensor. Noah me alcanzó de una sola zancada.

—Si sirve de algo, te he tomado por una prostituta muy cara y con mucha clase. Una de esas que tienen pinta de contable o bibliotecaria, y luego: ¡sorpresa!

—Por lo que más quieras, cállate de una vez —supliqué—, o te cobraré los mil dólares por dormir en la cama supletoria.

Eso le hizo soltar una breve risa sorprendida, pero la contuvo enseguida y ambos entramos en el ascensor.

—Gracias por encontrar una solución —dijo Noah, con una voz que sonó más apagada y profunda en el reducido espacio—. Aprecio mucho lo que has hecho.

Yo me pegué un poco más a la pared del ascensor, deseando no ser tan consciente de su cuerpo, su presencia, y esa forma en la que, sencillamente, se *adueñaba* del espacio.

—Esa es mi especialidad, en cierto modo —dije apretando el botón de nuestra planta—. Resuelvo problemas. Por ejemplo, a una de las otras damas de honor se le ha roto el tirante del vestido cuando estábamos a punto de entrar en la iglesia. ¿Adivinas quién tenía un imperdible sujeto en la falda para una emergencia?

Noah me miró como sopesándose.

—Mmm. ¿También te ganas la vida solucionando problemas?

—No, soy periodista —contesté—. Bueno, lo seré pronto. He propuesto una historia y estoy segura de que mi jefe la va a aprobar el lunes.

La expresión de su cara era indescifrable.

—Espero que te vaya bien con eso.

Un momento, ¿eso había sido un comentario agradable de verdad? ¿O era algún tipo de insulto velado? Daba igual, no me importaba lo que pensara. Me acerqué más al espejo para limpiar un poco de máscara de pestañas que se me había corrido debajo del ojo y, al acabar, vi que Noah me estaba mirando. Fui yo quien apartó primero la mirada.

—Bueno, espero que no ronques, ni nada de eso —dije con brusquedad—. Tengo el sueño ligero. Ah, y leo un poco antes de dormir, pero uso una lucecita para el libro y espero que no te moleste. Podemos poner la cama supletoria cerca de la puerta para que no la veas. Suelo levantarme en mitad de la noche, así que nos tenemos que asegurar de que la cama no bloquee la puerta del baño.

Al pensar en ese problema, fruncí el ceño tratando de visualizar dónde podríamos poner la cama supletoria, y me di cuenta de que Noah me observaba divertido en el espejo.

—Hablas mucho —dijo—. Me sorprende que consigas dormir.

Noté que mis mejillas enrojecían al ser puesta en evidencia.

—Kaitlyn dice que hablo por los codos.

—Eso no será un problema, siempre que no hables en sueños —contestó con una sacudida de la cabeza.

—¡Aún no he recibido ninguna queja! —protesté, pero un instante después, hice una mueca al comprender lo que implicaban mis palabras.

Cuando le miré a través del espejo pude ver que, esta vez, el cascarrabias estaba sonriendo de verdad.



## NOAH

La cama supletoria no llegó nunca.

Maddy colgó el teléfono de la habitación y me miró.

—Parece ser que el empleado de recepción se ha equivocado. Le dieron la última cama supletoria a otra invitada de la boda, una tal señora Rose.

—¿De qué me suena ese nombre? —dije enarcando las cejas.

—Era esa mujer que iba por ahí diciéndoles a los solteros que deberían casarse —explicó Maddy—. A lo mejor podríamos localizarla y explicarle que necesitamos esa cama más que ella.

Eso me causó un escalofrío.

—No, ni hablar.

Maddy y yo miramos la cama. Era imposible que Maddy se sintiera a gusto compartiéndola conmigo. Intenté pensar en otra solución, pero... joder, qué cansado estaba.

—Ay, deja de mirar la cama con cara de bulldog entristecido —dijo.

—No tengo cara de bulldog —gruñí.

Ella se inclinó sobre la cama y amontonó la colcha en el medio, para formar una barrera de dos centímetros de alto que dividía la cama en dos mitades. Yo intenté no mirarle el culo mientras se ocupaba de ello.

—Listo —dijo Maddy enderezándose—. Tú te quedas en esa parte. Pero como invadas mi lado en mitad de la noche, te juro que te clavo un tacón. —Al decir eso, dejó caer un zapato sobre la mesilla con un fuerte golpe.

—Entendido.

Empecé a desabrocharme la camisa y ella se quedó mirándome el pecho con la boca abierta.

—¿Qué? Solo voy a ponerme el pijama.

Ella dejó escapar un pequeño chillido y desapareció en el baño.

Quince minutos más tarde estábamos acostados, cada uno en nuestro lado de la cama. La luz

estaba apagada, pero yo estaba completamente despejado, y estaba seguro de que ella también. Notaba cada una de sus respiraciones, el susurro de las sábanas cuando se movía, el aroma de su piel, tan cerca de mí que casi podía saborearlo.

Diablos, iba a ser imposible pegar ojo.



Me desperté con la mano de Maddy sobre mi corazón, su pelo en mi cara y su cuerpo acurrucado junto al mío. Me encontraba mucho más relajado que en las últimas semanas y, aunque sabía que debía apartarme de ella enseguida, no lo hice, sino que me puse a observarla. Así, de cerca, resultaba mucho más que atractiva: era perfecta. Piel suave, largas pestañas y unos bonitos labios que, sin duda, serían capaces de hacer cosas increíbles, al menos cuando no estaban ocupados metiéndose conmigo.

Recordé cómo la había encontrado: medio desnuda, sonrojada y lanzándome un zapato, y noté que la sábana se empezaba a elevar sobre mis caderas. Mierda, ¿cuántos años podía tener? ¿Veinte? Pensarlo me hizo sentir como un viejo verde, así que salí de debajo de la preciosa mujer acostada junto a mí, con la intención de darme una ducha y dejar la habitación antes de que se levantara. En ese momento, empezó a sonar mi teléfono y lo cogí rápidamente, seguro de que sería uno de los deportistas a los que representaba. Sin embargo, era Zoe.

El estómago me dio un vuelco. Zoe jamás había contestado a un solo mensaje de trabajo antes de las nueve y cinco de la mañana, y el reloj marcaba las ocho menos cuarto.

—¿Qué ocurre, Zoe? —pregunté sin preámbulos.

—Hola... esto... tengo que decirte una cosa —empezó ella—. ¿Sabes el vuelo que tienes hoy a Dakota del Norte? Conseguí un avión privado, como me pediste, pero resulta que se me olvidó darles tu tarjeta de crédito. Y me llamaron para pedirla justo cuando estaba en mitad de una negociación para asociarme con una empresa y promocionar sus productos para blanquear los dientes.

Uf, los planes de Zoe para convertirse en *influencer* me irritaban cada vez más. Tardé un segundo en comprender las implicaciones de lo que me estaba contando.

—Zoe —le interrumpí en tono de advertencia—, ¿tengo un avión para ir a Dakota del Norte o no?

—No —admitió Zoe de mala gana—. ¡Pero no he podido hacer nada! Les he llamado un millón de veces, pero habían reservado el avión para otra persona.

Me levanté de la cama y empecé a caminar por la habitación.

—No puedes decirme eso ahora, Zoe —dije en voz más alta, lo que hizo que Maddy se revoliera en la cama.

—Solo me retrasé ocho días en hacer el pago —admitió con un murmullo.

—¿Cómo?

Maddy soltó un gemido y se cubrió la cabeza con las sábanas. Yo me tragué la irritación y me centré en el problema más inmediato.

—¿Has buscado un vuelo regular? Habrá que pagar más por volar el mismo día, pero no me has dejado alternativa.

—Si puedes pagar un avión privado, puedes pagar el coste de volar el mismo día —señaló Zoe.

—*Este no es el momento, Zoe* —le espeté. Tras respirar hondo para calmarme, añadí—: ¿Estás en la oficina? Necesito que mires en el primer cajón del archivo que hay junto a tu mesa. Mi secretaria anterior dejó allí un documento con los teléfonos de nuestros contactos en las principales compañías aéreas...

—Es que no estoy en la oficina, y esta mañana no puedo ir. Estoy en una sesión de fotos que me ha surgido en el último minuto. Es para un producto increíble que les va a encantar a mis seguidores.

—¡Ve ahora mismo a la maldita oficina! —grité, sin poder contener la irritación ni un minuto más—. Esta reunión es esencial para mí, ¡la organizamos hace meses!

—No —contestó ella.

Esa fue la última gota.

—Entonces, se acabó —decidí en ese momento—. Estás despedida, Zoe. Quedas liberada de todas tus responsabilidades en Parker Sports Management con efecto inmediato. En breve recibirás tu carta de despido.

Corté la llamada con esas palabras y, al tirar el teléfono sobre la cama, estuve a punto de golpear a Maddy en los pies. Ella se sentó y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Acabas de despedir a alguien por no querer ir a trabajar un domingo antes de las ocho de la mañana?

Dejé de caminar por la habitación y me volví a mirarla.

—Para que lo sepas, la he despedido porque lleva meses cometiendo errores que me están costando mucho dinero, y esta vez ha ido demasiado lejos. No me ha conseguido el vuelo que tenía que coger hoy, que *creía* que estaba reservado desde hace semanas. Si no puedo llegar a Dakota del Norte esta noche, perderé a un jugador al que he estado persiguiendo durante meses.

—¿Jugador? —preguntó ella con el ceño fruncido—. ¿Qué eres, un entrenador?

Me pasé la mano por el pelo, buscando la manera de arreglar todo esto.

—Tengo una agencia de representación de deportistas y llevo un montón de tiempo tratando de conseguir a este posible cliente, un jugador de fútbol americano de Fargo, un novato increíble. He organizado una cena allí esta noche para cerrar el trato, pero ahora no tengo forma de llegar... Da igual, no lo entenderías.

Ella me miró con cara de pocos amigos.

—Oh, claro que lo entiendo. Entiendo que, en lugar de tener una mañana tranquila y relajada,

voy a tener que aguantarte pataleando, gruñendo y despidiendo gente hasta que consigas lo que quieres, o tires la toalla.

—Yo... ¿qué estás haciendo?

Maddy había sacado un ordenador portátil de una bolsa y estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, tecleando.

—Conseguirte un vuelo a Dakota del Norte, para que dejes de lloriquear y yo pueda disfrutar de lo que queda del fin de semana.

—No estaba *lloriqueando* —refunfuñé.

Ella me lanzó una mirada cargada de sentido.

—Estaba considerando estrategias... en tono irritado.

Ella puso los ojos en blanco y volvió a mirar la pantalla.

—Vale, voy a asegurarme de que entiendo lo que hay que hacer. Necesitas un billete a Fargo y tienes que estar allí con tiempo suficiente para llegar al lugar donde tienes la reunión... ¿y dónde dices que es?

—Un restaurante llamado Callaghan's, en la quinta. Tenemos una reserva a las siete en punto. O, al menos, *deberíamos* tenerla.

—Callaghan's a las siete —dijo ella asintiendo—. ¿Quieres alquilar un coche, o prefieres un coche con conductor?

—Pensaba que solo ibas a buscar el billete de avión —le dije.

Ella se encogió de hombros y frunció un poco el ceño al leer algo en la pantalla.

—Si voy a resolverte el problema, no lo voy a dejar a medias.

Me quedé mirando a Maddy fijamente. Se estaba esforzando más en resolver un problema que no tenía nada que ver con ella, de lo que Zoe se había esforzado jamás, y lo hacía solo para poder disfrutar de un poco de tranquilidad, o eso había dicho. Aunque, a pesar de su explicación, tuve la sensación de que habría intentado arreglar este lío en cualquier caso. Según lo que me había dicho la noche anterior en el ascensor, era la clase de persona que tomaba la iniciativa cuando algo no iba bien, incluso aunque el problema lo tuviera el tipo antipático que había intentado echarla de su habitación del hotel.

—*Noah* —repitió Maddie exasperada—. ¿Quieres alquilar un coche, o quieres uno con conductor?

—Lo que sea, da igual.

—Vale. ¿Y el precio no es un problema?

Maddy salió de la cama y cogió su teléfono. Intenté no fijarme en que la fina camiseta blanca que llevaba le dejaba un hombro al aire, y en que los pantalones de su pijama eran muy, muy cortos.

—Tú solo consigue que llegue hasta allí.

—Y no te vas a poner en plan pijo, ¿verdad? Si hace falta, ¿volarás en turista? —me preguntó con una mirada escéptica.

—Estoy dispuesto a ir en moto, con tal de llegar a tiempo —contesté.

Con eso me gané una sonrisa torcida. Dios, qué bonita era su sonrisa.

—Dame tu tarjeta de crédito —dijo Maddie, extendiendo la mano.

Yo negué con la cabeza.

—No vas a conseguir nada. La única razón por la que necesitaba un avión privado es que Dakota del Norte no es precisamente un importante centro de comunicaciones.

—Dame una hora, tu tarjeta de crédito y una taza de café.

Parecía estar muy decidida y, diablos, tampoco es que tuviera una alternativa mejor. Empecé a sacar la tarjeta de crédito, pero me detuve.

—Si consigues llevarme a Dakota del Norte, quiero que reserves dos asientos, no uno. ¿De acuerdo?

—¡Ja! Sabía que no te conformarías con un asiento en clase turista.

Eso no era lo que tenía en mente, pero no había tiempo para explicaciones. Era mejor esperar a ver qué podía lograr. Le di la tarjeta de crédito y ella volvió a centrarse en buscar vuelos en Google mientras yo me vestía para salir a buscar algo de café para los dos.



Veinticinco minutos más tarde estaba de vuelta en la habitación con el café. Maddy levantó la vista del ordenador con expresión solemne. Mierda, parecía que ni siquiera Maddy, la Arreglatodo, iba a poder resolver este problema.

Ella me devolvió la tarjeta de crédito en silencio.

—¿No ha habido suerte? —pregunté, más decepcionado de lo que pensaba.

—Suerte no, ni pizca —dijo muy seria—, pero sí muchísima habilidad. El avión sale a las dos.

—¿Estás de broma? —sonreí—. Dios, eres insoportable. Debería dejarte sin café solo por eso.

—No te atreverás —dijo, quitándose el vaso y bebiendo un largo y agradecido trago—. Si te estás preguntando cómo he conseguido obrar este milagro, resulta que hay más de una compañía de alquiler de aviones privados. Te lo digo para que le pases la información a tu próxima asistente.

—Hablando de eso —empecé, al tiempo que me sentaba en una silla frente a la cama y la miraba con atención—. Deberías dejar tu trabajo y venir a trabajar para mí.

—¡¿Qué?! —rio Maddy—. No seas ridículo, nos mataríamos. Bueno, yo te mataría a ti, y luego iría a la cárcel porque tu cadáver sería demasiado grande y pesado para esconderlo yo sola.

La miré con el ceño fruncido. Qué desagradecida... Había gente que *suplicaba* trabajar para mí. Hasta la propia Zoe me había enviado una cesta de frutas como agradecimiento después de su entrevista de trabajo. Aunque, claro, lo último que quería era una nueva Zoe.

—Bueno, al menos déjame invitarte a desayunar para darte las gracias por sacarme de este apuro —ofrecí.

Me dirigí hacia el teléfono para llamar al servicio de habitaciones. Una buena comida solía ablandar a la gente; además, Maddy no había dicho que no, solo había dicho que a lo mejor me asesinaba. Podía asumir ese riesgo.

Una hora más tarde, habíamos dado buena cuenta del desayuno y Maddy se estaba terminando uno de los últimos trozos de beicon de su plato. Yo trataba de decidir cómo volver a plantear la oferta de trabajo cuando Maddy comenzó a hablar.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Por qué es esta reunión tan importante para ti? ¿Qué te gusta de este jugador en concreto?

La mire con atención. Era una pregunta poco habitual, sobre todo viniendo de alguien que no trabajaba en el sector.

—Puede ofrecer mucho más de lo que se aprecia en el campo. Tiene talento, por supuesto, pero es un chico humilde. Esa combinación no es fácil de encontrar hoy en día. Ahora los jóvenes tienen unos egos enormes.

Y yo solía ser el que pagaba por ello. Quizá esa era la razón por la que había aguantado a Zoe durante tanto tiempo: estaba tan acostumbrado a gestionar gente difícil con egos enormes que me había adaptado automáticamente cuando ella me empezó a dar problemas.

—¿Puedo tratar de adivinar de quién estás hablando? —preguntó Maddy.

La miré con seriedad. Seguro que no podría.

—Por supuesto, adelante.

Maddy se tragó el resto del beicon y tomó un sorbo de café.

—Si es un jugador de Dakota del Norte, tiene que ser Matthew Garrison, Tyrese Odukoya o Jimmy Hobbs.

Su respuesta me dejó con la boca abierta.

—Es Matthew Garrison. ¿Cómo lo has adivinado?

Seguro que había caído en un cliché al asumir que no tendría ni idea sobre la liga universitaria de fútbol americano, pero no tenía aspecto de ser la típica fanática del deporte. En mi experiencia, hasta los que sí eran fanáticos del deporte sabían mucho menos de lo que creían.

—Lo llevo en la sangre —explicó Maddy—. Mi padre era periodista deportivo: Walter Malone.

Eso lo explicaba todo.

—Ahora lo entiendo. Walter era un periodista increíble. Caray.

Sentía mucho respeto por Walter, un hombre que siempre había incluido en sus artículos los hechos comprobados y una valoración justa. Durante un segundo, me olvidé de convencerla de que trabajara para mí y solo quise conocer su punto de vista.

—Y a ti, ¿qué te gusta de Garrison?

—Lo mismo que acabas de decir tú —contestó animada—. Además de que sus estadísticas son impresionantes, tiene corazón. Ese chico es un héroe popular y eso les encanta a los fans. Y, bueno, ser tan mono tampoco le perjudica —añadió, fingiendo abanicarse con la mano.

—Bueno, a mí esa parte me interesa menos, pero sí, eso ayuda. Las apariencias y las redes sociales son muy relevantes hoy en día.

—No desestimes el poder de las redes —dijo Maddy—. Sí, hay gente que las usa para cosas horribles, pero también pueden ser una buena forma de saber en qué piensa la gente y qué les emociona. Muchos periodistas las usan para sacar ideas para sus historias.

Claro, se refería a su carrera. Era hora de reconducir la conversación a lo importante. Me dirigí a la ventana y abrí las cortinas.

—¿Has dicho que trabajas en un periódico?

—Soy asistente del editor del *Diario del condado de Dade* —dijo—. Ayudo a otros reporteros con sus artículos para ir ganando experiencia. Pero, como te dije, se supone que mi jefe me va a dejar escribir mis propias historias muy pronto.

—También has dicho que te gusta resolver problemas —dije, apoyándome en el escritorio y mirándola con atención—. ¿Te interesaría algo que suponga un auténtico reto?

A pesar de su reticencia, los ojos le destellearon con interés.

—¿Quieres pasar el día ayudando a otros periodistas, por los que está claro que no sientes ningún respeto, y seguir esperando que te permitan escribir algo? ¿O prefieres ayudar a cerrar los contratos sobre los que escriben esos periodistas? —le pregunté—. Puede que no sea exactamente el tipo de trabajo que te habías imaginado, pero creo que el sueldo te gustará.

Ella soltó un resoplido.

—No tienes ni idea de lo que gano.

Hice un gesto para indicarle que la estaba escuchando, y cuando me dijo la cantidad, tuve que contenerme para no soltar una carcajada.

—Te pagaré el triple.

Maddy se quedó helada.

—Estás de broma.

—Primera lección: *jamás* bromeo con el dinero.

Se hizo el silencio en la habitación mientras ella consideraba mi oferta.

—Me voy a dar una ducha. Tienes cuarenta y cinco minutos para decidirte.

—¿Por qué solo cuarenta y cinco minutos? —preguntó.

—Porque cuando digas que sí, vas a necesitar unas horas para prepararte para venir conmigo a Dakota del Norte.



## MADDY

**M**e quedé mirando a Noah mientras entraba en el baño con esa actitud altiva con la que había asumido que aceptaría su oferta. Qué arrogante e irritante era...

Eso sí, me estaba ofreciendo más dinero del que había ganado en la vida y, además, tenía razón: me gustaba resolver problemas, y me encantaba el mundo de los deportes profesionales. No solo me resultaba fascinante en sí mismo, sino que me hacía sentir más cerca de mi padre.

Aun así, yo no era el tipo de persona que asume riesgos sin pensar, y a la vista de cómo había reprendido y, a continuación, despedido a su anterior asistente, trabajar para Noah Parker suponía asumir un riesgo. En un impulso, cogí el teléfono y envié un mensaje a Kaitlyn.

*Hola, ya sé que es el día después de tu boda, pero tengo una pregunta importante y muy urgente. ¿Crees que Noah Parker, el amigo de James, sería un buen jefe?*

El teléfono sonó cinco minutos después.

—James pregunta qué quieres decir con «buen jefe» —preguntó Kaitlyn.

Me levanté y empecé a pasear por la habitación.

—Quiero decir: ¿trata bien a sus empleados? ¿Los respeta? ¿Los despide sin motivo?

Oí que Kaitlyn y James hablaban al otro lado del teléfono.

—James dice que Noah tiene unas expectativas muy altas. Seguro que esperará que estés disponible a todas horas y te hará repetir todo lo que no considere perfecto —explicó Kaitlyn—. Pero también proporciona a sus empleados los recursos que necesitan para progresar y reconoce sus méritos. Tiene bastante carácter, pero solo lo saca cuando alguien se lo merece. Y paga muy bien... ¡James, no me quites el teléfono! —rio Kaitlyn.

La voz del teléfono cambió a una más grave.

—Mira, Noah es la mejor persona que conozco, pero también es un cabrón muy terco. Eres tú quien tiene que decidir si estás dispuesta a aguantarle. Ahora voy a colgar para poder besar a mi mujer.

Colgó la llamada interrumpiendo la risa escandalizada de Kaitlyn. Bueno, al menos ya tenía respuestas para algunas de mis preguntas.

Me mordí el labio mientras consideraba la cuestión. Si era honesta conmigo misma, ya iba siendo hora de dejar el periódico. Había aceptado ese trabajo pensando que quizá podría seguir los pasos de mi padre, pero estaba claro que ese periódico, con su ambiente anticuado de club masculino, no era el sitio adecuado para mí.

*«Pero ¿no sería una estupidez haber invertido todo este tiempo para dimitir justo antes de que te den la oportunidad de escribir algo?»* susurró una vocecita insistente en mi cabeza. Justo entonces, mi teléfono vibró de nuevo, esta vez con un correo electrónico. Era una nota muy breve de mi jefe del periódico.

*Buena propuesta, Maddy. Estoy seguro de que será una buena historia y he decidido ofrecérsela a uno de los periodistas veteranos. Puedes seguir enviando propuestas como esta, los reporteros siempre están buscando ideas nuevas.*

Me quedé mirando el teléfono como si me hubiera dado un puñetazo. Había aceptado mi historia solo para dársela a otra persona y, encima, me había anunciado que iba a seguir haciendo lo mismo. Bien, pues ya podía irse al infierno.

Convertirme en la asistente de un millonario malhumorado no era el trabajo de mis sueños, pero quizá podría trabajar para él durante un año o así y ahorrar lo suficiente para tener un colchón con el que preparar mi próximo gran paso y descubrir mi auténtica vocación.

Oí abrirse la puerta del baño y me volví hacia Noah que, con el pelo mojado y una toalla alrededor de las caderas, no podía estar más sexi. Por un segundo me quedé en blanco. Pestañee y me obligué a alzar la mirada hasta encontrar la de Noah.

—Ya me he decidido —dije, extendiendo la mano hacia él—. Acepto.

Demasiado tarde, caí en la cuenta de que estaba ofreciendo estrechar la mano de un hombre vestido con solo una toalla. En ese momento recordé lo que había soñado la noche anterior: estaba acurrucada contra él y su corazón latía fuerte y seguro bajo mi mano...

Noah me cogió la mano y le dio un firme apretón muy seguro de sí mismo, a pesar de estar medio desnudo.

—Excelente. Maddy Malone, bienvenida a Parker Sports Management. Nos ocuparemos del papeleo de tu contrato cuando volvamos del viaje —dijo, al tiempo que miraba la camiseta y los pantalones cortos que llevaba—. ¿No tendrás por casualidad algo de ropa para ir a trabajar en el equipaje? Con eso que llevas estás... uh, *bien*, pero es importante que des la impresión adecuada en la reunión.

—Bueno, puede que no tenga un aspecto muy impresionante, pero te he encontrado un avión privado en un momento —dije en mi defensa—. Y no, solo he traído ropa para la boda. De todos modos, suelo ir a trabajar con vaqueros y deportivas.

Él soltó un profundo suspiro.

—Dime qué tallas usas y haré que nos envíen una selección de ropa a la habitación antes de irnos.

Me quedé boquiabierta.

—¿Cómo...? ¿Tendré que...?

Él descartó mis preocupaciones con un gesto de la mano

—Es un gasto de negocio y la empresa se hará cargo. Eso sí, tienes que prometerme que nunca, jamás, vas a querer ser *influencer* en las redes sociales.

Oh, vaya. Al parecer, a partir de ahora mi vida iba a ser muy, muy diferente.

—No me interesa nada ser *influencer* —dije débilmente.

—Tu teléfono —dijo Noah señalándolo—. Alguien te ha enviado un mensaje.

Miré la pantalla. Era Hope, una de mis mejores amigas y otro miembro del grupo de damas de honor, preguntando si iba a tomar el *brunch* con ellas. Nia, Cassie y ella ya habían conseguido una mesa.

—Oh, mierda, se me había olvidado. Llego tarde al *brunch* con mis amigas.

Saqué unas mallas y una sudadera de la maleta y corrí al baño para cambiarme.

—Acabas de desayunar y estamos a punto de irnos de viaje —protestó Noah.

—Aparte de para elegir la ropa, ¿me necesitas para alguna otra cosa, desde ahora y hasta que despeguemos? ¿O estás de los nervios porque tu última asistente era un desastre? —pregunté asomando la cabeza por la puerta del baño.

Él me lanzó una mirada asesina, pero no dijo que estuviera equivocada.

—Tendremos que salir hacia el aeropuerto a la una, así que, sin problema, ve al *brunch* con tus amigas —dijo con un suspiro—. Pero calcula el tiempo suficiente para probarte la ropa y hacer la maleta antes de que nos vayamos. No bebas alcohol y reúnete conmigo en el vestíbulo a la una.

—Lo que usted diga, jefe —sonreí.

Cerré la puerta del baño y me vestí en un momento. Me cepillé un poco el pelo, me puse un poco de brillo en los labios y bajé para contar a mis amigas el increíble giro de guion que acababa de dar mi vida.

El restaurante del hotel estaba lleno, pero no fue difícil localizar a Nia, Hope y Cassie, riendo sentadas en una mesa en el centro de la sala y atrayendo sin esfuerzo todas las miradas. Mis amigas eran muy atractivas, eso era innegable. Hope llevaba la melena rubia recogida en un elegante moño clásico estilo Grace Kelly y Nia llevaba un ajustado vestido negro de verano que dejaba poco a la imaginación. Cassie, en cambio, tenía una expresión soñadora y seguro que estaba recordando su boda el año anterior y todo lo que había cambiado desde entonces. Nos había anunciado hacía poco que sería la primera mamá de nuestro pequeño grupo de amigas.

—Cuidado con las mimosas, mirad quién ha decidido hacer su aparición —dijo Nia entre risas cuando me uní a ellas—. ¿Por qué llegas tan tarde? ¿Tienes resaca?

—No, gracias a Dios —dije, con una sacudida de la cabeza—. Pero sí que tengo una buena excusa.

Todas guardaron silencio y esperaron a que continuara.

—Ya sabes que nos encanta el suspense, pero, venga ya, no nos tengas en ascuas —instó Cassie—. ¿Cómo se llama?

Eso les hizo reír, porque sabían que no era la clase de chica que tendría un lío de una noche.

—Se llama Noah Parker —dije, ante un coro de exclamaciones—. Y me ha contratado esta misma mañana.

—Espera, ¿ese Noah Parker? ¿El multimillonario que, además, es un capullo integral? Yo sigo a su asistente en las redes —dijo Hope—. ¿Vas a ser su mantenida, o algo así?

Esta vez fui yo quien se rio.

—Bueno, ella ya no es su asistente. Ahora lo soy yo. —Bebí un poco de zumo de naranja y continué—. Creo que es amigo de James. El caso es que tiene una agencia de representación de deportistas y me ha contratado como asistente personal.

—Oh, ¿es ese hombre mayor tan atractivo de anoche? ¿El del traje negro? ¡Eso sí que es apuntarse un tanto! —exclamó Nia—. Pero ¿cómo diablos ha pasado todo eso?

Les hice un resumen de la forma tan desagradable en que nos habíamos conocido que les hizo morir de risa, y terminé contándoles cómo había conseguido localizar un avión privado para su viaje.

—¿Un avión privado? ¿No importa lo que cueste? Chicas, a internet —dijo Cassie sacando el teléfono. — Hay que encontrar todo lo que podamos sobre ese tal Noah Parker.

Me sorprendió no haber pensado antes en hacer eso, pero tampoco es que hubiera tenido mucho tiempo. Todo estaba yendo tan rápido que apenas podía creerlo.

—Oh, vaya, parece que se le da bien su trabajo —dijo Hope, con el teléfono levantado para enseñarnos un artículo de *Sports Illustrated* sobre su agencia—. Parece que su empresa está muy bien considerada.

—Y paga muy bien —añadió Cassie mientras se desplazaba por la información en la pantalla.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, aunque no me sorprendía, a la vista del sueldo que me que había ofrecido.

—Lo pone en una página sobre salarios. También hay una sección en la que la gente cuenta cómo es trabajar para él. Vaya, ten cuidado. Por lo visto, puede ser difícil de aguantar como jefe, pero sus clientes están contentos con él porque obtiene resultados. Y también sale bastante de fiesta: he encontrado fotos tuyas con tres modelos de Victoria's Secret —dijo Nia—, aunque no las tres a la vez. No parece que repita mucho con las chicas, debe ser de los que solo se acuestan una vez con cada una.

El estómago me dio un vuelco inexplicable. *Por supuesto* que Noah saldría con las mujeres más guapas del mundo. ¿Y qué si me había visto con mi pijama raído? ¿A mí qué más me daba?

Todas nos dedicamos a leer información en nuestros respectivos teléfonos durante unos minutos, hasta que me aclaré la garganta para llamar su atención.

—Chicas, ¿creéis que aceptar este trabajo es una locura?

Cassie sacudió la cabeza.

—No, en absoluto, este es el momento de asumir riesgos. Y cualquier cosa será mejor que el *Diario*, ¿no?

Hice una mueca al recordar que debería presentar formalmente mi dimisión y decidí llamar al periódico antes de salir hacia el aeropuerto.

—Y él ¿cómo es? —preguntó Hope con expresión soñadora.

Nia soltó una carcajada.

—Es un tío que se acuesta con todo lo que se mueve y tiene fama de ser un capullo. A mí me parece que suena a típico multimillonario, con la excepción de James, por supuesto. Y a la vista de cómo han empezado las cosas con él, me parece que este trabajo va a ser todo un desafío.

Eso me hizo dudar. Estaba claro que Noah era autoritario, exigente y, por lo visto, ya estaba predispuesto contra las asistentes que cometían errores, pero tuve que ser honesta y decir lo que pensaba.

—No, no me ha parecido tan malo. Él solo...

—Él... ¿qué? —preguntó Cassie mirándome con atención. Ella era la que siempre se daba cuenta de las cosas que intentábamos ocultarnos las unas a las otras.

—Quiero decir... Bueno, esta mañana he oído cómo despedía a su asistente, y solo puedo decir que hasta me ha dolido a mí.

—¿Qué ha hecho? —se interesó Nia—. Porque si es la clase de persona que maltrata a sus empleados, le voy a... —dejó la frase en el aire y levantó el puño cerrado. Su actitud protectora me hizo reír.

—Le ha gritado un poco. Al parecer, ella no incluyó la tarjeta de crédito en la reserva del vuelo, y casi hace que él se perdiera una reunión muy importante. Por lo visto pasaba demasiado tiempo en las redes sociales tratando de convertirse en *influencer*, y por eso dedicaba poco tiempo a su trabajo.

—Vale, eso encaja —afirmó Hope—. Esa chica se pasa el día subiendo cosas a las redes, no para. La verdad es que siempre me he preguntado cómo podía hacer todo eso y, además, tener un trabajo a tiempo completo.

En ese momento, el camarero trajo el pan de canela que las chicas habían pedido antes de que yo llegara. Hope movió la cabeza, absorta, y pareció haber llegado a una conclusión.

—Con lo organizada que eres, Noah va a estar encantado contigo. Tengo un buen presentimiento sobre este trabajo.

—Desde luego, eso espero —dije, a la vez que cogía un trozo de pan caliente—. Y vosotras dos, ¿qué pensáis? —Miré a Nia y Cassie.

—¿Un hombre mayor guapísimo y un avión privado? Oh, sí, desde luego que has tomado la

decisión correcta. —Nia levantó su mimosa hacia mí en un brindis.

—Un hombre mayor guapísimo y *rico* —añadió Cassie—. Y parece que está acostumbrado a conseguir lo que se propone. Yo diría que te mantengas en guardia, aunque, si fuera la clase de persona que se aprovecha de los demás, James y él no serían amigos. Parece que este trabajo está hecho para ti. Yo digo que adelante.

Con eso, dejamos el tema y dedicamos el resto de la comida a nuestra sesión habitual de cotilleos. Hablamos de la boda y de la pareja tan atractiva que formaban James y Kaitlyn. Un amor como el suyo me daba esperanzas. No es que tuviera ninguna prisa en encontrar al hombre perfecto, pero la boda de Cassie y Scott el año pasado, y la de James y Kaitlyn ahora, me hacían creer que los finales felices existían de verdad.

Estaba a punto de comerme el último trozo de tortilla cuando sonó un mensaje de texto en mi teléfono.

—Es Noah. —Leí el mensaje rápidamente—. Acaba de llegar la ropa que ha pedido, tengo que volver a la habitación.

—Un momento, ¿ropa? Eso no nos lo has contado.

—Ha pedido que me envíen algunas cosas a la habitación para que pueda representar el papel de asistente profesional en este viaje. —Les hice un gesto de despedida mientras retiraba la silla de la mesa y me ponía de pie—. El deber me llama. Hoy es el primer día de mi nueva vida.

—Vaya —dijo Hope, haciendo un puchero—. Se suponía que íbamos a pasar el día en la piscina.

—Os acompañaré en espíritu. Enviadme un montón de fotos para que me muera de envidia.

Abracé a cada una de ellas y me dirigí a la habitación. Al entrar, vi que Noah, al parecer, había pedido ropa suficiente para abastecer una tienda entera.

—Noah, ¿estás aquí? —llamé—. ¿Hay alguien?

Tras comprobar que estaba sola, solté un pequeño chillido y empecé a examinar las preciosas prendas colgadas en dos percheros para ropa. Había faldas, vestidos, blusas, algunos pares de pantalones y media docena de zapatos de tacón, todos de diferentes diseñadores. No estaba segura de si Noah había dado instrucciones sobre estilos y colores, pero todas las prendas eran elegantes y discretas, en tonos crema, camel, gris y negro. No había colores llamativos. Supongo que quería que fuera bien vestida, pero sin llamar la atención. Por un momento, eso me inquietó. Este tipo de ropa era justo lo contrario del estilo informal y colorido que solía ponerme.

—Solo es ropa —me recordé a mí misma—. No significa que quiera cambiar tu personalidad.

Cogí un vestido que parecía negro, pero resultó ser azul marino. Pesaba un poco en la percha y tenía una caída preciosa. Me quité en un santiamén la ropa y las chanclas que llevaba para probármelo y ver cómo me quedaba y, tras ajustar el cinturón, me puse un par de zapatos azules y me di la vuelta para mirarme en el espejo.

Oh, *cielos*. No iba a encajar en absoluto. Me daba la impresión de que, con ese vestido, atraería un montón de miradas y no estaba segura de si eso era bueno o no.



## NOAH

Una vez en el avión, resistí el impulso de preguntarle a Maddy qué le pasaba. Era su jefe, no su amigo, y no tenía que ocuparme de cuidar de ella.

Maddy y yo nos habíamos sentado cada uno a un lado del pasillo, de forma que tenía espacio suficiente para sacar el ordenador y extender los documentos que necesitaba revisar. Me puse cómodo, pero Maddy no paraba de moverse con ansiedad. Los profundos suspiros, el temblor de las rodillas y los murmullos a media voz dejaban claro que volar le ponía nerviosa, aunque ni siquiera nos habíamos empezado a mover todavía. Al poco tiempo, no pude aguantarlo más.

—¿Estás bien, Maddy?

—¿Quién, yo? Sí, de maravilla —contestó con voz animada.

Sin embargo, cuando me miró, vi el miedo en sus ojos y, aunque no me apetecía tener una larga conversación con ella, tampoco podía ignorar lo nerviosa que estaba.

—¿Es la primera vez que vuelas en un avión pequeño?

—Hum, sí.

—Todo irá bien. En realidad, no es muy diferente de un avión de pasajeros. —Tras pensarlo un momento, añadí—. Bueno, excepto por la comida, el personal, la comodidad y que no hay esperas.

—Ah, ¿sí?

Su rodilla subía y bajaba tan rápido como un pistón, y tuve que hacer un esfuerzo para no quedarme mirando su pantorrilla. El vestido azul marino que llevaba se le había subido un poco y mostraba buena parte de su pierna. No era yo quien había elegido la ropa, pero la asistente de compras había preparado una fantástica selección de prendas. Maddy habría parecido la asistente perfecta, de no ser por lo nerviosa que estaba.

—Cuando estemos en el aire no notarás ninguna diferencia, créeme —le animé mientras encendía el ordenador para preparar la reunión.

—Yo... esto, bueno, no he volado nunca —dijo con un hilo de voz.

La miré y me fijé entonces en que la pobre chica no solo estaba nerviosa, sino *aterrorizada*.

—¿Lo dices en serio? ¿Cómo es posible? —se me escapó, sin poder contenerme.

—Eh, no todo el mundo tiene oportunidades de viajar —dijo Maddy, a la defensiva—. Es decir, siempre he querido viajar, tenía muchos planes... —dejó la frase en el aire.

—Bueno, ¿y qué pasó? —pregunté mientras abría algunos correos electrónicos—. ¿Qué te lo impidió?

—Mi padre se puso enfermo.

Me sentí como un idiota, porque había esperado que me contara alguna historia dramática sobre que necesitaba dinero, o que un novio celoso la había estado acosando. En ese momento recordé haber leído la noticia de la muerte de su padre y aparté la vista del ordenador para dedicarle toda mi atención.

—Eso es terrible. Lo siento mucho.

—Sí fue difícil por un montón de razones —asintió ella—. Yo estaba a punto de irme a vivir a Washington con una beca para trabajar en la CNN cuando le diagnosticaron un melanoma. Por supuesto, lo dejé todo para estar con él. Luchó todo lo que pudo durante dos años y, después, me dejó. —Su labio inferior tembló un poco.

—Debió ser muy difícil para ti. —Intenté encontrar las palabras adecuadas, pero todo lo que se me ocurría sonaba banal—. ¿Tenías a alguien más en quien apoyarte? ¿Tu madre?

—No tengo relación con ella —dijo Maddy con una risa ahogada—. Se marchó cuando yo era muy pequeña.

Era difícil creer que una chica tan animada y capaz como ella hubiera sufrido tanto dolor y pérdida. Abandonar sus sueños para cuidar de su padre mostraba una clase de dedicación que no me había encontrado muy a menudo. Se suponía que uno debía aprovechar la veintena para trabajar mucho y disfrutar aún más, y ella la había pasado lamentando la pérdida de un ser querido.

La azafata nos interrumpió para preguntar si necesitábamos algo. Maddy sacudió la cabeza y le dirigió una luminosa sonrisa, a pesar del triste asunto del que habíamos estado hablando.

—En realidad sí, nos vendría bien algo que le anime un poco, gracias —dije señalando a Maddy, que abrió mucho los ojos con sorpresa—. Sírvale un Laphroaig o un Macallan antes de despegar.

Maddy observó cómo se alejaba la azafata.

—Eso no era necesario.

—Para mí si lo es —contesté—. Si no, estarás aterrorizada y agarrada a mi brazo en cuanto despeguemos. Hay tiempo de sobra para que se te pase el efecto antes de la reunión.

La azafata volvió y le entregó un vaso con un líquido ámbar antes de que pudiera protestar. Maddy lo alzó hacia mí.

—Por los cielos tranquilos y los contratos firmados.

Antes de que pudiera hacer mi propio brindis, ella vació el vaso de un trago y se puso a toser

inmediatamente.

—Maddy, ese whisky es para beberlo despacio, ¡no es un chupito!

En serio, hay que ver cómo son los jóvenes hoy en día.

—Y me lo dices ahora... —dijo ella, abanicándose con la mano. Los ojos se le habían llenado de lágrimas.

Cuando por fin se calmó, volví mi atención a los correos electrónicos, que parecían haberse multiplicado durante los pocos minutos que habíamos estado hablando. Sin embargo, los frenéticos murmullos de Maddy empezaron de nuevo en cuanto sonaron los timbres que indicaban que estábamos listos para empezar a rodar.

En ese momento pensé en el mensaje de texto que James me había enviado hacía una hora: *Creo que Maddy encajará bien contigo, así que no te portes mal con ella. Es una buena persona, no es como nosotros. No la trates como si fuera un robot.* Eché una ojeada a Maddy y vi que tenía los ojos cerrados y susurraba «no pasa nada» una y otra vez. Quizá James tenía razón en lo de que no era un robot.

—Oye.

Ella abrió los ojos y me miró.

—¿Quieres sentarte aquí?

Señalé con un gesto el asiento vacío a mi lado. Maddy asintió con la cabeza y noté que se relajaba un poco.

—Sí, por favor.

Dejé libre el asiento y ella pasó por delante de mí y se dejó caer en él. Al hacerlo, me llegó su aroma a vainilla, dulce como un pastel.

—No siempre te voy a dar tanto miedo —le aseguré—. Te acostumbrarás.

Ella asintió sin decir nada y en ese momento comenzamos a rodar por la pista. Pensé que el whisky estaría haciendo efecto, pero, cuando el avión aceleró para despegar, Maddy clavó los ojos en la ventana y, en el instante en que el avión elevó el morro, cogió mi mano con fuerza.

Miré con sorpresa nuestras manos unidas. Estaba acostumbrado a que mis empleados se sintieran intimidados en mi presencia, no a que vinieran a mí en busca de apoyo. Me pareció poco apropiado, pero, por mucho que quisiera desenlazar mis dedos de los suyos, no pude obligarme a hacerlo. Maddy parecía a punto de hiperventilar, con la vista todavía clavada en la ventana, y no creí que fuera consciente de lo que estaba haciendo. Yo era quien debía establecer las reglas de nuestra relación laboral, pero, cuando quise darme cuenta, le estaba acariciando la mano con el pulgar y no podía parar. Su piel era tan suave...

La sensación al despertarme junto a ella había sido increíble, pero podía haber sido solo una casualidad, o deberse a un sueño olvidado y no a ella en concreto. Cuando nos estrechamos las manos después de que aceptara trabajar para mí, el contacto había sido tan breve que podía seguir mintiéndome a mí mismo. Sin embargo, ahora ya llevaba unos minutos agarrada a mi

mano y me daba cuenta de que me estaba gustando mucho. En fin, solo lo hacía para darle mi apoyo; cuando aterrizáramos, ya habría tiempo de establecer unos límites adecuados entre nosotros, porque íbamos a necesitarlos. Por muy atractiva que me pareciera, era *demasiado* joven y, lo que era más importante, se trataba de una empleada nueva. Tampoco podía pasarme de la raya con una mujer que ni siquiera había tenido la oportunidad de leer el manual de empleados.

Volví a centrarme en contestar mis mensajes con la mano libre, y me repetí una vez más que coger la suya no era incorrecto, siempre que no me permitiera disfrutar de ello. Cuando el avión se niveló por fin, ella pareció volver en sí y se fijó en que había estado intentando cortarme la circulación en los dedos.

—¡Oh! Lo siento mucho. —Me soltó la mano, muy azorada.

—No pasa nada, aun así, he conseguido contestar una docena de mensajes.

—¿Te puedo ayudar con algo?

Bien, estaba tomando la iniciativa, aunque solo fuera para distraerse de que estábamos en el aire, o eso creí.

—Este es un buen momento para explicarte en qué consiste tu trabajo y lo que espero de ti —dije.

Ella sacó un cuaderno y un bolígrafo de su bolso.

—De acuerdo, estoy lista.

—Lo más importante es tener mi agenda al día en todo momento. También necesito que te ocupes de mi teléfono y, en ocasiones, desviaré mis llamadas a tu número. Además, te ocuparás de organizar todos mis viajes, pero ya sé que eso no supondrá ningún problema.

—Oh, muchas gracias —sonrió ella—. Me alegro de que lo hayas notado.

—Vas a asistir a la mayoría de mis reuniones para tomar notas. Eso es esencial, porque a veces hay desacuerdos sobre los términos del contrato. Necesitaré también que busques información sobre jugadores, pero tampoco creo que eso vaya a ser un problema, gracias a tu trabajo anterior y tus antecedentes familiares. Es posible que alguna vez te pida que me compres algunas cosas, si necesito enviar regalos de agradecimiento. Y en ocasiones doy alguna conferencia, así que espero que manejes bien los programas para hacer presentaciones.

Me sorprendió que anotara todo lo que decía. Estaba claro que había aguantado las tonterías de Zoe durante demasiado tiempo.

—Una última cosa. —Hice una pausa y esperé a que me mirase—. Es muy importante que en las reuniones seas invisible, ¿de acuerdo? Ya sé que estás familiarizada con este ambiente, pero mi asistente no puede participar en las negociaciones.

Ella se mordió el labio, y me pregunté en qué estaría pensando.

—¿Eso te va a suponer un problema?

—No, yo... bueno, sí —dijo enderezándose—. En mi anterior trabajo, todo el mundo insistía en que tuviera la boca cerrada. Francamente, esperaba algo más de este puesto. ¿Y si yo sé algo que

tú no sabes?

Hice una mueca. No me gustó nada que me comparase con un periódico de tres al cuarto que pagaba una miseria y no le dejaba escribir. Además, ya me había demostrado su capacidad para resolver problemas, y también que seguía de cerca el mundo de los deportes.

—Tu trabajo consiste en darme toda la información que necesito antes de una reunión. Yo tengo que saber todo lo que tú sepas de los jugadores, hasta los cotilleos más ridículos de las redes sociales. Pero cuando estemos delante de los clientes, tienes que estar callada.

Ella asintió. Estaba claro que mi respuesta no le hacía gracia, pero pareció aceptarla.

—Entendido.

—Por cierto, tenemos que hablar de Garrison. Tú puedes aportar el punto de vista femenino sobre su atractivo, así que quiero saber más sobre eso. ¿Qué se dice de él en las redes? ¿Hablan solo de su físico, o también de sus estadísticas?

Maddy empezó a darme una idea general de las cuestiones más frívolas relacionadas con mi posible nueva estrella y me señaló aspectos que se me habían pasado por alto. Ella se sabía todas sus cifras, pero también sabía cosas que yo nunca habría tenido en cuenta, como el *hashtag* #quieroserlaseñoraGarrison que utilizaban las mujeres en internet cuando subía una foto sexi a sus redes. Todo esto era un mundo nuevo para mí, pero cuanto más hablaba ella de esas cosas, más me daba cuenta de lo importante que era entenderlas.

—También es un buen hijo —dijo Maddy—. Eso me gusta mucho de él.

—No me digas —gruñí—. No toma ni una decisión sin la aprobación de su madre. Ella asistirá también a la reunión.

Maddy me miró de arriba abajo.

—¿Les caes bien a las madres?

—¿Cómo dices? —Fruncí el ceño.

—¿Puedes caerles bien a las madres? Porque si eres capaz de eso, te garantizo que firmará el contrato.

Eso me recordó que una vez, cuando aún estaba en el instituto, le pregunté a la madre de la chica con la que estaba saliendo cuándo iba a nacer el bebé. Había mejorado algo desde entonces, pero no mucho. No, desde luego, no era la clase de tipo que cae bien a las madres.

Ya había tenido este tipo de problemas antes, aunque no muy a menudo. La mayoría de los deportistas jóvenes estaban ansiosos porque se les tomara en serio y querían negociar sus propios contratos ellos mismos. Al centrarme en la relación directa con ellos, había conseguido llegar muy lejos. Los jugadores como Garrison eran más bien una excepción, pero estaba seguro de que no sería muy distinto de los demás: seguro que reconocería una buena oferta con independencia de lo que dijera su madre.

—Claro que les caigo bien —contesté con seguridad—. Pero quien necesito que firme sobre la línea de puntos es él, no su madre.

—De acuerdo. —dijo Maddy en tono conciliador, pero me dio la impresión de que tenía sus dudas.

Ella sacó el teléfono y yo volví a mi ordenador, desviándolo un poco para que no me viera buscar más *hashtags* sobre Matthew Garrison. Tenía razón, había toda una subcultura dedicada a él que me había estado perdiendo. Para cuando llegó el momento de prepararnos para el aterrizaje, pensé que tenía más probabilidades que nunca de conseguir a Garrison. Estaba listo.

La pierna de Maddy empezó a saltar de arriba abajo una vez más en cuanto cambió la presión del aire en la cabina. Empezó a extender la mano hacia la mía, pero se contuvo, y yo traté de convencerme de que eso no me había decepcionado.

—Es normal —le aseguré—. En unos minutos estaremos a salvo en tierra.

—Lo cierto es que, durante un rato, se me ha olvidado que estábamos volando —dijo agarrándose al brazo del asiento—. Ahora me estoy estresando otra vez.

—No te preocupes, ya ha pasado lo más difícil. Lo has llevado muy bien.

—No es verdad —contestó con un resoplido—. Estoy hecha un manojo de nervios. ¿Es que no sabes que existen los aterrizajes de emergencia?

—Mira por la ventanilla. Ya ha acabado todo.

En efecto, el avión había tomado tierra con suavidad y se estaba deslizando por la pista hasta detenerse del todo. No se podría haber pedido un aterrizaje mejor para alguien que volaba por primera vez.

—¡Lo he conseguido! —exclamó ella.

—Por supuesto. El piloto no ha tenido nada que ver —contesté con ironía.

—Oh, cállate.

Mientras recogíamos nuestras cosas, me encontré pensando con ganas en el viaje de vuelta. Quizá ella necesitaría cogerme la mano otra vez para sentirse segura.



## MADDY

Miré a Noah por encima del hombro mientras esperaba a que la recepcionista nos registrara en el hotel. Tenía el teléfono pegado a la oreja y paseaba por el vestíbulo mirando al suelo con cara de pocos amigos. Quienes pasaban por allí trataban de dar un rodeo para evitarle, como si emitiera oleadas de ira que pudieran arrastrar todo lo que encontraban a su paso.

—Ya está todo listo, señorita Malone. —La recepcionista me entregó las tarjetas de las habitaciones con una sonrisa—. Una suite superior y una habitación adicional enfrente. ¿Necesita alguna otra cosa?

Negué con la cabeza y recogí las tarjetas.

—No, así está bien, muchas gracias.

A pesar de mis palabras, no pensaba que nada estuviera bien, porque parecía que nuestra reunión se estaba yendo a pique en ese mismo momento. Noah se reunió conmigo delante del ascensor con cara de enfado.

—No contesta.

—Pero la reunión está confirmada ¿verdad? Él sabe dónde os vais a ver. Quizá está ocupado ahora mismo, pero tiene intención de acudir.

Noah apretó los labios en una delgada línea.

—Podría *asumir* que la hora y lugar de la reunión están confirmadas, pero...

—Zoe —terminé la frase por él—. Entiendo.

—Quería hablar con él para asegurarme de que sabe dónde hemos quedado, y me preocupa que no conteste.

No podía culpar a Noah por preocuparse. Recordé cómo se quejaba mi padre de los jugadores que eran genios en el campo, pero un desastre fuera de él, y se olvidaban de acudir a las entrevistas. Esta vez estaba viviendo esa situación en primera persona.

Salimos del ascensor y me dirigí hacia nuestras habitaciones. Dejé que Noah me siguiera por el pasillo mientras intentaba llamar de nuevo. Casi habíamos llegado cuando se paró en seco en mitad del pasillo.

—¡Hola, señora Garrison! Estaba intentando localizar a Matthew... —se quedó callado e inclinó la cabeza para escuchar.

Por la forma en que agarraba el teléfono y su expresión se ensombrecía, comprendí que las cosas *no* estaban yendo según lo planeado.

—No, no, no es así en absoluto. Ella se ha equivocado. Estoy en Fargo ahora mismo. Señora Garrison, si le soy sincero... —volvió a quedarse callado y, desde donde estaba, pude ver lo frustrado que se sentía.

—¿Está segura de que no puedo hablar con él? —preguntó Noah con tono cuidadoso. Hizo una pausa—. De acuerdo, pero creo que... —se separó el teléfono de la oreja y miró la pantalla—. ¡Ha colgado!

Noté un vacío en el estómago e intenté pensar en qué decir, aunque no tenía ni idea de lo que acababa de pasar. Noah me miró enfurecido.

—Ha dicho que Zoe llamó para cancelar la reunión y fue muy desagradable. Dice que, si trabajo con gente tan maleducada, está claro que su hijo no va a encajar en PSM.

Me quedé pasmada por la sorpresa. Empezaba a entender por qué Noah estaba tan obsesionado con las meteduras de pata de Zoe.

—¿Quizá podríamos ir a su casa para que te disculpes? Es muy difícil decirte que no a la cara.

Recordé el aspecto que había tenido esta mañana en el otro hotel: apasionado, guapísimo y totalmente seguro de sí mismo, mientras me convencía de que trabajara para él cuando ya le había dicho que no una vez. El poder que ejercía la atención total de Noah Parker era... bueno, era muy intenso. Un momento, ¿por qué me estaba sonrojando?

Noah frunció el ceño y rechazó mi sugerencia negando con la cabeza.

—Estoy seguro de que ella lo consideraría una invasión, sobre todo después de la bronca que me ha echado. Tengo que pensar las cosas con calma, me voy a la habitación. —Se dio la vuelta y empezó a andar con paso decidido por el pasillo, lo que me obligó a correr tras él a pesar de los tacones.

—Noah.

Se giró para mirarme.

—Toma tu tarjeta —le dije con dulzura mientras se la entregaba—. Y, por favor, avísame si puedo hacer algo...

—Déjalo, Maddy. Ya has hecho bastante.

Noah me saludó con una breve inclinación de la cabeza y entró en su habitación. La puerta se cerró de golpe tras él y yo me quedé un momento en el pasillo, con la sensación de estar un poco perdida. Me encontraba en el otro extremo del país con un hombre al que apenas conocía, en un viaje de trabajo que, al parecer, se iba a quedar en nada. No era un comienzo prometedor para mi nuevo trabajo.

En cualquier caso, este desastre no era culpa mía. Ya en mi habitación, empecé a deshacer la

maleta y me repetí varias veces que debía olvidarlo. Podía relajarme, darme un baño... y disfrutar de no tener que compartir esta habitación con el hombre más arrogante del mundo. Pero mi disposición natural a hacerme cargo y arreglar las cosas no se dejaba acallar, e insistía en que tenía que haber un modo de resolver esto. Para cuando terminé de deshacer el equipaje, se me había ocurrido una solución.

Dudé solo un momento, pero cogí el teléfono en un arranque de energía. Había aceptado este puesto porque quería *ayudar*. No quería otro trabajo en el que me tuviera que morder la lengua y esperar a que alguien se dignara a escucharme. Lo que pensaba hacer no admitía vacilación. Era un intento desesperado que podía fracasar *espectacularmente*, o podía resultar un éxito para Noah y para mí.

Dejé la maleta y me dirigí hacia la mesa junto a la ventana. Noah me había dado acceso a su calendario y sus contactos durante el vuelo, así que busqué en el teléfono el número en cuestión, con dedos temblorosos. Como estaba demasiado nerviosa para sentarme, me apoyé en la ventana y observé a la gente diminuta que se movía por el aparcamiento a mis pies mientras sonaba el teléfono.

—¿Diga?

Suspiré aliviada: había contestado la llamada, a pesar de que no habría reconocido mi número.

—Señora Garrison, me llamo Maddy Malone y esperaba poder hablar con usted un momento.

—¿Es una llamada comercial? —me preguntó desconfiada.

El tono de sospecha en su voz me hizo sonreír. Esta mujer pensaba igual que yo.

—No, en absoluto. Llamo para hablar de Matthew, en nombre de Noah Parker.

—Ah, no, no, ni hablar. Uh-uh. No queremos saber nada de Parker Sports Management, después de la forma en que me ha hablado esa otra mujer.

Oí cómo movía el teléfono y supe que estaba a punto de cortar la llamada.

—¡Espere un momento, señora Garrison ¡Yo he sustituido a Zoe! El señor Parker la ha despedido. —Aguanté la respiración durante la larga pausa que siguió a mis palabras.

—¿Es eso cierto?

—Sí, me he hecho cargo de todas sus responsabilidades —continué—. Zoe le llamó a usted para vengarse por el despido. El señor Parker y yo lamentamos muchísimo cómo se ha dirigido a usted y a Matthew, y queremos arreglar las cosas. —Hice una pausa—. Yo quiero arreglar las cosas. Acabo de empezar a trabajar con el señor Parker hoy mismo y, si le soy sincera, me hacía muchísima ilusión tener la oportunidad de conocerlos a los dos y saber más sobre su hijo. Bueno, ya sé muchas cosas porque he estado siguiendo su carrera, pero... no sé, supongo que quería tener mi primera reunión de trabajo con alguien tan especial como Matthew. Es un deportista increíble y sé que el señor Parker le tiene en la más alta consideración —añadí, recordándolo con una sonrisa—. No ha dejado de hablar de él durante el vuelo hasta aquí. Creo que me he aprendido todas sus estadísticas de memoria y, guau, ¡son impresionantes!

—Bueno, en eso sí que has acertado.

Pude notar el asomo de una sonrisa en su voz. Decidí tomarlo como una buena señal y continué con el argumento definitivo.

—Señora Garrison, espero que me perdone por admitir que le he llamado también por una razón un poco egoísta. Como le he contado, he empezado a trabajar hoy y solo quiero hacer bien mi trabajo. Si pudiera reunirles a los tres para hablar, bueno, eso supondría un comienzo fantástico para mí, ¿sabe?

No era una mentira, pero sabía que era muy difícil resistirse a la historia de un novato motivado. Cuando la señora Garrison volvió a hablar, sonaba pensativa, como si se lo estuviera pensando en serio.

—Dime por qué deberíamos ir. Si has empezado hoy, ¿cómo sabes que Parker es el agente adecuado para Matthew?

No tuve que pensar para contestar a esa pregunta.

—Es posible que aún no conozca los entresijos de la agencia, pero sí sé cómo trabaja Noah Parker incluso desde el primer día. Es honesto, dice las cosas tal y como son y trabaja mucho. —También me ha cogido la mano cuando me he asustado en el avión, a pesar de ser un hombre tan dulce y achuchable como un erizo. Crucé los dedos—. Solo le pido que le escuche, por favor. Hágalo por mí.

La pausa pareció no acabar nunca.

—De acuerdo, iremos. Os daremos una hora, eso es todo.

—¡Fantástico, muchísimas gracias! —Sonaba como una boba entusiasmada, y seguro que parecía aún más idiota, dando saltos por la habitación como un niño con un subidón de azúcar, pero no pude evitarlo—. La reunión será en Callaghan's a las siete. Nos encantaría invitarles a cenar una buena carne, o lo que les apetezca.

Ignoré el vuelco que me había dado el estómago al pronunciar ese «nos», un tanto presuntuoso.

—A Matthew le encanta la carne, desde luego. Bien, allí estaremos, y ya se verá.

—¡Maravilloso! Se lo agradezco *muchísimo*.

Colgué y sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. Había conseguido lo imposible y ahora era el momento de informar a mi nuevo jefe. Pensé en enviarle un mensaje de texto, pero quería ver su expresión cuando le dijera que había conseguido obrar otro milagro. Cuando golpeé su puerta, abrió en el acto, como si hubiera estado justo al otro lado.

—¿Sí?

Lo dijo en un tono brusco e irritado, aunque trató de ocultarlo. A pesar su cara de pocos amigos, me seguía pareciendo guapísimo. Se había quitado la chaqueta y la corbata, y tuve que hacer un esfuerzo para no fijar la mirada en su cuello, donde el cuello abierto de la camisa mostraba su piel bronceada. Se había enrollado las mangas como si fuera a ponerse a trabajar en serio, y llevaba el pelo un poco alborotado, seguro que de tanto pasarse los dedos por él con frustración.

Respiré hondo. Esta vez no me iba a andar con tonterías.

—Tengo noticias: la reunión con Matthew está confirmada.

Noah no se inmutó.

—¿Perdona?

Yo seguía de pie en el pasillo sujetando el teléfono con nerviosismo, como si fuera un escudo entre nosotros.

—¿Puedo entrar para explicártelo?

Él se hizo a un lado y me dejó entrar en la habitación, que parecía ser una hectárea más grande que la mía, por lo menos.

Cuando empecé a contar lo que había hecho, comprendí hasta qué punto había sido una locura, así que me apresuré a explicarlo a toda velocidad.

—El instinto me decía que, si podía contarles que la culpa era de Zoe, quizá la señora Garrison estaría dispuesta a tener una conversación con nosotros. Y tenía razón. Matthew y ella vendrán esta noche. —Tragué saliva y esperé su respuesta.

—La has llamado. ¿Has llamado a la *madre* de un posible cliente sin consultármelo antes?

Me quedé bloqueada.

—Bueno, visto así...

—Maddy... —Su expresión era inescrutable—. No sé si darte las gracias o despedirte.

Me dio la espalda y el corazón se me cayó a los pies.

—Joder, Maddy.

Cuando se giró hacia mí de nuevo, su dura expresión se había suavizado un poco y mostraba algo parecido a un respeto incrédulo.

—Acabas de hacer un milagro. Uno no autorizado, totalmente inapropiado, y muy por encima de tu nivel de responsabilidad. Pero, por más que desaprobe este tipo de comportamiento, puedo apreciar lo que has conseguido. Así que: muchas gracias, y no vuelvas a hacer algo así nunca más.

Me contuve para no señalar que, como había salido tan bien, quizá *sí* debería hacerlo en otra ocasión.

—Bien —añadió Noah con energía—. Ve a por tu cuaderno. Ahora que vamos a tener la reunión, tengo más trabajo para ti.

Por un segundo, pensé con tristeza en el baño relajante que no me iba a poder dar. En fin, al menos trabajar para Noah no era aburrido. Empecé a recoger mis cosas pensando que, aunque acabábamos de empezar a trabajar juntos, nos complementábamos bien. Era posible que mi tendencia a ir por libre no encajara con su estilo, pero mi forma de hacer las cosas le había gustado lo suficiente como para contratarme. Algo era algo.

Sonreí para mis adentros. Si el primer día era una indicación de cómo me iban a ir las cosas

trabajando para Parker Sports Management y el gruñón de su propietario, mi nueva vida iba a ser muy interesante.



## NOAH

Tenía la sensación de haber estado hablando sin parar desde el momento en que nos sentamos en el restaurante. June Garrison bebía a sorbitos una copa de vino blanco con los ojos puestos en su hijo, y Matthew estaba haciendo todo lo posible por parecer desinteresado, aunque había visto el brillo de entusiasmo en sus ojos cuando le había contado lo que podía depararle el futuro.

June parecía una de esas personas que se han encontrado con muchas promesas rotas durante su vida. Incluso cuando intentaba sonreír, lo hacía de forma tensa y rápida, antes de que sus labios volvieran a su expresión severa permanente. Era el tipo de mujer acostumbrada a hacer las cosas por sí misma. Había llegado a la puerta del restaurante antes que yo y la había sujetado para que pasáramos los demás, y luego nos había dicho a todos dónde debíamos sentarnos en la mesa. Aunque el aspecto físico de Matthew era imponente, se comportaba como un cachorrito en presencia de su madre. Había visto lo fiero que podía ser en el campo, pero durante esta cena, parecía contento de dejarle tomar la iniciativa a ella.

Cada vez que conseguía despertar su entusiasmo, June se inclinaba hacia delante y lanzaba a su hijo una mirada muy expresiva. Entonces, él se apartaba un poco y le dejaba a ella dominar la conversación con una interminable lista de preguntas inteligentes sobre cuestiones relevantes. Las preguntas difíciles no me suponían un problema, pero, en algún momento, uno debía asumir el riesgo y tener fe. Sin embargo, en este caso, mis esperanzas se fueron reduciendo a medida que June contagiaba sus dudas a Matthew.

—Creo que lo más importante de todo lo que te ofrezco con PSM, Matthew, es la seguridad de que estaré disponible cuando me necesites. Siempre. Nuestra relación no se limitará a las horas de oficina. ¿Que quieres repasar una propuesta de patrocinio a las dos de la mañana? Solo tendrás que llamarme.

Ese era el aspecto decisivo de mi oferta: la garantía de que los clientes eran mi prioridad. Una vez que firmaran conmigo, no iba a dejarles en manos de un subordinado y tampoco iba a ignorar sus llamadas: si necesitaban hablar conmigo, estaría ahí para lo que hiciera falta. Esa dedicación solía ser lo que les convencía para trabajar conmigo, pero los Garrison no parecían muy interesados o, al menos, June Garrison no lo parecía. Estaba jugueteando con su copa de vino, como si se *aburriera*.

Matthew lanzó una mirada a su madre.

—Gracias por explicarnos tu oferta. Vamos a... uh, bueno, lo pensaremos.

*Mierda*, les estaba perdiendo. En ese momento, mi teléfono vibró con un mensaje de... miré la pantalla. ¿Maddy?

Ella me indicó el teléfono con una mirada cargada de significado. Me volví hacia Matthew con el ceño fruncido; quizá si centraba en él toda mi atención y dejaba de preocuparme por June...

En ese momento, intervino Maddy.

—Señora Garrison, tengo una pregunta para usted.

Oh no.

Hasta entonces, Maddy había sido invisible, había tomado notas discretamente y adoptaba una expresión atenta muy apropiada cuando yo hablaba, pero parecía que no había podido contenerse más.

—Maddy, no vayamos a... —empecé con suavidad.

—No, no, quiero oír lo que tiene que decir —interrumpió June.

Esperé nervioso a que Maddy continuara. Hasta ahora, había demostrado tener buen instinto, pero también era demasiado impulsiva. No había manera de saber si lo que iba a decir ahora nos vendría bien o no. Abrí y cerré el puño bajo la mesa, listo para intervenir y cambiar de tema si fuera necesario.

—Ya ha oído lo que le puede ofrecer Parker Sports Management, pero ¿qué es lo más importante para usted y Matthew? —preguntó Maddy.

Para mi sorpresa, June dejó de jugar con los dedos y se dirigió a mí.

—No eres el primero que nos hace un montón de promesas, Noah Parker. Eso ya nos lo esperábamos, pero queremos que esta asociación nos aporte algo más.

Abrí la boca para contestar, pero, antes de poder hacerlo, Maddy la animó a continuar.

—Da igual quién nos represente, siempre nos van a ofrecer acuerdos de patrocinio y de promoción. Sí, esos acuerdos son una buena parte de esta oferta, pero eso no es lo que más me interesa. —June dirigió una mirada a su hijo—. Matthew es joven, y un poco impetuoso. Necesita una persona que conozca el negocio pero que también sepa lidiar con alguien que puede ser un poco cabezota. Una persona que le pueda ayudar a razonar cuando sea necesario, ¿entiende? No queremos un socio, queremos... —se interrumpió, miró a Matthew un momento y se volvió hacia mí—. Queremos una *familia*.

La sinceridad de su petición me cogió desprevenido. Me estaba pidiendo algo que era mucho más grande, y también más sencillo que todo lo que le había prometido hasta ahora.

No se me había pasado por alto que el padre Matthew no era parte de su vida. No podía haber sido fácil para ella asumir sola todo el estrés y las responsabilidades de criar a un hijo con tanto talento, y asegurarse de que recibiera los recursos y el apoyo que necesitaba. Tenía sentido que, ahora que estaba en este punto de su carrera, ella quisiera dejarle en manos de alguien en quien pudiera confiar.

Lo cierto era que buena parte de mi trabajo consistía en evitar que mis clientes tomaran

decisiones estúpidas, pero no solía hablar de eso en mi presentación. Ningún chico joven quería escuchar lo mucho que le faltaba por madurar. Sin embargo, esta vez eso era precisamente lo que necesitaban los Garrison: saber que yo podría ser su mentor, y no solo alguien que se limitara a consentirle todo lo que quisiera.

Con su pregunta directa, Maddy había conseguido que June se sincerase y me había recordado lo que diferenciaba a PSM de las demás agencias. Eso sí, antes de empezar a hablar de eso, también necesitaba saber lo que pensaba Matthew.

—Matthew, entiendo lo que dice tu madre. Tú opinas lo mismo, ¿verdad?

Él dirigió una mirada rápida a June antes de contestar. Durante un segundo, me lo imaginé como un niño, abrumado por una decisión que le podía cambiar la vida y que necesitaba la orientación de la persona en la que más confiaba en el mundo.

—Mmm, sí. Hemos hablado con muchos tipos como tú; lo cierto es que ahora ya los confundo a todos. Uno me promete Nike, el otro me jura que tiene a Gatorade en el bolsillo, y todo eso está muy bien. Pero creo que necesito a alguien que no solo me diga dónde tengo que firmar, sino que me explique *por qué*. Puedo parecer el típico deportista que no se entera, pero yo presto mucha atención a cómo me ven los seguidores, y tengo mis propias ideas. Quiero trabajar con alguien que preste atención a lo que tengo que decir, ¿me entiendes?

—Yo puedo hacer eso, desde luego —aseguré—. Escucharte siempre será una de mis prioridades.

—A ella no la has escuchado —dijo Matthew, indicando a Maddy con la cabeza.

Luché contra las ganas de apretar los dientes. Lo que más me fastidiaba era que tenía razón.

—Eso es cierto, la verdad es que aún estamos resolviendo algunas cuestiones relacionadas con nuestra comunicación —dijo Maddy—. Pero Noah te escuchará a ti, te lo prometo.

La miré con cierto respeto, a mi pesar. Había resuelto bien el problema, aunque había sido ella misma quien lo había causado, para empezar.

—Pero también necesitamos a alguien que sepa frenar a este chico cuando haga falta —dijo June mirando a Maddy.

Hice un esfuerzo por dejar que la conversación siguiera su curso y no interrumpir para ofrecer soluciones. Esta forma de hacer las cosas no iba con mi forma de ser, pero era consciente de que, si esperaba y escuchaba, permitiría a June superar su desconfianza hacia mí. Y, aunque no podía negar que Maddy estaba logrando resultados, ella y yo íbamos a tener que hablar muy en serio acerca de seguir mis malditas instrucciones.

—Lo que más nos interesa es una comunicación abierta y directa —concluyó June.

Maddy me miró como si supiera que me los acababa de servir en bandeja de plata. Nuestros ojos se encontraron durante un momento y sentí un chispazo de conexión con ella, a la vez que caía en la cuenta de lo que hacía falta para convencer por fin a Matthew. Me incliné hacia delante y les miré con atención a su madre y a él.

—Lo entiendo perfectamente. Para que os hagáis una idea de cómo hago las cosas... ¿os suena el

nombre D'Shawn Collins?

Matthew echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Pues claro! De pequeño tenía un póster suyo en mi cuarto.

Iba preparado, ya sabía eso de antemano porque lo había mencionado una vez en una entrevista.

—Te voy a contar lo que pasó una vez que D'Shawn me invitó a su reunión familiar anual. Él quería que su abuelo le diera su aprobación para trabajar conmigo, y me dijeron que solo lo haría si ganaba a sus tíos, hermanos y primos en un partido de baloncesto.

Empecé a contarles cómo me había machacado una prima de D'Shawn de veintidós años, sabiendo que les encantaría esa historia. El abuelo de D'Shawn había asumido que me marcharía de allí indignado tras recibir esa paliza, pero, en lugar de eso, le pregunté si la chica tenía ya un agente. Cuando acabó la reunión familiar, me habían nombrado representante, no solo de uno, sino de dos miembros de la familia Collins. Había elegido esa historia para destacar todo lo que tenía que ofrecer: era accesible, honesto y transparente, y también capaz de ofrecer un apoyo más propio de una familia que de un negocio.

Cuando terminé mi relato, Matthew y June ya se fiaban de mí, justo como había esperado. Me aseguré de rematar la historia con una buena frase.

—Y, bueno, ¿cuánta gente puede contar que le ha metido dos canastas a una futura estrella de la NBA femenina?

Matthew se rio, tal y como esperaba. Eso consiguió relajar el ambiente, y el resto de la cena transcurrió lo bastante bien como para que, cuando nos despedimos en el aparcamiento, me sintiera lleno de esperanza. Matthew prometió comunicarme pronto su decisión final, y eso me pareció una buena señal. Al final, ya había empezado a hablar de cómo podríamos trabajar juntos, sin dar a June la oportunidad de meter baza otra vez y, aunque ella me gustaba, también quería que fuera Matthew quien tomara las decisiones sobre su carrera.

Maddy se quedó muy callada cuando nos subimos al coche de alquiler, y eso me permitió ordenar mis ideas. Tenía que encontrar la forma adecuada de abordar lo que había pasado. Ella había asumido un gran riesgo al meterse en la negociación por segunda vez y, aunque había tenido suerte de que todo saliera bien, no quería que se acostumbrara a intervenir sin antes acordarlo conmigo.

Le lancé una mirada rápida tras incorporarme a la autopista. Parecía pálida, quizá debido al estrés de las últimas veinticuatro horas, o quizá estaba dándole vueltas a lo que acababa de hacer. Decidí ser amable con ella cuando me pidiera disculpas pues, después de todo, lo había hecho con buena intención. Prefería tener una asistente que se preocupara demasiado, a tener una a la que no le importara nada el trabajo.

Maddy se aclaró la garganta y empezó a hablar antes de que yo pudiera decir nada.

—¿Por qué no leíste el mensaje de texto que te envié?

Eso me pilló completamente desprevenido.

—Maddy...

—No me voy a disculpar por haber asumido un riesgo que ha salido bien —me espetó—. Estaba claro que June necesitaba a alguien que la escuchara, y quería darle la oportunidad de hablar. Si hubieras leído mi mensaje, podrías haber sido tú quien le diera esa oportunidad, no yo.

Fruncí el ceño mientras Maddy continuaba.

—Hace mucho tiempo leí que, si estás hablando, no estás vendiendo, y me quedé con esa idea.

—¿Insinúas que he hablado demasiado durante la reunión? —pregunté, un tanto crispado.

—No, pero estábamos llegando al momento crucial —contestó ella—. Los dos necesitaban la oportunidad de expresarse, de contarnos cosas importantes de las que, quizá, no hablan con todo el mundo. Tú tenías que explicarles tu plan, pero...

—Pero ¿qué?

Agarré el volante un poco más fuerte, miré a Maddy con el rabillo del ojo y vi que se encogía de hombros.

—Puede que a ti te parezca que Matthew es todo un hombre, pero para June aún es su niño. Siempre lo será, y ella quiere protegerlo. Yo solo le he dado la oportunidad de decirlo en voz alta para que tú pudieras darle las garantías que necesitaba. Tú le ves como un adulto, pero June no, y para ganarnos su confianza, tenemos... es decir, tú tienes que demostrarle que nos damos cuenta de que necesita que le cuiden. —Frunció el ceño y agitó la cabeza—. Bueno, que *tú* te das cuenta.

Tenía que admitir que, aunque me había fastidiado que interviniera sin avisar, también me gustaba hasta qué punto se había implicado Maddy en la negociación. Había hecho todo lo que había podido para ayudarme a conseguir un cliente importante, incluso aunque significara incurrir en mi desaprobación. Como jefe, me gustaba ese tipo de pasión.

Bueno, también me gustaba de una forma que no era como jefe, pero tuve que deshacerme de esos sentimientos sin contemplaciones.

—Agradezco que te hayas fijado en todo eso. Tienes razón, no había pensado en ese aspecto. Pero, Maddy...

—Lo sé, lo sé.

—No, no lo *sabes* —insistí—. En esta ocasión ha salido bien, pero meterte en una negociación de esa manera ha sido una tremenda insensatez. Acabas de empezar en este trabajo, y es probable que haya aspectos de las negociaciones que no conozcas antes de intervenir en una reunión. Una sola palabra equivocada, y todo lo que he estado preparando tanto tiempo se puede venir abajo. Además, no tienes licencia de agente. Estas cosas tienen implicaciones legales que no solo pueden afectar a una negociación, sino a toda la empresa.

—¿Implicaciones legales? —preguntó ella, hundiéndose un poco en su asiento.

—Esta noche has tenido suerte, pero esto no puede volver a ocurrir. ¿Lo entiendes?

Le lancé una breve mirada para ver cómo había recibido mi reprimenda. Ella asintió en silencio, con los ojos clavados en las manos entrelazadas sobre su regazo. Su actitud derrotada me hizo

seguir hablando porque, en el fondo, más allá de mis duras palabras y mi enfado, me había encantado la forma en que había conseguido ganarse a June. Dejé escapar un suspiro.

—Mira, la próxima vez que se te ocurra una buena idea en una reunión, escríbela en tu cuaderno y me lo enseñas con discreción. Yo intento no mirar el teléfono durante las reuniones, si puedo evitarlo.

Ella se animó y los ojos le brillaron con un poco de esperanza. Me aclaré bruscamente la garganta y cambié de tema.

—Bueno, ¿qué posibilidades crees que tenemos con Garrison? ¿Qué te dice tu instinto?

—Oh, creo que tenemos muchas posibilidades —dijo ella enderezándose—. Me parece que le has gustado de verdad.

—¿Sí? —Al volver a mirarla, vi una sonrisa en su cara a la luz de una farola.

—Por supuesto. ¿Cómo no le ibas a gustar? Matthew debería estar suplicándote que trabajaras con él. Eres increíble.

La sinceridad de su voz me hizo apartar la mirada de la carretera una vez más y nuestros ojos se encontraron durante un momento. Al ver que lo decía en serio, carraspeé un poco y me volví a centrar en conducir.

—Vaya, muchas gracias. Te agradezco la opinión.

—Si quieres que pensemos alguna estrategia esta noche, estoy lista. No tengo nada de sueño y puedo seguir trabajando. Tengo algunas ideas que podrían...

Jesús, qué joven era.

—Maddy, se está haciendo tarde. Aprecio tu entusiasmo, pero no quiero que te quemes tan rápido. Anótalo todo en ese cuaderno tuyo y mañana lo repasamos durante el vuelo de vuelta, ¿te parece?

Lo último que necesitaba era tener a Maddy en mi habitación de hotel otra noche más.

—Claro, de acuerdo.

Pareció un poco triste porque no fuéramos a seguir trabajando y, aunque jamás lo admitiría, a mí también me decepcionaba ponerle fin a esa noche, porque trabajar con Maddy Malone no parecía trabajo.



## MADDY

Noah me estaba enseñando la oficina.

Ventajas: era imposible estar más entusiasmada de lo que ya estaba en mi primer día oficial como empleada de Parker Sports Management.

Inconvenientes: estaba tan nerviosa que las rodillas me temblaban sin parar.

Aunque creía estar preparada para lo que me iba a encontrar, no tenía ni la más mínima idea de dónde me estaba metiendo. *Todo* era elegante y reluciente, desde el edificio, hasta la gente que trabajaba en él. Le estaba muy agradecida a Noah por haberme comprado más de un conjunto de ropa para trabajar antes de ir a Dakota del Norte, porque no tenía nada en casa que fuera ni remotamente apropiado para este sitio. Ya había previsto ir de compras en cuanto cobrara mi primer sueldo.

El ambiente en el edificio era muy bullicioso. No se parecía en nada al periódico, donde los empleados parecían apáticos y desilusionados. Había dado por hecho que Noah me dejaría con algún colega para que me enseñara la oficina, pero había decidido acompañarme él mismo en el recorrido por la oficina, para enseñarme todos los detalles y explicarme las funciones de los empleados. Noté con interés que era el blanco de muchas miradas curiosas que duraban solo un instante, y me pregunté qué estaría pasando.

Durante el recorrido, Noah se paró a hablar un momento con todas las personas a las que me presentaba. Eso me dejó claro que conocía su negocio de arriba abajo o, si no era así, al menos lo fingía de forma muy convincente.

—Una última parada —indicó dirigiéndose hacia un despacho al final de nuestro recorrido—. Ya iba siendo hora de hacer esto, teniendo en cuenta cómo ha empezado nuestra relación laboral.

Señaló con un gesto a una mujer con aspecto atareado, que llevaba unas gafas colocadas en la punta de la nariz.

—Jennifer Wilcox, te presento a nuestra nueva empleada, Maddy Malone. Como sabes, lo hemos hecho todo al revés con ella, así que espero que puedas enderezar las cosas.

Estaba segura de que pasar las últimas veinticuatro horas trabajando juntos sin un contrato firmado había sido mucho más que hacer las cosas al revés, pero tampoco me preocupaba demasiado. Jennifer frunció el ceño un momento y luego pareció relajarse un poco.

—Eso incluye lo de enseñarle la oficina tú mismo, Noah. No era necesario que te encargaras personalmente, pero bueno, gracias. Ahora lo arreglaremos todo. Maddy, por favor, siéntate y te explicaré los documentos.

Jennifer sacó un grueso expediente y lo colocó en la mesa. Noah me sonrió y sentí un pequeño cosquilleo al recordar cómo me había cogido la mano durante el vuelo. Habíamos compartido un momento de intimidad que, sin lugar a dudas, estaría descrito y terminantemente prohibido en alguno de los documentos que iba a firmar ahora. Me imaginaba que ese tipo de contacto iría contra las normas de la empresa, pero, claro, era él quien hacía las reglas, así que esperaba que esta vez lo pasara por alto.

—Os dejo con ello. Muchas gracias, Jennifer.

Noah nos saludó con la cabeza y se marchó.

—Te voy a dejar unos minutos para que lo leas y luego podemos comentar cualquier duda que tengas —dijo Jennifer señalando los papeles.

Media hora más tarde, había firmado unas cuantas docenas de páginas y me dirigía a mi mesa, situada delante del despacho de Noah.

—Oye, Maddy.

Miré a mi alrededor y vi que, desde la cocina, se asomaban otras dos asistentes que Noah me había presentado hacía un rato.

—Hola. —Agité la mano en un saludo.

—Acércate —dijo con susurro teatral la más baja de las dos, una pelirroja llamada Allison—. Queremos hablar contigo.

Al entrar en la cocina, Allison y Gigi, la otra chica, que era rubia y alta, prácticamente me acorralaron junto a la máquina de café.

—Cuéntanoslo todo —instó Gigi con voz emocionada—. Hemos oído que han echado a Zoe, pero no sabemos los detalles.

Era obvio que debía esperar algo de cotilleo en la oficina, pero no estaba muy segura de qué podía contarles. Las acababa de conocer y, aunque quería hacer amigos, sentía una buena dosis de lealtad hacia Noah.

—Bueno, al parecer hubo un problema con el vuelo que organizó para Noah, así que la despidió.

—¿Qué clase de problema? —preguntó Allison, indicándome con la mano que continuara.

Les conté lo ocurrido, pero me limité a los hechos, porque aún no sabía qué tipo de ambiente había en la oficina. Cuando se enteraron de que había acompañado a Noah en el viaje a Fargo, me acabaron sacando la historia completa de cómo Zoe había cancelado la reunión con los Garrison.

—Vaya, pues sí que ha sido un despido en toda regla —dijo Gigi con una exhalación—. No me extraña, después de todo lo que Noah ha tenido que aguantarle.

—Sí, he oído que, como asistente, no era de fiar —comenté. Las dos se echaron a reír.

—Está claro que no te sabes toda la historia —dijo Allison.

Sentí una punzada de preocupación.

—¿Hay algo más?

—Muchísimo más. —Gigi corrió a la puerta, miró si había alguien cerca y volvió deprisa—. Agárrate.

—Zoe empezó como trabajadora temporal cuando se jubiló Jackie, la asistente de siempre de Noah —explicó Allison—. Jackie había estado con él desde que fundó la empresa, así que Noah quiso tomarse un tiempo para buscar la persona adecuada para el puesto. Y bueno, ya sé que acabas de empezar, pero supongo que has visto lo riguroso que puede ser. —Allison me detuvo con un gesto cuando empecé a hacer una pregunta—. En general, eso no es malo, salvo cuando su ira va dirigida contra ti.

—Al principio, Zoe trabajaba bien y hacía bien las cosas —continuó Gigi—. Y tampoco es un puesto fácil, ¿sabes? Son muchas horas de trabajo y viajes frecuentes. No todo el mundo encajaría, pero a Zoe parecía gustarle, así que Noah la contrató a tiempo completo.

—Y parecía bastante competente, a pesar de que siempre estaba hablando por teléfono —añadió Allison.

—Sí —dijo Gigi con un resoplido—. No tardamos mucho en comprender por qué había querido trabajar aquí. Pensó que tener acceso a deportistas profesionales le ofrecería mucho contenido para las redes sociales. Cuando Noah le dejó claro que eso rompía la confidencialidad de los clientes, ella empezó a hacer tonterías. Algunas personas no son capaces de aceptar una reprimenda del jefe.

Fruncí el ceño y me pregunté si alguna de las cosas que yo había hecho se podría considerar una tontería. Había defendido mi punto de vista, pero ¿habría cruzado alguna línea? ¿Habría actuado ya de forma poco profesional?

—¿Cómo reaccionó Noah? —pregunté.

—Zoe empezó a cometer errores en el trabajo, y parecía hacerlo a propósito para atraer la atención de Noah y hacer que se fijara en lo mucho que aportaba a la empresa, ¿sabes? Como para obligarle a reconsiderar lo que le había dicho. Cuando eso no dio resultado, se dedicó a fingir que trabajaba, pero hacía lo mínimo posible y dedicaba casi todo el tiempo a sus cosas. ¿Lo de liarse con la reserva del avión? Hacía cosas como esa *todo el tiempo*. Se ponía a hacer lo que sea en Internet y se olvidaba de hacer el trabajo por el que le estaban pagando. Era una estupidez, tenía que haber sabido que la acabarían despidiendo. Noah no aguanta a las personas que no saben separar la vida personal de la profesional.

—Es una pena que no todo el mundo sepa comportarse como es debido —dije, sin comprometerme.

—Exacto. Y aquí, la gente que mezcla las cosas «personales» con el trabajo, no lo hace a través de las redes sociales, no sé si me entiendes —dijo Gigi.

—¿Cómo? No, no lo entiendo —dije pestañeando.

—Sabemos de buena tinta que muchos agentes se han liado con sus asistentes. —Allison hizo una mueca—. No tenemos ninguna norma escrita que prohíba las relaciones personales, así que por aquí hay bastante gente que va de cama en cama.

—¿Habéis dicho algo de camas?

Mi corazón se detuvo al oír esa voz. Profunda, acariciadora, *conocida*. Parecía imposible, pero sí, era él, entrando en la cocina con esa sonrisa que siempre creyó irresistible: Beckett Tate.

Daba igual cómo hubieran acabado las cosas entre nosotros, aún me ponía nerviosa cada vez que le veía. La diferencia es que antes me gustaba la sensación, y ahora ya no.

No, después de la forma en que habían acabado las cosas, ya no me gustaba nada.

Yo había cambiado mucho desde entonces, pero era obvio que él seguía igual. Todavía actuaba como si todo el mundo le estuviera observando, y lo cierto es que solía ser así. A pesar de que no era, ni por asomo, una de mis personas favoritas, había que admitir que era un hombre tremendamente guapo. Pelo rubio que siempre parecía como recién levantado de la cama, una sonrisa que solo se podría describir como magnética, y un cuerpo esbelto, muy trabajado en el gimnasio y tan digno de admiración con ropa como sin ella. Era una pena que su personalidad no fuera a juego con su aspecto.

—Maddy Malone, ¿qué diablos haces aquí? —Lo preguntó con una sonrisa, pero su tono no reflejaba ninguna simpatía y, de hecho, la sonrisa no llegó a sus ojos.

Allison y Gigi nos estaban mirando del uno al otro.

—¿Ya os conocéis? —preguntó Gigi.

Intenté explicarlo antes que Beckett, para tratar de dar mi versión de la historia, pero él se me adelantó.

—Sí, nos conocemos —dijo con una sonrisa que se transformó en una mueca arrogante—. Esta y yo tenemos una larga historia.

—Pues nos la tendréis que contar la próxima vez que quedemos después del trabajo —dijo Allison—. Yo me tengo que ir ya, pero quiero todos los detalles otro día, con unas cervezas. ¿De acuerdo?

—Me apunto —dijo Gigi—. Me encantan los cotilleos, estoy deseando oír este. Maddy, bienvenida, y no dudes en avisarnos si este tío se pasa mucho.

Cuando nos quedamos solos en la cocina no se me ocurrió qué decir. Ver a Beckett había desatado una avalancha de recuerdos, pero los buenos quedaban sepultados bajo los malos. Aunque había sido yo quien había puesto fin a lo nuestro, lo cierto es que era él quien me había empujado a romper. Habíamos tenido una relación muy complicada cuando estábamos en la universidad, y yo creí que íbamos a intentar seguir juntos a pesar de la distancia cuando me fuera a Washington con la beca de la CNN. Pero Beckett siempre había sido muy posesivo, y sus celos se desataron ante la idea de que estuviera sola en una nueva ciudad. Intentó convencerme para que no me fuera, llegó hasta el punto de intentar prohibírmelo, y eso fue lo que me hizo tomar la

decisión. Rompí con él, pero tras esa relación, no podía dejar de buscar defectos y faltas en todos los hombres con los que había salido. Ya no me fiaba de mí misma en cuestión de relaciones con hombres.

Después de años sin hablar con Beckett, ahora lo tenía delante de mí, mirándome con aquella admiración que solía hacer que me temblaran las rodillas. Esta vez, sin embargo, me alegré de comprobar que ya no ejercía el mismo efecto sobre mí.

—Hola, Maddy.

—Hola.

Me alejé de él hasta topar con la encimera que tenía detrás. No estaba segura de cómo enfrentarme a esta situación inesperada, pero sabía que no iba a permitir a Beckett Tate entrar de nuevo en mi vida, ni siquiera como amigo. La forma en que había salido de ella me dejó claro que, en realidad, yo no le importaba: lo único que le importaba era controlarme. En cuanto dejé de hacer lo que él quería, ya no sintió el más mínimo interés por mí.

—¿Qué tal estás? —pregunté.

—De maravilla, como siempre —dijo con un tono ligero, solo medio en broma. Beckett siempre estuvo encantado de haberse conocido—. Tú estás fantástica. Me gusta tu pelo, lo llevas diferente. Resalta tus pómulos.

Él siempre había tenido mucho que decir sobre mi aspecto, no solo cosas buenas, sino también terribles. Yo había acabado por necesitar su aprobación constante, y este piropo todavía me hizo sentir un cosquilleo.

—Gracias.

Él cruzó los brazos y se quedó mirándome, dejando que sus ojos resbalaran por mi cuerpo.

—Deberíamos quedar para tomar café y ponernos al día, reírnos de los viejos tiempos. Además, podría explicarte cómo funcionan aquí las cosas. Hay algunas personas con las que hay que tener cuidado, tú ya me entiendes.

Ya, claro. Me pregunté si se daba cuenta de que, desde mi punto de vista, estaba hablando de sí mismo. No pensaba permitir que Beckett se metiera otra vez en mi cabeza, ni hablar. Yo era ahora una persona distinta y no iba a aguantar el asqueroso comportamiento manipulador que ya me había demostrado antes, cuando hacía cosas como exigir que le enseñara el teléfono, enviar mensajes de texto preguntándome dónde estaba, tener que pedirle permiso para salir con mis amigas... No había sido consciente de lo horrible que había sido aquella relación hasta que conseguí librarme de él. Ahora que había pasado el tiempo y había adquirido perspectiva, por fin podía entender lo retorcido que era, y no tenía ninguna intención de volver a pasar por todo eso.

—¿Sabes qué? Es mi primer día oficial en este trabajo y tengo que centrarme en mis tareas —contesté—. Pero, gracias de todos modos. Ya nos veremos por aquí.

Me dirigí hacia la puerta, pero Beckett me cortó el paso.

—¿En serio? Solo es un café, Maddy —me dijo con una sonrisa, pero mirándome con ojos despiadados—. ¿Tienes miedo de no poder resistirte a mí?

Intenté no reírme en su cara. No iba a negar que seguía estando buenísimo, pero ya no sentía nada por él. Ahora veía lo que había detrás de su atractiva cara: un capullo controlador que no tenía ni idea de cómo querer o valorar a una mujer.

—Tú mismo, Beckett, piensa lo que te dé la gana —dije, deslizándome por el hueco que quedaba a su lado—. Que tengas un buen día.

Estuve a punto de chocar con Noah y volví la mirada hacia la cocina, tratando de averiguar si habría escuchado algo.

—Maddy, te estaba buscando. Tengo algunos problemas de agenda y necesito que los mires. ¿Estás lista para empezar a trabajar?

Noah hizo un gesto con la cabeza hacia Beckett cuando pasó a su lado. Beckett le dedicó un saludo desinteresado y me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario. Sentí que me ardían las mejillas.

—Sí, ya he terminado con los documentos de recursos humanos y estaba cogiendo una botella de agua. Estoy preparada.

Miré el teléfono y empecé a buscar el calendario que compartíamos. Noah me dirigió una mirada.

—Creo que has olvidado algo. —Entró en la cocina y salió con una botella de agua que me ofreció—. Hay que hidratarse bien.

Solté una carcajada. A este hombre no se le escapaba una.

—Gracias. Son un montón de cosas nuevas, estoy tratando de estar en todo.

Empezamos a andar hacia el despacho de Noah y él se volvió hacia mí.

—Hablando de eso, ¿estás bien? Pareces un poco pálida.

Comprendí que se estaba refiriendo a mi reacción ante Beckett. En otras circunstancias, yo jamás habría hablado de mi ex en el trabajo, pero sentí el extraño impulso de contarle a Noah toda la historia. Iba a empezar a hablar cuando recordé que cualquiera podría oírnos mientras andábamos por el pasillo, y no quise llamar la atención el primer día con mis dramas personales. Además, tampoco iba a permitir que Beckett me desconcentrara.

—¡Sí, estoy bien! Todo el mundo parece muy agradable.

Él me miró con atención y, por fin, asintió con la cabeza.

—De acuerdo, me alegro. —Habíamos llegado a su despacho y él se hizo a un lado para dejarme pasar primero—. Vamos a trabajar.

Perfecto. Eso era justo lo que estaba deseando hacer.



## MADDY

—Oye, Maddy, ¿tienes el pasaporte en vigor?

Levanté la vista de mi ordenador y encontré a Noah mirándome desde la puerta de su despacho. Le dirigí una sonrisa.

—Seguro que no te vas a creer que una mujer que solo ha subido a un avión una vez en su vida tenga el pasaporte en vigor. —Quizá debería explicarle que me había hecho el pasaporte al cumplir los dieciocho, con la intención de llenarlo de sellos de todo el mundo, pero no había llegado a hacer ninguno de esos viajes debido a la enfermedad de mi padre.

Noté una corriente entre nosotros, una especie de conexión, como si ambos estuviéramos recordando nuestro primer vuelo juntos. Noah desvió la mirada antes que yo y recuperó su actitud profesional habitual.

—Muy bien. Entonces, ¿estarás lista para salir mañana, ¿verdad?

Tartamudeé unas cuantas palabras, intentando entender lo que estaba diciendo.

—Espera, ¿quieres que vaya *contigo*? ¿A Europa?

Había visto en su calendario las tres semanas bloqueadas para ese viaje, pero no me había dicho nada de acompañarle. No es que pensara que me iba a dar tres semanas de vacaciones, pues sabía que necesitaría ayuda con todas las reuniones que tenía programadas, pero había asumido que le asistiría desde aquí. Noah escuchó mi pregunta, malhumorado.

—Cuando te expliqué tus responsabilidades, creo que te dije que viajarías conmigo. Porque, si eso va a ser un problema...

—¡No! —le interrumpí—. No es un problema, para nada. Es solo que yo... bueno, no me había dado cuenta de que nos íbamos *mañana*.

—Bien. —Asintió con la cabeza—. Asegúrate de dar tus datos personales a la tripulación del vuelo.

—Ahora mismo —contesté.

—De acuerdo. Vuelve a comprobar todo lo que organizó Zoe y luego puedes irte a casa a hacer el equipaje. Nos vamos mañana a las siete de la mañana, así que te recogerá un coche a las cinco. Pero, por favor, comprueba todos los detalles una vez más porque...

—Zoe —terminé la frase por él. Había estado arreglando sus desastres desde el primer día, y tenía la sensación de que me iban a seguir apareciendo por un lado u otro durante bastante tiempo.

—Exacto —dijo Noah con los labios apretados en una delgada línea.

Sonó el teléfono y él se dirigió a su despacho. Aproveché la oportunidad para echar un vistazo a mi agenda y comprobé que, durante ese viaje, me perdería tres Cenas Familiares de los jueves con las chicas, y también la fiesta de revelación de género del bebé de Cassie. Eso no me hizo ninguna gracia: iba a fallarle a la primera amiga del grupo que iba a ser mamá.

Sentí un vuelco en el estómago al pensar en la forma tan rápida y dramática en que estaba cambiando mi vida. Esas cenas eran la base de mi amistad con Nia, Hope y Cassie. Kaitlyn también venía cuando podía, pero ahora estaba inmersa en su vida de recién casada y sabíamos que no podíamos contar con ella durante las próximas semanas. Estaba segura de que las chicas tendrían mucho que decir sobre mi repentino cambio de planes, pero esa clase de conversación había que tenerla en persona, así que envié una invitación a través de nuestro grupo de mensajes.

«Chicas, reunión urgente hoy para tomar algo. ¿Quedamos en Clyde's a las cinco?»



Para cuando me encontré sentada en una mesa alta del bar, ya había conseguido calmarme un poco. Cassie fue la primera en llegar.

—Hola, guapa —dijo, envolviéndome en uno de sus maravillosos abrazos—. ¿Estás bien?

Asentí mientras me mordía el labio. No quería tener que contar la historia dos veces, así que respondí con evasivas.

—Todo bien. Tú sí que estás *guapísima*.

Cassie se rio y acarició el pequeño bulto de su tripa.

—¿En serio? Tengo la sensación de que ya no me cabe ningún pantalón. Me voy a poner enorme.

—Anda, no digas eso —insistí—. Estás radiante.

—¿Estáis hablando de lo preciosa que está nuestra amiga? —preguntó Nia, dejando caer el bolso sobre la mesa—. Tiene una piel digna de una diosa.

Nia repartió abrazos, y luego repetimos el proceso cuando llegó Hope. Cuando estuvimos todas sentadas con nuestras bebidas, dejé caer la pequeña bomba.

—Escuchad, tengo buenas y malas noticias,

Todas callaron y se quedaron mirándome. Como siempre, fue Nia quien rompió el silencio.

—Estás saliendo con alguien. —Miró a las demás—. ¿Verdad que está muy sonriente y muy mona?

Me sonrojé. El único hombre al que veía con regularidad era mi jefe, y apenas me permitía pensar en lo atractivo que era.

—Ojalá —dije entre risas—. No, no es eso. La buena noticia es que por fin voy a ir al extranjero. ¡Me voy a España! Bueno, también vamos a ir a otros sitios, pero pasaremos la mayor parte del tiempo en España.

Los gritos de entusiasmo de las chicas atraieron las miradas del resto de clientes del bar hacia nuestra mesa.

—Llevabas siglos deseándolo —dijo Hope—. ¡Cuéntanoslo todo!

—Un momento, no son unas vacaciones. Es un viaje de trabajo, pero, aun así, estoy muy emocionada.

—Oh, un viaje con tu jefe, el tío bueno —sonrió Hope—. Eso va a ser interesante.

—Ese hombre está como un *tren* —añadió Nia.

—Ya vale —pedí—. No es eso, en serio, se trata de trabajo. Pero bueno, esas son las buenas noticias, nos vamos mañana. —Hice una pausa—. Estaré fuera tres semanas.

—Está claro que esas son las malas noticias —dijo Cassie con cara de decepción—. Te vas a perder mi fiesta de revelación de género del bebé.

—Lo siento mucho, Cass. Me da mucha pena —dije, extendiendo la mano para coger la suya a través de la mesa—. Pero no puedo hacer nada por cambiar las cosas, ¿sabes? No llevo allí el tiempo suficiente como para pedir nada.

—Sí, está claro que no causarías una buena impresión si le dices a tu jefe que no puedes ir a Europa porque tienes que ver cómo tu amiga corta una tarta a ver de qué color es —dijo Cassie entre risas.

Le apreté la mano.

—Para, ya sabes que es mucho más que eso. Quería participar en todas las celebraciones de tu bebé. Esta vez no voy a poder, pero te prometo que iré al *baby shower* y estaré en los demás momentos importantes.

—No pasa nada, Mads. Sé que te estarás acordando de nosotras todo el tiempo.

—Y nos veremos por FaceTime —añadí—. Si no estoy en una reunión, os haré una llamada de vídeo.

—También te vas a perder tres Cenas de Familia con nosotras —protestó Hope.

Las cenas semanales habían sido un punto de apoyo para nuestro grupo cuando terminamos la universidad y nos adentramos en el mundo real. Nos daban la ocasión de relajarnos y olvidar el estrés y las responsabilidades de nuestras vidas, y pasar juntas unas pocas horas a la semana. También nos permitían recordar que no importaba a qué nos enfrentáramos: siempre estaríamos disponibles para apoyar las demás. No era habitual que ninguna de nosotras se perdiera una cena, y mucho menos, tres seguidas.

—Lo sé, pero también os llamaré por FaceTime durante las cenas. Solo tenéis que colocar un teléfono de forma que os vea, y será como si estuviera ahí con vosotras.

—Ya, pero nosotras estaremos comiendo una pizza de Gino y tú, en cambio, comerás paella y rioja —rio Hope.

—Tengo que admitir que estoy deseando probar toda la comida.

—Y la compañía tampoco está mal.

Empecé a protestar, pero Nia alzó una mano para detenerme.

—Vale, vale, es tu jefe, lo entiendo. Oficialmente, es intocable. Pero, venga ya, a *nosotras* nos lo puedes contar. ¿Piensas en él alguna vez? ¿Ya sabes, en plan... fantasía?

Jugueteé con el vaso de cerveza sintiendo que me ardían las mejillas. A ver, desde luego que me había fijado en lo bien que le sentaba toda la ropa que se ponía. Y había estado lo bastante cerca de él para notar que su colonia olía como una fogata en un bosque de pinos. Después estaba el hecho de que siempre me miraba un instante más de lo necesario. No lo hacía de forma rara ni inapropiada, para nada. Más bien parecía que me miraba con... ¿admiración? Lo achacaba a que hacía bien mi trabajo, pero, en el fondo, una diminuta parte de mí pensaba que era a *mí* a quien admiraba, y eso me encantaba.

—No lo se... —dije como evasiva—. Sí, es guapísimo, pero no quiero arriesgarme a perder este trabajo. Ya tuvo problemas muy serios con su anterior asistente, una chica que pretendía hacerle cambiar las reglas para que ella pudiera seguir con sus planes personales. No quiero complicar las cosas.

—Eso tiene sentido —dijo Hope—. En mi oficina hay reglas muy estrictas sobre las relaciones personales.

Eso me recordó lo que había dicho Gigi en la cocina el primer día.

—Bueno, en esta empresa no hay normas sobre relaciones personales, es solo que a Noah no le gusta mezclar lo personal con lo profesional.

Cassie me miró con los ojos muy abiertos.

—O sea, que, técnicamente, *podrías* tirarte al jefe si quisieras.

Todas rieron a carcajadas, y nada de lo que dije a continuación consiguió contener sus risas. Seguimos riendo hasta acabarnos las bebidas, y tuve que esforzarme por no pensar en todo lo que iba a perderme durante el viaje. No quería admitir que, además, estaba un poco nerviosa. Nuestro grupo de amigas y nuestras reuniones regulares me resultaban muy familiares. En cambio, ¿cómo podía saber dónde me estaba metiendo con Noah?

En ese momento, sonó mi teléfono, y no me sorprendió que fuera él quien llamaba. Era nuestro primer viaje largo juntos, seguro que tendría algunos detalles que encargarme en el último momento.

—Hola, Noah. ¿Qué ocurre?

Las chicas me dirigieron miradas burlonas en silencio mientras yo luchaba por mantener una

expresión seria.

—Acabo de recibir buenas noticias: Garrison ha firmado con nosotros.

—¿En serio? —Todas me estaban mirando con atención—. ¡Enhorabuena, lo has conseguido!

—Para ser sincero, no lo habría conseguido sin ti —dijo él tras una breve pausa.

Me sorprendió que reconociera mi participación en el proceso, sobre todo considerando cuánto me había pasado de la raya.

—Lo único que hice fue una llamada de teléfono.

—Maddy, los dos sabemos que hiciste mucho más que eso, y por esa razón, me gustaría invitarte a cenar antes de irnos. ¿Podrás estar lista en una hora? Yo te recogeré.

Dudé un momento, sin querer despedirme de mis amigas antes de tiempo. Por otro lado, tenía muchas ganas de ver a Noah fuera del trabajo otra vez, aunque no quise pensar mucho en el motivo. Bajé la vista a los vaqueros y camiseta de tirantes con los que me había vestido al terminar de preparar el equipaje. No iba vestida como para una «celebración», pero me daba tiempo de correr a casa para cambiarme.

—Me parece perfecto.

—De acuerdo. Te veo en un rato.

Colgó la llamada antes de que pudiera felicitarle de nuevo y me di cuenta de que mis amigas me seguían mirando, esperando a que les contara los detalles.

—¿Qué pasa? —pregunté, mirando a cada una de ellas.

—Cuéntanos tú lo que *pasa* —exigió Hope.

—Ese chico, Matthew Garrison, ha firmado por fin el contrato con Noah, es el jugador al que fuimos a conocer a Fargo. Noah quiere invitarme a cenar para celebrarlo.

Sus tres pares de cejas salieron disparadas hacia el techo.

—Oh, ¿*en serio*? —preguntó Cassie en un tono muy malvado—. Entonces, ¿es una cita?

—Oh no, para nada —dije, negando con la cabeza.

—¿Dónde vais a ir? —quiso saber Nia.

Me encogí de hombros.

—No sé. A cenar.

—¡Es una cita! —dijeron todas a coro.

—No, no es eso —protesté.

—A mí me parece que suena a cita —dijo Hope—. ¡Esta noche podríais dar el primer paso!

—Venga ya, chicas. Si estuviera interesado, me habría pedido que saliera con él, no que trabajara

para él. La cena es solo para agradecerme mi pequeña contribución a la firma del contrato con Garrison, nada más.

—¿Te vas a cambiar de ropa? —preguntó Nia mirándome de arriba abajo.

—Por supuesto. Esto no es muy adecuado para ir a cenar, sobre todo teniendo en cuenta el tipo de sitios a los que irá normalmente.

—Esto es una cita —repitió Nia.

Su insistencia me hizo reír. Saqué la cartera y puse un billete de cien sobre la mesa.

—Yo invito —dije.

—Qué generosa —rio Cassie—. Cómo se nota que te paga bien.

Me uní a sus risas sin dejar de pensar en lo importante que era este nuevo trabajo para mí. No tenía intención de fastidiarlo enamorándome de mi jefe. Además, estaba segura de que él nunca pensaría en mí de forma romántica.

Pero, cuando me miraba de esa forma, casi parecía que estaba *empezando* algo entre nosotros.



## NOAH

—¡M e *encanta* el sushi! —exclamó Maddy cuando entramos en el aparcamiento de Kosushi—. He oído hablar muy bien de este sitio.

—Me alegro de haberlo elegido —contesté mientras aparcaba el Audi cerca del edificio—. No a todo el mundo le gusta el sushi.

—Bueno, yo no soy muy atrevida con lo de probar distintos tipos de sushi, pero a lo mejor eso cambia esta noche, si me orientas un poco.

—Lo haré encantado, pero no esperes que lo sepa todo. El chef Koshoji siempre me sorprende, es un maestro.

Intenté no quedarme mirando fijamente a Maddy durante el recorrido hasta la puerta. Sin contar el vestido de dama de honor de la boda, esta era la primera vez que la veía con algo que no fuera la ropa de trabajo, y durante el trayecto hasta aquí, había tenido que esforzarme por recordar que trabajaba para mí. Había tratado de evitar mirar los atractivos pliegues que formaba la tela verde del vestido sobre sus pechos y, ahora que caminaba unos pasos delante de mí... bueno, digamos tan solo que tuve que esforzarme por no admirar el atractivo balanceo de sus caderas. Mi intención no era la de tener una cita esa noche, pero lo cierto es que eso era justo lo que parecía esa cena.

—¿Estás seguro de que está abierto? —preguntó Maddy al ver el aparcamiento vacío.

Me hizo gracia que pareciera un poco nerviosa. A veces se me olvidaba que mi estilo de vida no era muy normal.

—Estoy seguro.

Maddy alcanzó la puerta, pero esta se abrió antes de que ella pudiera tocarla.

—Bienvenido de nuevo, señor Parker —dijo la mujer que nos había abierto, con una inclinación de la cabeza—. Señorita Malone, es un placer recibirla esta noche.

—Gracias, Nozomi. Estamos encantados de cenar con vosotros.

Entramos en la elegante sala principal del restaurante, que estaba vacía. Maddy se volvió hacia mí, sorprendida.

—Pero ¿dónde está todo el mundo? Es la hora de cenar.

—Nosotros somos todo el mundo —expliqué—. He reservado todo el restaurante.

Seguimos a Nozomi al interior y observé que Maddy se quedó boquiabierta al verlo. Era un local impresionante, con una elaborada decoración de ebanistería de roble suspendida del techo y alrededor de las paredes, que creaba la impresión de estar en el interior de una colmena. Nozomi nos condujo a la mesa principal.

—El chef Koshoji les atenderá enseguida. ¿Puedo ofrecerles un poco de sake caliente mientras esperan?

—Sí, muchas gracias.

Separé una silla para Maddy, que se dejó caer en ella con los ojos aún muy abiertos por la impresión.

—Hum, yo... bueno, no estoy segura de poder pagar mi mitad de la cuenta.

—¡Venga ya! —dije riendo—. Es una cena de celebración y te he invitado para darte las gracias. Yo me encargo de la cuenta.

—De acuerdo, muchas gracias —dijo ella con una exhalación de alivio.

Me senté junto a ella y, una vez más, me dije a mí mismo que no éramos más que compañeros de trabajo y esto no era una cita. Daba igual lo guapa que estuviera, solo estábamos celebrando un logro de nuestra empresa.

El chef era un hombre de expresión imperturbable, y se mantuvo en silencio al preparar el sushi hasta que el entusiasmo de Maddy terminó por cautivarle incluso a él. La observé relajado mientras ellos charlaban, admirando la forma en que su encanto y su alegría contagiosa parecían extenderse a todas las personas con las que entraba en contacto. Antes de esta noche, nunca había visto reírse al chef, pero esta noche hubo varias ocasiones en las que su gesto severo se suavizó bastante. Antes de terminar de preparar el primer plato, utilizó un pepino para tallar una rosa y se la ofreció a Maddy con una inclinación, colocada sobre la punta de un cuchillo. Al parecer, los dos nos sentíamos embrujados por ella. Al terminar, y antes de dejar su puesto para que comiéramos sin prisa, el chef me dirigió un guiño de complicidad.

Maddy cogió sus palillos para probar el atún con aguacate y dejó escapar un gemido en cuanto dio el primer bocado.

—¡Está delicioso!

—Esta comida te cambiará la vida. Nunca encontrarás un sushi igual.

Intenté centrarme en mi plato porque ver comer a Maddy me estaba empezando a poner nervioso. La forma en que cerraba los ojos y los sonidos de placer que emitía no hacían más que sugerirme el aspecto que tendría al experimentar otro tipo de placeres carnales.

No. Eso no estaba bien. No podía pasarme de la raya con ella.

—Maddy —empecé con esfuerzo, tratando de mantener las cosas en el terreno profesional—. Quiero que sepas lo mucho que agradezco que estés con nosotros. Has sido una gran ayuda para mí, mucho más de lo que había previsto, y por eso te doy las gracias. —Como jefe, sabía que mi

estilo no era cálido ni agradable, pero sabía reconocer el mérito de quien lo merecía. Alcé mi vaso de sake hacia ella y sus mejillas enrojecieron.

—Solo hago mi trabajo —contestó al tiempo que tocaba mi vaso con el suyo.

—Un momento, ¿por qué ahora eres tan modesta? —La miré con el ceño fruncido—. Me tiraste un zapato. Llamaste a la madre de Matthew a mis espaldas. Te metiste en la negociación durante aquella cena, aunque te había dicho que no lo hicieras. ¿Y ahora no vas a aceptar un maldito cumplido que te has ganado? Te aseguro que no los hago si no se merecen.

—Tuve un novio al que no le gustaba verme actuar con confianza en mí misma —explicó desviando la mirada—. Tampoco le gustaba nada que otras personas me hicieran cumplidos. —Me miró y sonrió—. Pero supongo que contigo no hace falta que me preocupe por eso.

Quise exigirle que me diera el nombre de su ex, para encontrarle y meterle a golpes un poco de sentido en la cabeza. No podía imaginar qué clase de hombre sería capaz de intentar hacer que una mujer como Maddy se sintiera insegura. En cualquier caso, sabía que no debía pensar de esa forma, así que cambié de tema.

—Ni te imaginas lo mucho que se ha reducido mi nivel de estrés desde que empezaste a trabajar. Ahora puedo centrarme en mi propio trabajo en vez de esperar a que estalle el siguiente problema. Como ya has visto, es un trabajo de mucha presión, y el estrés adicional de preocuparme por lo que podría ir mal estaba empezando a ser insoportable.

Maddy extendió una mano y me apretó el brazo.

—Trabajas demasiado.

Al mirarla, me conmovió la sincera expresión de preocupación en su rostro. Ignoré la sensación de su mano cálida sobre mi brazo y opté por centrarme en lo que había dicho.

—No tengo más remedio, la empresa lleva mi nombre.

Maddy apartó la mano para coger un poco más de sushi, pero sentí que su mano me había marcado la piel.

—Sí, pero no es necesario que trabajes tanto, ¿no? Tienes un equipo fantástico de gente que puede hacerlo por ti. Podrías quedarte en tu despacho y dejar que se maten ellos.

Negué con la cabeza y extendí mi plato hacia Maddy para que me sirviera un poco más de sushi.

—No soy esa clase de persona.

—Ya me he dado cuenta —dijo con una risa—, pero ¿alguna vez te vas de vacaciones, o pasas tiempo con tu familia, o algo así?

Fruncí el ceño ante la mención de mi familia. Solía evitar hablar de ellos, pero comprendía que ella quisiera saber más sobre mi vida, considerando que trabajábamos juntos. La familia solía ser un tema de conversación frecuente con los clientes, así que sería mejor que conociera un poco de mi historia.

—Mi madre murió cuando yo tenía doce años, de cáncer.

—Lo siento muchísimo, Noah. —Volvió a extender la mano hacia mí, y esta vez me dio un rápido apretón.

—Gracias. Fue muy difícil. —Durante unos momentos, solo se oyó el sonido de los palillos contra los platos, hasta que comencé a hablar de nuevo—. Mi padre esperaba algo de mí que yo no podía darle. Ya no tenemos mucha relación.

Maddy inclinó la cabeza, como si eso no tuviera sentido para ella. Recordé lo que me había contado de su propia relación con su padre, y todo lo que había dejado para estar con él, y comprendí que sería mejor cambiar a un tema menos deprimente.

—¿Lista para probar algo más? —Hice un gesto con la cabeza hacia el chef, que había vuelto a aparecer con su ayudante para preparar el siguiente plato. Maddy les dedicó una sonrisa.

—Ya me estoy llenando, pero no pienso negarme a probar más cosas deliciosas. ¡Adelante!

El resto de la cena transcurrió entre deliciosa comida y buena conversación. Maddy era la perfecta compañera de mesa, dispuesta a probar las combinaciones de sabores más exóticas que se le ocurrían al chef. Parecía estar disfrutando de cada segundo de la experiencia, que era lo que yo había esperado conseguir al organizar esa cena. Sonreí al pensar en lo que le esperaba en las próximas semanas durante nuestro viaje al extranjero. No veía el momento de enseñarle mi mundo. Gracias a su entusiasmo, estaba disfrutando aún más de uno de mis restaurantes favoritos.

Dos horas y media más tarde, ambos dejamos nuestras servilletas sobre la mesa, sin poder comer un bocado más.

—Chef Koshoji, le doy las gracias por la mejor cena de toda mi vida —dijo Maddy lanzándole besos.

Si no le hubiera conocido tan bien, juraría que el viejo soltó una risilla al recibir el cumplido. ¿Qué clase de poder ejercía Maddy sobre quienes la conocían, incluyéndome a mí? Ella y yo nos relacionábamos con la gente de formas muy diferentes, pero, después de haber pasado tan solo una semana con ella, no me la imaginaba actuando de ninguna otra forma.

Antes de venir había llegado a un acuerdo con Nozomi sobre el coste de la cena, que incluía una propina por casi el doble de su valor, pero había merecido la pena. Sentía un gran aprecio por lo que nos habían ofrecido, y quería que lo supieran.

—¿Lista? —pregunté, levantándome de la silla y extendiendo la mano hacia Maddy para ayudarla. Ella colocó su pequeña mano en la mía y me miró sonriente.

—Creo que no me quiero ir. Este sitio me encanta, me quedo a vivir aquí.

Me pareció que tomarla de la mano para ayudarla a levantarse era el gesto más natural del mundo, pero también era algo más propio de una cita, así que la solté en cuanto se puso en pie. Nos despedimos y salimos del restaurante para dirigirnos a mi coche.

—Muchas gracias, Noah —dijo Maddy cuando atravesábamos el aparcamiento vacío—. Ha sido increíble.

—Ha sido un placer. Y gracias a ti.

Lo volví a sentir una vez más: una sensación de conexión entre los dos que no tenía nada que ver con una relación profesional. Caminando junto a ella a la luz de la luna, después de compartir una cena maravillosa... Llegado este momento, cualquier otro hombre ya habría besado a Maddy una docena de veces. No deseaba otra cosa que poder estrecharla entre mis brazos antes de entrar en el coche y darle una idea de lo que le esperaba cuando llegáramos a casa. Pero eso no era posible, y no solo porque no podía arriesgarme a que las cosas se complicaran entre nosotros justo antes de iniciar un viaje de tres semanas. Había mucho en juego, y no pensaba estropearlo empezando nada con la mejor asistente que había tenido jamás; ni siquiera aunque me estuviera muriendo por probar su deliciosa boca.

—¿Qué te pasa? —preguntó Maddy mirándome.

—No he dicho nada.

—No, pero has hecho un ruido que ha sonado como si el coche tuviera una rueda pinchada, o te hubieras dejado la cartera en el restaurante.

Me aclaré la garganta para intentar ocultar que me sentía muy avergonzado porque me había pillado pensando en besarla.

—No, no pasa nada. Solo estaba, hum, pensando en lo mucho que tenemos que madrugar. —Abrí la puerta del coche para que entrara, la cerré cuando se hubo sentado y me dirigí al lado del conductor sin dejar de lanzarme reproches a mí mismo.

—Hablando de mañana, ¿tienes alguna indicación de última hora para mí? —preguntó ella.

Bien, pensé mientras dirigía el coche hacia la autopista. Hablar de trabajo estaba mucho mejor.

—No, creo que ya lo hemos repasado todo. Solo tienes que recordar que todo va a ir muy rápido y vas a estar mucho más ocupada de lo que crees. Ah, y además vas a tener *jet lag*. —La miré con el rabillo del ojo y me fijé en que alzaba una comisura de la boca en una media sonrisa.

—No creo que vaya a tener *jet lag*, siempre duermo muy bien.

—¿Eso crees? Ya lo veremos. Hasta los más resistentes caen al llegar el segundo día.

—¿Me estás desafiando? —rio ella—. Porque estoy dispuesta a apostar algo contigo.

Agarré el volante con más fuerza. ¿Cómo conseguía Maddy hacer que todo pareciera más divertido? Gracias a ella, hasta este viaje de trabajo que no me apetecía nada estaba empezando a parecer una aventura.

—De acuerdo, hagamos una apuesta. Si aguantas los tres primeros días sin sucumbir al *jet lag*, tú ganas. Si no, gano yo.

—Acepto, pero que quede claro que no estamos hablando de dinero, así que, ¿cuál es la apuesta?

En ese momento se me ocurrieron un montón de cosas inapropiadas que apostar, sobre todo ante la forma en que me estaba mirando.

—Uh...

—¡Una cena! —exclamó ella—. Si gano yo, elijo el restaurante donde cenaremos el tercer día.

Pero te advierto que no será un sitio elegante, sino uno de esos sitios típicos locales en los que te chocas con la mesa detrás de ti y los postres los hace la abuela del dueño. Ya preguntaré en algún quiosco o en una cafetería dónde va a comer la gente de allí.

—Bueno, eso suena a que saldremos ganando los dos.

—No pensaba que te pudieran gustar esa clase de sitios, señor Reservo-todo-el-restaurant —dijo ella mirándome con la cabeza inclinada.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Maddy Malone —contesté sonriendo. Ella me devolvió una sonrisa tan encantadora que me costó un esfuerzo tremendo no tomar su mano y llevármela a los labios.

Maddy siguió charlando con entusiasmo durante el resto del viaje hasta su casa, y yo me contenté con dejarle hablar. Tras aparcar frente a su casa, salí del coche antes de que pudiera quitarse el cinturón de seguridad como correspondía a mis buenos modales: *siempre* le abría la puerta del coche a una mujer.

Ella titubeó un poco al salir del coche, y se quedó un poco más cerca de mí de lo que había esperado.

—Gracias de nuevo por esta noche tan increíble. Me lo he pasado muy bien.

—Ha sido un placer, me alegro mucho de que hayas disfrutado.

Creo que los dos lo sentimos: un tirón magnético que nos hizo acercarnos un poco más, como para averiguar qué estaba ocurriendo entre nosotros. Intenté pensar en algo que decir para ocultar las tremendas ganas que tenía de besarla y estaba a punto de mencionar cualquier tontería sobre su pasaporte, cuando ella apoyó las manos sobre mis brazos, se puso de puntillas y me besó. Sus labios rozaron los míos y descansaron allí un momento. No pude contenerme y empecé a alzar los brazos para atraerla hacia mí, pero ella se separó de mí enseguida y se cubrió la boca con la mano, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¡Oh, Dios mío! ¡No me puedo creer lo que acabo de hacer! Solo quería darte las gracias y, yo, oh... ¡Perdona!

Parecía horrorizada por lo que acababa de hacer. Intenté tranquilizarla y decirle que no pasaba nada, pero solo se me ocurrían frases que empeorarían más las cosas, como:

*No pasa nada, he estado deseando besarte desde que te encontré aquel día medio desnuda.*

*No te preocupes, tengo tantas ganas de acostarme contigo que estoy dispuesto a mandar a paseo la ética profesional.*

Ella se dio la vuelta y se alejó hacia la puerta apresuradamente.

—Nos vemos mañana —dijo por encima del hombro.

Me quedé mirándola hasta que desapareció, e intenté no pensar en el dulce sabor a Maddy que aún notaba en los labios.



## MADDY

*No me voy a dormir. No me voy a dormir.*

Repetir ese mantra no me estaba ayudando lo más mínimo.

Noah había tenido razón acerca del vertiginoso programa del viaje. Había programado tres reuniones seguidas con los jugadores de la FIBA en España en cuanto aterrizamos. Yo había aguantado bien la visita a las instalaciones y la primera reunión, pero, al cabo del rato, me costó mantener los ojos abiertos durante la reunión en las oficinas que había junto a la cancha.

Por suerte, todos los jugadores eran ya clientes de Noah y no estaba intentando ganárselos, así que no me sentí demasiado mal por no estar en mi mejor momento. Sin embargo, debía tomar nota de ciertos detalles sobre los patrocinios, y estaba claro que no iba a dar una buena impresión si estaba medio ida el primer día de un viaje de tres semanas. Noah me lanzó una mirada rápida con el ceño fruncido y yo me senté un poco más erguida. Podía hacer esto. No iba a dejar que el *jet lag* pudiera conmigo, sobre todo teniendo en cuenta que teníamos una apuesta.

Me sonrojé recordando el trayecto a casa y lo que había ocurrido después. Bueno, no lo que había *ocurrido*, sino lo que yo había *hecho*. ¿Había sido anoche mismo? Desde el vuelo me parecía que todo estaba envuelto en una espesa niebla, así que quizá no habían pasado 24 horas, sino *semanas*, desde que había besado a mi jefe como una estúpida.

—¿Señorita, se encuentra bien?

Volví en mí con un sobresalto y miré horrorizada a mi alrededor al darme cuenta de que se me habían cerrado los ojos. Había sido uno de los jugadores, un hombre altísimo con barba y pelo rapado llamado Juancho, quien me había hecho la pregunta con una gran sonrisa.

—¡Sí! ¡Estoy perfectamente! —dije en el tono más animado posible, para intentar convencerles. Sonreí tanto que me dolieron las mejillas.

—Hemos llegado hoy mismo —explicó Noah dirigiéndome una mirada cargada de significado—. Todavía se está adaptando a la diferencia horaria.

—Un momento —dijo Juancho—. ¿Acabáis de llegar y ya le estás haciendo trabajar a la pobre? ¿Ni siquiera le has invitado a un café con hielo por el camino?

—No pasa nada, estoy bien —insistí.

—Noah —reconvino Juancho, alargando la «a» final con tono bromista—. Esa no es forma de tratar a una empleada, ¡y menos a una tan guapa! —me dijo con una sonrisa encantadora—. Maddy, yo me voy a hacer cargo de ti y te voy a llevar a dar una vuelta, ¿de acuerdo? En cuanto te hayas tomado un café y descansado un poco, te llevaré a ver Barcelona.

Reí nerviosa, en parte porque Juancho era muy atractivo y tenía un acento bastante sexi, y en parte porque Noah había puesto cara de pocos amigos. Yo no había *pedido* tanta atención, y estaba segura de que a él no le gustaría que le pusiera en una situación difícil si rechazaba la invitación de su cliente, sobre porque lo había hecho con gracia, sin mala intención ni propasarse. A pesar de todo, Noah parecía bastante irritado por lo que estaba ocurriendo. Si no fuera absurdo, habría pensado que parecía... celoso, pero eso era ridículo. ¿por qué iba a tener celos?

—Ya casi hemos terminado —dijo Noah rápidamente—. Solo nos queda una reunión más y luego puedes ir a dar un paseo si te apetece, Maddy.

Aunque el tono de Noah sonó a disculpa, lo dijo con brusquedad, como si tratara de compensarme por haber hecho que nos pusiéramos a trabajar sin un momento para aclimatarnos.

—No, estoy bien, gracias. Disculpa la interrupción, Juancho. ¿Estabas hablando del nuevo patrocinio del Banco Santander?

Eso permitió volver a retomar la conversación, y la forma en que Noah no dejó de mirarme hizo que se me fuera pasando el sueño. Más que estar pendiente de si hacía mi trabajo, parecía como si me estuviera viendo por primera vez. Notaba el peso de su mirada, pero evité mirarle a los ojos porque sabía que mis mejillas enrojecerían en el momento en que se encontraran nuestras miradas. Tras una hora que pareció una eternidad, Noah y yo salimos al sol y nos dirigimos a una cafetería que nos había recomendado Juancho.

—¿Vas a reponerte? —preguntó Noah, en un tono que solo parecía medio en broma—. ¿O voy a ganar yo la apuesta?

—Oh, venga ya. Pensaba que lo había disimulado estupendamente.

—¿Te refieres a antes o después de que te hayas despertado de un salto?

Su expresión se relajó por fin con una sonrisa, y yo sentí cómo la tensión abandonaba mi cuerpo. Había algo en Noah que me hacía desear impresionarle, demostrar mi disposición a enfrentarme a cualquier desafío que me presentara. El efecto de la diferencia horaria me hacía parecer débil: si Noah era capaz de soportarlo, yo también podría.

Nos sentamos a la sombra de unos enormes parasoles de lona, junto a un antiguo edificio de piedra. No era un sitio sofisticado, pero las mesas estaban llenas de gente que hablaba en catalán, lo que dejaba claro que era un lugar muy popular. Eso, unido a una ubicación perfecta para ver a la gente pasar, hacían de esa cafetería el lugar perfecto para recuperarse.

Noah pidió por los dos en perfecto catalán y yo intenté no parecer muy impresionada. Era absurdo, estaba llegando al extremo de tener que mentirme a mí misma acerca de lo mucho que me gustaba. Sí, me sentía atraída por Noah, pero ¿cómo no iba a estarlo? Era tan guapo que las mujeres se volvían a mirarle cuando andaba por la calle. Era encantador, seguro de sí mismo y, lo más sorprendente, era amable. ¿No se suponía que los multimillonarios debían ser

despiadados? Él, desde luego, podía ser duro cuando hacía falta; ya le había visto comportarse como un capullo en varias ocasiones, incluso conmigo. Tampoco se podía negar que era brutalmente honesto y apenas se molestaba en escoger sus palabras ni dar rodeos, pero también había visto destellos de su empatía y compasión, de la auténtica preocupación que sentía por sus representados. Para mí, eso era mucho más atractivo que todos los ceros de su cuenta corriente.

—Tierra llamando a Maddy. ¿Estás desconectando otra vez? —preguntó Noah—. El café llegará en unos minutos.

Si hubiera sabido lo que estaba pensando...

—De acuerdo, vale —dije, alzando los brazos y fingiendo rendirme—. Lo admito: he perdido la apuesta, tengo *jet lag*. ¿Ya estás contento?

Él apoyó los codos sobre la superficie de mosaico de la mesa y se inclinó hacia mí.

—Estaré contento cuando vuelvas a ser la Maddy que conozco. No estoy acostumbrado a verte tan...

—¿Descentrada? ¿Despistada? —sugerí.

—Callada —dijo con una risa—. Este silencio me está matando.

El camarero apareció con una selección de pan y quesos que puso sobre la mesa, junto con dos tazas de café de aspecto delicioso. La boca se me hizo agua.

—Deja que me ocupe de toda esta comida y estaré dispuesta a hablar todo lo que quieras sobre por qué Juancho debería aceptar patrocinar esas zapatillas.

Cogí un trozo de queso añejo y, al morderlo, estuve a punto de soltar un gemido. Entonces sonó el teléfono de Noah y él lo cogió de la mesa con un rápido movimiento.

—Maldita sea, es Garrison, y él no llama nunca, solo envía mensajes. —Tocó la pantalla y contestó—. Hola, Matthew. ¿Qué pasa?

Miré la hora en mi teléfono y calculé que allí sería muy temprano. Me quedé escuchando mientras la cara de Noah pasaba de la sorpresa a la preocupación, lo que sugería que se trataba de algún problema serio.

—¡Oh, no! ¿Cómo está? —preguntó Noah frunciendo el ceño.

Siguió escuchando a Matthew con la mirada clavada en la mesa mientras yo intentaba imaginar qué podría haber pasado. Volví a mirar mi teléfono para ver si había alguna alerta con noticias sobre Matthew o su equipo, pero no encontré nada en ese momento.

—Bien, bien, ve más despacio. Tenemos que pensar las cosas. ¿Qué ha dicho el médico?

El estómago me dio un vuelco. ¿Médico?

—¿Tienen alguna idea de cuánto tiempo estará en cuidados intensivos?

Tenía que tratarse de June y, si estaba en cuidados intensivos, debía ser algo muy grave.

—Matthew, siento mucho no poder estar contigo en este momento. Entiendo que se trata de una

situación muy difícil, pero te pido que no tomes ninguna decisión ahora mismo. Todo puede cambiar en un instante... —se interrumpió para escuchar y su expresión se ensombreció—. No, no es eso lo que quiero decir. Su estado podría cambiar mañana, podría despertarse como si no hubiera pasado nada. Después de un accidente de coche todo es impredecible, pero tu madre es muy fuerte, y estoy seguro de que no querría...

La expresión de Noah se suavizó al seguir escuchando.

—Matthew, *no* se va a morir —dijo con voz suave—. Voy a llamar a mi gente y pedirles que se ocupen de que reciba los mejores cuidados. Te lo prometo. Vamos a centrarnos en eso por ahora y dejar lo demás para después, ¿de acuerdo? Matthew, te estoy pidiendo que no lo hagas.

Las piezas estaban empezando a encajar. La madre de Matthew había tenido un accidente y, si estaba entendiendo bien la respuesta de Noah, Matthew estaba dispuesto a abandonar la oportunidad de entrar en la NFL para poder cuidar de ella. Al haber pasado por una situación muy similar, yo podía entender esa decisión. Nadie comprendería mejor que yo lo que significaba abandonar una carrera para cuidar de otra persona, pero también sabía el precio tan alto que había que pagar por ello. Me imaginaba a Matthew en el hospital, pensando en dar lo que fuera para que June siguiera con vida, pero había conocido a June y creía que a ella no le gustaría que su hijo dejara una carrera por la que se había esforzado tanto, sobre todo si existían otras alternativas.

—Matthew, dame un momento. —Noah cubrió el teléfono con la mano y me miró.

—¿Qué? —pregunté en voz baja.

—June ha tenido un accidente de coche y está en coma. Él no está siendo razonable en este momento: quiere dejarlo todo y que mañana retire su nombre de toda consideración. ¿Crees que podrías...? —dejó la frase en el aire y me ofreció su teléfono.

Tragué el nudo que tenía en la garganta, preguntándome si podía hacerlo. No parecía tener elección, así que asentí con la cabeza y cogí el teléfono de Noah.

—Hola, Matthew, soy Maddy. Siento mucho lo de tu madre.

Escuché una respiración entrecortada al otro lado de la línea.

—Sí, está muy mal. Le están operando, y la operación está durando mucho —dijo Matthew—. No he podido verla desde que llegué y nadie me explica qué pasa, solo sé que no estaba consciente. Me estoy volviendo loco, Maddy.

—No me extraña nada, no puedo imaginar lo terrible que debe ser para ti. ¿Tienes a alguien que te haga compañía?

—No.

Por eso estaba dispuesto a tomar una decisión impulsiva, porque no tenía a nadie que le ayudara a asimilar lo que estaba pasando. Cabía la posibilidad de que la situación no fuera tan mala como había supuesto.

—Lo siento mucho, ojalá Noah estuviera contigo para ayudarte. —Respiré hondo, porque lo que iba a decirle ahora mezclaba los negocios con su tragedia de una forma horrorosa—. Entiendo

que, ahora mismo, el fútbol es lo último en lo que quieres pensar. Por supuesto, tu familia es lo primero, en eso te apoyamos completamente. Sin embargo, ahora no es el momento de que tomes una decisión definitiva sobre tu futuro, ni por ti ni por tu familia. Aún no sabes lo que está pasando, y lo único que te estamos pidiendo es que esperes un poco, ¿de acuerdo? No decidas nada en este momento. Los dos sabemos lo mucho que tu madre desea que llegues a lo más alto, ¿verdad? Piensa en cuánto se enfadaría si se despierta mañana y se encuentra con que has abandonado. Estoy seguro de que te llevarías un sermón tremendo.

Con eso, conseguí sacarle una pequeña risa.

—Puede que tengas razón.

—Escucha, yo no he pasado por lo mismo que tú, pero sé lo que es cuidar a una persona a la que quieres. Mi padre se puso enfermo, y yo dejé mi vida y mi carrera para estar con él. Y, aunque le encantó que me quedara con él, siempre me decía que no debería haber abandonado mis sueños. Eso le hacía sentir peor a él, ¿sabes? Como si me estuviera reteniendo.

—¿Te dijo eso?

—Lo decía siempre, Matthew. Se sentía culpable. De hecho, discutimos varias veces por esa cuestión.

Desde el otro lado de la mesa, Noah me miraba con una expresión inescrutable en los ojos.

—Eso debió ser muy difícil —dijo Matthew. Al fondo, se podía escuchar que el ruido del hospital iba en aumento.

—Mira, no estoy diciendo que no hagas lo que sea necesario por tu madre. Ahora mismo, ella te necesita. Pero creo que deberías esperar a ver qué pasa en las próximas cuarenta y ocho horas antes de llegar a ninguna conclusión. Vamos a ver cómo van las cosas mañana y, mientras tanto, Noah te va a enviar algunas personas para que te ayuden, y se va a asegurar de que June tenga todo lo que necesite. Va a recibir los mejores cuidados y, antes de que te des cuenta, volverá a estar diciéndote lo que debes hacer. ¿De acuerdo?

Había esperado conseguir otra risa con eso, pero la línea se quedó en silencio.

—Tengo mucho miedo. —Lo dijo en un susurro y, durante un momento, su voz sonó como la de un niño pequeño.

—Lo sé, pero ella saldrá bien de esta. Está en buenas manos. Te voy a volver a pasar con Noah.

Le devolví el teléfono y Noah me lo agradeció en silencio. La llamada continuó unos minutos más, durante los cuales Noah escuchó más de lo que habló. A juzgar por su expresión y la forma en la que asentía con la cabeza, parecía que esta parte de la conversación estaba yendo bien. Al poco rato, comenzó a despedirse.

—Matthew, llámame a la hora que sea, ¿de acuerdo? Te avisaré cuando haya hablado con mi gente. Hablamos pronto. Cuídate, chaval.

Noah dejó el teléfono sobre la mesa y cerró los ojos.

—¿Por qué tiene que pasar esto cuando estoy tan lejos? Quisiera poder acompañarle para

hacerme cargo de todo.

—Creo que todo saldrá bien, no va a hacer ninguna locura.

Noah por fin se dirigió a mí.

—Maddy, muchas gracias por hablar con él. Gracias a ti no se va a echar atrás. Has estado increíble.

—Me alegro de haber podido hacerle sentir un poco mejor. Está solo y asustado, entiendo que haya intentado pararlo todo.

—Tenemos que enterarnos de lo que pasa. He de hacer algunas llamadas, conozco a gente en el consejo de dirección de ese hospital. No es que vaya a pedir información confidencial, pero... — dejó la frase en el aire y empezó a hacer la siguiente llamada.

Yo me puse a repasar mentalmente la conversación mientras él hablaba con alguien más. Era la segunda vez que me había metido en los asuntos de los Garrison... ¿o era ya la tercera? Pero no, esta vez era diferente, porque no me había entrometido, me habían *pedido* ayuda. Noah había confiado en mí lo suficiente como para hacer entrar en razón a Matthew y, aunque me sentía desolada ante lo que les había pasado a los Garrison, noté una punzada de orgullo al pensar que había conseguido que Matthew me escuchara.

—Oye, Maddy. —Noah fijó en mí sus ojos oscuros tras colgar el teléfono—. Muchas gracias por hablar con él, en serio. No sé qué haría sin ti, eres asombrosa.

Noah cogió su taza y se bebió el resto del café de un trago. Yo me sentía entre agitada y agotada, capaz tanto de correr una maratón, como de dormir dos días seguidos. Él extendió la mano y apretó la mía por encima de la mesa, lo que añadió a mi lista una tercera hazaña de la que me sentía capaz.

*Besar de nuevo a mi jefe.*



## NOAH

—¿Qué hora es? ¿Medianoche? ¿Las seis de la mañana? Estoy tan cansada que todo parece estar patas arriba.

Era difícil creer que Maddy estuviera cansada, porque tenía un aspecto radiante. Sí, había unas diminutas sombras azuladas debajo de sus ojos, pero su preciosa sonrisa prácticamente las hacía desaparecer. Me alegraba de verla sonreír, después de lo mucho que nos había alterado a ambos la llamada de Matthew. Me sentía muy mal por no poder estar con él y acompañarle en la difícil situación por la que estaba pasando.

—Son las dos —contesté después de mirar el teléfono.

Maddy y yo estábamos paseando por Las Ramblas. Yo estaba muy distraído y caminaba sin apenas fijarme en las tiendas y restaurantes de la zona, ni en las multitudes de gente a las que teníamos que sortear por el paseo. Maddy me tocó el brazo.

—Eh, ¿te encuentras bien?

Empecé a contestar con el típico «estupendamente», antes de caer en que no necesitaba fingir delante de ella. A decir verdad, en ese momento no la consideraba mi asistente, sino alguien a quien podía confiar la verdad.

—Sigo pensando en Garrison, y estoy muy preocupado por June. Mis contactos me deberían enviar pronto algo de información, pero, aun así, no había pensado que él iba a cambiar de opinión tan rápido. Pensaba que todo eso estaba ya resuelto.

—Noah. —Maddy me apretó el brazo con suavidad—. Este acontecimiento puede cambiarle la vida. No está pensando con claridad, ella es la única familia que tiene.

—Tienes razón, lo entiendo. Aun así... se trata de su futuro y está a punto de tirarlo por la borda.

—Tienes que recordar que, para algunas personas, la familia lo es todo —dijo con un hilo de voz.

Eso me recordó todo lo que había abandonado para estar con su padre cuando se puso enfermo. El tipo de relación que yo tenía con mi padre no me permitía entender sus sentimientos, pero los admiraba de todos modos. Cuando la miré, me fijé en su expresión ceñuda e intenté animarla.

—Una vez me contaste que tenías previsto viajar... antes de todo aquello. ¿Habías pensado en

venir a España?

Ella volvió a sonreír.

—¡Sí, y no me puedo creer que estemos aquí! —Señaló con un amplio gesto los antiguos edificios y los puestos de flores que nos rodeaban—. ¿Por qué no hacemos un poco de turismo? Eres el jefe, puedes hacer novillos.

Imposible. Tenía más llamadas por hacer, reuniones por preparar y mensajes por contestar.

—Ojalá pudiera, pero tengo mucho que hacer. En este viaje tenemos un programa muy cargado.

Se entristeció y, aunque intentó ocultarlo, pude notar su decepción.

—Tienes razón: es un viaje de trabajo, no unas vacaciones.

Un vendedor de flores nos salió al paso, sacó una diminuta rosa de uno de sus ramos y se la presentó a Maddy con una inclinación.

—Señorita, es usted tan hermosa como una flor —dijo en español.

Ella se sonrojó porque, aunque no le hubiera entendido, aquel gesto seductor no necesitaba traducción. Cuando le dirigió una sonrisa, el vendedor fingió desmayarse.

—Gracias —contestó también en español, haciendo una pequeña reverencia.

Nos dirigimos hacia la plaza y nos acercamos a un músico callejero que estaba tocando la guitarra. A su alrededor se había reunido un grupo de gente que bailaba y cantaba, y Maddy aligeró el paso, moviéndose al ritmo de la música. Brillaba el sol, y el ambiente ligero y despreocupado de la plaza resultaba contagioso. A pesar del problema al que nos acabábamos de enfrentar, me sentí inexplicablemente optimista. Miré a Maddy, que estaba sonriendo y vocalizando en inglés la letra de la canción, que hablaba de estremecimientos y besos a la luz de la luna.

—De acuerdo —dije, sin analizar el impulso que había sentido en ese momento.

Maddy dejó de cantar y se volvió hacia mí.

—De acuerdo ¿qué?

—Vamos a hacer novillos. Lo último que quiero hacer un día como hoy es encerrarme en el hotel. Haremos turismo lo que queda del día.

—¡Bien! —aplaudió ella.

Me sorprendió lo sencillo que era hacer feliz a la preciosa mujer que me acompañaba, y aún me sorprendió más darme cuenta de lo mucho que quería seguir haciéndolo.

—Hace un día precioso, así que vamos a empezar por el Parque Güell. Nunca me ha dado tiempo de verlo.

—No tengo ni idea de lo que es, pero me apunto —exclamó Maddy.

—¿Llevas zapatos cómodos? —pregunté, con una ojeada a sus pies.

—Por supuesto —dijo, mostrándome orgullosa unos zapatos de suela muy gruesa y aspecto más moderno que práctico—. Me estuve preparando para el viaje, y comprendí que habría que andar mucho. ¡Adelante!

Se alejó de mí caminando muy decidida, lo que me hizo reír. La detuve sujetándole el hombro.

—Es por aquí. Tendremos que ir hasta allí en coche, luego ya seguiremos andando.

Los amplios jardines y elementos arquitectónicos del parque hacían que fuera el lugar perfecto para comenzar nuestro paseo. Maddy estaba impresionada, e hizo una foto tras otra.

—Espera, deja que te haga una foto delante de ese mosaico —sugerí.

—¡Gracias! Se la enviaré a mis amigas, se alegrarán de que haya podido hacer turismo.

Maddy me entregó su teléfono, corrió hacia una pared azul y amarilla y posó con una sonrisa que casi me cortó la respiración.

—Perfecta, ya la tengo —dije después de hacer la foto.

Ella volvió y cogió su teléfono.

—Gracias. Ahora te toca a ti.

—¿Cómo? —Me separé de ella un poco—. No, no me gusta hacerme fotos. Además, ¿por qué querrías acordarte de tu jefe cuando pienses en este día?

Maddy se me quedó mirando.

—Porque es mi jefe quien lo ha hecho posible. Ahora, ven aquí.

Su tono me hizo reír.

—Sí, señora.

Cuando dije que no me gustaba hacerme fotos, hablaba muy en serio. Me encontré en mi postura habitual, con los brazos cruzados y mirando irritado a la cámara. Maddy hizo una foto rápida y soltó una larga exhalación cuando la miró.

—Pareces muy enfadado. Mira. —Cuando me enseñó el teléfono comprobé que, efectivamente, ella estaba radiante y, a su lado, yo parecía un gruñón rencoroso—. Vamos a seguir haciendo fotos hasta que sonrías con naturalidad, como si te lo estuvieras pasando bien.

—Me lo estoy pasando bien —protesté.

Si supiera hasta qué punto eso era cierto... Estaba muy a gusto con ella. No era una de esas personas que aparentan o intentan parecer interesantes. Maddy parecía enfrentarse a la vida como si fuera una copa de helado de la que disfrutar, y no le importara acabar con un poco de nata en la punta de la nariz.

—Pues demuéstalo. Sonríe. —Me miró con los ojos muy abiertos—. Venga, Noah, tú puedes.

Su seriedad me hizo reír otra vez, y ella aprovechó para hacerme una foto.

—¡Ahí está! La elusiva sonrisa Parker. Sabía que tenías una guardada. Ahora vamos a intentar

repetirla, pero conmigo a tu lado.

De lo que Maddy no era consciente era de lo difícil que me resultaba estar tan cerca de ella como para caber los dos en la foto. Notaba su perfume de vainilla mezclado con el aroma de su piel dorada por el sol, y habría querido acercarme aún más para disfrutar de esa fragancia.

—Mi brazo no es lo bastante largo —murmuró, al tiempo que intentaba conseguir que cupiéramos los dos en la foto—. Siempre corto a uno de los dos.

—¿Foto? ¿Ayudamos? —dijo alguien en inglés junto a nosotros.

Una pareja mayor nos sonreía a unos metros de distancia. El hombre llevaba un elegante sombrero de paja y la mujer, una blusa de flores. Estaba a punto de decir que no, cuando Maddy se acercó a ellos.

—¡Sí, por favor! ¡Y gracias! —exclamó en inglés, para enseguida añadir «gracias» en español. Volvió corriendo y agitó el dedo hacia mí—. No olvides sonreír.

Conseguí poner lo que me pareció una sonrisa auténtica, pero solo conseguí que la pareja mostrara su desaprobación.

—Rodéala con el brazo —ordenó el hombre.

Miré a Maddy y ella se encogió de hombros.

—Por mí, no hay problema.

Le coloqué el brazo sobre el hombro como si acabáramos de ganar el torneo de fútbol de la oficina: de forma amistosa y sin compromiso.

—¡Bah! —dijo el hombre, enfadado.

Su mujer rio ante su expresión.

—Vosotros bonita pareja. Ahora juntos, amor para foto, ¿sí? —nos indicó en inglés.

—Oh, no somos... —rio Maddy nerviosa.

—¡Más cerca! —gruñó el hombre.

—Cielos —dijo Maddy por lo bajo—. Vamos a fingir, no sea que nos sacudan.

Juntó su cuerpo al mío y yo la atraje aún más hacia mí, rodeando su cintura con el brazo. Por un momento, me quedé sin respiración al notar lo bien que encajaba conmigo, lo natural que resultaba estar así con ella.

—¡Abrazo! —ordenó el hombre, en español y en inglés.

—¿Es una broma? —protesté en voz baja, pero obedeciendo la orden. En realidad, estaba disfrutando de cada segundo de esta proximidad forzosa. Coloqué el otro brazo alrededor de Maddy y la acerqué aún más hacia mí, hasta sentir su pecho apretado contra el mío.

—¡Sí, bien! —exclamó el irritado fotógrafo, satisfecho al fin—. Ahora, otra.

No me importó abrazar a Maddy un poco más. De hecho, me costó bastante separarme de ella

cuando el hombre se acercó a devolvernos el teléfono. Maddy estuvo lo bastante atenta como para pedir a la pareja algunas recomendaciones sobre otros lugares que visitar, así como un sitio para cenar, antes de que se marcharan.

Unas horas más tarde, los dos habíamos conseguido un ligero bronceado y estábamos comentando los mejores momentos del día mientras disfrutábamos de la mejor cena que había comido nunca. Aunque el día no había sido en absoluto como yo lo habría planeado si me hubiera propuesto hacer turismo, me encantó la facilidad de Maddy para dejarse llevar. Yo habría hecho un itinerario, habría comprado entradas por adelantado, y tendría los horarios organizados al segundo, pero Maddy era una viajera espontánea, dispuesta a abandonar un plan si aparecía otro mejor.

Cuando terminamos de cenar, salimos a pasear en la oscuridad de la noche.

—Muchas gracias por aceptar ir a un restaurante local, incluso aunque hayas ganado la apuesta —dijo Maddy.

—Tenía previsto hacerlo independientemente del resultado —admití.

A medida que avanzábamos, no pude dejar de admirar cómo se iluminaba su rostro a la luz de las farolas. Durante unos minutos, mientras seguíamos paseando en silencio, identifiqué una sensación que no sentía a menudo: satisfacción. En ese momento no deseaba nada que no fuera estar ahí, con Maddy.

Aunque, bueno, eso no era cierto del todo: sí que *quería* más. Y, a juzgar por la forma en que ella me miraba... parecía que sentía lo mismo, pero no me atrevía a hacer nada sin estar totalmente seguro. Me negaba a ser uno de esos jefes que se aprovechan de sus empleadas y no pensaba ponerla en una situación en la que sintiera que no tenía elección. Necesitaba una señal, alguna indicación de que mis avances serían bien recibidos.

—El mejor día de la historia —dijo ella con dulzura y mirándome un poco cohibida.

Sus ojos descendieron a mis labios, como si no pudiera evitarlo. Esa era mi señal.

Me puse delante de ella y la obligué a detenerse de golpe, a solo unos centímetros de mí.

—Me gustaría hacer que fuera aún mejor.

La rodeé con los brazos y la acerqué hacia mí. Maddy arqueó su cuerpo hacia el mío, tan ansiosa de contacto como yo había esperado. El corazón me latió con fuerza mientras la besaba y disfrutaba de su sabor, su aroma y los suspiros que escapaban de su boca. Dejé de pensar en nada que no fuera las ganas que tenía de llevarla de vuelta al hotel, y la forma en que me devolvía los besos me aseguraba que ella lo deseaba tanto como yo.

—Vamos —conseguí decir en un ronco susurro desesperado durante un instante en el que nuestros labios se separaron—. Volvamos al hotel.

Ella asintió, como si no fuera capaz de formar palabras. Caminamos dando tumbos, parando cada pocos pasos para volver a besarnos, hasta que Maddy se separó un poco de mí y murmuró algo.

—¿Qué?

—Te llaman por teléfono.

Me palpé todos los bolsillos, tratando de no golpear accidentalmente mi considerable erección, y encontré por fin el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Parker —contesté.

Era Gil, un agente sénior, que llamaba para contar los problemas que Alex D'Amato, otro de mis clientes, estaba teniendo con la madre de su hijo, y que la prensa estaba a punto de publicar la complicada historia. Alex era una superestrella de la liga de béisbol que no había conseguido entender que aquello de «tres intentos y estás fuera» también se aplicaba a su vida pública. En una ocasión anterior había enviado mensajes comprometidos a dos periodistas femeninas a través de las redes, y durante una temporada tuvo serios problemas con las drogas. En ambos casos nos las habíamos apañado para calmar los ánimos de la opinión pública, pero esto último podía ser la gota que colmara el vaso en su carrera. Suspiré al comprender que me esperaba una larga noche de trabajo para preparar una estrategia adecuada para este caso. Maddy pareció intuir que había un problema incluso antes de que pudiera explicárselo.

De vuelta al hotel, me dediqué a intentar controlar los daños causados por un imbécil que no parecía merecer mi ayuda, mientras la hermosa mujer que me acompañaba caminaba con la mirada perdida en la distancia.



## MADDY

L levábamos dos semanas de viaje y estaba agotada a más no poder.

Sí, habíamos estado alojándonos en hoteles de lujo y comiendo una comida deliciosa. Habíamos conocido a deportistas admirables, firmado contratos y reservado un poco de tiempo para visitar cada una de las ciudades a las que habíamos viajado.

Lo que me agotaba era el juego del gato y el ratón que parecíamos estar jugando Noah y yo. No conseguía descifrar las señales que me enviaba, ni entender lo que estaba pasando entre nosotros, y la incertidumbre me hacía pasar en vela la mayoría de las noches.

Era consciente de que nuestra inesperada sesión de besos en España se había interrumpido debido a un problema, pero, por desgracia, ese tipo de situación no dejaba de repetirse. Cuando cenábamos los dos solos, siempre acabábamos besándonos y metiéndonos mano, pero, inevitablemente, cuando empezaba a excitarme porque parecía que por fin daríamos rienda suelta a nuestra pasión, se producía una interrupción: una llamada, un mensaje, un conocido al que saludar... Lo único que se interponía entre nosotros y una cama era su maldita ética de trabajo, y eso me estaba volviendo loca.

Le mire de reojo y no me sorprendió ver que tenía la vista clavada en el campo. Estábamos en el estadio Sinobo de Praga, viendo calentar al SK Slavia Praga. Estaba ojeando a dos jugadores, pero estaba dispuesto a escuchar mis opiniones y eso no dejaba de entusiasmarme. No sabía mucho de fútbol, pero era capaz de reconocer el talento y la motivación y eso, unido a lo que Noah llamaba mi «sexto sentido» sobre el elusivo «factor x», le había ayudado a tomar algunas decisiones en los últimos días. Aún no podía creer que ahora tuviera este trabajo. Me gustaba tanto que casi compensaba la enorme frustración que me provocaba el hombre que me lo había dado. Casi... pero no del todo.

Me sentía tan atraída por él que la mayoría de los días apenas podía concentrarme, como me estaba pasando ahora. Iba vestido con su versión de un atuendo informal, es decir, una camisa blanca entallada, un pantalón estrecho que realzaba su buen tipo y una gastada sudadera negra del equipo que demostraba su dedicación al Slavia Praga desde hacía tiempo. Después de pasar tanto tiempo con él, ya reconocía algunas de sus peculiaridades, como la forma en que se concentraba cuando observaba a los jugadores en el campo. Durante esos momentos, podía observarle sin que lo notara, y aprovechaba para admirar su elegante perfil y la sombra de la barba que siempre aparecía hacia el final del día. Y esas manos tan grandes... estaba desesperada por descubrir lo que eran capaces de hacer.

—¿Lo has visto? Jan está inspirado hoy —dijo Noah inclinándose hacia mí.

—Ajá, ya lo creo —mentí. Diablos, qué distraída estaba.

Los jugadores hicieron un descanso y Jan Mingazow se acercó a donde estábamos sentados. Parecía alegrarse de ver a Noah, consciente de todo lo que él podía hacer por su carrera. Hablaron un poco de fútbol hasta que los ojos de Jan se volvieron hacia mí.

—Maddy, ¿te está gustando Praga?

—Sí, claro —dije, mirando a Noah—. Bueno, en realidad todavía no he tenido tiempo de ver gran cosa, pero tengo muchas ganas de ir a visitar la ciudad.

—Y eso haremos hoy, un poco más tarde —añadió Noah. Habíamos hablado antes de lo orgullosos que estaban los deportistas de su cultura local, y de cómo dedicar un poco de tiempo a ver la ciudad sería una forma de expresar nuestra apreciación por ella.

—Podría hacerte muchas sugerencias —dijo Jan con los ojos puestos en mí—. Si tienes tiempo, me encantaría enseñarte lo más importante.

Que los jugadores tontearan conmigo, algunos de forma más directa que otros, se había convertido en una ocurrencia frecuente. Me habría resultado más molesto si no fuera evidente que a Noah le ponía de los nervios. Tenía que admitir que era divertidísimo verle buscar el difícil equilibrio entre ser agradable con los chicos, y dejarles claro que no podían intentar nada conmigo. Y, aunque era obvio que le sentaba fatal, nunca me guardaba rencor por los piropos que recibía, ni me culpaba por la atención de los jugadores. Después de Beckett, el comportamiento de Noah suponía una experiencia completamente nueva para mí.

—Es una pena, pero ya tenemos planes para el resto del tiempo que vamos a estar aquí —explicó, ocultando enseguida la irritación en su mirada—. Pero nos vendrán muy bien tus recomendaciones para nuestra visita.

Estuvieron hablando de los diferentes lugares a los que podríamos ir, mientras yo disimulaba la sonrisa que me provocaba la actitud posesiva de Noah. Cuando terminó la reunión y nos dirigimos al coche, eché un vistazo a mis notas.

—¿Te sigue dando buenas sensaciones? —pregunté.

—Sí —asintió Noah—, salvo por el hecho de que te ha pedido una cita.

—Pensé que, a estas alturas, ya te habrías acostumbrado —le provoqué—. Creo que me han pedido citas en todos los sitios en los que hemos estado. A este paso, me lo voy a acabar creyendo.

—Deberías hacerlo —contestó abriendo la puerta del pasajero del coche.

Sentí un escalofrío. Me estaba mirando de esa forma que significaba que, seguramente, se pasaría todo el viaje hasta el hotel acariciándome la rodilla. Lo odiaba y me encantaba a partes iguales, porque quería más, pero no podía decírselo.

—¿Dónde vamos a cenar esta noche?

Habíamos estado variando nuestros planes para las comidas, alternando restaurantes de cinco

estrellas con sitios más pequeños y locales. Noah solía contarme los planes con antelación, pero se había mostrado muy misterioso sobre esta cena.

—Es una sorpresa. Una cena y un poco de turismo a la vez.

—¿Cómo es posible? —pregunté frunciendo el ceño—. ¿Es en uno de esos restaurantes giratorios en algún edificio alto?

—No.

—¿Puedes darme alguna pista?

Él desvió la vista de la carretera un instante para mirarme de reojo.

—Agua.

—Vaya, gracias —dije con un resoplido—. Eso no me dice nada en absoluto.

Normalmente Noah no guardaba sus planes tan en secreto, pero me estaba gustando el misterio. Daba la sensación de que estaba planeando algo especial, algo que podría parecerse a una cita.

Para la ocasión, me puse un bonito vestido negro que había comprado en París. Había costado bastante más de lo que solía gastar en ropa, y era mucho más elegante de lo que necesitaba en mi vida normal, pero había tenido la impresión de que, estando con Noah, surgiría alguna ocasión para llevarlo. Cuando nos reunimos en el vestíbulo del hotel, me alegré aún más más de haberme gastado el dinero.

—Caray —dijo al verme.

El vestido era sencillo, con tirantes finos y hasta la rodilla, pero estaba hecho de una tela elástica que se ajustaba en los lugares adecuados. Casi me daba un poco de vergüenza el escote tan espectacular que me hacía. Sí, estaba bastante segura de que me lo empezaba a creer un poco.

—Esto es lo que se puede encontrar en París —dije, girando sobre mí misma—. Allí sí que saben cómo debe sentir la ropa.

—No me refiero al vestido —dijo Noah con voz grave—. Es mejor que nos vayamos ya, o voy a tener que cancelar el plan.

Sentí una punzada de excitación. ¿Quizá esta noche sería diferente, por fin?

Él siguió sin decir nada sobre nuestro destino hasta que aparcamos junto al río Moldava.

—¡Oh, esto es perfecto! Me encanta cenar junto al agua —dije mirando las luces que destelleaban en la distancia.

—¿Y qué opinas de cenar *en* el agua? —preguntó él, señalando una barcaza.

—¿Una cena en barco?

—Sí, solo para nosotros.

Me tomó de la mano y me llevó hacia el barco, donde la tripulación aguardaba para saludarnos. Esto era mucho más romántico de lo que había imaginado, y me emocionó pensar en lo que le

habría costado organizarlo. Sabía que no iba a poder convencerle de que apagara el teléfono, pero esta noche, al menos no habría otras personas que nos interrumpieran.

El camarero nos condujo a una mesa delante de un sofá en el que podíamos sentarnos uno junto al otro para disfrutar de las vistas. Otro camarero colocó dos copas de champán delante de nosotros.

—Enseguida les serviremos los entrantes —dijo con una inclinación.

Cuando el hombre se alejó, miré a Noah con una mueca.

—¿No hay carta?

—Después de dos semanas comiendo juntos, ya sé lo que te gusta y lo que no. Confía en mí, esta cena te gustará.

—Confío en ti —contesté mirándole a los ojos y sosteniéndole la mirada, con la esperanza de que comprendiera el verdadero significado de lo que le estaba diciendo.

Brindamos con el champán mientras la barcaza se deslizaba bajo los arcos del Puente de Carlos. En ese momento, estuve a punto de hacerle una pregunta personal sobre nosotros, pero me acobardé en el último instante y saqué el tema del trabajo.

—¿Qué tal si me haces una evaluación, jefe? Estas últimas semanas han sido tan intensas como un año entero, así que podías contarme lo que opinas de mi trabajo hasta el momento —pregunté apoyándome en el respaldo del cómodo asiento. No estaba acostumbrada a beber mucho, y me sentía despreocupada y atrevida después de esa primera copa de champán.

Noah me miró desconcertado.

—¿En serio quieres hablar de eso durante la cena? ¿Ahora que, oficialmente, hemos terminado la jornada laboral?

—Tu jornada laboral no acaba nunca, Noah Parker —resoplé—. Me sorprende que ese teléfono tuyo no haya sonado ya un millón de veces —dije señalando el aparato, que estaba en la mesa junto a su tenedor.

—Lo he apagado.

Eso era lo más sexi que podía haber dicho. Que Noah apagara el teléfono significaba que me iba a dedicar toda su atención durante la noche, y eso me hizo sentir un escalofrío en la nuca.

—Vaya, eso no es... habitual.

—Quiero centrarme en este momento y disfrutar de toda la belleza que me rodea. —Me dedicó una intensa mirada y sentí mariposas en el estómago.

Durante el paseo en barco, comimos, coqueteamos y, en ocasiones, hicimos ambas cosas a la vez. Por fin nos podíamos relajar sin distracciones ni interrupciones, pero yo no estaba del todo segura de acabar la noche en sus brazos. Cuanto más vino bebía, más cerca estaba de preguntarle a quemarropa qué demonios estábamos haciendo.

—Al final no te he hecho la evaluación —dijo Noah después de terminar con el *trdelnik*, un

dulce enrollado y cubierto de azúcar, tan delicioso que daba ganas de lamer el plato.

La sonrisa que se insinuó en sus labios sugería que esto iba a ser interesante. Protesté, arrepentida de haber sacado el tema.

—Bueno, no es necesario que...

—No, no, esto es importante. Necesitas saber qué tal lo estás haciendo. —Se enderezó para colocarse en una postura más formal, con actitud seria—. Maddy Malone, en este último mes, has demostrado ser un valioso miembro del equipo. Aprendes rápido, vas más allá de lo que se te exige y tienes mucha iniciativa. —Hizo una pausa—. Y, desde un punto de vista puramente estético... eres tremendamente guapa.

Me eché a reír con las mejillas encendidas.

—¡Para!

—¿Y por qué iba a parar? —preguntó en voz más baja y acercándose hacia mí.

Por mucho que deseara besarle en ese momento, la necesidad de comprender lo que estaba ocurriendo entre nosotros era aún mayor.

—Porque no tengo claro si solo eres mi jefe, o si todo esto va a algún sitio.

Él se separó de mí y me miró con expresión confundida.

—Maddy, ¿no te lo he dejado claro?

—No —dije, negando con la cabeza—. Es todo muy confuso. Incluso cuando acabamos la noche besándonos, siempre ocurre algo en el trabajo que es más importante, y acabo caminando detrás de ti mientras hablas por teléfono. Soy tu prioridad hasta que dejo de serlo: nos besamos, parece que la cosa va a ir a más, y entonces me dejas tirada. ¿Tú *quieres* algo más, o es solo que te resulta conveniente? O, peor aún, ¿se trata de alguna clase de juego retorcido para conseguir que me interese más, trabaje mejor y te impresione?

Él extendió la mano y me acarició el brazo.

—Sé que no te he puesto las cosas fáciles, pero pensaba que mis sentimientos estaban claros.

Frustrada, volví a negar con la cabeza.

—Noah, decirme que ya debería saber la respuesta no es una respuesta.

—Eh. —Me puso un dedo bajo la barbilla para levantarme la cabeza—. Esto es lo que siento.

Se acercó más y me besó lenta y suavemente, de una forma que casi me hizo gemir. Maldición.

Cuando se separó de mí, me colocó un mechón de pelo tras la oreja con tanta dulzura que me hizo sentir otro escalofrío de placer.

—¿Lo entiendes ahora?

No, no lo entendía. El beso había sido increíble, pero sus besos *siempre* lo eran. El problema era que nunca conseguía averiguar qué pasaba *después*. Estaba tratando de decidir cómo explicárselo

sin parecer demasiado exigente cuando Noah me atrajo hacia sí y me sentó en su regazo.

—¿Y qué opinas de esto?

Sujetándome la parte posterior de la cabeza, me acercó con suavidad hacia él, hasta que nuestros labios se encontraron de nuevo. Este beso fue diferente, más insistente, como si Noah supiera que tenía que demostrarme algo. Sus manos se deslizaron por mi espalda y no pude evitar presionar contra su entrepierna.

—Pero ¿qué pasa con los camareros? —murmuré contra su boca.

—No serán un problema, créeme.

Deslizó las manos bajo mi vestido y recorrió con ellas mi muslo. ¡Sí! Sus manos eran tan hábiles como había imaginado, y sus caricias hicieron que la piel se me erizara de excitación allá por donde pasaban sus dedos.

—¿Te gusta? —me susurró al oído.

El gemido que no pude contener al escuchar su pregunta arrancó de Noah una profunda risa sorda.

—Me alegro. Me estaba muriendo por explorar tu cuerpo, centímetro a centímetro.

Al decir eso, deslizó los dedos por debajo de mi tanga de seda y me empezó a acariciar entre las piernas, excitándome hasta que no pude más, pegada a él. Noah no dejó de besarme mientras me masajeaba con movimientos circulares perfectos.

—No... pares —conseguí decirle.

En cuanto lo pedí, Noah empezó a alternar entre acariciar el centro de mi placer y deslizar un dedo dentro de mí.

—Noto lo mucho que me deseas —dijo en voz baja, sin dejar de meter y sacar el dedo entre mis piernas.

Yo había perdido la capacidad de hablar. Cada ápice de mi atención estaba centrado en lo que Noah le hacía a mi cuerpo y las sensaciones que me provocaba. No había nada torpe en sus movimientos: sabía *exactamente* cómo hacerme volar. La respiración se me aceleró, como si estuviera llegando al final de una carrera, y me apreté aún más contra él al notar que la tensión en mi cuerpo aumentaba cada vez más.

—¿Te gusta cómo te acaricio? —susurró contra mi boca.

Solo pude asentir, estaba delirante de pasión.

—Entonces, demuéstramelo.

No necesité nada más, sus palabras me llevaron al éxtasis. Dejé caer la cabeza hacia atrás y emití un sonido ahogado cuando el orgasmo se apoderó de mi cuerpo. Él no se detuvo cuando me rendí a las oleadas de placer, y siguió acariciándome hasta que tuve que separar su mano para poder reponerme de la intensidad de las sensaciones. Me dejé caer contra él, entre riendo y llorando, abrumada por lo que acababa de sentir, y él me besó en la cabeza.

—La próxima vez que haga que te corras, será con mi polla, ¿de acuerdo?

Solo pude asentir contra su cuello, deseando que no me hiciera esperar demasiado.



## MADDY

—¡Fíjate qué habitación! —chilló Hope cuando le di la vuelta al teléfono para enseñarles dónde estaba.

Había hecho una llamada de video improvisada a las chicas para intentar ponernos al día, porque parecían haber pasado años desde que las había visto. La lujosa suite y la vista de las numerosas luces centelleantes al otro lado de la ventana dejaban claro que estaba en Las Vegas. El viaje a Europa se había alargado más de lo previsto, y Noah y yo habíamos tenido que volar directamente hasta aquí para asistir a la selección de Matthew por parte de la NFL. Por suerte, June había salido del coma y estaba estable, pero seguía necesitando atención constante hasta que recuperase las fuerzas y la movilidad, y había notado que a Matthew le agobiaba no poder estar con ella.

Noah y yo no llegamos a acostarnos juntos tras aquella cena en el barco. Aunque él había apagado el teléfono, yo no había hecho lo mismo y Matthew terminó por llamarme a mí para tratar de localizar a Noah y hablarle de los progresos de June. Ahí se acabó todo.

—Lo malo es que no voy a poder pasar mucho tiempo disfrutando de esta habitación —dije encogiéndome de hombros—. Noah ha programado cada segundo de nuestro tiempo.

—Noah tiene que relajarse un poco —resopló Nia.

—Ya vale —contesté riendo.

—¿Por qué? Es como si te hubiera secuestrado, o algo así —continuó ella—. ¿Vas a volver a casa alguna vez?

—Sí, en cuanto acabe el proceso de selección, os lo prometo.

—Da la sensación de que te has perdido un montón de cosas —dijo Hope con una mueca.

Cassie apretó los labios. Aunque me había prometido que mi ausencia en su fiesta de revelación de género del bebé no era un problema, había notado que sí le había molestado un poco, sobre todo porque ese día tuve un compromiso de trabajo y, al final, no pude hacer la llamada de vídeo que le había prometido.

—Chicas, lo sé y lo siento mucho, pero estoy trabajando. No es que haya venido aquí de fiesta sin vosotras.

—Bueno, algunas de las fotos que nos has enviado parecen bastante festivas —dijo Cassie—. Y tu jefe parece sentirse muy cómodo pegadito a ti.

—Sí, ¿qué está pasando entre vosotros? —preguntó Nia—. ¿Se está portando como un capullo? Solo tienes que avisar, e iré a decirle unas cuantas cosas.

A decir verdad, no había tenido ocasión de contarles lo ocurrido aquella noche en Praga. Había estado a punto de confesarlo en un mensaje de texto, pero sabía que, en cuanto admitiera hasta dónde habían llegado las cosas, no pararían de preguntar y exigir detalles. Se trataba de una conversación que había que tener en persona. Estaba a punto de contestarles cuando llamaron a la puerta.

—¿Servicio de habitaciones? —preguntó Hope.

—No he pedido nada —dije negando con la cabeza—. Un momento.

Al abrir la puerta, un sonriente conserje me saludó y me entregó una enorme caja negra rectangular.

—Para usted, señorita Malone.

Desconcertada, recogí la caja. ¿Qué habría hecho Noah ahora?

—Un momento —dije, alzando un dedo cuando el conserje se giró para irse—. Voy a por la cartera.

Él sacudió la cabeza.

—Ya está resuelto. ¡Gracias!

Llevé la enorme caja hasta la mesa, donde había colocado el teléfono. Las chicas estaban hablando entre ellas, tratando de averiguar qué podría haber dentro.

—En esa caja hay un vestido —insistió Nia.

—Ya lo creo —le apoyó Cassie.

—Venga, ábrela para que lo veamos —pidió Hope.

—Esta noche tenemos un evento... —empecé, pero me detuve al levantar la tapa y revelar un envoltorio de papel de seda sujeto con la pegatina negra de una boutique que no conocía. Al quitarla y retirar el papel, apareció un vestido de noche rojo.

—Oh, cielos.

—¡Enséñanoslo! —gritó Cassie.

Lo saqué y lo sujeté contra mi cuerpo. Era un vestido ajustado de tejido fruncido, con solo un hombro y cortado al bias. Parecía una túnica como las de las diosas griegas, solo que del rojo más intenso posible. Al parecer, Noah quería que todo el mundo me mirase durante el proceso de selección. También había un par de zapatos de tacón de color crudo, metidos en una bolsita negra.

—Madre mía... —suspiró Nia—. ¡Póntelo!

Miré la camiseta y las mallas que llevaba puestas.

—Vale, dadme un segundo.

Me aparté un poco para no cambiarme delante de la cámara y me puse el vestido, ajustándolo a mi cuerpo. La sensación era increíble, la tela se ceñía a la piel casi como las mallas que me acababa de quitar. Me giré para ver en el espejo cómo me quedaba, antes de volver a ponerme delante de la cámara.

Aunque Noah ya me había comprado ropa de alta costura, nunca me había puesto nada tan bonito y bien confeccionado. Si seguía haciéndome regalos como este, no tardaría mucho en volverme una consentida. No era una persona pedante, pero, poco a poco, estaba empezando a apreciar las cosas caras de la vida, como la buena comida y la ropa de calidad.

—¿Qué tal? —pregunté, poniéndome de nuevo delante de la cámara. Los aplausos y gritos que me dedicaron me hicieron sonreír—. Entonces, ¿os gusta?

—Estás perfecta —dijo Hope, llevándose las manos a la boca con admiración.

—Sí, ya lo creo —añadió Cassie.

—Date la vuelta para que veamos cómo te queda por todas partes —pidió Nia.

Giré sobre mí misma y ellas volvieron a aplaudir.

—¿De quién es? —preguntó Hope.

Me dirigí de nuevo a la caja para mirar la pegatina, y entonces me fijé en un sobre que no había visto antes.

—Aquí hay algo más —dije, abriendo el sobre—. ¡También me ha pedido citas para peluquería y maquillaje!

Se oyeron nuevos gritos desde el teléfono.

—Decidido, yo también voy a pedir trabajo en Parker Sports Management —dijo Cassie—. ¿Sabes cuál es su política sobre maternidad?

—No tengo ni idea —contesté riendo.

—Tienes muchísima suerte —dijo Nia—. Pero ¿sabes una cosa? Él también la tiene, porque te ha encontrado a ti.

Noté que las lágrimas se asomaban inesperadamente a mis ojos.

—Ay, no hagas que me emocione.

—Es cierto —dijo Hope—. Tienes mucho que ofrecer.

En ese momento me di cuenta de lo mucho que echaba de menos a mis amigas. Sí, el viaje había sido increíble, y era posible que estuviera pasando algo entre mi sexi y enigmático jefe y yo, pero nada se podía comparar al cariño y apoyo de mis mejores amigas.

—Lo digo en serio, chicas, parad —pedí, abanicándome la cara con la mano.

—No pasa nada, puedes llorar todo lo que quieras —dijo Cassie—. Tienes una cita para maquillaje profesional, ya te quitarán ellos las rojeces y lo que sea.

—Os quiero mucho —dije, acercándome más a la cámara—. Tengo muchísimas ganas de daros un abrazo.

—¡Nosotras también! —contestaron al unísono.

Terminamos la llamada y me dirigí a la ducha para empezar a arreglarme. Las citas eran dentro de una hora, así que tendría tiempo suficiente para volver a mi habitación a vestirme cuando terminara con el pelo y el maquillaje.

Al llegar al spa, me sentí transportada a otro mundo, muy lejos del bullicio del resto de la planta baja del hotel.

—Bienvenida, señorita Malone —saludó con una sonrisa la mujer que estaba tras el mostrador.

—¿Cómo... cómo sabe quién soy? —le pregunté.

—El señor Parker fue muy concreto cuando reservó sus citas —contestó, riendo—. Nos dijo que estuviéramos pendientes de una chica rubia muy guapa, con la sonrisa más bonita que hayamos visto. Esa debe ser usted.

Pude ver cómo me sonrojaba en el espejo situado detrás de ella.

—Pase, ya estamos listos para empezar. —Me indicó que la siguiera por un silencioso pasillo, hasta una sala privada decorada en tonos tostados y azul marino.

—Stella vendrá enseguida, puede ponerse cómoda mientras espera.

No se parecía a ningún otro salón de belleza en el que hubiera estado. No se oía el zumbido de los secadores, ni la charla de los estilistas y las clientas. Me senté frente al espejo y me examiné, pensando «¿cómo diablos he *acabado* aquí?».

Cuando la puerta se abrió, entró una mujer que podía haber sido modelo: alta y esbelta, con pelo oscuro y corto que destacaba su perfecta estructura ósea. Pude ver un tatuaje asomar por el cuello de su camisa, como un tentáculo que le recorría la clavícula.

—Hola, soy Stella. ¿Qué tenías pensando hacerte?

—No tengo la menor idea —admití—. Normalmente me arreglo el pelo yo sola. El vestido que voy a llevar es...

—De Norma Kamali, he visto una foto. Vas a estar espectacular con él. Entonces, si no tienes ninguna preferencia ¿puedo hacerte algunas sugerencias?

En cuanto asentí, Stella comenzó a describir con entusiasmo varias opciones distintas, todas las cuales me parecieron increíbles.

—No soy capaz de decidirme. ¿Te importa hacerlo tú por mí?

—¡Justo lo que estaba esperando oír! —dijo con una amplia sonrisa—. Vamos a empezar.

Una hora y media más tarde, parecía el tipo de mujer que se sentiría muy cómoda enfundada en

un vestido rojo de diseño. Stella había peinado mi melena corta en un «falso moño» que combinaría perfectamente con las líneas rectas del vestido. Apenas había terminado de expresar mi agradecimiento cuando Stella fue sustituida por un hombre bastante guapo llamado Kev, que se dispuso a maquillarme.

—Solo tenemos una opción: tonos oscuros en los ojos y claros en los labios —dijo, a la vez que me estudiaba con atención—. Tienes una piel maravillosa, no necesito hacer mucho con ella. Creo que te dejaré muy natural y fresca y, de repente, bum, los ojos. ¿Sí?

—Claro —contesté riendo—. Me pongo en tus manos.

Kev apenas habló mientras trabajaba, y yo me quedé callada para no interrumpir su concentración. Estaba situada de tal forma que no podía ver sus progresos, así que intenté adivinar lo que iba haciendo a medida que me maquillaba. Estuvo mucho rato arreglándome las cejas y me dio más palmaditas en la cara y retoques con la brocha de los que jamás había recibido, antes de dirigir su atención a mis párpados. Cuando conseguí ver los colores que estaba utilizando, me preocupé un poco por la cantidad de negro que le vi aplicar a los pinceles.

—Oh, sí, sí, sí —dijo cuando, por fin, se retiró un poco para admirar su trabajo—. Llamemos a Anna Wintour, tenemos a la próxima modelo de portada.

Kev giró mi silla y no pude evitar un respingo al verme en el espejo. Considerando el tiempo que había tardado, esperaba ver un maquillaje muy pesado que cambiara mi aspecto por completo. En lugar de eso, vi una versión mejorada de mí misma: perfecta y dramática. No podía dejar de mirarme.

—¿Te gusta? —preguntó Kev con una nota de ansiedad en la voz.

—¡Me *encanta*! ¡Gracias!

De camino hacia la zona de recepción, escuché las exclamaciones de admiración de quienes me veían y me sentí como una celebridad. Dejé caer el bolso en el mostrador y comencé a rebuscar en él para sacar la cartera.

—No, ya está todo arreglado —dijo la recepcionista.

—Me alegro mucho, pero quería añadir una propina para agradecer el excelente trabajo que han hecho todos.

—Señorita Malone —sonrió ella—. El señor Parker ha pensado en *todo*. No tiene que preocuparse de nada más, pero se lo agradecemos de todos modos.

Claro que lo había hecho, había sido una tontería pensar que Noah dejaría algo al azar. Me dirigí de vuelta a la habitación como si flotara, sobre todo porque un hombre con el que me crucé se giró para mirarme otra vez, a pesar de que aún iba vestida con las mallas.

Me puse el vestido y los zapatos y eché un último vistazo en el espejo. No necesitaba añadir joyas llamativas, así que los simples pendientes de diamantes de imitación que guardaba para ocasiones especiales quedaron perfectos. Me sentía absolutamente espectacular.

Noah me había enviado un mensaje de texto indicándome que me reuniera con él en el vestíbulo, y me sorprendió lo nerviosa que me sentí al bajar en el ascensor. Había pasado con él

prácticamente cada minuto del día durante estas semanas y estar con él me resultaba natural y sencillo. Entonces, ¿por qué sentía tantas mariposas en el estómago esta noche?

Podía atribuirlo al proceso de selección. Matthew se jugaba mucho hoy, pero sabía que no se trataba solo de eso. Era la sensación de que Noah y yo estábamos a punto de comenzar algo muy especial. Volveríamos a Miami al día siguiente, y me preguntaba cómo afectaría nuestra vida normal a la relación que habíamos establecido durante estas semanas, que habían parecido unas vacaciones. En fin, al menos aún me quedaba una noche más de cuento de hadas y, con mi precioso vestido, estaba preparada para representar el papel de princesa.

Salí del ascensor y recorrí el vestíbulo con la mirada, buscando a mi príncipe encantador. Él siempre llegaba a tiempo y, en general, con antelación, pero por alguna razón ahora no le localizaba entre todos los turistas.

—Joder, Maddy. Ahora mismo no hay un solo hombre que no desee estar en mi lugar.

El susurro de esa voz en el oído me provocó un escalofrío en la espalda. Al girarme, vi a Noah sacudiendo la cabeza con admiración.

—Estás... —empezó, mirándome de la cabeza a los pies.

No pude evitar una risa tonta: era muy poco habitual que Noah se quedara sin palabras.

—Me quitas la respiración —dijo por fin.

—Todo es gracias al ejército de la belleza —contesté—. Muchas gracias por hacerlo posible.

—Venga ya, ellos no pueden tener todo el mérito. ¿O es que también son responsables de este culo perfecto? —Dio un paso atrás para admirarlo.

—¡Noah! —le reprendí.

Él me tomó la mano y se la llevó a los labios para darme un rápido beso.

—Esta noche eres mi amuleto de la suerte. ¿Estás lista?

Asentí y ambos nos dirigimos a la etapa final de nuestro viaje de ensueño.



## NOAH

Había asistido al proceso de selección de la NFL más veces de las que podía recordar, pero siempre me llenaba de emoción. Era comprensible, teniendo en cuenta que el evento básicamente se adueñaba del Strip de Las Vegas. Entre la alfombra roja, las luces brillantes y el escenario principal flotante, el ambiente era como el de un estreno de Hollywood.

Yo siempre me jugaba mucho en esta selección. Que mis jugadores entraran en los equipos adecuados afectaría a sus opciones de conseguir patrocinadores, y eso podría traducirse en contratos millonarios. Siempre sentía una avalancha de emociones, pero este año resultaba mucho más conmovedor debido a la situación de Matthew, y esta vez me sorprendí pensando que el dinero no importaba tanto. Matthew había previsto asistir con su madre, pero eso era ahora imposible porque aún le faltaba mucha recuperación hasta que le permitieran viajar. Esperaba poder proporcionar a Matthew el apoyo que necesitaba en esta ocasión tan trascendental, y el hecho de que Maddy estuviera aquí también resultaba de ayuda, pues Matthew y ella habían entablado una relación fraternal. Maddy le entendía bien y él parecía sentirse muy cómodo con ella, pero, en ese momento, estaba claro que el pobre chico estaba de los nervios. De hecho, todos nos sentíamos igual.

—Vamos, Steelers —repetía Maddy en voz baja, como un mantra.

Intenté no pensar en lo preciosa que estaba, pero resultaba prácticamente imposible. Me aseguré de permanecer a su lado y de lanzar miradas amenazadoras a cualquier hombre que osara poner los ojos en ella un segundo más de lo necesario.

Matthew tenía varias opciones muy buenas, pero habíamos decidido que la más adecuada para él era Pittsburgh. No solo encajaría sin problema en el equipo, sino que, además, yo tenía contactos en la ciudad que se asegurarían de que June recibiera los mejores cuidados posibles cuando se mudaran allí. Podríamos conseguir lo que necesitara con cualquier equipo, pero todos queríamos a los Steelers. Me dirigí a él y le puse una mano en el hombro.

—¿Estás bien?

—Aguantando —contestó con una sonrisa tensa.

—Escucha, acabes donde acabes, serás titular el primer día, ¿de acuerdo?

Matthew no hizo más que asentir.

El espectáculo inicial transcurrió rápidamente y, para cuando nos dimos cuenta, era hora de empezar y el presidente de la NFL había subido al estrado. Apenas presté atención a los nombres de los jugadores a los que iban llamando, aunque conocía al dedillo todos los detalles de cada uno de ellos. Me dio la impresión de que todos conteníamos la respiración hasta que tocó el turno de decidir a los Steelers.

—Como su siguiente elección en el proceso de selección de 2023... los Pittsburgh Steelers eligen a... Matthew Garrison, de la universidad de Dakota del Norte.

La multitud enloqueció y Matthew y yo chocamos las palmas con fuerza. Él se inclinó para dar un enorme abrazo a Maddy que la levantó del suelo y, a continuación, se marchó para dirigirse al que sería el primero de los muchos momentos que le esperaban como foco de toda la atención. Ahora el presidente le felicitaría con un apretón de manos, y después iría a hacerse las fotos de presentación alzando su nuevo jersey contra su pecho. El personal de seguridad le rodeó y le alejó de nosotros, y supe que no volveríamos a verle durante el resto de la noche. Dirigí la mirada a Maddy y la vi secándose los párpados inferiores.

—Lo sé, lo sé —dijo entre risas—. Soy de las que lloran de alegría. ¡Me alegro tanto por Matthew!

Le tomé la mano y le di un rápido apretón, aunque lo que deseaba era tomarla entre mis brazos.

—Y por June. Esto es una victoria para los dos.

—Para todos nosotros —dijo ella, devolviéndome el apretón e inclinándose un poco hacia mí—. Enhorabuena.

Dios, cuánto la deseaba. Me sentía eufórico y quería celebrarlo. Estaba a punto de sugerir que nos retirásemos a mi habitación cuando Maddy me miró con una mueca.

—Me estoy muriendo de hambre, no lo había notado hasta ahora. ¿Podemos comer algo? ¿Un poco de todo? Ese sitio francés por el que hemos pasado antes tenía una pinta estupenda.

Acepté, porque no quería que me tomara por un cavernícola adicto al sexo. Además, cuando me paré a pensarlo, yo también tenía hambre. *Le Chat*, el restaurante francés en cuestión, parecía estar lleno, pero Marcel, el *maître*, nos vio y me hizo una seña para que me acercara.

—Bienvenido de nuevo, señor Parker. Lamentablemente, su sala privada habitual está ocupada en estos momentos, pero la mesa veintidós está disponible, si le parece bien.

Era la mejor mesa del restaurante, un lugar desde el que se podía ver y ser visto por todos. Por lo general, solo la aceptaba cuando venía con alguien a quien le gustaba ser el centro de atención, como un jugador al que intentaba añadir a mi plantilla. Había pensado en aprovechar la privacidad de la sala entre un plato y otro, pero habría disfrutado de la compañía de Maddy en cualquier otro lugar, y tenía muchas ganas de escuchar su opinión sobre la selección. Siempre aportaba una perspectiva nueva que me ayudaba a ver las cosas de forma distinta.

—Sí, de acuerdo, muchas gracias.

Como había esperado, todos los ojos se volvieron hacia Maddy mientras seguíamos a Marcel a la mesa. Ella no pareció fijarse en todos los hombres que se detenían con el tenedor o el vaso a medio camino hacia la boca cuando pasaba por su lado. Algunos me hicieron gestos afirmativos

con la cabeza, reconociendo según el código masculino que estaba conmigo, pero otros muchos la miraron como si fuera una presa a la que desearan atrapar.

Ella se deslizó en su asiento con un suspiro.

—Me voy a comer hasta el último trozo de pan que haya en el restaurante. Parece como si no hubiera comido nada desde ayer.

Me encantaba cuánto disfrutaba de la comida. Era una de las muchas cosas atractivas que había descubierto sobre ella durante nuestro viaje por Europa.

—Te van a encantar las baguettes que tienen aquí.

Ella se giró para mirar a su alrededor por el restaurante.

—Vale, pues ya las pueden ir trayendo.

La cena transcurrió entre buena comida y mejor conversación. Como siempre, Maddy había estado atenta a todo lo que ocurría y me puso al día sobre los comentarios acerca de los jugadores que habían sido seleccionados. A estas alturas, hablábamos con toda franqueza y nos sentíamos más unidos gracias a los momentos compartidos durante el viaje. No podía creer lo afortunado que era por tenerla en mi vida.

Cuando acabamos de comer, Maddy dejó su copa vacía sobre la mesa con los ojos entrecerrados.

—¿Cansada? —pregunté.

—Un poco achispada —dijo sacudiendo la cabeza—. Estoy feliz, pero me he quedado con algo de hambre. —Deslizó la mano por mi muslo y me dirigió una mirada cargada de significado. Noté una cierta tensión alrededor del estómago, una sensación urgente contra la que había estado luchando toda la noche.

—Qué curioso, yo también.

Sabía que era muy importante que ocurriera por fin esta noche, antes de volver a nuestra vida real mañana. Recorrí la piel descubierta de su espalda con las yemas de los dedos, provocándole un estremecimiento. Tras comprobar con una rápida mirada a nuestro alrededor que nadie nos observaba, deslicé la mano por su pierna desnuda hasta la cara interior del muslo. La respiración de Maddy se entrecortó y me dirigió una sorprendida mirada de placer.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó con un suspiro, inclinándose hacia mí y mirando hacia el resto de la sala.

En lugar de contestar, le ayudé a levantarse y salí con ella del restaurante como si me fuera la vida en ello. Conseguimos mantener la compostura hasta entrar en el ascensor, pero, en cuanto se cerraron las puertas, me acerqué a Maddy y la arrinconé contra la pared.

—He estado esperando esto toda la noche —dije, con los labios muy cerca de los suyos.

—Yo también —susurró ella.

La mirada que me dirigió habría sido suficiente para ponérmela dura en un instante, si no estuviera ya como una piedra. Sus ojos me miraban con anhelo y no esperé ni un segundo más a

disfrutar de lo que su mirada prometía. La besé y la estreché contra mí de un modo que no dejara lugar a dudas acerca de lo que iba a ocurrir a continuación. Los dos llevábamos mucho tiempo esperando esto, y no iba a dejarle pegar ojo en toda la noche. Salimos del ascensor tambaleándonos y no pude evitar reír cuando Maddy comenzó a andar a toda velocidad hacia mi habitación, tirando de mí.

—Date prisa, Noah.

Era prácticamente una súplica: cualquier duda que pudiera tener acerca de dar el siguiente paso en nuestra relación se había esfumado hacía tiempo. Mientras yo intentaba abrir la puerta con la tarjeta torpemente, Maddy me cogió la otra mano y se llevó el dedo índice a la boca. Lo rodeó con la lengua, lo lamió y luego empezó a sacarlo muy despacio, con los ojos fijos en los míos.

—Me estás matando —pude decir a duras penas. Por fin, conseguí abrir la puerta de la habitación y nos precipitamos al interior.

—Pues espera, y verás —contestó ella, rodeando con la mano el bulto de mis pantalones.

Cuando la puerta se cerró tras nosotros, agarré a Maddy y la cargué sobre un hombro como si no pesara más que un almohadón de plumas.

—No señorita —dije, dándole una palmada en el culo. — Eres tú la que va a ver.

Ella chilló entre risas mientras la llevaba a la cama y la depositaba sobre ella.

—Me he estado muriendo por probar tu sabor —murmuré al tiempo que le subía el vestido por las piernas.

—Noah... —dijo, un poco agitada.

—¿No quieres que lo haga? —Me detuve para analizar su expresión.

—Sí que quiero —dijo Maddy, apoyándose sobre los codos—. Lo que ocurre es que... grito. Grito mucho.

Por el amor del cielo, qué mujer.

—¿Y me puedes explicar por qué es eso un problema? —dije riendo, pero no le di ocasión de responder.

Le quité las bragas y las dejé caer al suelo; después, cogí sus tobillos, tiré de ella hasta colocarla al borde de la cama y me situé entre sus sedosos muslos. Estuve unos minutos excitándola con la lengua hasta que se empezó a mover contra mí, emitiendo unos gemidos que me incitaron todavía más. Me concentré en el punto donde sentiría más placer, y deslicé un dedo en su interior. Pude notar cómo sus muslos se ponían rígidos y empecé a notar sus pulsaciones contra la lengua.

—Noah —gimió.

Presioné más la boca contra sus pliegues y deslicé dos dedos dentro de ella. Estaba ya tan duro como una piedra y me moría por estar dentro de ella, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de hacer que Maddy se corriera antes en mi boca. Entonces, ella emitió un sonido que no se parecía a nada que hubiera oído antes, entre un grito y un alarido. Un sonido tan intenso que, de no haber

sido yo quien lo había provocado, habría tomado por un grito de dolor. Ella me sujetó la nuca para apretarme aún más contra su cuerpo y, comprendiendo la señal, no paré hasta que los gemidos cesaron por completo.

—No... no me puedo mover... —susurró ella, casi sin poder respirar después de la explosión de placer.

—No pasa nada —dije deslizándome hacia arriba por su cuerpo—. Deja que yo me ocupe de todo.

Tenía preparados unos cuantos condones en el cajón de la mesilla y saqué uno entonces para ponérmelo. Maddy me observó sonriendo con los ojos entrecerrados.

—Tienes la polla más bonita que he visto nunca.

—Espera y verás lo que es capaz de hacer.

Me coloqué entre sus piernas, pero me detuve un instante, haciendo tan solo un poco de presión contra su entrada, para confirmar por última vez que deseaba esto. Ella inspiró profundamente, como si hubiera recibido una descarga.

—No me hagas suplicar, Noah —pidió.

No me hizo falta nada más. Me deslicé dentro de ella y me quedé quieto un instante para disfrutar de la sensación de su cuerpo. Maddy me rodeó con las piernas y me atrajo aún más hacia sí, de forma que casi estuve a punto de estallar. Después de haberla estado deseando durante todo este tiempo, la sensación real de follar con Maddy era aún más increíble de lo que había imaginado.

Ella se movió debajo de mí, ajustando su ritmo al mío. Yo quería hacerlo de todas las maneras posibles, pero no podía contener la pasión incontrolable que se había acumulado entre nosotros durante las últimas semanas. Salí de ella, arrancándole un sonido de frustración, pero solo lo hice para poder colocarla boca abajo sobre la cama, de forma que me mostrara su maravilloso culo desnudo. Deslicé la mano entre sus piernas para acariciarla durante unos minutos y, cuando de nuevo se acercó al límite, volví a introducirme en ella. Le sujeté las caderas y empecé a entrar y salir, mientras ella se movía al mismo ritmo. Hice un esfuerzo imposible por contenerme, porque quería que ella se corriera antes de alcanzar mi propio clímax. Para aumentar su placer, le acaricié el clítoris en círculos hasta que volvió a emitir los mismos sonidos de antes y noté cómo sus músculos se contraían a mi alrededor. Por fin, me dejé ir y cedí a mi propio orgasmo con un rugido casi tan fuerte como los gritos de ella.

Había tenido mucho sexo a lo largo de mi vida, y había follado con más mujeres hermosas de las que podía contar. Pero nunca, jamás me había sentido tan bien como en este momento. Me acerqué a Maddy, que yacía sin fuerzas en la cama, y la tomé en mis brazos. Solo podía pensar en todo lo que me hacía sentir, no solo con el sexo, sino todo.

Me resultaba extraño y desconcertante... y me *encantaba*.



## MADDY

—¿E stás bien? —preguntó Noah con una mirada atenta.

Caminábamos por el pasillo hacia el piso de Nia y Hope, y yo *creía* que había conseguido ocultar lo nerviosa que estaba.

—Sí, es solo que...

—Quieres que todos nos llevemos bien —terminó la frase por mí—. No te preocupes, sé cómo ganarme a la gente —añadió, cogiéndome la mano para darle un apretón.

Ya había experimentado su poder de persuasión en directo, pero mis amigas eran muy duras al juzgar a la gente, y lo serían aún más con la persona que se había adueñado de todo mi tiempo durante el último mes.

—Es que esto me resulta un poco raro, ¿sabes? Lo de que mi jefe conozca a mis amigas.

Él se detuvo y me tomó la barbilla en la mano.

—No te preocupes, todo va a salir bien —contestó antes de darme un rápido beso.

Eso esperaba. Yo había sido parte del jurado cuando Hope nos presentó a un tío del que decía estar enamorándose. Nia, Cassie y yo le habíamos destrozado en un interrogatorio más estricto que el de un juicio por asesinato. No nos costó mucho hacerle admitir que jamás había puesto una lavadora y no sabía quién era Ruth Bader Ginsburg, la destacada juez progresista del Tribunal Supremo. Me preguntaba qué confesiones sorprendentes iban a intentar sacarle a Noah y, lo que era más importante, sentía curiosidad por saber si ocultaba algo que mereciera la pena descubrir.

—Allá vamos —murmuré antes de llamar a la puerta, que se abrió casi de inmediato.

—¡Amiga! —gritó Nia envolviéndome en un abrazo.

Reímos y nos abrazamos con fuerza. Cuando por fin me soltó, me hice a un lado.

—Nia, este es Noah.

Su brillante sonrisa se apagó un poco. Esperaba que le abrazara a él también, porque lo hacía con todo el mundo, pero se limitó a ofrecerle la mano.

—Encantada de conocer a la persona que se ha llevado a nuestra amiga.

Noah río de buen humor y le estrechó la mano.

—No prometo que no vaya a volver a ocurrir. Maddy es ya un miembro muy importante del equipo.

Nia no se rio con él, y el corazón se me aceleró al entrar en el piso.

—¿Esa es Maddy? —preguntó una voz desde el interior.

Me alegré de oír que la voz de Hope sonaba alegre, porque su buen humor siempre compensaba la acidez de Nia. Cassie y ella salieron a recibirnos y también saludaron a Noah con frialdad. Le miré para ver si la tensión del ambiente le estaba afectando, pero él mantenía la misma expresión afable que utilizaba para intentar ganarse a las madres de los jugadores. Eso sí, esta vez se iba a tener que esforzar mucho más, porque mis amigas eran muy duras de pelar.

—He preparado unos aperitivos —nos informó Hope señalando la mesa—. Noah, ¿qué te apetece beber?

—Por ahora agua, con o sin gas, gracias.

Cassie levantó una ceja, y me pregunté si el hecho de que Noah no hubiese pedido alcohol sería un punto a su favor o en su contra.

—Maddy, ¿me ayudas en la cocina? —pidió Hope—. Nia y Cassie pueden hacer compañía a Noah mientras damos los últimos retoques.

Dirigí a Noah una mirada nerviosa al seguir a Hope, pero él me sonrió y me animó con un gesto de la cabeza. Hope se acercó a mí en cuanto estuvimos solas en la cocina.

—¡En persona es guapísimo! Está mucho mejor que en las fotos.

—Sí, sí que lo está —reí.

—Pero... ¿cuántos años tiene?

Sabía que iba a pasar esto, pero no esperaba que fuera tan pronto. Noah era muy atractivo, pero vernos juntos en persona hacía que la diferencia de edad entre los dos fuera más obvia.

—Cuarenta y tres.

Hope se puso muy seria.

—Entonces, eso son... —movió los labios, calculando en silencio una cifra que yo ya conocía—. Dieciocho años. Hum.

—Sí, ¿y qué?

—Nada.

Hope sacudió la cabeza y se puso a remover el contenido de una olla que tenía al fuego. Yo me apoyé en la encimera junto a ella para poder ver su cara mientras se ocupaba de la comida.

—Mientes fatal. Dilo.

Ella dejó de remover.

—Es solo que me preocupa un poco que él... —se interrumpió con expresión preocupada.

—Venga, Hope, suéltalo ya.

No estaba segura de hacia dónde iba esta conversación. ¿Le preocupaba que fuera mi jefe? ¿O se trataba de su dinero y su estilo de vida?

—Creo que lo podrías ver como, bueno, como una especie de sustituto de tu padre.

Ay, no.

El tono amable de Hope suavizó parte del daño que me hizo su acusación. Nunca había pensado que eso fuera parte de la razón por la que Noah me atraía tanto, y no iba a empezar a pensarlo ahora, pero al oír a Hope decirlo en voz alta, comprendí cómo lo veía ella y por qué le preocupaba.

—Hope, te prometo que no se trata de eso. Me atrae Noah como *hombre*.

—Entonces, ¿es solo sexo?

—Caray, ¿te has convertido en Nia en el tiempo que he estado fuera? —pregunté con una risa ahogada—. No, no es eso tampoco. Es solo que conectamos. Obviamente, el deporte es buena parte de nuestra relación, pero hay mucho más. Durante el viaje, hemos podido conocernos como personas, no solo como colegas, y la verdad es que no pienso en la diferencia de edad. Hemos descubierto que somos muy compatibles y nos gustan las mismas cosas.

—Bueno, eso no me sorprende. ¿Cómo no te iban a gustar los hoteles y los restaurantes de cinco estrellas? —Hope rio y volvió a dedicar su atención al contenido de la olla.

—Es mucho más que eso —protesté—. Él puede resultar muy intimidante, pero solo quiere lo mejor para sus clientes. Y, aunque tiene unas expectativas muy altas, nunca pediría a sus empleados algo que no estuviera dispuesto a hacer por sí mismo. Esa es la razón de que tenga tanto éxito en su trabajo. Lo entenderás cuando le conozcas mejor.

—Eso espero —dijo ella, volviéndose a mirarme—. Nunca te he visto así y no quiero que te haga daño. No parece la clase de hombre que aspire a tener una casita y dos niños.

—Eh, para un poco —volví a reír—. Todo esto acaba de empezar, ni siquiera sé lo que quiero yo misma.

Nia asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¡Noah ha cambiado de opinión y quiere probar mi sangría! —Nos miró de la una a la otra y se fijó en lo serias que estábamos—. ¿Pasa algo?

—No, todo va bien —contestó Hope—. ¿Qué tal va todo ahí fuera?

—Me está empezando a caer bien —admitió Nia a regañadientes—. Hemos intentado hacerle capitular, pero tiene mucho aguante.

—Nia —protesté—. ¡Sed buenas!

—¿Qué? ¡Yo soy buena! ¿Y qué tiene de malo preguntarle si te merece?

Me quedé mirándola durante un segundo, horrorizada.

—¿Le has preguntado eso, en serio?

—Oh, venga ya. Claro que no se lo he preguntado. —Me miró con ojos inocentes—. Ha sido Cassie.

—Ya vale, tengo que ir a supervisaros. —Suspiré y señalé hacia el fuego—. Hope ¿necesitas de verdad que te ayude, o solo me has traído aquí para que las otras puedan machacar a Noah?

—Ya me apaño yo sola, ve a rescatar a tu hombre.

Nia se quedó en la cocina para servir la sangría y me dirigí al salón, donde estaban Cassie y Noah.

—Ya viene la sangría, creo que te va a hacer falta —dije sentándome en el sofá junto a Noah.

—No sé por qué dices eso —contestó con una risa ligera—. Tus amigas son unas anfitrionas fantásticas.

—Mentiroso.

—Una anfitriona debe interesarse por sus invitados, ¿no es verdad? —Cassie abrió mucho los ojos con expresión inocente—. Así que no hay nada de malo en que le pregunte por su historial amoroso y, en concreto, la duración exacta de su relación más larga.

—Cass —le reconvine.

Noah me puso una mano en la rodilla.

—Es broma —explicó Noah—. Le estaba contando que, cuando estuvimos en Praga, todos los jugadores hacían lo que fuera por hablar contigo.

—Nuestra amiga está muy solicitada —dijo Cassie encogiéndose de hombros—. Deberías considerarte muy afortunado.

—Ya lo hago. —Me apretó la rodilla sosteniéndome la mirada y sentí mariposas en el estómago. Había esperado que se mostrara más reservado con mis amigas, pero seguía siendo el mismo Noah amable y considerado al que había llegado a conocer bien durante ese último mes.

—Aquí están las bebidas, es hora de hacer un brindis —dijo Nia entrando con una bandeja—. Sangría para todos, menos para la futura mamá.

—Es cierto —dijo Noah volviéndose hacia Cassie—. Maddy me contó que vas a tener un bebé. Enhorabuena.

—Gracias —sonrió ella, acariciándose la tripita más pequeña del mundo—. Me hace mucha ilusión que las chicas sean las madrinas de mi bebé.

—¿Sabes ya lo que va a ser? —preguntó Noah aceptando un vaso de Nia.

—Un niño.

—Sí, hizo una maravillosa fiesta de revelación de género del bebé, pero Maddy se la perdió porque tú te la habías llevado —explicó Nia.

Su tono sonaba ligero, pero su expresión no lo era. Noah no dio señal de haberlo notado.

—Esa parte de mi trabajo es muy difícil. Me he perdido muchos acontecimientos importantes por compromisos de trabajo. Incluso llegar a tiempo a la boda de James resultó muy complicado. Él me pidió que fuera uno de los padrinos, pero no pude aceptar porque sabía que me perdería todas las actividades previas a la boda. Tengo mis remordimientos.

Su sinceridad pareció silenciar a Nia y Hope. Probablemente se habían preparado para una discusión sobre el tema.

—Bueno, ¿y tú quieres tener hijos? —preguntó Cassie.

En ese momento, Hope entró en la habitación dando palmadas.

—La cena está lista, ¡vamos! Pasta rellena, y ahora está en su punto.

Jamás había agradecido tanto una interrupción. Lancé una rápida mirada a Noah y me pareció que no se había inmutado, pero lo cierto era que se ganaba la vida manteniendo la calma, y jamás dejaría que nadie le viera pasar un mal rato.

—Contestando a tu pregunta, Cassie —dijo Noah a la vez que se levantaba—, sí, quiero tener hijos.

¿Por qué sentí un escalofrío de emoción al oírlo? No habíamos hecho más que empezar... lo que fuera esto que había entre nosotros. Su admisión sobre querer hijos no tenía nada que ver conmigo, pero, aun así, sentí un destello de esperanza.

Nos sentamos a la mesa para disfrutar de un delicioso plato de pasta. Yo estaba demasiado nerviosa para comer tanto como siempre, a pesar de que el interrogatorio había acabado y la conversación ya era solo una charla normal para conocerse mejor. Las chicas se reían con sus historias, con risas de verdad y no solo de mera cortesía, y eso me llenó de alegría.

—Suponiendo que alguna de nosotras estuviera soltera —dijo Nia aclarándose la garganta y señalándose a sí misma antes de sacudir la melena de forma dramática—. ¿Tienes algún cliente que esté buscando una chica estupenda y bajita, con mucho genio?

Se oyeron varios gemidos y risas.

—Ahora que te conozco, no estoy seguro de que ninguno de mis clientes pudiera contigo —dijo Noah con una amplia sonrisa—. Eres bastante imponente.

—¿Me estás diciendo que ninguno de esos tíos enormes se atrevería a salir conmigo? —preguntó Nia frunciendo el ceño.

—Podrían intentarlo, pero no se me ocurre ninguno que merezca a una mujer como tú. Como cualquiera de vosotras. —Las miró de una en una—. No me sorprende que las amigas de Maddy sean tan fuertes, inteligentes e increíbles como ella. Pero no quiero que entendáis mal lo que digo de mis clientes: todos ellos son dignos de admiración por mérito propio; si no, no estarían con PSM. —Noah jugueteó con su vaso—. Pero, siendo honestos, el estilo de vida del deportista

profesional les cambia la forma de ser. Cuando empiezan a jugar, todos tienen el mismo entusiasmo y están igual de ilusionados y ansiosos, pero empiezan a cambiar en cuanto reciben el tratamiento de estrella durante unos meses.

Pensé en Matthew Garrison y no pude imaginar que en algún momento fuera a dejar de ser como un hermano pequeño encantador. Esperé que Noah se equivocara con él.

—¿Así que todos se vuelven unos capullos? —preguntó Cassie yendo al grano.

—Algunos sí —contestó Noah con una risa—, pero se trata más bien de una actitud... Dicho de otro modo: saben cómo esforzarse en el campo o la pista, pero cuando salen de ahí, esperan que se lo ofrezcan todo en bandeja de plata. A algunas mujeres eso les gusta, y todos sabemos que ser la novia de un jugador de élite tiene muchas ventajas, pero creo que muchos de esos hombres olvidan lo que es importante en las relaciones. —Noah nos miró a todas y dejó que su mirada descansara en mí—. La compañía, la confianza, el compromiso.

—Casi haces que me sienta mal por ellos —dijo Hope colocando el codo sobre la mesa y apoyando la barbilla en la mano.

—Sí, yo también. Intento aconsejarles lo mejor que puedo, pero hay muchos factores fuera de su trabajo que les afectan mucho.

Todos guardamos silencio y pensamos en lo que nos resultaba importante en una relación. Por ahora, Noah cumplía todos mis requisitos: me respetaba, apreciaba mi punto de vista y, poco a poco, se estaba ganando mi confianza. Lo único que faltaba era el compromiso, y no tenía ni idea de si Noah Parker sería capaz de asumirlo.

O si desearía comprometerse conmigo.



## NOAH

Era la primera vez que traía a una mujer a mi piso. Pero no se trataba de cualquier mujer, era Maddy. *Mi Maddy*.

Estuvo hablando muy animada sobre la cena con sus amigas mientras subíamos en el ascensor hasta el ático. Siempre me interesaban sus opiniones, pero, en ese momento, lo único que tenía en la cabeza era lo mucho que deseaba tenerla en mi cama. No había podido dejar de mirarla en toda la noche y, al cabo de un rato, estuve seguro de que sus amigas lo habían notado. Pero ¿cómo iban a culparme? Esta chica resplandecía.

—¿Te han gustado de verdad? —preguntó Maddy con expresión esperanzada.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

—Sí, son encantadoras. —Me retiré para que Maddy pudiera salir primero—. Quizá un poco intensas, pero nada que no pueda manejar.

—Te lo había dicho —dijo ella riendo—. Pero has estado fantástico, les has gustado mucho.

Oírle hablar de que les «gustaba», aunque fuera en ese contexto, me resultó un poco excitante. Abrí la puerta y la tomé de la mano para acompañarla a entrar.

—Bienvenida.

—Noah... —dijo con una exhalación, al tiempo que miraba a su alrededor impresionada—. Cielos.

Solía dejar las luces apagadas para dar protagonismo a las vistas de la ciudad desde el piso. Las paredes del ático estaban formadas por ventanas de dos pisos de altura que daban a Miami por un lado y al océano por el otro. No tenía la suerte de poder pasar aquí mucho tiempo, pero seguía considerándolo mi santuario.

—¿Te gusta?

—¡Es increíble! Nunca he visto nada parecido.

Encendí las luces desde mi teléfono.

—¡Noah! —volvió a exclamar Maddy entonces—. Tu casa es preciosa.

En eso estaba de acuerdo. El decorador había entendido perfectamente mis indicaciones en cuanto a serenidad, así que el piso parecía un oasis de maderas claras y sofás color arena. Hasta aquí no llegaba el ruido del mundo.

—¿Quieres beber algo? —pregunté.

—Sí, por favor. Algo sofisticado, como lo que me obligaste a beber en el avión a Fargo.

—Eh, yo no te obligué a beber nada. Fuiste tú quien se bebió el whisky como un vaquero en un bar a punto de cerrar.

Ella rio, un sonido que se había convertido en uno de mis favoritos.

—Siéntate, por favor. —Indiqué con un gesto el sofá orientado hacia las luces de la ciudad.

Maddy se quitó los zapatos, se acomodó en el sofá con las piernas encogidas y apoyó la cabeza en el respaldo para observarme mientras preparaba las bebidas. Me felicité por mi autocontrol, porque lo único que deseaba era volver a cogerla como un cavernícola y llevarla a la cama. Pero la tortura de esperar ese momento también me excitaba, pues no solía privarme a mí mismo de lo que quería.

—No he podido comer o beber mucho esta noche, estaba muy nerviosa —admitió ella cuando me acerqué a su lado.

—Bueno, ya está hecho y no hay de qué preocuparse —contesté, entregándole un vaso.

—Qué hielo tan espectacular —dijo, indicando con un gesto el cubito del tamaño de una bola de billar que le había puesto en el vaso.

—Para ti, solo lo mejor. Brindemos por una velada encantadora y por los nuevos amigos.

Durante unos minutos, bebimos en silencio.

—Hope me ha dicho algo en lo que no dejo de pensar —admitió Maddy mirando hacia abajo y haciendo girar el whisky en el vaso.

Esperé a que continuara, ya que parecía estar reuniendo el valor para decirme algo.

—Mencionó nuestra diferencia de edad —dijo Maddy con un hilo de voz—. ¿Piensas en ello alguna vez?

¿Lo hacía? Tenía que admitir que, en ocasiones, parecíamos hablar idiomas diferentes, sobre todo en cuestión de redes sociales y cultura popular. Yo hacía lo posible por estar al día, pero todo cambiaba demasiado rápido, y parecía que cada día surgía una broma o un término nuevo que, para mí, no significaba nada, pero que a ella le hacía partirse de risa. Y no se trataba solo de eso: veíamos la vida de manera distinta. En ocasiones, la ilusión y la euforia de Maddy me recordaban lo mucho que aún le quedaba por vivir. No era que yo ya estuviera harto de todo, pero lo cierto era que había vivido mucho más que ella. Sin embargo, me encantaba ese aspecto de estar con ella porque me recordaba las mejores cosas de la vida. Su entusiasmo durante el viaje por Europa me había resultado encantador. Maddy parecía pensar que le aguardaba una nueva aventura en cada esquina, y yo hacía mucho tiempo que no me sentía así.

También me daba la impresión de que apreciaba lo que yo le aportaba. Sí, podía ofrecerle

experiencia y un lujoso estilo de vida que me permitían mostrarle cosas a las que no habría accedido por su cuenta. Pero quería creer que también le planteaba el reto de llegar más lejos, ampliar sus sueños y ser consciente de todo lo que la vida podía ofrecerle. Ella era buena para mí, y yo esperaba ser bueno para ella también y que nos complementáramos mutuamente.

—¿Si pienso en nuestra diferencia de edad? —musité—. Sí, a veces lo hago.

Ella se merecía que fuera honesto, pero su expresión se ensombreció.

—¿De verdad? ¿En qué sentido?

Extendí la mano para tomarla por la muñeca y atraerla hacia mí. Ella se acercó de buena gana y puso sus piernas sobre las mías.

—Sería un error ignorarlo. Hemos llevado vidas muy diferentes, y también nos encontramos en etapas diferentes de la vida.

—Vaya, no me digas —resopló ella con un gesto que abarcó todo el salón. Eso me hizo sonreír.

—Claro, eso es una parte de la diferencia, pero hay más. Cuando yo cumplí los cuarenta, tu acababas de alcanzar la edad legal para beber. Tengo botellas de whisky más viejas que tú.

—¿Y qué? —preguntó Maddy con el ceño fruncido. Yo me encogí de hombros.

—Debemos admitir que podemos entender las cosas de forma distinta. No digo que sea malo, en absoluto. Pero puede haber momentos en los que veamos las cosas de manera muy diferente debido a la diferencia de la edad.

—¿Puedes poner un ejemplo de cuándo ha sido eso un problema, hasta ahora?

—Bueno... —empecé—. Tus amigas, esta misma noche. Lo han observado y les ha hecho sentir incómodas. Y cabe la posibilidad de que algunos de mis amigos o colaboradores también lo cuestionen. Pero si nosotros estamos bien juntos, eso es lo único que importa.

Maddy pareció considerar la cuestión.

—A ver... yo estoy bien. ¿Y tú?

Me incliné para dejar mi vaso vacío sobre la mesa e hice lo mismo con el suyo, que seguía medio lleno. Tiré un poco de más de ella para acercarla hasta que estuvo sentada en mi regazo. Miré su preciosa cara y me encontré sonriendo, a pesar de la expresión preocupada de sus ojos. Cuando puse las manos sobre sus mejillas, ella cerró los ojos y se apoyó contra una de ellas.

—¿Contesta esto a tu pregunta? —susurré, rozando apenas sus labios con los míos.

Ella rodeó mi cuello con los brazos y arqueó la espalda al devolverme el beso con tanto deseo como yo sentía. Su camiseta corta dejaba expuesta una tentadora franja de piel justo encima de sus vaqueros, y deslicé los dedos por ella. Era suave como el satén.

—Me gustaría que me enseñaras el resto de la casa —murmuró contra mi boca—. En concreto, tu dormitorio.

Por fin. Me levanté con ella en brazos, y ella soltó una carcajada.

—Sé andar, por si no lo sabías —dijo cuando la sujeté mejor y le coloqué las manos bajo el culo.

—Pero yo ando más rápido.

Ella recorrió mi cuello con sus besos, excitándose hasta que estuve duro como el mármol. Cuando llegamos al dormitorio, dejé que se deslizara lentamente por mi cuerpo hasta poner los pies en el suelo.

—Hum, eso me ha dado una idea —dijo, sonriendo traviesa. Miró a su alrededor y señaló una silla junto a la ventana—. Siéntate ahí.

—Maddy, ¿qué vas a...?

Ella me interrumpió con un empujoncito.

—Confía en mí y siéntate.

—¿A qué estás jugando? —Me dejé caer en la silla riendo, porque esto parecía algún tipo de juego. Quizá, tras la franca conversación que acabábamos de tener sobre nuestra relación, quería centrarse en la parte de estar juntos que resultaba sencilla.

—Pon música, algo sexi.

Saqué el teléfono con torpeza, pero ella me lo quitó de las manos.

—Déjame a mí.

Mientras ella buscaba en la aplicación de música, aproveché para comprobar mi cartera y asegurarme de tener un condón a mano. Enseguida empezó a sonar Beyoncé por los altavoces, cantando algo sobre el enorme «ego» de su hombre.

—¿Listo? —preguntó en voz baja con los ojos fijos en los míos.

Cuando asentí, fue como si alguien tomara el control de su cuerpo. La dulce Maddy se volvió seductora y empezó a moverse con gracia a unos pasos de mí, a la vez que recorría su cuerpo con las manos y ondeaba sinuosamente las caderas.

—Uf... —tragué con dificultad y cambié de postura en la silla porque mi polla empezaba a presionar contra la cremallera del pantalón.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó ella con la voz un poco ahogada, deslizando la mano bajo su camiseta para tocarse los pechos. Verla acariciarse con los ojos fijos en los míos estuvo a punto de hacerme estallar. Me dirigió una sonrisa muy sexi y llena de confianza, sabiendo que solo podía ver el contorno de sus manos jugando con sus pezones.

Yo me limité a asentir con la cabeza, porque entonces ella se puso de espaldas a mí, se inclinó despacio hacia delante y me dirigió una mirada seductora por encima del hombro. Cuando extendí la mano para tocarle el culo, ella la apartó con un gesto.

—No lo hagas o te echarán —me advirtió—. Nada de tocar.

Oh, joder. ¿Estábamos jugando a *stripper* y cliente?

—De acuerdo —dije con voz ronca, y me recosté para admirar el espectáculo.

Cuando terminó la canción, se había quitado ágilmente los vaqueros y se había situado entre mis piernas vestida solo con unas braguitas negras y la camiseta corta. Yo mantuve con esfuerzo las manos sobre las rodillas mientras ella apretaba el culo contra mí con movimientos ondulantes. Era pura tortura, de la clase más dulce.

Ella dejó caer la cabeza sobre mi hombro y me susurró al oído.

—Ya puedes tocarme, no nos mira nadie.

Deslicé las manos bajo su camiseta y las puse sobre sus pechos. La respiración de Maddy se entrecortó cuando empecé a acariciarle los pezones con los pulgares.

—Te deseo —murmuró en mi oído, al tiempo que se giraba para colocarse a horcajadas sobre mí.

Levanté la camiseta y me incliné hacia delante para meterme uno de sus pezones en la boca, lo que le hizo gemir de placer.

—Quítate la maldita ropa —consiguió decir.

Tras un momento, me controlé lo suficiente para dejar de tocarla y levantarme cuando ella se deslizó de mi regazo. Se quitó la camiseta y las bragas, mirando ansiosa cómo me desvestía a toda velocidad. Cuando me bajé los calzoncillos y los deseché con una patada, se quedó mirando mi polla y esperó solo el tiempo justo para que me pusiera un condón antes de tomarme de la mano y llevarme a la cama.

—No. —Apreté su espalda contra mí y señalé la silla—. Ahí.

Los ojos de Maddy se abrieron mucho durante un momento, y luego me dirigió una sonrisa pícara. Cuando me senté, ella se sentó sobre mi regazo, quedándose justo encima de mi erección. Aproveché ese momento para poner una mano entre sus piernas con un gruñido, y empecé a trazar círculos sobre su centro de placer. En cuanto deslicé un dedo dentro de ella, sus muslos comenzaron a temblar.

—Has estado deseando esto, ¿verdad? —Aumenté la presión y la velocidad, haciendo que Maddy se mordiera el labio inferior.

—Contéstame —exigí. Me detuve y la sujeté para mantenerla quieta cuando intentó seguir moviéndose contra mí, lo que le hizo soltar un gemido ahogado.

—Sí —dijo en un susurro tembloroso—. No pares, por favor.

—Te gusta que te toque, ¿eh? —deslicé el pulgar sobre su clítoris, aplicando la presión suficiente para que siguiera excitada, pero no tanta como para llevarla al orgasmo. Mi polla estaba a solo unos centímetros de su centro y latía al ritmo de sus pulsaciones, pero me contuve para no hundirme en ella. Todavía no.

Maddy inhaló con fuerza y se apretó contra mi mano, pero seguí sin moverme. Me estaba gustando este juego.

—No te oigo —le reprendí. Aflojé más la presión de los dedos, hasta solo rozarla de la forma más ligera posible—. Dime cuánto te gusta esto, dime cuánto lo *necesitas*.

—Yo... te necesito —jadeó—. Me muero por ti.

—Así me gusta.

Puse las manos sobre sus caderas y empujé hacia abajo para colocarla sobre mí y acabar con la agonía de los dos. Cerré los ojos y disfruté durante unos segundos de la sensación de estar hundido en ella hasta el fondo.

—Joder, me encanta estar dentro de ti —susurré.

Maddy no contestó. Tenía los ojos cerrados y vi que le faltaban solo unos segundos para llegar al orgasmo, así que deslicé la mano hacia abajo para ayudarla a alcanzarlo. Empecé a moverme, y ella se ajustó a mi ritmo enseguida, siguiendo cada una de mis embestidas. Alzó el cuerpo y lo dejó caer con cada uno de mis empujes hacia arriba, girando las caderas y apretando los músculos alrededor de mi polla, hasta que la increíble sensación me hizo ver destellos detrás de los párpados. Maddy empezó a gemir, suavemente al principio, pero más fuerte con cada roce de mis dedos e impulso de mis caderas. Tuve que recurrir a todas mis fuerzas para seguir un poco más, porque sus gemidos me volvían loco.

—Noah... —Maddy susurró entre gemidos—. *Más fuerte.*

Su voz estaba entre un ruego y una oración. Aumenté el ritmo para darle lo que pedía, empujando más rápido y hasta el fondo. No aparté los ojos de Maddy cuando por fin se rindió al placer, dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó un grito que reverberó contra las paredes.

En ese momento no pude esperar más. Me introduje lo más que pude en ella, con una mano en su cadera y la otra en un hombro, y la estreché más contra mí al tiempo que el orgasmo recorría mi cuerpo.

Cuando por fin abrí los ojos, Maddy me estaba mirando desde arriba con una sonrisa soñadora en los labios. Le acaricié los muslos.

—Ha sido increíble.

—Siempre lo es.

Ella se dejó caer sobre mí hasta que su cabeza reposó contra mi pecho. La rodeé con los brazos y la estreché con fuerza. Notaba una satisfacción que no había sentido antes y que no era solo sexual: se trataba de algo más que no era capaz de definir. Para calmar los latidos de mi corazón, intenté centrarme en la serenidad del momento y no en la ruidosa y confusa mezcla de emociones en mi mente.

Maddy Malone me estaba haciendo sentir algo nuevo, que no se parecía a nada que hubiera sentido antes, y no tenía ni idea de qué hacer con esos sentimientos.



## MADDY

No sabía que existían sábanas tan suaves. Me coloqué sobre el estómago y hundí la mejilla en la almohada. Muchas de las cosas en la vida de Noah eran nuevas para mí, desde el panel táctil que había junto a la cama y controlaba cada parte de su casa, hasta el enorme vestidor, tan grande como todo mi apartamento.

Noah salió del baño, aún mojado por la ducha y cubierto solo con una toalla. Observé las gotas de agua resbalar por su pecho y apreté las piernas. Desde el momento en que había sonado la alarma, me había estado recordando todo el trabajo que teníamos hoy, casi como si supiera lo que le iba a pedir si no establecía pronto unos límites.

Noah me miró y emitió un gemido ronco.

—¿Qué? —pregunté incorporándome sobre los codos.

—Tú —contestó, señalando mi cuerpo desde donde estaba—. Te puedo ver la parte superior del culo. Me estoy muriendo por morderlo, pero como empiece, llegaremos tarde.

Miré mi cuerpo por encima del hombro y después, mirándole a él, levanté las caderas de la cama muy despacio para que la sábana se deslizara aún más abajo, hasta dejar mi culo totalmente al aire. Noah gimió una vez más.

—Me estás matando.

Yo señalé el bulto que revelaba su toalla.

—Pues parece que una parte de ti sigue viva.

Él suspiró y miró al reloj junto a la cama.

—No podemos. No creo que al presidente de la liga de hockey le haga gracia que retrasemos la reunión.

—Sí, ¿y quién se encargaría de retrasar la reunión, si yo estoy ocupada haciéndote llegar tarde?

—Exacto —dijo Noah, al tiempo que se dirigía al vestidor señalando su erección—. Pero quizá más tarde pueda cerrar con llave la puerta de mi despacho para que nos ocupemos de esta cuestión en algún momento del día.

El estómago me dio un vuelco. Sabía que, en realidad, no lo iba a hacer, pero la idea me excitó

de todos modos.

—Oh, promesas, promesas.

Había traído una pequeña bolsa de viaje con todo lo que necesitaba para poder ir desde su casa al trabajo así que, después de utilizar la ducha de lluvia más grande del mundo y arreglarme rápidamente, estuve lista para salir. Noah y yo estábamos llevando nuestra relación discretamente en el entorno profesional, y por eso me dejó salir del coche para que entrara a la oficina antes que él, pero no sin darme antes un beso con el que casi me derritió sobre el asiento de cuero.

—Te veo arriba —murmuró antes de besarme de nuevo.

Me separé de él para no perder la cabeza y olvidar cómo comportarme con sensatez.

—Sí, tengo mucho que hacer —dije, intentando recordar la razón por la que estábamos en ese aparcamiento.

La montaña de trabajo que encontré al sentarme ante mi mesa me ayudó a dejar a un lado las fantasías que tenía en la cabeza. Tenía cientos de mensajes que contestar, una montaña de correo que organizar y el siempre cambiante calendario de Noah que actualizar. Estaba tan centrada en comprobar otra vez una reunión con un posible cliente nuevo que no noté la presencia de alguien al otro lado de mi mesa.

—Bienvenida otra vez, preciosa.

Alcé la vista, sobresaltada, y vi a Beckett con una de esas sonrisas que antes me hacían sentir algo, y ahora solo me parecía... desagradable. ¿Había sido siempre tan untuoso y falso? ¿Cómo podía no haberme dado cuenta antes? Sí, se le podía considerar un hombre muy guapo, pero su belleza ya no me atraía. Tenía un aspecto demasiado artificial, como si siempre se estuviera esforzando por parecer natural. Sus dientes eran tan blancos, de un blanco casi azulado, que resultaban ridículos.

—Hola, Beckett. Sí, ya he vuelto y estoy liadísima. ¿Qué tal? —No le devolví la sonrisa y me dediqué a revisar la pila de correo sobre mi mesa. Rompí ostentosamente unos mensajes publicitarios y los tiré a la papelera.

—Sólo quería saludarte y preguntarte por el viaje —dijo encogiéndose de hombros—. No es habitual que una novata desaparezca con el jefe durante un mes, ¿sabes? Me imaginaba que tendrías algún cotilleo que contar.

—Pues no —dije sacudiendo la cabeza, quizá con demasiado énfasis—. Solo ha habido trabajo y más trabajo. Eso significa que ahora me tengo que poner al día aquí, en la oficina. No tengo tiempo para charlar.

—Entendido.

Le dirigí una mirada rápida y vi que su sonrisa se había desvanecido y parecía fastidiado. ¿Qué esperaba? ¿Que me emocionara porque me había pedido que le contara cotilleos?

—Bueno, me alegro de verte —dije para despedirle—. Hasta luego.

—Sí, hasta luego —dijo con un resoplido y se alejó.

Tuve la sensación de no haber levantado la cabeza en toda la mañana, y Noah no salió de su despacho ni una sola vez. Agradecí la cantidad de trabajo pendiente, porque me impidió pensar en todo lo que deseaba hacerle al hombre sentado al otro lado de la puerta. Cuando por fin pensé que me podía permitir un descanso, descubrí que ya era la hora del almuerzo. Sabía que Noah tenía una cita para comer, así que me dirigí hacia los ascensores con la idea de ver qué restaurantes podía encontrar en las calles cercanas a la oficina. Cuando llegué al ascensor, Gigi y Allison ya estaban allí esperando.

—Ahí está —dijo Gigi cuando me vio—. Pensábamos que el jefe te había asustado durante el viaje y te habías marchado.

—En absoluto —contesté riendo. Sentí enrojecer mis mejillas y esperé que no se dieran cuenta.

—A ese hombre le encanta trabajar. No para nunca —dijo Allison.

—Sí, ya lo creo, pero al menos nos dio tiempo de hacer un poco de turismo.

—Anda, ven a comer con nosotras y nos lo cuentas —sugirió Allison cuando llegó el ascensor—. Hay un sitio a la vuelta de la esquina donde podemos comer un bocadillo. Podemos ir allí, está bien.

—¿En serio? —pregunté, encantada con la idea de hacer nuevas amigas en la oficina.

—Sí, vamos —añadió Gigi—. Queremos que nos cuentes cómo ha ido. Hemos oído que habéis conseguido firmar con Jan Mingazow. No solo está buenísimo, además es todo un éxito para la agencia.

Me alegré de que estuvieran al día sobre todo el trabajo que habíamos hecho en el extranjero.

—Muchas gracias, encantada de ir con vosotras —contesté.

La cafetería resultó ser más agradable de lo que esperaba y, cuando tuvimos nuestra comida, nos sentamos en una mesa frente a la ventana delantera. En ese momento, Gigi se quedó quieta, sujetando una patata frita en el aire.

—Oh, oh —canturreó, haciendo un gesto discreto con la patata hacia la ventana—. Viene Beckett.

—¿Nos da tiempo a escondernos? —bromeó Allison, mirando por la sala a nuestro alrededor.

Noté un nudo en el estómago al ver entrar a Beckett. Una parte de mí deseaba cambiar de tema y volver a hablar de algo más ligero y divertido, pero las reacciones de las chicas me habían alarmado un poco. Necesitaba saber qué pensaban de él.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con él?

—¿No le conocías? —rio Allison—. Está *encantado* consigo mismo, y es muy mujeriego. Parece estar siempre buscando la forma de acostarse con todas las chicas nuevas y con las temporales. Es asqueroso. No dejes que intente ligar contigo, salvo que te vayan los jueguecitos mentales.

—Dicho por alguien que lo ha sentido y vivido —dijo Gigi con una risa.

—Todos tenemos algo que lamentar —repuso Allison, encogiéndose de hombros.

Sabía exactamente a qué se refería. Giré la cabeza para mirar alrededor.

—Quizá no nos vea, hay bastante gente.

Beckett estaba observando la sala y, antes de que pudiera agachar la cabeza, me vio y esbozó una gran sonrisa.

—Pues no —dijo Gigi cuando empezó a acercarse a nosotras—. Aquí viene.

—Hola, señoritas. ¿Os importa si me siento con vosotras?

—Hola, Beckett. El caso es que solo estábamos hablando de la migración a TeamView —dijo Allison, con la clara esperanza de que hablar del sistema de mensajería y calendario del trabajo le pareciera demasiado aburrido.

—Estupendo. Hice un curso sobre TeamView hace poco, así que os puedo explicar todo lo que necesitéis saber —dijo Beckett. Acercó una silla de la mesa de al lado y la empujó hacia el estrecho espacio que quedaba junto a la mía—. Voy a por algo para comer, no me echéis mucho de menos hasta que vuelva.

—Uf —dijo Gigi observando cómo se alejaba—. Ese tío no sabe captar una indirecta. ¿En serio cree que necesita explicarnos cosas que ya sabemos?

Yo sabía la verdad. Beckett se daba perfecta cuenta de que no queríamos que se sentara con nosotras, pero le daba igual. Cuando se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo y, en este caso, estaba bastante segura de que su objetivo era yo. Empecé a comerme la sopa y la ensalada a toda velocidad para poder marcharme lo antes posible.

—Bueno, en realidad, yo sí que quiero hablar de la migración —dijo Allison—. Es un cerdo, pero no es tonto. Quizás sea cierto que tiene algo interesante que contar.

—Rápido, antes de que vuelva. ¿El viaje estuvo bien? —me preguntó Gigi.

—Sí, muy bien —contesté sin poder ocultar una sonrisa—. He aprendido mucho y Noah sabe escoger a los mejores jugadores, desde luego.

—Ya lo creo. Tiene fama de ser muy frío, pero todos los que trabajan con él saben que solo se comporta como un capullo con quien se lo merece. Cuando está negociando con alguna marca en nombre de uno de sus chicos e intentan colársela, ahí es cuando saca ese carácter infernal —dijo Gigi con admiración y sacudiendo la cabeza—. Y da miedo, pero también resulta muy impresionante.

Yo lo había podido comprobar de primera mano durante el viaje. En París nos habíamos reunido con un abogado que intentó pasarse de listo con Noah, y fui testigo de cómo su actitud cambiaba como si encendiera un interruptor. De negociar el contrato en tono agradable, pasó a destrozarnos los argumentos de aquel hombre sin quitarle la vista de encima, con una voz tan fría que me provocó escalofríos. Había resultado de lo más intimidante, y el abogado al final tuvo el buen sentido de ceder en todo.

En ese momento volvió Beckett y se dejó caer en la silla que había colocado junto a la mía.

—¿Qué me he perdido?

—Solo hablábamos del nuevo calendario que viene dentro de TeamView —dijo Allison mirándonos a los dos.

Beckett dio un mordisco a su bocadillo de pastrami y asintió con la cabeza.

—Conque está dentro, ¿eh? Eso siempre resulta agradable.

Sentí sus ojos posarse en mí durante un momento, pero me negué a devolverle la mirada.

—¿En qué estás trabajando tú ahora, Beckett? —preguntó Gigi.

—Bueno, ya sabes. Relaciones, contactos, haciendo realidad los sueños. —Se encogió de hombros y dio otro bocado—. Ya sabes, el típico trabajo de agente.

—¿Te han ascendido ya y no lo sabíamos? —preguntó Allison frunciendo el ceño—. ¿O sigues siendo agente en prácticas?

—Seguro que lo hacen en cualquier momento —dijo, endureciendo su expresión—. Llevo siglos matándome en PSM, ya va siendo hora.

Tomé nota de esa información para otro momento. Estaba segura de que a Beckett le resultaba insoportable no estar en lo más alto de la jerarquía.

—Bueno, Maddy, ¿qué te parece trabajar aquí? —me preguntó—. Puedes contárnoslo con franqueza.

—Me encanta —contesté—. Es un sitio estupendo.

—Y la gente también es estupenda, ¿eh? —Me golpeó el hombro con el suyo y vi a Allison poner los ojos en blanco.

—Sí, estoy encantada de haber conocido a Allison y Gigi.

—Claro, porque a mí ya me conoces —asintió él—. Y, además, muy bien.

Al ver cómo Gigi levantaba una ceja, lamenté no haberles contado mi historia con Beckett antes, cuando tuve la ocasión. Fruncí el ceño y empecé a recoger mis cosas.

—Siento tener que salir corriendo nada más terminar, pero todavía tengo un millón de cosas que hacer. Muchas gracias por dejarme acompañaros, espero que podamos repetirlo otro día.

Beckett metió la otra mitad de su bocadillo en la bolsa, se sacudió las manos y se puso en pie.

—Te acompaño, yo también tengo prisa.

Habría resultado muy incómodo decir que no, así que salimos juntos. En cuanto estuvimos fuera del local y de la vista, me volví para enfrentarme a él.

—Ya está bien, Beckett.

—¿Eh? ¿Qué he hecho? —Trataba de parecer inocente y confundido, pero fracasó estrepitosamente.

—Esto —dije señalando entre ambos con un gesto—. Deja de intentar salir conmigo otra vez, no me interesa. —Empecé a alejarme de él a toda velocidad, pero era muy alto y no tuvo dificultad para mantenerse a mi paso.

—¿Estás segura? —preguntó en tono cantarín—. Sabes que hacíamos buena pareja. Me acuerdo de aquella noche, en el asiento trasero de mi coche...

—¡Beckett! ¡Déjalo ya! Estoy... —me obligué a decirlo—. Estoy saliendo con alguien, y me hace feliz.

—No me digas —contestó riendo—. ¿Y quién es el afortunado? ¿Le conozco?

—Eso a ti te da igual —dije, evitando la pregunta.

—Desde luego, sí que pareces feliz, estás más guapa que nunca —dijo observando mi perfil—. Debería haberme dado cuenta.

Me encogí de hombros.

—Antes te sentías así por mí. Venga, admítelo, Maddy. Estábamos muy bien juntos, y me rompiste el corazón.

Se me escapó una carcajada.

—Sí, seguro, y yo me lo creo.

—¡Lo digo en serio!

—Beckett, lo único que te gustaba de mí era que podías controlarme. Ahora ya no te gustaría, he cambiado mucho. Y, como te he dicho, soy feliz. Estoy con alguien que cree en mí y me valora.

Habíamos llegado a la puerta de la oficina y yo puse una mano en el enorme tirador de acero para abrirla. Me encantaba que las iniciales del hombre al que me había referido estuvieran grabadas en el cristal de la puerta.

—Debe ser un buen tipo —dijo Beckett—. Podrías presentármelo algún día, quizá podríamos salir todos y...

—Tienes que empezar a captar las indirectas —susurré enfadada.

Tuve que hacerme a un lado para dejar salir a otros dos colegas a los que solo conocía de vista, y esperé a que se alejaran antes de continuar.

—No quiero nada contigo. Ni copas, ni comidas, ni amistad, ni nada. ¿Lo entiendes?

Beckett tuvo el valor de reírse de mí.

—¡Qué fiera! ¿Sabes? Estás equivocada, sí me gusta cómo has cambiado. Pero, vale, tus deseos son órdenes. Por ahora —dijo, haciendo una reverencia exagerada.

Me alejé de él furiosa, y había llegado a la mitad del vestíbulo cuando le oí llamarme.

—Eh, Maddy, cuando ese tío te rompa el corazón, estaré aquí esperándote.



## NOAH

—Es espectacular, ¿no? —me preguntó James.

Alcé los ojos entrecerrados hacia el elegante yate negro atracado en el muelle y asentí.

—Sin duda. Ese color es único, lo hace destacar entre todos los demás.

—Esa es la idea —dijo Theo Barnes, un amigo de James—. La flota incluye varios modelos diferentes de yate, pero el Diamante Negro es la joya de la corona. Es el barco perfecto para clientes importantes que aprecian las cosas especiales. Tiene cincuenta metros y alcanza los treinta y siete nudos. Te garantizo que nunca has visto nada parecido.

Claramente, este hombre no tenía ni idea de que el sultán de Brunéi me había invitado una vez a navegar en su yate.

James me había propuesto comer con él en el club náutico, pero no me había dicho que también estaría su amigo Theo. Al cabo de un rato, había comprendido que la comida solo era una excusa velada para dar a Theo la oportunidad de promocionar el nuevo negocio de yates de alquiler que iba a lanzar. Me habría gustado que James me avisara con antelación, porque ya tenía bastantes problemas como para perder el tiempo con alguien que solo pretendía hacerme la pelota, pero como James se fiaba de él, me dispuse a escuchar su propuesta. Parecía que su personalidad era un tanto desmesurada, pero considerando que me dedicaba a representar a jugadores de élite muy famosos, estaba más que acostumbrado a los grandes egos y sabía cómo manejarle.

De hecho, el aspecto de Theo era muy parecido al de varios de mis jugadores más jóvenes: era alto, estaba en forma y lucía varios tatuajes oscuros en los antebrazos, así como una barba bien recortada. Sin embargo, su actitud sugería que no solo se dedicaba a alquilar yates. Theo Barnes parecía más bien la clase de persona que se dedicaba a navegar en yate, no a ganarse la vida con ellos.

La comida había sido un poco tensa. Después de tantos años de amistad, James y yo no necesitábamos competir por establecer nuestra posición, pero la presencia de Theo había afectado al equilibrio de nuestra relación. Aunque no era un capullo, parecía que necesitaba demostrar algo. Me había caído bien, pero no había entendido por qué no dejaba de sacar el tema de los yates durante la comida. Al final terminé por comprenderlo todo.

—Te lo voy a enseñar —dijo Theo avanzando por el muelle—. Es realmente espectacular.

Una vez a bordo, comprobé que tenía razón. No me apasionaban los yates y nunca había planeado tener uno, pero podía apreciar el trabajo artesanal de una buena construcción.

Theo entró de espaldas en la suntuosa cabina principal, como si fuera un guía turístico.

—La decoración interior es de Lux, una empresa italiana de diseño. Cada uno de mis barcos sigue una estética diferente, y este es el más sexi. No hemos incluido nada de color, solo grises y negros.

—Este estilo no me gusta mucho, pero entiendo la idea —admitió James.

Como propietario de algunas de las discotecas más de moda de Miami, James sabía mejor que nadie cómo crear un ambiente sexi. Todas sus discotecas lo tenían, al igual que este yate. Me recordaba mucho al estilo de algunas de las mansiones de jugadores que había visitado.

—Tiene ocho camarotes para pasajeros, además del principal, y una suite VIP. También hay una sala de juegos, un jacuzzi en la cubierta y dos motos de agua. Es un yate único y de la gama más alta.

Lo cierto es que era difícil no quedar impresionado por el yate. Después del recorrido, Theo nos llevó de vuelta al muelle.

—James pensó que quizá te gustaría sacarlo a navegar en alguna ocasión, quizá para un evento nocturno para tus clientes —dijo Theo—. ¿Podríamos organizarlo?

Lo cierto era que había tenido la misma idea durante el recorrido. Hacía mucho que no organizaba nada para mis mejores clientes y este parecía un buen momento. Aunque a mí, personalmente, no me apasionaban los yates, sabía que a mis jugadores les encantaban las fiestas en el mar.

—Es una idea interesante —musité, como si necesitara que me convenciera.

No iba a dejarle pensar que era un objetivo fácil. Aunque fuera amigo de James, tendría que trabajar un poco para venderme su idea. Nos miramos en silencio bajo la cálida luz del sol. Ese era el tipo de enfrentamiento que estaba acostumbrado a ganar, porque sabía cómo hacer capitular a hombres como Theo, pero me sorprendió que no titubeara y me devolviera la mirada con actitud tranquila y segura.

—Voy a ser honesto contigo —dijo Theo dando un paso hacia mí—. Me harías un favor enorme. Había pensado en contratar a un fotógrafo para utilizar las fotos del evento en mi material promocional. Unas fotos de tus principales jugadores de fiesta en mi barco atraerían muchísima atención. Los dos saldríamos ganando.

Tuve la sensación de que este era el auténtico Theo, la persona a la que James consideraba un amigo, y valoré que me hablara con sinceridad, de un empresario a otro.

—Las fotos *aprobadas* de los jugadores también nos podrían venir bien para atraer nuevos anunciantes —confirmé—. El problema de las típicas fotos en las fiestas es que los chicos no suelen estar en su mejor momento. Si lo organizamos aquí, en el Diamante Negro, podemos preparar las fotos de forma que parezcan naturales, pero manteniendo el control de lo que queramos mostrar.

—Yo puedo pedir a algunos fotógrafos de confianza que se encarguen de las fotos a distancia —ofreció James.

—¿De qué fechas hablamos? —pregunté.

Theo se relajó y sonrió por fin.

—Cuando quieras. Tú dime cuándo y yo me encargo de lo demás, de cualquier cosa que necesites. James me ha hablado muy bien de ti y, ahora que te he conocido, veo que tenía razón. Sería un honor patrocinar un evento tuyo en el Diamante Negro.

—Estamos de acuerdo —dije, extendiendo la mano hacia él—. PSM será tu primer cliente oficial.

—Excelente —confirmó Theo con un firme apretón de manos—. Mi asistente se pondrá en contacto con la tuya para empezar a organizar los detalles.

—Por cierto, ¿qué tal te va con Maddy? Kaitlyn dijo que la tienes muy ocupada —preguntó James.

*Maddy.* Era mucho más que mi asistente, pero no tenía la más mínima intención de contarle, y mucho menos a James.

—Digamos que tengo suerte de contar con ella —contesté.

Me dediqué a contestar llamadas en el coche, de vuelta a la oficina. Cuando llegué, Maddy me dirigió una mirada rápida al pasar por su mesa y, aunque nuestros ojos solo se encontraron un segundo, pude ver que algo no iba bien. Quería saber qué le pasaba, pero estaba hablando con una marca de cereales para el desayuno con la que intentaba cerrar un acuerdo para uno de mis jugadores de fútbol. No iba a ser suficiente para hacerle rico de la noche a la mañana, pero le colocaría en una buena posición para recibir otras propuestas más lucrativas orientadas a las familias. Solo esperaba que su descontrolada afición a las mujeres permaneciera en secreto.

Cuando por fin terminé la llamada, envié a Maddy un mensaje de texto para pedirle que viniera a mi despacho. Entró unos segundos después, todavía con la misma expresión ceñuda, y cerró la puerta tras de sí.

—Eh, ¿qué te pasa? —pregunté al ver las arrugas en su frente. Me levanté de la silla y la tomé en mis brazos—. ¿Va todo bien?

Por un momento, pensé que quizá yo era el causante de su expresión preocupada, o que lo fuera nuestra relación, pero ella asintió contra mi pecho.

—Sí, todo va bien. Es solo que estoy muy liada.

A Maddy se le daban bien muchas cosas, pero ocultar sus emociones no era una de ellas.

—¿Estás segura?

—Sí —contestó, al tiempo que se apartaba un poco para mirarme—. Me estoy poniendo al día e intentando estar al tanto de todo. Hoy he comido con Gigi y Allison.

Su expresión se volvió a nublar. Me constaba que esas dos chicas trabajaban bien y eran buenas

personas que no habrían hecho nada para molestar a Maddy. También sabía que ella era perfectamente capaz de hacerse cargo de cualquier carga de trabajo que le asignara; de hecho, parecía disfrutar con ello. La observé con detenimiento y supe que se estaba guardando algo, pero si no estaba dispuesta a contármelo, tampoco iba a presionarla para que lo hiciera.

—Siento decirte esto, pero ahora vamos a estar aún más ocupados —dije, optando por centrarme en el trabajo—. Vamos a organizar una fiesta.

Eso hizo sonreír por fin a Maddy. Salió de entre mis brazos, sacó su teléfono y adoptó una actitud profesional.

—¡Eso es fantástico! Me encantan las fiestas. ¿Qué celebramos?

—Nada en especial, es solo que ya iba siendo hora. He comido con James y Theo, un amigo suyo. Resulta que Theo está lanzando un negocio de alquiler de yates y quiere que hagamos un evento con él para ayudarlo a promocionarlo. Eso significa que tú y yo tenemos que preparar una lista de asistentes adecuada.

—¿En serio me vas a dejar participar?

—Por supuesto que sí —contesté, aliviado de ver que sus ojos se animaban—. Tienes buen ojo para las redes sociales y sabes quién es tendencia. Entre los dos, deberíamos ser capaces de reunir un buen grupo de gente.

—¿Quieres que solo asistan jugadores de élite, o prefieres una mezcla? —preguntó sin dejar de buscar información en su teléfono.

—¿Qué crees que sería mejor?

Maddy sujetó el teléfono contra su pecho y consideró mi pregunta.

—Podría parecer que esto no tiene sentido, pero el instinto me dice que deberíamos mezclar a la gente. Si añades a algunos de tus jugadores novatos y menos conocidos a los más famosos, les das la oportunidad de aumentar su reputación social al ser vistos con las grandes figuras. Eso también favorecerá un ambiente más agradable: si reunimos demasiadas personalidades protagonistas, las cosas se pueden poner tensas... Si los mezclamos, no habrá tanta competencia por ser el centro de atención.

—¿Te atreves a preparar una lista inicial para que le eche un vistazo?

—¡Por supuesto! ¿De cuánta gente estamos hablando?

—Hum. —Me paré a pensarlo—. No estoy seguro, pero te daré los datos de contacto de la asistente de Theo. Ella te podrá dar una idea del número adecuado. Te voy a dejar a cargo de esta cuestión, avísame cuando tengas un borrador de la lista de invitados. Ya sabes cuál es la jerarquía entre los chicos.

—Y también sé cómo hacer que las cosas sean más interesantes —me dijo con una sonrisa—. Esto será divertido. ¡Me pongo con ello ahora mismo!

Me quedé mirando el delicioso contoneo de sus caderas mientras se dirigía a la puerta y sentí una punzada de excitación. Como siempre, Maddy llevaba un vestido que sería *muy* fácil levantarle

hasta la cintura. Saber que el centro de su cuerpo estaba a mi alcance, tan accesible bajo el fino tejido de color tostado, hizo que se me pusiera dura en solo un instante.

—Oye —dije en un tono más suave.

Maddy se detuvo a medio camino y se volvió para mirarme.

—Ven aquí, tengo que decirte una última cosa.

Ella me dirigió aquella sonrisa suya, la que decía que sabía a la perfección lo que yo quería, y el pulso se me aceleró. Sabía lo que necesitaba de ella.

—¿Sí? —murmuró cuando estuvo delante de mí—. ¿En qué puedo ayudarle, señor Parker? —Miró hacia abajo y abrió un poco más los ojos al ver el bulto en mis pantalones—. ¿Necesita que tome notas?

Me habría reído, de no estar tan condenadamente excitado.

—Solo quería darte un beso antes de que te fueras.

—¿Oh, quiere un beso? —preguntó con voz inocente—. ¿Y dónde le gustaría que le diera el beso, señor Parker? —Se acercó más hacia mí.

—Me vuelves loco. —Le puse una mano en un pecho—. ¿Lo sabías? —Empecé a acariciarle el pezón con el pulgar por encima de la ropa, y ella se apretó más contra mi mano.

—Lo siento mucho. Puedo marcharme, si lo prefiere... —dijo con esfuerzo.

—Será mejor que no lo hagas —gruñí.

Deslicé los dedos bajo la parte superior de su vestido. Maddy no solía ponerse sujetador, pero hoy llevaba uno de tul negro transparente. Empecé a meter la mano dentro de él, ansioso por tocarla.

—Espera —suplicó con respiración entrecortada—. Yo primero.

Me retiró la mano, se dejó caer de rodillas y me miró a los ojos. ¿Cómo diablos podía parecer tan poderosa y vulnerable al mismo tiempo?

No dejó de mirarme a los ojos mientras me desabrochaba el cinturón y los pantalones. Cuando me rodeó con su preciosa boca, tuve que cerrar los ojos y me rendí al placer que me proporcionaba.



## MADDY

**A**lgo afilado se me clavó en la parte inferior de la espalda.

—Así que vosotros dos estáis juntos. ¿Cuánto tiempo lleváis?

Me volví para ver quién me estaba interrogando y descubrí que la larga uña que me había pinchado pertenecía a Honey Thompson. Era una modelo de Instagram que se las había apañado para salir con un quarterback y conseguir acceso VIP a eventos como nuestra fiesta en el yate. Estaba recostada en una tumbona a rayas negras, vestida con un bikini blanco y con el brazo levantado por encima de su cabeza rubia platino. Tenía pinta de estar juzgándome de arriba abajo sin piedad.

—¿Cómo dices? —pregunté, tratando de hacerme oír sobre los resonantes bajos que emanaban de la cabina del DJ, donde MC Havoc estaba poniendo música como si estuviera pinchando en una de las discotecas de James.

Tenía que ser amable con Honey porque su novio, Tyrell Dunn, era uno de los clientes más recientes de Noah, así que hice como si pensara que solo intentaba entablar conversación. Lo cierto era que no había parado de causar problemas desde que había llegado. Primero se había enfadado porque, para no estropear el suelo del barco, había tenido que quitarse sus enjorados zapatos de tacón antes de subir a bordo, y después le había dado una patata porque el champán que servíamos no era su marca favorita.

Honey hizo un vago gesto con la cabeza hacia el otro lado de la cubierta, donde estaba sentado Noah, charlando y bebiendo con un grupo de hombres.

—El gran jefe y tú. ¿Cuánto lleváis?

Me mordí el interior de la mejilla, pensando. Noah y yo habíamos decidido comportarnos como pareja durante la fiesta en el barco. Aún no habíamos dicho nada en la oficina, pero pensamos que el ambiente relajado de la fiesta en el mar sería perfecto para dar a conocer que estábamos juntos. Estábamos siendo discretos y aún no nos habíamos dado muestras de afecto en público, pero si Honey se había dado cuenta, seguro que nuestra relación era más evidente de lo que creíamos. Aun así, no quería contarle los detalles a ella.

—No demasiado.

—No me extraña —contestó. Bebió un poco de champán y arrugó la nariz como se estuviera

tomando una medicina—. Es un tío bastante promiscuo.

No supe qué decir. No estaba acostumbrada a tratar con este tipo de mala persona, pero traté de imaginar cómo responderían Nia o Cassie, respiré hondo, e hice un intento.

—¿Y cómo sabes tú eso? ¿Es que también eres muy promiscua?

—¿Cómo? —se incorporó con expresión furiosa y yo le dediqué mi sonrisa más inocente.

—Quería decir que si sales con la misma gente que Noah. ¿Por eso sabes tanto de su vida personal?

Eso la calmó un poco, pero las dos sabíamos lo que le había dado a entender.

—En realidad, no, pero conozco a muchas chicas que sí le conocen. *Montones* de chicas. Supongo que debes ser su última conquista.

Eso me sentó como una bofetada, pero no quise dejarle ver hasta qué punto me había afectado.

—Suele salir con modelos —continuó Honey—, y también con algunas actrices, unas chicas absolutamente preciosas. Seguro que has oído hablar de la mayoría de ellas. —Honey me miró de arriba abajo y me pareció que podía leerme el pensamiento—. Tú eres... distinta. Nunca habría pensado que fueras su tipo.

Sentí una punzada de preocupación al pensar en el tipo de mujeres a las que se refería Honey. Aunque había visto algunas fotos de Noah con sus anteriores conquistas en internet, no estaba dispuesta a darle la razón. En lugar de contestar, desvié la mirada a mi alrededor y vi que Cody Templeton, una estrella del baloncesto, me miraba y gritaba mi nombre. Le saludé con la mano, agradecida por la distracción.

—Ni se te ocurra pensar en él —rio Honey—. Cody se ha prometido a...

—Belle Grandview —terminé la frase por ella—. Lo sé, Belle es encantadora, también ha venido. Ella está entusiasmada con el compromiso, y él está enamorado de ella. Están impacientes por que llegue el gran día.

Honey se tragó el resto del champán de golpe y supe que eso le había dolido. No había duda de que ella también quería pasar de novia a esposa, pero Tyrell no parecía ser de los que se casan. De hecho, Tyrell ni siquiera parecía ser de los que tienen *novia*. Ella se arregló ostentosamente los diminutos triángulos de tela que cubrían sus pechos y miró alrededor por si alguien nos observaba.

—Tiene gracia que Noah esté saliendo contigo. Supongo que necesitaba algo distinto, después de tantas modelos. Seguro que lo pasáis muy bien juntos, ¿no? Tienes pinta de que no te preocupa mucho lo que comes, supongo que no tienes que preocuparte por tener buen aspecto en bikini.

Me obligué a mantener la calma, a pesar de que ardía de furia.

—Tienes razón. No me preocupa porque Noah no para de hacerme piropos. Es encantador.

—Oh, lo hará para que te sientas mejor —me animó Honey en el tono más falso de la historia—. Disfruta de la sensación, te hará falta cuando Noah pase a la siguiente. —Extendió su copa vacía hacia mí—. ¿Podrías hacer el favor de traerme otra?

Conseguí sonreír, aunque me estaba costando mucho mantener el control frente sus ataques.

—El camarero está ahí mismo. Estoy segura de que no le importará traerte la tercera copa de Cristal. ¿O ya llevas cuatro?

Sin contestar, Honey se levantó de la tumbona y se alejó dando un resoplido. Cuando se perdió entre la multitud, pude respirar de nuevo, pero una sensación insidiosa había reemplazado a mi anterior confianza. Lo cierto era que no sabía prácticamente nada de la vida amorosa de Noah, a excepción de algunas fotos que había visto en internet y que no me aportaron demasiada información. Había intentado comentarlo con él, pero siempre cambiaba de tema de esa forma suya tan hábil, y no me daba cuenta de que estábamos hablando de otra cosa hasta que era demasiado tarde. Como no quería dar la impresión de ser insegura, no insistía en sonsacarle más detalles, pero... ¿cómo era el verdadero Noah? ¿Era un mujeriego? ¿Y qué estaba haciendo conmigo, si podía tener a la chica que quisiera?

El ruido y la multitud me empezaron a resultar agobiantes. No sabía si las náuseas se debían al mareo, a los nervios, o a la copa de vino blanco que había tomado antes de que llegaran todos. Al apretarme la sien con la mano, noté que estaba un poco sudorosa. Me abrí paso entre la gente y me dirigí al camarote que compartía con Noah. Necesitaba unos minutos para recuperarme antes de volver a salir y ejercer las funciones de anfitriona.

Intenté convencerme de que, aunque Noah no me contara toda su vida amorosa anterior, tampoco pasaba nada. Tenía que aceptar que sería mucho más extensa que la mía debido a la diferencia de edad. Además, acabábamos de empezar a salir y no nos habíamos comprometido a nada. Pensándolo bien, tampoco estaba segura de que fuera la clase de hombre que hiciera promesas o quisiera comprometerse. De hecho, ni siquiera sabía si era conmigo con quien querría comprometerse. Tenía que disfrutar de lo que tenía ahora, por mucho que deseara que pudiera ofrecerme más.

Me senté en el borde de la cama y traté de recuperar el ánimo para volver a salir. La única persona problemática era Honey: el resto de los invitados eran fantásticos y todo el mundo se lo estaba pasando bien. Debía centrarme en eso, en que la velada fuera un éxito, y no en mis confusos sentimientos hacia Noah. En ese momento, la puerta se abrió y di un salto del susto.

—Vaya, aquí estás —dijo Noah, que parecía preocupado.

—¡Hola! —Me tragué las dudas y le sonreí—. Solo me estaba tomando un descanso. Ahí fuera hay un montón de egos enormes, ¿no crees?

—Sí, los deportistas pueden ser... demasiado —rio él—. Sobre todo si les ponen delante bebidas, música y chicas en bikini.

—Ya lo creo. Pero bueno, ya estoy lista para volver. —Me puse en pie, pero Noah bloqueó la puerta y me tomó la mano.

—Espera, ¿estás segura de que te encuentras bien?

No podía ser honesta con él y contarle mis temores o, cuando menos, no ahora. Se trataba de una conversación seria y este no era el momento ni el lugar. Estábamos trabajando y los invitados nos esperaban.

—Creo que me he sentido un poco abrumada. Se me da bien hablar con cada uno de ellos por separado, pero me resulta difícil tratar con tantos a la vez. —Eso solo era una verdad a medias y, además, me había pasado la tarde rechazando invitaciones para beber un chupito tras otro.

—Lo estás haciendo de maravilla, todos están encantados contigo —dijo, al tiempo que se inclinaba para besarme la frente.

—Si tú lo dices... —contesté, recordando cómo me había provocado Honey.

—Yo lo digo. Además, hoy estás guapísima. —Deslizó las manos por mis costados y me rodeó en sus brazos—. Pero me gustaría que te quitaras esto para que se te vea mejor.

Llevaba una túnica turquesa transparente sobre el bikini y, antes de la conversación con Honey, pensaba quitármela para meterme en el jacuzzi. Ahora ya no tenía intención de hacerlo.

—Solo quiero que me veas tú —bromeé.

—Promesas, promesas —dijo Noah con un gruñido—. Luego te voy a tomar la palabra sobre eso.

Me cogió de la mano y me llevó de nuevo a la soleada cubierta. Se acabó lo de ser discretos, esto ya era más propio de una pareja. Además, ese gesto debía significar algo, incluso a pesar del misterioso pasado de Noah.

—Voy a acercarme a hablar con las novias y esposas —dije, señalando a un grupo de mujeres que reían juntas.

—¿Por qué no vienes a conocer a Tyler Alvarado? —Noah me sujetó la mano un poco más fuerte—. Creo que ya conoces a todos mis clientes menos a él.

Hice una mueca, porque sabía que Noah quería comentar algunos planes con Tyler, el bateador de los Phillies.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. A partir de ahora, no quiero que te sientas incómoda, ¿de acuerdo? Quiero que todo el mundo sepa que eres una parte muy importante de mi equipo.

Debería haberme alegrado más al oír eso, pero, en el fondo, lo único que deseaba era que dejáramos de una vez lo del «equipo» y nos centráramos en ser una pareja.

—Gracias —dije con un esfuerzo.

Noah cumplió su promesa y no se separó de mi lado el resto de la tarde mientras hablábamos con todos los invitados. Cuando, algo más tarde, Theo se lo llevó aparte para decidir cómo organizar algunas fotos de los asistentes, los dos me pidieron ayuda para decidir la mejor manera de colocarlos en grupos. Más tarde, cuando empezó la música y los asistentes formaron un círculo para bailar, Noah hasta se animó a bailar conmigo cuando Malcolm Giddens y su novia, Amaya, nos empujaron al centro.

Mis dudas empezaron a desvanecerse a medida que el sol descendía hacia el horizonte. Si alguien nos hubiera observado, habría creído que teníamos una relación muy afianzada y que éramos la pareja perfecta, tanto en la sala de reuniones como en el dormitorio. Me imaginaba que

eso debía ser una buena señal y que, si Noah no sentía la necesidad de ocultar lo que sentía por mí ante sus clientes, eso debía significar algo.

En cuanto terminamos de cenar, la combinación del exceso de sol y una buena dosis de estrés hizo que se me empezaran a cerrar los ojos. Gracias al ambiente relajado, nadie se movió de la mesa hasta pasadas las once, y para entonces yo estaba más que dispuesta a irme a dormir, aunque habría seguido en la fiesta si eso hubiera sido lo que quería Noah.

—¿Alguien juega a lanzar monedas?

La propuesta fue de Colin Gentry, hecha en cuanto los camareros retiraron los platos de la cena, y fue recibida con gritos de entusiasmo.

—Chicos, os vamos a dejar con ello —dijo Noah saludando al grupo—. Pasadlo bien y no os metáis en líos.

Al decir eso, me tomó de la mano para que le siguiera y yo jamás me había alegrado tanto de marcharme de una fiesta como en ese momento. En cuanto la puerta se cerró tras nosotros, Noah me sujetó contra la pared y me dio un largo beso.

—Has estado *increíble* —susurró entre un ansioso beso y otro—. Pero llevo todo el día pensando en arrastrarte hasta aquí y hacerte de todo.

Qué fácil le resultaba hacerme dejar de pensar. Una sola caricia o un beso suyos eran suficientes para que me derritiera de deseo y solo pensara en el contacto de su cuerpo con el mío.

—Yo también —suspiré contra su boca. Deslicé la mano hasta su erección y le arranqué un gemido sordo.

—Quiero oírte gritar —dijo, haciéndome retroceder hasta la cama—. Me da igual que todo el mundo se entere de que estoy haciendo que te corras.

—¡Noah! —le reñí, aunque dejé que metiera la mano por debajo de mi túnica y tirase de los lazos que me sujetaban el bikini en las caderas.

Cuando me quitó la parte de abajo del bikini, me empujó hacia la cama y se dejó caer de rodillas para enterrar la cara entre mis muslos y comenzar a excitarme con la lengua. Abrí las piernas un poco más y, sin poder contenerme, le agarré del pelo y le atraje aún más hacia mí, para que pudiera llegar más adentro. No pude evitar un gemido que me pareció ahogado, pero que resonó por todo el camarote, así que tuve que apretarme la boca con el puño a medida que aumentaba la deliciosa sensación entre mis piernas. Estaba tan cerca... pero conseguí recomponerme lo suficiente como para agarrar una almohada con la que cubrirme la boca.

—Acepto el desafío —dijo Noah con una risa y, a continuación, deslizó un dedo dentro de mí y siguió besándome justo donde más lo necesitaba.

El placer que me proporcionaba Noah anuló todo lo demás y solo fui consciente de lo que me estaba haciendo entre las piernas. Me corrí gritando contra la almohada, con la esperanza de que fuera suficiente para amortiguar los sonidos de mi placer. Cuando por fin abrí los ojos, él se había desnudado, estaba colocado sobre mí, y desenrollaba un condón con gestos rápidos.

—Abre más las piernas —ordenó.

Hice lo que me pedía y él me cogió los muslos y me levantó las caderas, de forma que estuviera situada a solo unos centímetros de su erección.

—Joder, eres perfecta.

Se introdujo dentro de mí y me llevó de nuevo al éxtasis, antes de que hubiera tenido tiempo de recuperarme.



## NOAH

—Quiero que te sientes aquí —dije, señalando la silla junto a la que yo iba a ocupar durante la reunión mensual de la empresa.

—¿Estás seguro? ¿No prefieres que se sienten ahí Jim o Danny? —preguntó Maddy nerviosa, con una mirada a su alrededor.

Aunque apreciaba las aportaciones de mis dos mejores agentes, no necesitaba que se sentaran a mi lado durante esta reunión. Además, quería que todo el equipo supiera que Maddy Malone era mucho más que una asistente. De no ser por ella, Garrison no habría firmado con nosotros, y tenía intención de asegurarme de que todo el mundo lo supiera. No iba a permitir que se sentara en un rincón.

—En absoluto. Esta es la primera reunión general desde que has empezado y quiero que todo el mundo tenga clara cuál es tu función aquí.

Maddy me dedicó una sonrisa triunfante, y tuve que recurrir a todas mis fuerzas para no cogerla en mis brazos y besarla allí mismo.

Los empleados empezaron a entrar en la sala de reuniones, y observé cómo se alzaban varios pares de cejas al ver a Maddy sentada junto a mí a la cabecera de la mesa. Desde luego, ninguna de mis asistentes anteriores se había sentado en ese lugar, pero nadie lo cuestionó. Ya sabían que todo lo que hacía estaba calculado, así que todos parecieron comprender que había situado ahí a Maddy de forma intencionada. Todos, excepto Beckett Tate, que entró con paso tranquilo en la sala dos minutos antes del inicio de la reunión, y se detuvo en seco al ver a Maddy.

—Vaya, mira quién se ha unido a los adultos.

Renata Tailor, otra agente en prácticas, se aclaró la garganta, irritada.

—¿Soy yo, o eso ha sido antifeminista?

—¿Antifeminista? —rio Beckett—. Lo siento, Renata. Pero bueno, Maddy, ¿quién te ha visto y quién te ve!

Era muy propio de Beckett sacar a relucir las cosas que se daban por hecho. Sí, trabajaba mucho y resultaba efectivo como agente en prácticas, pero siempre me había parecido un poco mordaz, un poco demasiado seguro de que su encanto sería suficiente para conseguir contratos. Y detestaba la forma en que estaba mirando a Maddy. Lo hacía de una forma que sugería que sabía

algo sobre ella, y eso me enfureció de una forma irracional.

—Vamos a empezar ya, Beckett —dije, sin ocultar el disgusto en mi voz.

—¡Lo siento, jefe! Estaba hablando con Lincoln Jones, y no vamos a meterle prisa a ese tío, ¿verdad?

Dejé escapar un suspiro. Llevaba meses detrás de Lincoln, sin conseguir resultados, así que su excusa no me impresionó lo más mínimo.

En lugar de sentarse en la parte más alejada de la sala, Beckett pasó sin apresurarse por detrás de todos los que ya estaban sentados alrededor de la mesa y colocó una silla justo al lado de Maddy. Tuvo el valor de inclinar la cabeza al abrir su portátil, como dándome permiso para empezar a hablar. Dirigí una mirada rápida a Maddy y pude ver que cambiaba de postura para alejarse un poco más de él, con la mirada fija en su teclado.

—Gracias a todos por asistir —empecé—. Antes de comenzar, quiero dedicar un minuto a presentar oficialmente al miembro más reciente del equipo. La mayoría de vosotros ya habéis conocido a mi nueva asistente, Maddy Malone, pero es posible que no sepáis lo que ya ha hecho por PSM en el poco tiempo que lleva con nosotros.

—*Garrison* —aulló una voz hacia el fondo de la sala, a la que respondieron algunos aplausos sueltos.

—Exacto —dije, señalando al lugar del que había venido la voz—. Maddy no solo hizo lo imposible para conseguir un vuelo en el último minuto que nos permitiera llegar a la reunión, sino que también aclaró un malentendido y se aseguró de que Matthew y su madre, June, comprendieran sin lugar a dudas todo lo que PSM puede ofrecer.

Los asistentes comenzaron a aplaudir incluso antes de que hubiera terminado de hablar. Eché un vistazo rápido hacia Maddy y la vi ruborizarse de orgullo.

—Y durante el viaje de búsqueda de talentos por Europa, bueno, solo puedo decir que no habría podido cubrir ni la mitad del terreno previsto sin la atención al detalle de Maddy. —En este punto, hice una pausa y miré a Beckett—. Esas son las razones por las que Maddy está hoy en esta mesa con todos nosotros. Ella consigue resultados, y algunos de vosotros podríais aprender algo de ella.

Beckett no se atrevió a devolverme la mirada y yo dejé que mis palabras surtieran efecto antes de continuar la reunión. Traté el resto de las cuestiones con rapidez, ansioso por llegar al momento en que cada miembro del equipo me pondría al día sobre el estado de sus cuentas. Sabía que, para algunos de ellos, era difícil hacer sus presentaciones delante de los demás, pero desde el momento en que empezaban a trabajar con nosotros, todos los agentes sabían que les iba a pedir que me tuvieran al día. Además, estas reuniones servían para mantener su atención centrada en el trabajo. Esta vez, pedí a Beckett que fuera el primero en intervenir.

—Y, aparte de Jones, que no parece dispuesto a comprometerse, ¿qué más tienes? —No me gustó admitirlo, pero lo cierto es que disfruté al ver que parecía incómodo.

—Estoy trabajando con Bud Watkins, el piloto de carreras, y estamos negociando un contrato bastante prometedor con Malibu Nights, un refresco con alcohol. Han ofrecido colocar la marca

en el capó de su coche de carreras, y eso nos viene muy bien porque Radley Tools dejará de patrocinarle al final de la temporada.

—¿Todavía tiene como patrocinador a la cerveza Lost Dog Light? —pregunté enarcando las cejas.

—Sí, sigue trabajando con ellos.

—¿Y no se te ha ocurrido que podría haber un conflicto entre marcas si representa bebidas alcohólicas de dos empresas diferentes?

—Malibu Nights no es cerveza, es un refresco. Son dos cosas distintas —dijo Beckett titubeando.

Noté que algunos de mis agentes más experimentados ponían cara de horror y bajaban la vista a sus ordenadores, y Maddy también tenía los ojos pegados a su pantalla.

—Pero tú sabes que Achen-Folds, la empresa matriz de Lost Dog, también vende un refresco con alcohol, ¿verdad?

Beckett se quedó con la boca abierta.

—Un refresco con alcohol con la marca *Lost Dog*, de hecho.

—Hum...

Me estaba resultando cada vez más difícil no empezar a gritarle.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en ese nuevo acuerdo?

—No mucho —contestó apresuradamente.

—Si ya estáis hablando de dónde vais a poner la marca en el coche, ya llevas más tiempo del que deberías. Estáis perdiendo el tiempo. —La sala estaba tan silenciosa que se habría oído caer un alfiler. Mi equipo sabía que no había nada que me gustara menos que perder el tiempo. Miré a mi alrededor.

—¿Quién es el siguiente? ¿Anita?

Anita, una agente junior, tragó con dificultad. Sabía que ahora tenía que contarme algo interesante después de la pifia de Beckett.

—He conseguido el visto bueno para el patrocinio de Katarina Swenkova. —Aunque llevaba poco tiempo trabajando con la tenista, ya había conseguido posicionarla bastante bien—. El contrato con Lacoste ha salido adelante. Estamos ultimando los detalles sobre el uso de la marca durante los entrenamientos y los tipos de logo, antes de enviar el contrato a los abogados.

—¿Y ese será el primer patrocinio oficial que ha conseguido PSM para Katarina, ¿verdad? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Así es —contestó ella, sentándose un poco más erguida.

—Un aplauso para Anita, por favor —dije, al tiempo que empezaba a aplaudir.

Siempre celebrábamos el primer contrato de cada cliente, sobre todo cuando lo conseguía uno de mis agentes con menos experiencia. Iba a pasar al siguiente cuando Beckett me interrumpió.

—Pensaba que querías que nos asociáramos con marcas de ropa más modernas —dijo—. Lacoste es lo que se ponen las abuelas para ir al club de campo.

Anita comenzó a responder, pero alcé la mano para que me dejara contestar a mí.

—Lacoste es una marca histórica que todo el mundo asocia con el tenis —dije sin molestarme en ocultar que me tenía hart—. Katarina acaba de empezar su carrera, así que conseguir la atención de una marca tan conocida es todo un éxito y demuestra que la marca cree que tiene una gran carrera por delante. Esa asociación es la prueba de que Anita ha hecho sus deberes; quizá tú podrías aprender algo de ella.

Aunque Beckett no contestó ni me miró, sabía que no podía decir nada para defenderse.

—¿Quién es el siguiente?

Greg Landry, un agente senior, tomó la palabra y empezó a hablar de un jugador de golf con el que estaba trabajando. Con eso consiguió relajar el ambiente de la sala y, para cuando terminó de contar cómo se las había apañado para encallar su carrito de golf en un banco de arena, todos los asistentes estaban muertos de risa, incluso Maddy. Todos, menos Beckett.

En ese momento, él se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído con una actitud que me puso en alerta. Fuera lo que fuera, Maddy dio un respingo de sorpresa al oír sus palabras y cerró de golpe su portátil. No pude hacer más que mirar, con los puños apretados, cómo ella se levantaba de la silla y salía de la habitación a toda velocidad. Beckett miró a su alrededor y se encogió de hombros con una estúpida sonrisa.

—Supongo que la novia del jefe no puede aguantar una broma.

Sentí el impulso incontrolable de darle un puñetazo, pero no podía dejar de comportarme de forma profesional. También podría haberle amonestado allí mismo, pues estaba seguro de que Maddy no habría actuado así si no se hubiera pasado de la raya, pero antes tenía que averiguar qué le había dicho. Ahora bien, era muy probable que, si presionaba a Beckett para que lo repitiera delante de todos, eso dejara a Maddy en una situación aún más comprometida. Estaba claro que, en ese momento, no podía hacer nada más que dejarlo estar, pero en cuanto terminara la reunión tenía intención de averiguar qué era exactamente lo que había ocurrido.

—Chicos, volvamos al trabajo. La mayoría de vosotros habéis hecho buenos progresos; el resto tenéis que esforzaros más. Ya sabéis a quién me refiero.

Llamé a Beckett cuando estaba a punto de salir de la sala y él se volvió hacia mí despacio.

—Ya has terminado por hoy —dije, señalándole con el dedo—. No sé qué le has dicho a Maddy, pero está claro que se ha molestado. No quiero volver a ver tu cara por ahora, ¿está claro?

—¿En serio? —Abrió los brazos y miró a su alrededor en busca de apoyos que no encontró, porque todos los que aún seguían en la sala le ignoraron por completo—. Estaba *bromeando* con ella —protestó—. ¿Va a ser culpa mía que sea tan sensible?

—Lárgate de una condenada vez, Beckett —le espeté—. Fuera de aquí. Y no creas que te estoy

dando el día libre. Mañana a primera hora quiero ver tus informes de los cobros recibidos en el primer y segundo trimestre.

Eso le dejó atónito. Esos informes se elaboraban en una complicada hoja de cálculo en la que constaba cada pago hecho por los patrocinadores de nuestros clientes y, por lo general, no eran necesarios hasta final de año. Al pedirselos ahora, no solo le iba a obligar a trabajar hasta muy tarde, sino que también me haría una buena idea de cómo iba hasta ahora con su trabajo. Cuando empezó a protestar, le detuve con un gesto.

—Te la estás jugando. O te largas ya y haces lo que te pido, o no vuelves. Tú decides.

Me respondió con un gruñido irritado y salió enfurecido de la sala de reuniones. Yo esperé unos minutos más para calmarme un poco y fui a buscar a Maddy.



## MADDY

—¿También gritas de esa forma tan rara cuando te corres con el jefe?

No conseguía quitarme la voz de Beckett de la cabeza. Esa era la pregunta que me había susurrado al oído en la reunión, y la sensación de su aliento sobre la piel me había puesto enferma. Había mirado a mi alrededor para asegurarme de que no le hubiera oído nadie, pero enseguida había comprendido que solo deseaba poner tanta distancia entre él y yo como fuera posible. Salí corriendo de la sala de reuniones como si Beckett fuera un abusón del colegio que se hubiera metido conmigo, y ahora me avergonzaba de haber dejado que me hiciera reaccionar de ese modo.

Caminé en círculos por el despacho de Noah intentando comprender si el comentario me había dolido o me había puesto furiosa. Suponía que la noticia de mi relación con Noah se habría corrido por la oficina después de la fiesta en el yate, pero nadie me había dicho nada a la cara, a excepción del capullo de mi exnovio.

Me sentí como una idiota, no solo por dejar que sus palabras me afectaran de ese modo, sino por haberle dejado provocarme hasta el punto de montar una escena en mi primera reunión general. Ahora ya no podía hacer nada, solo podía consolarme pensando que, al menos, había ocurrido cuando la reunión ya estaba acabando. Había supuesto que me podría ocultar un rato en el despacho de Noah, terminaría aquí mis notas sobre la reunión y volvería luego a mi mesa como si no hubiera pasado nada. Esperaba que Noah no tardara mucho en volver, para poder explicarle por qué había actuado como una idiota delante de todo el mundo. Estaba segura de que mi comportamiento no le habría gustado ni un pelo.

Aunque el ambiente Zen del despacho de Noah me solía relajar mucho, en ese momento estaba demasiado alterada para sentir su efecto. Ni siquiera podía distraerme con el móvil, así que me limité a quedarme sentada en el sofá mirando al infinito hasta que él entró bruscamente por la puerta. Me levanté de un salto, pero me encogí enseguida al ver su expresión furiosa.

—Noah, siento muchísimo...

—No te preocupes por eso. ¿Qué diablos te ha dicho? —preguntó con voz tensa—. Dímelo, por favor.

Aunque me alivió descubrir que su ira se dirigía contra Beckett y no contra mí, me ponía nerviosa pensar que había llegado el momento de tener la conversación que había estado evitando.

—Eh. —La voz de Noah sonó algo más calmada cuando se sentó junto a mí en el sofá—. ¿Qué pasa?

—Antes de explicártelo, quiero disculparme por salir corriendo. No ha sido profesional y no volverá a ocurrir.

—Maddy —dijo Noah poniéndome la mano sobre la pierna—. Sé que solo habrías reaccionado de ese modo si te hubiera dicho algo horrible, así que dime de qué se trata y yo decidiré qué hacer con él.

Respiré hondo antes de hablar.

—Hay algo que tengo que contarte antes.

Noah me miró con atención mientras yo trataba de reunir el valor para seguir hablando. Ahora me sentía como una idiota por no habérselo contado todo antes. Al no haberle hablado todavía de esta parte de mi pasado, le había dado mucha más importancia de la que tenía en realidad.

—No pasa nada, puedes contarme lo que sea —me animó Noah.

Empecé a hablar con un esfuerzo.

—¿Te acuerdas de ese ex novio del que te hablé, al que no le gustaba que me sintiera segura de mí misma? Era Beckett. Salí con él cuando estábamos en la universidad. —Fruncí el ceño al recordarlo—. En realidad, no solo salimos, íbamos muy en serio. Yo le quería.

Noah tenía aspecto de haber recibido un puñetazo en el estómago.

—¿Estabas *enamorada* de Beckett Tate?

—Fue hace mucho tiempo —añadí enseguida—. Me gustaría poder decir que, en aquella época, era distinto, pero... Beckett siempre ha sido así. Yo era joven y estúpida, muy inocente. No tenía mucha experiencia en cuestión de relaciones y no me di cuenta de que la nuestra no era normal. Le dejé manipularme y él cada vez me controlaba más. Se volvió posesivo, sospechaba de todo. Si salía con mis amigas, me acusaba de engañarle. —Sentí un escalofrío, pero me obligué a seguir hablando—. Intentó que abandonara la beca en Washington porque no se fiaba de lo que haría si vivía sola, lejos de él. Al final recuperé el sentido común y le dejé. No iba a dejar que nada me impidiera aprovechar esa beca, pero... bueno, ya sabes lo que le pasó luego a mi padre.

Noah había adoptado la expresión que ponía cuando no le gustaba cómo estaba yendo una negociación. Cualquier otra persona quizá pensaría que su aspecto era reservado, pero yo sabía hasta qué punto estaba alterado bajo esa apariencia tranquila.

—¿Por qué no me lo habías contado antes?

—No lo sé. Al principio fue porque solo eras el jefe y, francamente, no era asunto tuyo. Y desde que estamos juntos... No sé. Ha sido una estupidez, pero era una parte de mi pasado que quería dejar atrás por completo. Lo siento mucho, Noah.

—Si hubieras sido honesta conmigo, me habría podido ocupar de esto antes —dijo Noah en voz baja. Era obvio que estaba pensando en un millón de cosas distintas.

—No es necesario que luches por mí. Puedo ocuparme de él. No pasa nada, en serio.

—Maddy, no lo entiendes, ¿verdad?

Me quedé de piedra. Su voz tenía una entonación que no conseguía descifrar y sentí que se me revolvía el estómago.

—¿Qué quieres decir?

Noah empezó a caminar por el despacho, frotándose la cara en un gesto que le había visto hacer muchas veces durante el viaje. Significaba que no solo estaba preocupado, sino también muy enfadado, y no conseguía entender por qué. ¿Le molestaba mi pasado con Beckett? ¿Estaba celoso?

—Este negocio se basa en las apariencias —explicó Noah—. Piensa en todos los esfuerzos que hacemos para hacer creer a los fans que hasta el más difícil de nuestros clientes es un santo. Hay una razón por la que incluimos una cláusula de moralidad en sus contratos. Es un juego, Maddy, todo es un juego, y si no sigues las reglas, estás muerto.

—No... no te entiendo. —Me sentía paralizada, como si se me hubiera cortado la circulación de las piernas. Noah se detuvo delante de mí.

—Esto podría hacer quedar mal a PSM. Muy mal.

Me quedé helada. Ahí estaba yo, tratando de comprender qué parte de mi pasado romántico le había molestado tanto, y resulta que solo le preocupaba su maldita *agencia*. Hizo una pausa, como si estuviera esperando que dijera algo, pero no supe encontrar palabras con las que responderle.

—Dime qué te ha dicho —insistió Noah.

No quería repetir esas palabras, sabía que le alterarían aún más, no por lo que decían de *mí*, sino por los problemas que podrían causar a su empresa. Sin embargo, me enderecé y me obligué a contárselo.

—Me preguntó si me haces gritar de la misma forma en que lo hacía él.

Él apretó la mandíbula.

—*Joder*.

Esperé unas palabras de consuelo, o que me asegurase que me protegería de futuros ataques de Beckett, pero no fue así.

—Nos va a dar problemas —dijo Noah, al tiempo que empezaba a dar vueltas por la habitación otra vez—. Si habla en público sobre nuestra relación de una forma indebida, PSM quedará muy mal.

—Quieres decir que podría alegar que he conseguido este trabajo acostándome contigo —dije sin emoción, dolida por lo bajo que me había situado entre sus prioridades.

—Salir juntos no es un problema, pero si Beckett decide hacerlo público, puede darle el enfoque que quiera. Podría decir que te he presionado, que me he aprovechado de mi posición y te he obligado a aceptar esta relación. Podría decir que te estoy dando ventajas, y usar el viaje a Europa como ejemplo. —Noah fue enumerando las acusaciones con los dedos y su expresión se

volvió cada vez más sombría—. Podría contactar con Zoe y aliarse con ella. Eso supondría una auténtica *pesadilla* para nuestras relaciones públicas. No es que siguiera el procedimiento al pie de la letra al despedir a Zoe y, aunque tenía que haberlo hecho mucho antes, ahora podrían utilizarlo contra mí.

Desde luego, todo lo que estaba diciendo tenía sentido y eran cosas que podrían ocurrir, pero lo que estaba pasando por alto era que quien había dado lugar al problema era yo. Beckett había ido a por mí, pero a Noah solo le importaba defender su empresa. Los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas, pero me obligué a mantener la compostura.

—¿Crees que llegaría a hacer eso?

—No lo sé. Tengo que hablar con recursos humanos.

Noah se había situado detrás de su escritorio y estaba escribiendo en el ordenador sin sentarse, como si yo no estuviera en la habitación. Entre nosotros se estaba abriendo un abismo del que no se estaba dando cuenta.

—¿Noah? —dije con suavidad.

Él alzó los ojos de la pantalla y esperó impaciente a que continuara.

—Creo que me voy a ir a casa el resto del día. No me encuentro bien.

Había esperado que eso le diera una idea de lo mucho que me dolía lo ocurrido, pero él pareció interpretarlo como si le estuviera pidiendo el día libre.

—Sí, claro. No hace falta que pidas medio día de vacaciones. Te llamaré más tarde.

Me levanté despacio, esperando alguna palabra reconfortante por su parte, pero ni siquiera me miró. Eso me recordó lo que pensé la primera vez que le vi: que parecía uno de esos hombres casados con su trabajo. No había tenido ni idea de hasta qué punto era eso cierto.

—Es mejor... que no lo hagas —dije.

Con eso por fin conseguí captar su atención y hacer que levantara la vista hacia mí de nuevo.

—¿Cómo?

—Quizá deberíamos tomarnos el resto del día para... replantearnos las cosas —sugerí—. Hemos estado pasando mucho tiempo juntos, creo que necesito un poco de espacio. Creo que nos vendría bien a los dos.

Dije eso con la esperanza de que me dijera que no estaba de acuerdo.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Noah.

No, eso no era en absoluto lo que quería. Lo único que deseaba era que Noah me tomara en sus brazos y me dijera que todo iría bien, pero me había dejado claro que eso no iba a ocurrir.

—Creo que será lo mejor, ¿no? —dije sin responderle.

Su actitud cambió entonces, se volvió más dura y formal, como si yo fuera una desconocida.

—Claro, tienes razón. Tómate tu tiempo y relájate. Yo me encargaré de todo.

Sus palabras deberían haberme reconfortado, pero sabía que estaban vacías. Noah se encargaría de intentar proteger su negocio, no a mí. Eso me daba mucho en lo que pensar.



## NOAH

Era el segundo día sin Maddy.

Me había enviado un mensaje para avisar de que no vendría hoy y, aunque su ausencia del trabajo no era un problema, la echaba de menos. Cada vez que pasaba por delante de su mesa me acordaba de cómo habíamos dejado las cosas el día anterior. No eran solo las palabras de Beckett las que se lo habían hecho pasar tan mal.

Le envié un mensaje para ver qué tal estaba y recibí una respuesta evasiva, muy diferente de cómo era ella y sin rastro de su alegría habitual. ¿De verdad le había afectado tanto el comentario de Beckett? Me preocupaba que no me hubiera contado antes su historia con él, y aún no había conseguido asimilar que alguien tan repelente como Beckett hubiera conseguido meterse en su cama. En su *corazón*.

Necesitaba aclararme las ideas. Me levanté del escritorio y me dirigí a la cocina.

—Eh, Noah —me saludó Allison cuando nos cruzamos en el pasillo—. Maddy está enferma, ¿no?

—Sí, no se encuentra bien —dije, sin querer entrar en detalles.

—Cuando hables con ella, dile que espero que se mejore —contestó.

Eso me hizo pensar que la noticia de nuestra relación podría estar extendiéndose por la oficina como un cotilleo. ¿Allison lo sabría ya todo? ¿Se lo habría contado Maddy? Habíamos decidido ser discretos en la oficina, pero no habíamos hablado de qué decir si alguien nos preguntaba directamente. Sabía por experiencia propia lo mal que mentía Maddy. ¿Se le habría escapado la verdad al hablar con Allison? Quería pensar que, si hubiera ocurrido algo así, ella me lo habría contado, pero ahora me preocupaba que pudiera haberlo mantenido en secreto. Lo cierto es que no tenía ni idea de si la oficina entera estaba ya al tanto de nuestra relación. Estaba furioso conmigo mismo por dejar que este asunto se me fuera de las manos, eso no era propio de mí. Aunque tenía todos los aspectos de la agencia bajo control, ahora me encontraba metido hasta el cuello en un escándalo que había causado yo mismo. Con lo que odiaba los problemas, me había metido en este yo solito.

La cocina, tan elegante como el resto de la oficina, parecía más bien la sala de primera clase de un aeropuerto. Aquí era donde solían congregarse los empleados, y algunos de ellos hasta utilizaban los sofás junto a las ventanas para reunirse con clientes. Oí unas risas al acercarme por

el pasillo, y me preparé para que el ambiente relajado se disipara en cuanto entrase. Estaba bastante seguro de que les caía bien a los empleados, pero no dejaba de ser el jefe.

—Pues suena como una mezcla entre un gato y un alma en pena —dijo una voz, a la que respondió un coro de fuertes risas—. Tíos, es súper escandalosa.

Al girar la esquina, vi a Beckett hablando con otros dos agentes junior, Carson y Zack. Beckett me miró a los ojos.

—Hola, jefe.

Carson y Zack se volvieron también a mirarme, más nerviosos.

—Hola —contesté con calma, aunque lo que estaba ocurriendo me había irritado aún más—. ¿Puedo preguntar qué es eso tan gracioso?

Lo hice para desafiarle, porque ya sabía de qué estaba hablando o, mejor dicho, de *quién*.

—Bueno, ya sabes, cosas de tíos. Hablamos de chicas —dijo Beckett con una risilla.

—Ah, ¿sí? —contesté, levantando una ceja.

Me devolvió la mirada con actitud confiada.

—Decía que algunas mujeres son muy, hum, *expresivas* cuando se lo están pasando bien. —Me guiñó un ojo—. Ya sabes a qué me refiero, ¿no?

Noté que se me nublaba la vista, y apreté los puños. Deseé con todas mis fuerzas cruzar la habitación de un salto y arrancarle a golpes esa asquerosa expresión engreída de la cara. Me estaba provocando, desafiándome para... ¿qué? Para que cometiera un error, eso era. Si no era capaz de mantener la cabeza fría, él podría aprovecharse de ello, pero no iba a darle esa satisfacción.

—Ya está bien —dije sin alzar la voz.

—¿Qué? —preguntó con expresión inocente—. Ya sabes cómo somos los tíos, Noah. Esto es una agencia de deportes, aquí todos decimos barbaridades. Tú deberías saber eso mejor que nadie.

Carson y Zack se escabulleron y salieron de la habitación para evitar la batalla a la que me estaba arrastrando Beckett.

—¿Te vas a pelear conmigo por el honor de Maddy? —se burló.

En el momento en que pronunció su nombre, me acerqué dos pasos más a él. Beckett retrocedió un poco, pero luego se repuso y se mantuvo firme.

—Me parece que me estás acosando —dijo en tono quejoso—. Esto es intimidación. Yo solo estaba bromeando, Noah, y tú te has puesto en plan agresivo. Voy a hablar con recursos humanos y, ya que voy, creo que les voy a decir que te estás follando a Maddy.

Tuve que recurrir hasta al último átomo de mi fuerza de voluntad para no tirarle por la puta ventana.

—Me parece perfecto que vayas a recursos humanos —dije con voz firme—. De hecho, para que te sientas más cómodo, voy a acompañarte yo mismo. Ya sabes, como apoyo moral.

Entonces fue Beckett quien se puso nervioso e hizo una mueca.

—Ah, y diles por favor que dos de tus colegas tienen una relación. Estoy seguro de que lo consultarán en el manual de empleados y te preguntarán dónde pone que las relaciones en el trabajo están prohibidas. El caso es que no recuerdo haber incluido eso cuando lo redacté con los abogados.

—Eres gilipollas, ¿lo sabías? —gruñó Beckett, pasando a mi lado para salir de la cocina.

—Es posible, pero la última vez que lo miré, el nombre que está en la puerta es el mío, no el tuyo.

Beckett se detuvo y me lanzó una mirada asesina por encima del hombro.

—Y ya que estamos, deja en paz a Maddy, ¿lo has entendido? —añadí.

No me contestó. Al escuchar el sonido del ascensor, imaginé que iba a cumplir su promesa de bajar a hablar con Jennifer Wilcox. Eso no me preocupaba, ya me ocuparía de calmar los ánimos antes de que acabara la jornada. En cualquier caso, era hora de que se lo contara todo. Maddy y yo no teníamos nada que ocultar, pero lo correcto era que lo supieran en recursos humanos.

Me empezaba a doler la cabeza, me ponía enfermo pensar que Maddy se encontraba en el centro de todo este embrollo y detestaba que se me torcieran tanto las cosas. Trataba de llevar una vida lo más organizada posible, en la que no había sitio para dramas estúpidos como este. Cuando llegué a mi despacho, intenté centrarme en los contratos que tenía sobre la mesa y las llamadas que entraban sin parar, ahora que no estaba Maddy para filtrarlas. Para cuando hice una pausa, ya eran las cuatro y media, y era hora de que hablara con Jennifer personalmente.

Me dirigí hacia el ascensor, sin dejar de detenerme a hablar con los agentes que me encontraba por el camino, como era mi costumbre. Siempre se me había dado bien mantener el control de mis emociones, pero temía que hoy sería obvio que me pasaba algo y todas las personas con las que hablara se darían cuenta de que tenía la cabeza en otro sitio. La única solución era hablar con recursos humanos. Decidí bajar por las escaleras para ganar unos minutos en los que prepararme para la conversación con Jennifer. Aunque la empresa era mía, el trabajo de Jennifer era mantener un buen ambiente entre todos y me gustaba cómo lo hacía, salvo cuando su desaprobación se dirigía hacia mí. La encontré sentada de espaldas a la puerta, pero dejó de teclear en su ordenador en cuanto entré en su despacho.

—Estaba esperando que vinieras.

—Sí, parece que tenemos algunas cosas de las que hablar.

Jennifer se giró hacia mí y me dirigió una mirada muy seria.

—Cierra la puerta, por favor.

Hice lo que me pedía y me senté al otro lado de su mesa.

—Beckett Tate es un bocazas —empezó.

Eso me hizo reír como si llevara días sin hacerlo.

—También te has dado cuenta.

—Cómo no. Ha entrado aquí como una exhalación, hablando de intimidación y amenazas. Luego se ha puesto a hablar de otras cuestiones... bueno, más delicadas.

—Vamos a empezar con Beckett —dije mirándome las manos—. ¿Crees que alguna de sus quejas es creíble?

—En absoluto —dijo negando enérgicamente con la cabeza—. Además, si intenta crear problemas, podemos utilizar las grabaciones de las cámaras de seguridad.

Le había enviado un correo electrónico a Jennifer el día anterior para contarle lo ocurrido en la reunión y lo que Beckett le dijo a Maddy. Como ella no quiso presentar una queja formal, no podíamos hacer gran cosa, pero se me había ocurrido otra idea para tratar de relajar el ambiente.

—Aunque me encantaría despedir a Beckett, a algunos de nuestros clientes más recientes les gusta trabajar con él, y preferiría que no se fueran a otra agencia. Lo que voy a hacer es incluir a otros agentes en esas cuentas para que las vayan conociendo y puedan hacerse cargo de ellas si Beckett vuelve a montar otro numerito.

Ella asintió.

—Por otro lado, es posible que recibamos mala prensa si empieza a hacer acusaciones en público, incluso si no tienen fundamento —continué—. Creo que lo mejor sería poner a Beckett en otra planta. Da igual donde sea, con tal de que no esté cerca de Maddy.

—Y hablando de Maddy... —dijo Jennifer con los labios fruncidos.

Me apoyé en el respaldo y le indiqué con un gesto que siguiera hablando.

—Ya sabes que no tenemos una política de empresa sobre relaciones entre empleados, pero las cosas se complican cuando uno de ellos está en tu posición.

—Lo entiendo. La diferencia de poder nos crea un problema de imagen.

—Exacto. Y si en algún momento las cosas van mal entre vosotros dos, esa diferencia de poder sí que se convertirá en un problema de verdad.

Apreté los dientes. Sabía que tenía toda la razón, pero no quería pensar en la posibilidad de perder a Maddy. No podía ni imaginarlo.

—No quiero fastidiarte la magia de tu nueva relación —dijo Jennifer tras aclararse la garganta—, pero tenemos que actuar con inteligencia. No lo has anunciado, ¿no?

—No de forma oficial. Durante la fiesta en el yate no escondimos el hecho de que estamos juntos, pero allí solo había clientes y, lo cierto es que a ellos les da igual todo lo que no les afecte personalmente.

—No me digas —dijo Jennifer con una risa—. Bien, entonces no lo has hecho público, pero si quieres evitar el problema con Beckett antes de que empiece, tenemos que preparar una serie de declaraciones y emitirlas nosotros mismos. Quiero que Jamie y el resto del equipo de relaciones

públicas se pongan con esto y piensen en la mejor manera de enfocarlos. Tendrás que ser muy discreto hasta que tengamos un plan.

—Por supuesto —confirmé—. No nos dejaremos ver en público hasta que hayamos decidido una estrategia.

—Fantástico —dijo Jennifer con una amplia sonrisa—. Le buscaré a Beckett un nuevo escritorio. Quizá le ponga cerca de contabilidad.

—Eso sería perfecto —dije con media sonrisa—. No lo soportará, son demasiado conservadores y aburridos para él.

—Te estoy protegiendo a ti, Noah —aclaró Jennifer con amabilidad—, pero también estoy protegiendo a Maddy.

—Por eso me alegro tanto de tenerte de mi parte —le contesté al tiempo que me levantaba para marcharme.

—Antes de que te vayas... cuídate, Noah —pidió Jennifer—. Pareces cansado, igual has pillado lo mismo que Maddy.

Fingí que sus palabras me habían golpeado en el corazón.

—Siempre tan honesta. Muchas gracias por todo.



## MADDY

No tenía ni idea de lo mucho que había escrito mi padre.

Había encontrado una noticia acerca de la recuperación de Bradley Ianelli, el receptor de los Green Bay, de una lesión que podría acabar con su carrera, y eso me hizo recordar que mi padre había escrito un artículo sobre una situación similar que le había ocurrido a un quarterback de los Cowboys en los años setenta. Cogí el teléfono desde la cama para volver a leer aquel artículo y, cuando quise darme cuenta de la hora, eran más de las diez y llevaba horas buscando enlaces a diferentes artículos escritos por mi padre desde el comienzo de su carrera. Algunos de los más antiguos hasta incluían una foto borrosa suya al final, junto al pie de autor.

No pude evitar echarme a llorar al ver la vida de mi padre en la pantalla y leer los comentarios en algunos de sus artículos más recientes. Estaba claro que a mucha gente le encantaba su punto de vista y que muchos de sus fans, no solo yo, le echábamos de menos.

Me levanté para desayunar algo sin dejar de leer sus artículos en el teléfono, y sentí un impulso que no había tenido desde hacía tiempo. Quería escribir sobre él, sobre lo mucho que me había inspirado y las distintas formas en que podría continuar su legado. Todavía en pijama, me senté a la diminuta mesa de la cocina y acerqué el portátil. La única comida que tenía en casa era un plátano, pero esperaba que me aportara la energía necesaria para traducir mis sentimientos en palabras.

Qué agradable era hacer algo solo para mí misma. En los últimos meses, parecía haber dedicado mi vida entera a asegurarme de que Noah tuviera todo lo que necesitaba. Ayer, al ver la forma en que reaccionó ante la situación con Beckett, había visto de forma aún más clara lo distintas que eran nuestras posiciones en esta relación. Me había dolido mucho que Noah hubiera dirigido toda su preocupación hacia la cuestión de la opinión pública, ignorando la forma en que Beckett me había hecho sentir a mí. Me alegraba de no estar allí hoy, aunque una diminuta parte de mí se preguntaba si me estaría echando de menos.

No tenía ni idea del tiempo que llevaba absorta en mis pensamientos cuando recibí un mensaje de texto. Supuse que sería Noah con algún problema urgente, pero era uno de los mensajes ambiguos que solía enviar Nia: un montón de signos de interrogación. Estaba a punto de contestar cuando me envió un segundo mensaje.

«Estamos preparando los regalos para el *baby shower* de Cassie. ¿Dónde estás???»

Dejé caer el teléfono sobre la mesa. ¿Cómo se me había podido olvidar? Tenía apuntada la fecha

en la agenda desde hacía semanas, pero claro, en los últimos tiempos el único calendario que parecía importante era el de Noah.

«¡Voy mal de tiempo, pero no tardo NADA!» mentí.

Ya llegaba media hora tarde, así que no me daba tiempo de ducharme. Me puse ropa cómoda y salí corriendo. Fue un milagro que no me pusieran una multa por exceso de velocidad.

—¿Lista para mancharte las manos? —preguntó Hope cuando me abrió la puerta del piso, enseñándome las suyas manchadas de tierra.

—¡Por supuesto! —dije con una sonrisa, aunque se me había olvidado por completo lo que íbamos a hacer.

En otras circunstancias, Hope se las habría apañado para darme un abrazo, aunque fuera con las manos sucias, pero ahora solo se hizo a un lado para dejarme entrar. Eso era una señal muy clara de que la situación iba a ser bastante incómoda. La seguí hasta donde Nia estaba sentada a una mesa cubierta de pequeñas macetas amarillas, plantas suculentas y montones de tierra.

—Me arrepiento horrores de haber elegido este proyecto —dijo mirándome—. No me extraña que casi no vinieras.

—Ya vale. Ahora estoy aquí y eso es lo que importa —contesté sin hacer caso de la expresión dolida de Nia. Si supieran lo cerca que había estado de dejarlas tiradas... Había tenido suerte de contar con este día libre imprevisto—. ¿Qué hay que hacer con todo esto?

—Lo cierto es que acabamos de descubrirlo —dijo Hope—. Nia y tú tenéis que poner las etiquetas de «creciendo juntos» en las cuerdas de rafia y pegarlas en las macetas. Hay que cortar un trozo de cuerda lo bastante largo como para hacer un lazo. Yo saco las plantas de los contenedores de plástico y las planto en esas macetas tan monas. Ya lo hemos probado y quedan mejor si ponemos la decoración primero y las plantas después.

—Ya sabrías todo esto si hubieras llegado a tiempo —refunfuñó Nia.

Así era como nos comportábamos cuando había algún problema entre nosotras. Hope lo ignoraba por completo y Nia hacía comentarios punzantes hasta que alguien se atrevía a sacar el tema directamente. Por ahora, no me importaba dejarlo estar, porque hacía tiempo que no las veía y no tenía ganas de discutir, así que cogí los materiales que me correspondían y me senté en el extremo de la mesa más alejado de Nia.

—Esto está muy silencioso —dijo Hope mirándonos de la una a la otra—. Necesitamos música.

Se puso a buscar en su teléfono, mientras Nia y yo hacíamos todo lo posible para atar aquella rafia tan tiesa alrededor de las resbaladizas macetas. Enseguida, Lady Gaga empezó a cantar sobre malos romances y Hope la acompañó tarareando.

—Hablando de malos romances... —Nia me lanzó otra de sus miradas.

Cada uno de sus ácidos comentarios me había hecho reconsiderar la decisión de no sacar el tema. Con este, ya llevaba siete, así que ya estaba bien. Dejé caer las cuerdas sobre la mesa con un suspiro y fui directa al grano.

—¿Qué te pasa? Suéltalo de una vez, Nia.

—¡Eh, venga ya! Se supone que esto es divertido —protestó Hope—. No discutamos.

—Yo no quiero discutir —dijo Nia, en un tono que parecía preparado para empezar una discusión—. Solo quiero que Maddy sepa lo que pensamos, ¿vale?

El alma se me cayó a los pies. En los últimos tiempos había pasado muy poco tiempo con ellas, y me deprimía la idea de malgastar este rato discutiendo, pero esperar a que las cosas se pusieran peor tampoco iba a ayudar lo más mínimo. Nia se volvió hacia mí con una expresión triste que no me había esperado.

—Es que te echamos de menos. Ya no te vemos nunca, y eso nos duele.

—Tenemos la sensación de que ya no te importamos nada —añadió Hope en voz baja.

Entre el estrés de los últimos días, y ahora esto, sentí que me venía abajo. Contuve las lágrimas con un gran esfuerzo porque sabía que, si empezaba, Hope, la más sentimental del grupo, se pondría a llorar también.

—Chicas. —Parpadeé para contener el llanto—. No es eso. Lo sois todo para mí. ¡Sois mis hermanas! Siento muchísimo haberos hecho sentir así. Las cosas han cambiado mucho últimamente y he estado hasta arriba con el trabajo.

—Y con Noah —dijo Nia con un resoplido.

—El caso es que... —Jugueteé nerviosa con la maceta que tenía en las manos.

—¿Te ha hecho algo? —Nia me miró con los ojos entrecerrados y desvió el foco de su enfado hacia Noah—. ¿Qué ha pasado? Cuéntanoslo.

—No, no quiero que nos centremos en mis problemas —dije—. Estamos aquí por Cassie.

—Tus problemas son nuestros problemas —repuso Hope, extendiendo una mano para coger la mía—. Suéltalo.

Pensé en seguir protestando, pero quería conocer su opinión sobre lo ocurrido, así que les conté toda la historia: que Beckett trabajaba en PSM, lo que me había dicho en la reunión y la reacción de Noah.

—Uf, eso no me gusta nada —dijo Hope cuando terminé.

—¿Qué parte no te ha gustado? —pregunté con una risa.

—Pues ninguna —dijo ella—. No me gusta que Beckett haya vuelto a aparecer en tu vida. Se portó fatal contigo.

—Lo cierto es que Noah también ha reaccionado bastante mal —dijo Nia, dejando el pegamento en la mesa—. Se ha puesto a pensar solo en la imagen de su negocio, pero debería haberse preocupado más por tus sentimientos.

Bajé los ojos hacia un trozo de rafia con el que había estado jugueteando hasta reducirlo a unas pocas hebras.

—Yo pienso lo mismo. Al principio sí se preocupó por mí, pero enseguida se puso a hablar de las apariencias, y fue como si se olvidara de mí por completo.

—¿Puedo decir algo? —preguntó Hope con una mano levantada. Las dos la miramos.

—¿Por qué no le contaste antes lo de Beckett a Noah? A lo mejor le ha parecido que estabas ocultando un secreto y eso le ha dolido.

Me había preguntado eso mismo un montón de veces y no había sido capaz de encontrar una explicación. Él tampoco me había hablado de su vida amorosa, pero, por otro lado, ninguna de sus exnovias trabajaba en PSM, al menos que yo supiera. Me encogí de hombros.

—Si tenéis intención de ir en serio, vais a tener que comunicaros mejor —dijo Nia. Pareció centrarse en la maceta que tenía delante, pero me estaba mirando por el rabillo del ojo—. ¿Vais a ir más en serio?

—No tengo ni idea —admití y, al pensarlo, el corazón me dio un vuelco—. A ver, él es increíble y ahora estoy viviendo de una forma que nunca pensé que estaría a mi alcance, pero... no lo sé. A veces me parece que toda mi vida gira a su alrededor, y que solo hago lo que él quiere, cuando él quiere. Parece que solo me estoy dejando llevar.

—Hum —dijo Hope. Con lo bien que la conocía, no necesité nada más para entender el significado de ese sonido.

—Está claro que he dejado de lado cosas muy importantes de mi propia vida —añadí mirándolas directamente—. Siento muchísimo haberos abandonado.

Hope volvió a apretarme la mano.

—Sabíamos que volverías.

Durante unos momentos solo se escuchó el sonido de nuestros sollozos, hasta que Nia se aclaró la garganta.

—Ya está bien de tantas penas. Tenemos que preparar veinte macetas de estas, vamos a acabarlas.

Tras varios accidentes con el pegamento y un montón de risas, conseguimos cogerle el tranquillo a la decoración de las macetas, y entonces fue como en los viejos tiempos. Pensé en lo mucho que me había estado perdiendo en las últimas semanas; no solo las cenas de los jueves, sino todo *esto*: el apoyo de mis amigas, nuestro pasado juntas y lo mucho que nos queríamos las unas a las otras. Me alegraba de que hubiéramos hablado ello en lugar de dejar que se acumularan los rencores, y esperaba que ahora entendieran por qué no me había portado como una buena amiga en los últimos meses. Decidí hacer todo lo posible para compensarlo.

Mi teléfono sonó cuando estábamos abriendo la segunda botella de vino. Nia le echó un vistazo.

—Oh, oh, a alguien le estaban pitando los oídos.

Cogí el teléfono y vi que era Noah quien llamaba. Eran las tres, así que debía estar aún en el trabajo.

—Hola —contesté—. ¿Qué pasa?

—Hola, no, no pasa nada. Siento molestarte en tu día libre, pero quería confirmar el viaje a Pittsburgh. No encuentro los billetes en el correo electrónico ni en el calendario.

—¿Tienes dudas sobre si he reservado el billete? ¿En serio? —Su actitud formal sonaba ridícula, y la pregunta me había sorprendido tanto que ni siquiera me sentí ofendida, al menos, al principio. Él ya sabía que me tomaba el trabajo muy en serio.

—No, ¡por supuesto que no! —explicó—. Yo, esto, me estaba preparando y sé que sueles poner los billetes en la carpeta de viaje del escritorio, pero no los encuentro.

—Está todo ahí, Noah. Es solo que ha cambiado el formato del calendario y puede parecer que no están los archivos. Pincha en el punto azul junto a la fecha.

—¡Ah, vale! —dijo, tras un momento de silencio—. Ya lo veo. Perfecto, todo está bien. Te dejo tranquila...

—Un momento, Noah. —Me puse en pie y, para tener un poco de intimidad, me dirigí a la puerta de cristal que daba a un pequeño balcón—. Hay algo que quería decirte.

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

Respiré hondo.

—Si es posible, preferiría no acompañarte en este viaje. No he parado de viajar desde que me contrataste y me está costando un poco adaptarme. Me gustaría pasar algo de tiempo con mi familia. —Miré a Nia y Hope, que se estaban riendo de algo, y el corazón me dio un vuelco al pensar otra vez en lo que me había perdido, sobre todo ahora que se acercaba la fecha en que Cassie saldría de cuentas—. Trabajaré a distancia y será como si estuviera allí contigo.

Hubo una larga pausa en la línea.

—Si eso es lo que quieres, no hay problema —contestó, en un tono aún más formal—. Por supuesto. Si te conectas a las reuniones de forma remota y te mantienes al día, no habrá diferencia. —Hizo otra pausa—. Por esta vez.

Sentí una punzada en el estómago. Supe que eso no le había gustado nada y no iba a permitir que sentara un precedente. Una vez más, iba a dar prioridad a lo que fuera mejor para la agencia y para él mismo. En el fondo lo entendía, pero eso no hacía que me doliera menos.

—De acuerdo, vale, gracias. Te dejo, estaba haciendo una cosa.

—Muy bien. Entonces, ¿hablamos mañana en la primera llamada desde Pittsburgh?

Los dos nos quedamos callados un momento. Noah no me había pedido que pasara la noche con él, y yo no tenía la menor intención de proponerlo.

—Sí, claro. Allí estaré.

Incómodo, formal y muy distinto de cómo éramos antes. Solo podía esperar que eso tampoco sentara un precedente.



## NOAH

Me tomé un momento para prepararme antes de bajar del avión en Pittsburgh. Si Maddy me hubiera acompañado, se habría pasado el vuelo entero charlando, ya fuera para darme información relevante para nuestra próxima reunión, o para contarme cualquier otra cosa que se le pasara por la cabeza. A veces me resultaba difícil concentrarme, pero tras este vuelo sin escuchar su charla, sin *ella*, era consciente de lo mucho que la echaba de menos.

Lo cierto era que temía esta reunión. A pesar de un fantástico comienzo, el rendimiento de Matthew Garrison en los Steelers había ido bajando a medida que su madre empeoraba. June había recaído de forma inesperada tras sufrir un infarto leve que había acabado con casi todos sus progresos. Era comprensible que Matthew se sintiera desanimado y no pudiera concentrarse, pero, por desgracia, las estadísticas eran despiadadas y no les importaban los sentimientos. Me resultaba muy difícil tener que decirle que, si no demostraba su valía, acabaría en el banquillo para siempre o, lo que sería peor, le rescindirían el contrato.

Al acomodarme en el coche que esperaba junto al avión, intenté pensar en cómo sacar a Matthew de la profunda tristeza en la que estaba sumido. Maddy habría sido capaz de encontrar el tono adecuado y ofrecer un dulce contrapunto a mi actitud más severa. Matthew iba a necesitar ambas cosas para volver a centrarse y evitar perder todo aquello que tanto le había costado.

Cuando el coche entró en el aparcamiento del recinto de entrenamiento, pensé que ya sabía cómo adoptar el tono necesario. Le mostraría simpatía, por supuesto, pero también le daría el empujón necesario para que viera su carrera desde una perspectiva realista. Matthew no necesitaba mimos, yo había venido a reanimar al luchador que llevaba dentro. Aún con todo, cuando salió a mi encuentro cerca de la sala de pesas, el Matthew Garrison que vi no era en absoluto el que esperaba.

—Hola, Noah —dijo, limpiándose el sudor de la frente y sin apenas alzar sus ojos hasta los míos.

Esperé haber podido ocultar mi sorpresa. Matthew había adelgazado mucho, como si compartiera el sufrimiento de su madre. A estas alturas de su entrenamiento, debería estar mucho más fuerte y su potencial tendría que ser evidente, pero el hombre que tenía delante parecía destrozado.

—Hola, Matthew, me alegro de verte. Vamos a sentarnos y hablemos.

Él asintió y me siguió a una pequeña zona de descanso decorada con el logo de los Steelers, donde se dejó caer en una silla. Al mirarle con detenimiento, me di cuenta de que tendría que guardarme las palabras duras para otro momento. Mi jugador estrella parecía derrotado y a punto

de abandonarlo todo.

—Ya sé por qué has venido —dijo Matthew antes de que yo pudiera decir nada—. Sé que lo estoy echando todo a perder, pero no consigo centrarme.

—Lo entiendo —dije con calma—. Son muchas cosas a la vez. Entre intentar adaptarte al equipo y la situación de tu madre, no me extraña que no tengas el corazón en el juego.

—Ni la cabeza —dijo con una sonrisa triste—. Ese infarto lo ha cambiado todo, Noah. Ya empezábamos a ver la luz al final del túnel. Todos pensábamos que se recuperaría y entonces le ha pasado eso y ha vuelto al punto de partida. Y yo no puedo hacer nada, ¿sabes? Solo quiero estar allí con ella, pero tengo planificado cada minuto del día. —Suspiró y se pasó las manos por la cara—. No paro de preguntarme si debería organizar su traslado a Fargo para que la puedan cuidar allí sus hermanas. Así no tendrían que turnarse para venir hasta aquí a ayudarme, pero, si hago eso, ya no podría verla. Y aunque ahora mismo no está despierta, yo sé que ella se da cuenta de cuando estoy allí, con ella.

Matthew se puso en pie y empezó a caminar.

—Las enfermeras dicen que sus signos vitales mejoran cuando estoy con ella. Me necesita. —Dejó escapar un sollozo y se limpió la nariz con el dorso de la mano con un gesto rápido—. Pero el equipo también me necesita aquí. —Se giró hacia mí—. Sé que la estoy cagando, Noah, no hace falta que me lo digas.

—Eh, espera, esa no es la razón por la que he venido.

Él siguió hablando sin parar de caminar.

—Si sigo así de mal me transferirán, ¿verdad? O, lo que es peor, seré el hazmerreír esta temporada. Un fracasado nada más empezar. Y todo lo que nos costó tanto esfuerzo a mi madre y a mí se esfumará. —Se detuvo y su voz se redujo a un susurro—. Eso le decepcionaría muchísimo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y salté del asiento sin pensarlo.

—Eh, eh, Matthew, vamos a arreglar todo esto —dije abrazándole.

Noté que se ponía tenso. Aunque nos caíamos muy bien, no nos habíamos abrazado nunca; ni siquiera después de que le seleccionaran los Steelers, cuando Maddy le había abrazado al menos cinco veces. Yo, en cambio, no recordaba haber abrazado jamás a un cliente, pero en este momento, me pareció lo más adecuado, incluso necesario. Matthew dejó escapar un sonido ahogado y, al poco, me rodeó también con los brazos y aceptó el abrazo como si llevara tiempo ansioso de consuelo. Me alegré de poder ofrecérselo, porque estaba claro que lo necesitaba.

Los dos nos separamos al mismo tiempo, intentando contener la oleada de emociones que nos embargaba.

—A ver si lo resolvemos, ¿eh? —dijo él—. Los entrenadores nos deben estar esperando.

—Todo va a ir bien, ¿de acuerdo? Estoy contigo.

Asintió con tristeza e hizo un gesto para que le siguiera a la oficina principal, donde los

entrenadores nos esperaban con aire de expectación. Estreché la mano de Peter Drury, reparando en las bolsas bajo sus ojos y la sombra de una barba en la que ya asomaban algunas canas. El trabajo de entrenador le había envejecido. Arnold Jackson se limitó a hacerme una cansada inclinación con la cabeza desde donde estaba sentado, sin mostrar ni una sombra de su habitual sonrisa. Los dos parecían preparados para la difícil conversación que teníamos por delante. Matthew se quedó de pie en un rincón con los brazos cruzados y la mirada fija en el suelo.

—Muchas gracias por atendernos, señores —comencé—. Tenemos que tratar varias cuestiones y me gustaría empezar por las más difíciles.

Matthew mantuvo la vista en el suelo.

—June Garrison se estaba recuperando de su accidente, despacio, pero con regularidad. Sin embargo, como sabéis, ha sufrido una recaída hace poco a causa de un infarto leve. Está estable, pero ha perdido buena parte del terreno ganado. Matthew ha estado haciendo todo lo posible para adaptarse a su nueva vida como miembro del equipo, a la vez que intentaba atender a su madre y al resto de su familia. Como os podéis imaginar, todo esto no está resultando sencillo.

Los entrenadores asintieron.

—Sí, sabemos que es muy difícil para él —dijo Peter con una mirada rápida hacia Matthew.

—Por eso esperamos un poco de comprensión por vuestra parte —continué—. Matthew se encuentra en una posición muy difícil. Está tratando de darlo todo, pero creo que todos entendemos lo mucho que le está costando mantenerse concentrado.

—Nos hacemos cargo —dijo Arnold—. Somos conscientes de que debe resultarle difícilísimo estar aquí con su madre en el hospital. Pero lo cierto es que necesitamos que se esfuerce más cuando *sí* está aquí. Cuando le ojeamos, vimos su pasión y su iniciativa, ¿sabes? Por eso le seleccionamos. Si puede rendir de nuevo a ese nivel, por supuesto que estaremos de acuerdo en que vaya a visitar a su madre siempre que lo necesite. Lo que ocurre es que no estamos seguros de si realmente le interesa estar en el equipo, o si se va a comprometer con nosotros a largo plazo.

Ese era el mensaje que yo había venido a transmitirle a Matthew, pero sabía que surtiría más efecto si procedía de sus entrenadores. Eran ellos quienes le observaban todos los días y le veían flaquear.

—Lo cierto es que nos preocupa bastante el futuro —añadió Peter.

Esa frase hizo que el ambiente se volviera más sombrío y Matthew se pusiera aún más nervioso, pero yo venía preparado con una propuesta desesperada que esperaba con todas mis fuerzas que les resultara aceptable.

—Creo que tengo una posible solución —propuse—. No es muy ortodoxa, pero creo que podría resolver esta situación. ¿Y si dejáis a Matthew en el banquillo para que pueda pasar más tiempo con su madre?

Matthew empezó a protestar, pero le detuve con un gesto. Peter y Arnold me miraban con idénticas expresiones ceñudas.

—Sería una solución temporal. Matthew, en los entrenamientos podrás demostrar tu compromiso

a los entrenadores y, en cuanto empieces a mejorar, podemos replantearnos la situación. Pero, por ahora, creo que esta es la mejor solución. Tenemos que ser realistas, ahora no tienes la cabeza en su sitio, tú mismo lo has admitido. —Hice una pausa antes de proseguir con el aspecto más importante de mi propuesta—. Matthew, tu madre y tú os habéis esforzado muchísimo para conseguir esta oportunidad, y ya sabes lo mucho que ella deseaba tu éxito. No se trata de una solución perfecta, pero si lo intentas, podrías convertir el sueño en realidad.

—Efectivamente, no es nada ortodoxo —dijo Arnold con un resoplido—. Pero eso le permitiría seguir entrenando con el equipo sin que nos tengamos que preocupar por su rendimiento en los partidos. Podría funcionar. ¿Qué opinas, Pete?

—Me parece que es la única manera de resolverlo —asintió—. Te agradezco la idea, Noah. Ahora lo único que falta es la opinión de Matthew.

Al volvernos hacia él, pude ver que estaba muy pálido y me temí lo peor.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—No me gusta ni un pelo —contestó con los brazos cruzados y lanzándome una dura mirada. Agitó la cabeza y, por un momento, pareció más un niño pequeño que un jugador profesional—. Pero tienes razón, ahora mismo es la mejor opción. Lo haré.

Todos los presentes respiramos aliviados al mismo tiempo.

—Bien, de acuerdo —dije—. Ya está resuelto.

Cuando por fin salí del recinto de entrenamiento, comprobé sin sorpresa que la primera persona a la que deseaba contárselo todo era a Maddy. Habíamos decidido en el último momento que sería mejor que ella no participara en esta reunión, de forma que todo quedara entre Matthew y yo. Mi relación con Maddy seguía siendo muy incómoda, pero eso ya no me importaba tanto. Lo importante era encontrar una solución, así que la llamé en cuanto me subí al coche. Contestó la llamada de FaceTime inmediatamente.

—Hola, ¿todo bien? ¿Cómo ha ido?

Sonreí al ver su preciosa cara.

—Por ahora, bien. Han estado de acuerdo en dejarle en el banquillo para que pueda pasar más tiempo con June, y parece que él ya se está dando cuenta de todo lo que se está jugando.

—Qué alivio —dijo ella—. Eso ha sido una buena idea. Supongo que ha sido tuya, ¿no?

—Sí, una muy arriesgada, pero ha funcionado.

—¿Cómo está Matthew?

—Mal. —Eso acabó con mi sonrisa—. Joder, si hasta le he abrazado.

—¿Cómo? —Maddy abrió mucho los ojos.

En ese momento, comprendí que Maddy era la razón por la que había abrazado a Matthew. Era ella quien me había hecho ver la importancia de entender a mis clientes. Los abrazos no iban en absoluto con mi forma de ser, pero ahora entendía hasta qué punto era esencial establecer una

conexión emocional con mis clientes, y lo mucho que podían cambiar las cosas si lo conseguía. Todo eso me lo había enseñado ella.

—Él no está nada bien y... bueno, yo... —no sabía cómo terminar la frase.

—Noah Parker dando abrazos. ¿Quién lo iba a decir? —dijo Maddy con una sonrisa que, sin embargo, parecía un poco agri dulce.

—Eh, tampoco es que no soportara los abrazos hasta ahora. De hecho, tú misma has recibido unos cuantos.

Al pasar a los temas personales, Maddy cambió de expresión.

—Cierto —dijo mucho más seria.

No me estaba dando ninguna pista sobre lo que pensaba de nuestra relación, pero yo no quería dudar de mis propios sentimientos.

—Te echo de menos. ¿Querrías venir a mi casa esta noche?

—¿En serio? —su voz sonó esperanzada.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Totalmente de acuerdo —contestó, mostrándome por fin esa enorme sonrisa suya que me había estado muriendo por volver a ver.

—Podemos hablar... de lo que pasó —añadí.

—Eso estaría bien —dijo, volviendo a ponerse seria—. Gracias.

Tenía muchas cosas que decirle y me alegraba de poder hacerlo antes de que nos volviéramos a ver en la oficina. Me dolía esta distancia entre nosotros e iba a tratar de hacer todo lo posible por arreglar nuestra relación.

Y, si tenía suerte, quizá acabaría pasando el resto de la noche con ella en mis brazos.



## MADDY

Caminaba nerviosa por el pasillo hacia el piso de Noah y, aunque sabía que sentirme así era una estupidez, en cierto modo, tenía sentido. Habíamos estado muy bien juntos, nos *entendíamos*, y ahora parecía que habíamos llegado a un punto nuevo, uno que no me gustaba nada.

El punto en el que nos peleábamos.

Era obvio que, en algún momento, ocurriría algo así, porque los cuentos de hadas no existen, pero no se me había ocurrido que el malo de nuestra historia fuera a ser su *empresa*. Bueno, y también el celoso de mi ex. Pero ahora estábamos en esta situación y teníamos que hablar de todos estos temas incómodos.

Inspiré profundamente para calmarme antes de llamar a la puerta. Me había arreglado un poco y llevaba un vestido blanco de verano muy mono y, debajo, el tanga más sexi del mundo, que tenía un lacito justo encima del culo. Quería estar lista para celebrar nuestra reconciliación, si es que lo conseguíamos.

Y, bueno, si *no* lo conseguíamos, me vendría bien cualquier cosa que me diera más confianza en mí misma.

Quizá lo que me iba a decir era que esto no funcionaba, y que prefería que me limitara a ser su asistente. Al pensar en esa posibilidad, el corazón me latió con más fuerza y me empezaron a sudar las manos. Quizá iba a *romper* conmigo esta noche, porque estaba claro que en la oficina sería imposible, con tanta reunión, cambios de agenda y demás.

Sacudí las manos y me estaba preparando para llamar a la puerta cuando esta se abrió. Retrocedí de un salto, sobresaltada.

—¡Noah! —me llevé la mano al corazón—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Sé todo lo que pasa en esta planta —dijo con una risa que hizo aflorar las arrugas de sus ojos—. De hecho, he sabido que estabas aquí desde el momento en que has entrado en el edificio. —Se inclinó un poco y señaló hacia el techo—. Hay cámaras por todas partes —añadió, mostrándome el teléfono y agitándolo un poco.

—Ah, así que tienes tus dominios bajo vigilancia —dije, ya repuesta de la sorpresa—. Por cierto, hola.

—Hola.

¿Por qué tenía que tener siempre un aspecto tan increíble? No podía dejar de mirar su boca. Me moría de ganas de besarle, pero necesitaba mantener la calma hasta entender lo que estaba pasando entre nosotros. Le lancé una mirada cohibida, deseando que me diera alguna indicación sobre lo que pensaba. Su cara, como era habitual, no revelaba gran cosa.

—Te he echado de menos —dijo en voz baja con una mirada atenta, como si él también tratara de averiguar lo que yo estaba pensando.

—Yo también —sonó como un chirrido, pero pareció ser todo lo que él necesitaba oír.

—Ven aquí —al decirlo, me tomó en sus brazos, me levantó del suelo y me llevó dentro de su piso.

Por fin volvía a estar en sus brazos, y me pareció que ese era el lugar donde debía estar. Froté la nariz contra su cuello, inspirando su cálido aroma. Él me abrazó más fuerte y sus labios se fundieron con los míos en un beso que confirmaba que no había ninguna posibilidad de romper. Por fin, se separó de mí de mala gana y me dejó en el suelo.

—Vamos a hablar.

Asentí y le acompañé hasta los sofás que daban a las vistas de Miami, donde nos sentamos uno frente a otro.

—Oye, la forma en que reaccioné a todo ese lío con Beckett... —empezó con el ceño fruncido y tomándose la mano—. Admito que me pilló por sorpresa saber que habías salido con él. Me habría gustado que me lo contaras antes. Enterarme de esa forma... me alteró un poco y, cuando me altero, solo pienso en controlar las consecuencias.

Me agité incómoda, porque sabía que tenía razón y que debía habérselo contado antes.

—Fui a hablar con los de recursos humanos y le han dado una advertencia a Beckett. Si alguna vez pasa algo parecido, te pido que hables con Jennifer inmediatamente. Y bueno, esta vez... debería haber prestado más atención a cómo te sentías. Me equivoqué y no me expliqué bien. De verdad que estaba preocupado por ti. —Hizo una pausa para observarme un momento—. Me importas mucho, Maddy.

No pude evitar tomarle un poco el pelo.

—Sí, lo sé. Te encanta lo bien que te organizo las reuniones, ¿verdad? —Le di unos golpecitos con el dedo en la pierna.

Él sonrió y miró nuestras manos entrelazadas.

—Exacto, eso es.

Sabía que Noah jamás admitiría que lo más importante en su vida era Parker Sports Management. Era posible que ni siquiera se hubiera dado cuenta, pero no me iba a meter ahí, sobre todo ahora que estaba tratando de arreglar las cosas y se había disculpado conmigo. Yo también tenía que admitir que había estado un poco rara estos últimos días.

—Noah, yo también lo siento. No debería haberme marchado así de la reunión, no fue nada

profesional. Dejé que Beckett pudiera conmigo, y me sentí un poco abrumada por todo, ¿sabes? —dije con un suspiro—. Necesitaba un poco de tiempo para mí misma y me vino muy bien tomarme el día libre ayer. Pude pasar tiempo con mis amigas.

—Me alegro —dijo acercándose más—. Necesitabas desconectar un poco, te he estado obligando a trabajar muy duro.

El doble sentido me hizo soltar una risita.

—¿Qué? —preguntó enarcando las cejas—. ¿De qué te ríes?

—Perdona, ¿cómo dices que me has hecho trabajar?

—He dicho que te he hecho... —se detuvo de golpe y se rio—. Ah, ya lo pillo. Bueno, ahora que lo pienso, puede que no te haya hecho trabajar lo bastante duro.

En ese momento me miró de aquel modo... y supe que había hecho bien en ponerme el tanga de encaje. Alcé una ceja.

—Vas a tener que explicarme a qué te refieres. —Miré su entrepierna.

—Ven aquí —dijo con voz ronca, a la vez que me cogía la muñeca.

Me atrajo hacia él y me sentó en su regazo.

—Oh —dije frotándome contra él—. Ya lo entiendo.

Él deslizó la mano por detrás de mi cuello y me miró.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? No puedo dejar de mirarte.

—Para. —Me ardían las mejillas.

—Jamás.

Me atrajo hacia él y me besó hasta hacerme perder la cabeza. Me pegué contra él, mientras él deslizaba las manos por mis muslos desnudos.

—Te deseo tanto —murmuró entre besos—. Nunca dejaré de desearte, Maddy.

Ese *nunca* quedó en el aire entre nosotros. Noah no me dio la oportunidad de responder. Metió la mano por debajo de mi vestido y tiró un poco del delicado tejido del tanga hasta rasgarlo. Eso me hizo sonreír contra su boca.

—Un poco ansioso, ¿no?

—Desesperado —dijo con esfuerzo, sin dejar de besarme con pasión e introduciendo los dedos bajo el encaje rasgado—. Necesito tocarte.

—¿Y no quieres nada más? —pregunté.

Me costaba hablar con normalidad porque se estaba acercando cada vez más a mi centro. Noah se apartó un poco para mirarme muy intensamente. No pude evitar un gemido cuando deslizó un dedo dentro de mí.

—¿Quieres decir que esto no te gusta? —empezó a mover el dedo muy despacio. A continuación, cuando pasó a acariciarme en círculos un poco más arriba, se me cortó la respiración.

—Contéstame —susurró Noah, sin dejar de mover los dedos y acariciándome el cuello con su respiración cálida—. ¿Te gusta que haga esto?

—Sí —dije con voz ahogada.

—Eso pensaba.

No podía controlar los sonidos desesperados que se me escapaban, pero en ese momento se me vino a la cabeza el asqueroso comentario de Beckett, e intenté acallarlos. Sin embargo, Noah no parecía dispuesto a permitirlo. Me estaba llevando cada vez más cerca del éxtasis y tuve que apretar los muslos a medida que aumentaba la sensación.

—Sé que te falta poco —dijo con suavidad.

Me mordió el cuello y la abrumadora combinación de sensaciones —las caricias entre mis piernas y los provocadores mordiscos en la piel— me hicieron estremecer.

—Córrete para mí, déjate llevar.

Cerré los ojos con fuerza y dejé caer la cabeza hacia atrás cuando la cálida sensación se empezó a extender entre mis piernas. ¿Cómo era posible que me hiciera sentir así? ¿Que cada orgasmo fuera mejor que el anterior? No pude aguantar más y emití un gemido que se convirtió en un grito. Noah no dejó de tocarme hasta que me dejé caer jadeando sobre él.

—Eres increíble —susurró—. Me encanta ver cómo te dejas llevar. Me encanta *escucharte*.

Sonreí con la cabeza apretada contra su pecho y, a continuación, me incorporé.

—Te toca.

Antes de que pudiera contestar, me levanté de su regazo y me dejé caer al suelo entre sus rodillas.

—Maddy... te deseo —consiguió decir con voz ahogada cuando empecé a bajarle la cremallera—. Quiero follarte.

—Y lo harás —murmuré.

Saqué su miembro de los vaqueros para empezar a acariciarle. Me acerqué más a él y esperé a que me mirara a los ojos. Cuando lo hizo, me lo metí muy despacio en la boca sin dejar de sostenerle la mirada, y él apoyó la cabeza en el sofá con un quejido. Le presioné un poco con la lengua y comencé a moverme para que entrara y saliera de mi boca. Cuando me hundió los dedos en el pelo, supe que estaba haciendo esfuerzos por no empujar más adentro. Le introduje lo más profundamente que pude, aunque no fue fácil, porque era enorme.

—Maddy —dijo al tiempo que intentaba separarse de mí—. Me falta poco.

Continué lamiéndole durante unos segundos más con los ojos clavados en los suyos.

—Me estás matando —susurró.

Era la primera vez que su voz sonaba frágil, vulnerable. Se separó de mí con esfuerzo y, con un rápido movimiento, me levantó del suelo y me inclinó sobre el respaldo del sofá con el culo hacia arriba. Me arrancó el tanga de un tirón y hundió la cabeza entre mis piernas para lamerme de una forma que me volvió loca. Cuando introdujo la lengua dentro de mí, me empezaron a temblar las piernas de tal forma que agradecí estar apoyada en el sofá. Al cabo de unos momentos, noté que me iba a correr otra vez, y la deliciosa sensación aumentó cuando él introdujo un dedo dentro de mí.

De repente, todo se detuvo. Noah se había separado de mí sin avisar, y yo estaba tan atontada por el deseo que no pude protestar. Enseguida escuché el sonido de un envoltorio de condón al rasgarse y, unos segundos después, la lengua de Noah volvió a lamerme lentamente. No tardé en volver a acercarme al borde del éxtasis, y a sentir el temblor en las piernas y la respiración entrecortada. Cuando Noah volvió a detenerse por segunda vez, estuve a punto de protestar a gritos, pero esta vez, afortunadamente, la pausa fue muy breve, solo el tiempo necesario para entrar por fin dentro de mí. Enseguida fui arrastrada por un orgasmo tan intenso, que esta vez grité sin que me importara el volumen de mis alaridos.

Caí sin fuerzas jadeando sobre el sofá. Noah deslizó una mano por mi espalda, subió hasta mi pelo y enredó en él la mano para darme un tironcito, tras el cual empezó a moverse dentro de mí una vez más, despacio al principio y luego con un ritmo más rápido, penetrándome con fuerza. Me seguía sujetando el pelo de tal forma que la sensación se acumulaba al resto de los estímulos que provocaba en mi cuerpo, sin llegar a hacerme daño. Aún podía sentir las pulsaciones del último orgasmo y estaba segura de que sería imposible tener otro más, pero el placer aumentaba de nuevo y presioné más contra Noah, sin apenas creer cómo estaba respondiendo mi cuerpo. Estaba a punto de tener el *tercer* orgasmo.

—Me encantan oírte gemir —dijo Noah con voz ronca, sin dejar de entrar y salir—. Sobre todo, porque sé que soy yo el responsable.

Estaba tan sorprendida al darme cuenta de que iba a tener otro orgasmo que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba haciendo ruido alguno, ni pude contener un último grito tembloroso. Enseguida, Noah dejó escapar también un fuerte gruñido, al tiempo que me sujetaba aún más fuerte por la cintura y se introducía hasta el fondo de mi cuerpo. Al terminar, se dejó caer sobre mi espalda, respirando con fuerza.

—Nunca me cansaré de oír tus gritos, ¿me oyes? Jamás —susurró mientras me besaba la parte inferior de mi espalda.

Tuve la sensación de que se estaba refiriendo a algo más que al sexo, e hice un esfuerzo por creerle.



## NOAH

—No me puedo creer que estés aquí —dijo James con una risa—. Es mediodía, es un día de trabajo y estás en un *baby shower* con una bebida en la mano. Casi pareces una persona normal, no un adicto al trabajo. ¿No deberías estar buscando a la siguiente superestrella?

—Sí, en Iowa, para ser exactos —dije con una media sonrisa—. Ojeando en la pretemporada de béisbol. Pero Maddy ha insistido, así que... —Me encogí de hombros.

—Nunca pensé que vería algo así —dijo James, riendo aún más—. ¡Por ti!

Levantó su vaso hacia mí y yo brindé con el mío de mala gana. Todo esto era nuevo para mí. Sí, a lo largo de los años me habían invitado a fiestas similares, pero esta era la primera vez que había asistido a una. James tenía razón, este ambiente no me iba en absoluto. Los arcos de flores, las torres de pastelitos y los manteles color pastel que había preparado Kaitlyn me resultaban totalmente ajenos. Además, no podía dejar de pensar en todo lo que debería estar haciendo en lugar de estar aquí, pero le había prometido a Maddy que asistiría a esta celebración y sabía que mi presencia era importante para ella. Con todo lo que ella había hecho por mí, esto era lo mínimo que podía hacer yo, incluso aunque la puesta en la escena me pareciera un tanto excesiva.

Eché un vistazo hacia la zona de la piscina y vi a Maddy sentada junto a Cassie, ya cerca del final del embarazo, y acompañadas de Nia y Hope. Reían con las cabezas muy juntas, casi a punto de tocarse, con una actitud más propia de hermanas que de amigas. Me encantaba verla tan feliz. Maddy estaba tan preciosa como siempre, con un vestido color cobre de tirantes que resaltaba sus curvas. No dejaba de sonreír a Cassie y parecía estar muy emocionada por esta celebración. Sentí una punzada de remordimiento al recordar cómo la había mantenido alejada de sus amigas desde que había empezado a trabajar para mí, porque ahora sabía que necesitaba estar cerca de su gente. Aún no lo había conseguido entender del todo, pero si era tan importante para ella, entonces también debía ser importante para mí.

Ella alzó la vista, como si hubiera sentido mi mirada, y me encontró con los ojos clavados en ella. Esa esa sonrisa suya... era como un destello de sol. No pude evitar devolvérsela.

—¿Un Cohiba? —preguntó James, al tiempo que sacaba del bolsillo de la chaqueta dos puros con la típica vitola amarilla y negra.

—Por supuesto —contesté cogiendo uno—. Pero creo que deberíamos alejarnos de... —señalé con un gesto al resto del grupo, que incluía a dos mujeres embarazadas.

Seguí a James hasta el amplio jardín trasero que descendía hasta el muelle. Encendimos los puros y fumamos en silencio unos minutos, mirando hacia el mar.

—Ha sido todo un detalle por tu parte ofrecer tu casa para la fiesta. Los preparativos deben haber costado mucho trabajo.

—Lo que han costado es mucho dinero —rio James—. Pero ha merecido la pena. Kaitlyn solo quiere lo mejor para su hermana, y yo solo quiero hacerla feliz. Le dije que podíamos hacer la fiesta en cualquiera de las discotecas, pero ni se lo planteó.

—Una de las discotecas habría estado bien —dije, tratando de hacerme una idea de cómo habría resultado esta fiesta en alguno de los elegantes locales de James—. Hay mucho espacio, el personal sabe exactamente cómo te gustan las cosas, y lo mejor de todo es que no habrías tenido a toda esta gente en tu casa.

James volvió a reír y negó con la cabeza.

—A veces eres muy cascarrabias, ¿lo sabías?

—¿Por qué lo dices? —pregunté, hablando por un lado de la boca para mantener sujeto el cigarro—. Sabes que tengo razón, este es tu santuario.

—Sí —asintió—, pero Kaitlyn quería celebrarlo aquí, y eso ha sido todo.

—Sí, entiendo —asentí.

Ahora estaba empezando a entender de qué hablaba, esa necesidad de dar prioridad a los sentimientos de otra persona. Hasta ahora, nunca había pasado de los típicos regalos que se les hacen a las mujeres, como flores o cenas. Eso sí, las flores que regalaba siempre eran enormes ramos de rosas exóticas de dos colores traídas expresamente de Colombia, y en los restaurantes siempre reservaba la mesa principal o el local completo. Recurría a esos gestos desmesurados porque sabía cómo hacerlos, pero los sentimientos me resultaban mucho más difíciles. Sin embargo, ahora entendía los esfuerzos de James por hacer feliz a Kaitlyn, porque yo deseaba hacer lo mismo con Maddy y asegurarme de que siempre me sonreiría de esa manera.

Veinte minutos más tarde, cuando nos terminamos los puros y nos quedamos sin excusa para mantenernos alejados, volvimos a reunirnos con el grupo de mala gana.

—¿Estás listo para seguir con la diversión? —bromeó James.

En ese momento vibró mi teléfono y, aunque había conseguido evitar mirarlo desde que habíamos llegado, pensé que podía dedicar unos minutos a ver cómo iban las cosas en la agencia.

—Voy enseguida, solo necesito ver qué está pasando en el mundo real. El deber me llama, literalmente —dije mostrando el teléfono.

Por suerte, no se trataba de ninguna emergencia, sino solo de cuestiones habituales del trabajo de la agencia. Algunos mensajes contenían artículos, otros eran de jugadores que preguntaban por sus contratos con diferentes marcas, y otro mencionaba los incipientes problemas de relaciones públicas que estaba teniendo un chico muy escandaloso que se dedicaba al *snowboard*. Miré hacia el océano tratando de idear una estrategia para tratar con ese chaval, cuyo problema principal era ser un niño mimado al que se lo habían consentido todo hasta ahora y que, en

realidad, lo que necesitaba era una buena patada en el culo.

—Noah —dijo una voz detrás de mí en tono de reproche.

Maldita sea, me había pillado.

—Hola, Maddy. ¿Te estás divirtiendo con tus amigas? —pregunté, al tiempo que deslizaba el teléfono en el bolsillo de atrás.

Me dirigió una mirada enfurecida, pero no dijo nada.

—¿Va todo bien? —pregunté.

Ella pareció cambiar de actitud en solo un instante y se relajó, aunque su sonrisa era menos amplia de lo habitual.

—Sí, estoy bien. Vamos a jugar a algunos juegos antes de empezar con la tarta y los regalos. Venga, tú también tienes que participar.

—¿Juegos? —pregunté, sin apenas poder ocultar lo poco que me gustaba la idea—. ¿De qué tipo? Más vale que se trate de póquer, dados, o algo así.

—No, son juegos sobre bebés —dijo con los ojos en blanco—. Será divertido, te gustará.

—No sé por qué, pero no lo creo —murmuré por lo bajo.

La tomé de la mano e intenté tranquilizarme pensando en que, si esto hacía feliz a Maddy, quizá a mí también me gustaría aunque, en realidad, no se me ocurría cómo.

Los demás ya estaban sentados en sillas colocadas en círculo alrededor de una pizarra blanca adornada con una guirnalda de flores, listos para empezar. Me dirigí a una silla situada hacia la parte posterior, pero Maddy me llevó a la primera fila para sentarnos al lado de Nia y Hope, justo cuando Kaitlyn empezaba a explicar las reglas del juego.

—¡Vamos a empezar con un Pictionary sobre bebés!

Las chicas vitorearon como si les hubiera tocado el premio gordo en una tragaperras de Las Vegas.

—Todas las pistas están relacionadas con bebés, y podéis elegir entre dibujarlas o representarlas con gestos.

Por lo que a mí respectaba, no tenía la menor intención de *representar* nada y, mucho menos, dibujar algo en la pizarra.

—Vamos a jugar chicos contra chicas —continuó Kaitlyn, lo que desató un coro de gruñidos de los hombres presentes—. Lamento separar a las parejas, pero los chicos van a este lado, y las chicas a este —explicó, señalando hacia cada uno de los lados—. ¿Sabéis esas etiquetas con un chupete que os hemos dado al llegar, que tienen un número detrás? Ese es vuestro número de jugador. Ahora, sentaos en el lado que os corresponde y comprobad vuestros números.

—¿Lo podrás soportar? —me preguntó Maddy con una amplia sonrisa.

—¿Tanto se nota? —murmuré mientras me ponía en pie.

—¿Qué número tienes? —preguntó después de mirar su etiqueta—. Yo soy el siete.

Tuve que rebuscar en los bolsillos para encontrar la pelota que había hecho con mi trozo de papel en cuanto me lo dieron. Lo desenrollé lo mejor que pude.

—¿Es una puta broma? Tengo el uno.

—¡Estupendo! —me animó ella—. Te tenía que tocar a ti, cómo no. Anda, haz que me sienta orgullosa.

Parecía que le divertía mi sufrimiento. Me dirigí desanimado hacia donde James se había sentado junto a Scott, el futuro padre.

—¡Todo esto es culpa vuestra! —les espeté a los dos.

—¿Estás de broma? —James me miró incrédulo—. A mí me ha sorprendido esto tanto como a ti. Creo que deberíamos ponernos todos de acuerdo y rebelarnos.

—Mira a las chicas —dijo Scott señalando al otro lado, donde ellas estaban riendo y sentándose—. No vamos a poder rebelarnos contra ellas. Será mejor que perdamos rápidamente y así podremos ir a beber otra vez.

El turno inicial les tocó a las chicas. La primera en salir fue una mujer embarazada que sacó un trozo de papel de una cesta amarilla decorada con rosas. Exhibió una sonrisa triunfante y se limitó a señalar a su vientre. Todo el grupo de chicas exclamó «¡*tripa!*» a la vez, y la mujer alzó los brazos al cielo con alegría.

—Un punto para las chicas —gritó Hope.

Los hombres se miraron entre sí, pasmados.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Scott.

—Caballeros, ¿quién tiene el número uno? Es su turno.

No tuve más remedio que salir de mala gana y sacar un papel de la cesta. La palabra que tenía escrita era «babero».

Tenía que quedar bien, porque era el primero de los hombres en salir y la chica anterior había dejado el listón muy alto. Dibujé lo que pensé que era una buena representación de un babero, pero a mis compañeros de equipo solo se les ocurrían cosas como «etiqueta de precio» y «cebo de pesca». Hice un dibujo tras otro y los señalé con el rotulador tantas veces que parecía que estaba nevando.

—¡*Babero!*

La voz sonó en el lado de las chicas y, al mirar hacia allí, vi que Maddy se había tapado la boca con la mano y me miraba con expresión sorprendida.

—¡Maddy! ¿Qué diablos haces? —gritó Nia—. No era nuestro turno. ¡Esta ronda no vale!

—Tíos, ¿cómo no os habéis dado cuenta de que era un babero? —les reprendió Maddy—. ¡Estaba clarísimo!

Las chicas protestaron.

—Pues yo no lo veo —dijo alguien.

—A mí me sigue pareciendo una etiqueta de precio —dijo otra voz.

La decepción que sentí por haber fallado me sorprendió bastante, pero al menos había comprobado que Maddy y yo estábamos en la misma onda. Si estuviéramos en el mismo equipo, no habría quien nos ganara, y eso me dio una idea.

—Creo que sería mejor organizar los equipos de otro modo. ¿Por qué no jugamos por parejas?

Sonreí a Maddy, que me devolvió la sonrisa, pero Nia se opuso inmediatamente.

—Ni hablar. A Maddy se le da muy bien este juego, se queda con nosotras.

Me volví a sentar, disgustado, y la siguiente jugadora salió a la pizarra. Por mucho que me fastidiara admitirlo, al final el juego resultó divertido. Todos acabamos esforzándonos por ganar, pero las mujeres nos destrozaron por completo, en buena medida gracias a Maddy. Después de eso, el resto de la fiesta transcurrió de forma más relajada, y nos dedicamos a comer pastelitos y ver a Cassie abrir lo que pareció un montón interminable de regalos. Cuando ya llevaba acumulados diez pijamas distintos, yo no podía pensar en nada que no fuera marcharme, pero Maddy parecía fascinada y solo tenía ojos para Cassie. Decidí distraerme un rato con el teléfono mientras la invitada de honor seguía abriendo un regalo tras otro.

Cuando por fin terminó la fiesta, esperé a que Maddy se despidiera de sus amigas. Era evidente lo mucho que se querían por la forma en que se abrazaron y besaron antes de separarse. Había esperado escuchar la charla habitual de Maddy de camino a casa, pero esta vez se quedó en silencio, sin dejar de mirar por la ventana.

—No ha estado tan mal —dije para romper el hielo—. Me lo esperaba peor.

—Ajá.

—¿Qué te pasa? Pareces enfadada.

Eso fue todo lo que necesitó para estallar.

—¡Es que estoy enfadada, Noah! ¡Dijiste que no ibas a mirar el teléfono, pero le has dedicado toda tu atención durante veinte minutos! Casi no has visto ninguno de los regalos. Pensabas que lo estabas ocultando bien, pero te he pillado.

—Venga ya, Maddy —suspiré—. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Cuántos chupetes necesita un bebé? Además, tampoco es que estuviera jugando al solitario. Estaba atendiendo al trabajo.

—Siempre estás trabajando —gruñó ella. Se hundió un poco más en el asiento y volvió a mirar por la ventana.

—Exacto. Tengo una empresa, debo hacerlo.

—Pero me lo prometiste.

Era cierto, le había dicho que no miraría el teléfono, pero cuando lo dije, no tenía ni idea de lo aburrida que resultaría la mayor parte de la fiesta. Además, haberme ocupado de las cuestiones

del trabajo durante ese rato aburrido me permitía pasar más rato con ella ahora. ¿No era mejor así? En un mundo perfecto, yo no tendría que estar trabajando hoy, porque se suponía que me había tomado el día libre. Sin embargo, no vivíamos en un mundo perfecto, sino en este.

Nunca se me había dado bien separar mi vida privada del trabajo, pero tampoco lo había ocultado nunca. Maddy había visto el ritmo de vida que llevaba desde aquella primera mañana en el hotel, después de la boda y, hasta ahora, parecía que lo entendía. Parte de lo que me atraía de ella era que estaba dispuesta a dejarme vivir mi vida y no me planteaba exigencias. Si ahora empezaba a quejarse de lo mucho que trabajaba, bueno... no sabía cómo tomármelo, ni lo que eso significaría para nuestro futuro. Sujeté el volante más fuerte y aceleré un poco.

—¿Sigues queriendo pasar la noche conmigo? —le pregunté.

Maddy se limitó a encogerse de hombros.

—Si quieres, te llevo a casa.

—No, está bien. Vamos a la tuya.

Me alivió que quisiera venir, aunque sabía que las cosas no iban a mejorar. Me imaginé que se pasaría la noche en la cama de espaldas a mí. Las cosas estaban cambiando entre nosotros, y eso no me gustaba nada.



## MADDY

Era muy propio de mí mancharme la blusa blanca de salsa de soja. Noah y yo estábamos disfrutando de la tercera comida en su despacho sin teléfono, que era su forma de compensarme lo de la fiesta de Cassie, y yo le había estado contando una historia de forma tan animada que acabé por tirar sin querer la bandeja de sushi que tenía delante, y la salsa se derramó sobre mi blusa.

Me dirigí al baño de señoras, donde había toda clase de cosas útiles para emergencias, y entré con la mirada puesta en el desastre en mi blusa y maldiciendo por lo bajo. Cuando alcé la vista, vi a una mujer muy guapa a la que no reconocí, llorando ante el espejo con las mejillas cubiertas de lágrimas. En el momento en que me vio reflejada en el espejo, se enderezó y fingió lavarse las manos, al tiempo que me dirigía una sonrisa claramente forzada.

—¿Estás bien? —pregunté, acercándome un poco.

—Sí, gracias —contestó con un gesto rápido de la cabeza.

Parecía tener mi edad, más o menos, una cara bonita y expresiva y una larga melena rubia lisa. La observe durante unos segundos más, y ella volvió a venirse abajo.

—Es mentira, estoy muy mal —sollozó.

—¿Qué te pasa? —Me acerqué más a ella y le froté un poco la espalda. Ella siguió llorando en silencio, con la cabeza baja—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Me siento como una idiota, llorando así en el trabajo. No sé, igual ha sido culpa mía.

—¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado? —le animé con dulzura—. Soy Maddy. ¿Cómo te llamas?

Ella respiró hondo un par de veces antes de contestar.

—Mucho gusto. Soy Anna.

Me hizo sonreír que se presentara con tanta formalidad mientras estaba llorando.

—Creo que estarás más a gusto cuando me hayas contado lo que te pasa.

Anna se inclinó hacia el espejo y se miró con atención.

—Estoy hecha un desastre. —Se frotó los párpados inferiores para limpiar las manchas negras que se habían formado en ellos—. Lo siento, no es nada.

—Ni hablar, no voy a dejar que te vayas hasta que me des alguna indicación sobre lo que te pasa. ¿Tiene que ver con el trabajo? Si es algo personal y no quieres hablar de ello, no voy a insistir.

Anna se volvió hacia mí con labios temblorosos.

—Es del trabajo.

—Cuéntame.

Ella suspiró y bajó la vista hacia el lavabo.

—Tiene que ver con un tío al que acaban de trasladar a mi planta. Llevamos algún tiempo tonteando, me parecía que era muy guapo. —Dejó escapar una risa nerviosa—. Pero entonces empezó a ponerse un poco raro. Se volvió insistente, se comportaba de una forma muy rara.

—¿Qué hacía? —pregunté sintiendo un escalofrío en la nuca.

—Esa es la cuestión —se lamentó Anna—. Al principio no era nada *malo*. Me hacía sentir muy atractiva, así que no le paré los pies. Pero luego fue a peor y, como una idiota, me sentí culpable por cambiar de opinión sobre él, y ya no supe si era yo quien estaba sacando las cosas de quicio. Me decía cosas como que estaba muy guapa, o que le gustaba la ropa que llevaba y, siendo sincera, al principio eso me encantaba, pero al poco tiempo empezó a decir cosas muy desagradables. Por ejemplo, me decía que se veía la silueta del tanga que llevaba a través de la falda. Otra vez me dijo que le gustaba el estilo de mis zapatos y, cuando le pregunté a qué se refería, me dijo que eran «zapatos fóllame», con énfasis en «fóllame». Y cuando lo dijo, me miró de una forma que... —Anna se estremeció—. Al principio me había planteado salir con él, pero se convirtió en un tío que me ponía de los nervios. Intenté alejarme de él, pero no pillaba las indirectas.

No le pregunté de quién se trataba. En el fondo, creía que ya sabía a quién se refería, pero quería que me contara toda la historia antes de preguntar.

—Siento mucho que te haya pasado eso. ¿Has hablado con recursos humanos?

—No se me ocurrió. Me limité a evitarle y, al principio, pareció que eso funcionaba y había resuelto el problema. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que, cada vez que se acercaba a mi mesa, me entraba una llamada de teléfono, o tenía que ir a una reunión. El tío no es tonto. Pero hoy... —Se detuvo, respiró entrecortadamente y las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con suavidad y le froté un poco más la espalda.

Anna se separó de mí y se secó los ojos con los puños, lo que hizo que el maquillaje se le corriera aún más.

—Iba a subir a la sexta planta a hablar con Rachel, de publicidad, sobre un proyecto en el que estamos trabajando. Cuando entré en el ascensor, él entró detrás de mí justo antes de que se cerraran las puertas.

Sentí un vacío en el estómago. Estaba cada vez más segura de saber de quién hablaba Anna y me

empecé a sentir enferma.

—Me dijo que había encontrado un código en internet para detener un ascensor, y se puso a hacerlo. Apretó a la vez los botones del primer y el último piso y el ascensor se paró. No sonó ninguna alarma ni nada, solo... nos quedamos atrapados allí dentro. —Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas—. Le dije que tenía que ir a una reunión y se rio de mí. Entonces... me arrinconó —continuó con un sollozo—. A él le parecía muy gracioso, pero yo me puse muy nerviosa. No me gustan los sitios cerrados y él me estaba agobiando, mirándome de arriba abajo como si me fuera a morder o algo así. Luego apoyó las manos en cada una de las paredes para acorralarme, pero sin tocarme. Y no paraba de reírse, como si fuera un juego. Como si se estuviera *divirtiendo*. —Hizo una mueca—. Se acercó a mí y me dijo que podíamos echar un polvo allí mismo. Me dieron ganas de vomitar. Le dije un montón de veces que parase, pero como no se quitaba de encima, le empujé. Eso le hizo enfadar, y me dijo que no fuera una zorra. —Por su mejilla empezó a deslizarse otra lágrima—. Estaba asustadísima, no sabía qué me iba a hacer.

El corazón me latía a toda velocidad, furiosa y asustada por lo que le había pasado.

—¿Cómo conseguiste salir de ahí?

—Creo que alguien llamó el ascensor desde otro piso y eso desactivó el código —dijo tras respirar hondo—. El ascensor se puso en marcha otra vez y él se separó de mí como si nada. ¡Y se puso a hablar de a dónde podríamos ir a comer! Yo me quedé ahí, paralizada, hasta que se abrió la puerta. Salí corriendo del ascensor y casi tiro a Pete Miller al suelo al salir a toda prisa.

—Ha sido Beckett Tate, ¿verdad? —pregunté.

Anna se quedó muy quieta.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que a mí también me ha pasado algo con él. —Crucé los brazos y me apoyé contra el lavabo—. Casi todo ocurrió antes de empezar a trabajar aquí, pero desde entonces, ya ha dicho y hecho algunas cosas intolerables. Es probable que uno de esos incidentes haya sido parte de la razón por la que le han trasladado al piso en el que estás tú.

Yo no sabía que Noah había cambiado a Beckett de sitio, solo me había dado cuenta de que ya no lo veía mucho, y eso había sido un alivio. Ahora, en cambio, después de escuchar esa terrible historia, casi me sentía responsable por lo que le había pasado a Anna, aunque tenía la sensación de que, seguramente, Beckett habría incomodado a otras mujeres de la oficina. El problema era *él*, no el lugar donde se sentara.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté.

—No lo sé. —Anna sacudió la cabeza—. Es probable que no haga nada.

—Tienes que ir a recursos humanos —dije, al tiempo que le ponía la mano en el hombro con cuidado—. Lo que te ha pasado a ti es distinto, eso ya es acoso. Además, esto que me cuentas parece indicar que se está volviendo peligroso.

—¿Tú hablaste con recursos humanos? —me espetó ella.

—No, no lo hice. —Fruncí el ceño, un poco avergonzada de que me lo hubiera echado en cara—. Pero debería haberlo hecho, a la vista de lo que te ha pasado a ti. ¿Y si vamos juntas?

—¿Harías eso por mí? —preguntó Anna, enderezándose.

—Lo haré por las dos. Tenemos que mantenernos unidas. Cuantas más pruebas tengan de su mal comportamiento, más rápido nos podremos librar de él.

—Un momento... ¿quieres que le *despidan*?

—¿Tú no? —contesté con una mirada incrédula.

—Yo... no sé. Supongo que no lo había pensado, pero... sí que quiero.

—Creo que deberíamos ir ahora mismo, cuando aún está reciente. Así podrás darles los detalles y ellos podrán revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad.

Los ojos de Anna volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Está grabado?

—Tú no tendrás que verlo —le aseguré—. Pasar por ello una vez ya es suficiente.

En ese momento, ella señaló la mancha de mi blusa.

—Antes, ¿quieres...?

Sacudí la cabeza y me limité a meter la parte manchada de la blusa por dentro de la falda.

—No quiero esperar ni un minuto más. Vamos.

Pensé en enviarle un mensaje rápido a Noah, pero él me había dicho que hablara con recursos humanos si lo necesitaba, y sabía que le parecería bien que ayudara a Anna a presentar una queja ante Jennifer. Anna se rodeó el cuerpo con los brazos cuando entramos en el ascensor, con la misma actitud que si estuviera entrando en una jaula para tiburones.

—Sé que esto te resultará desagradable —dije—. Podemos pedir a recursos humanos que hablen con los de mantenimiento, a ver si se puede desactivar el código para que no se vuelva a parar el ascensor.

Ella se limitó a asentir, pálida y con aspecto de estar a punto de vomitar. Cuando salimos del ascensor, me tomó del brazo y me detuvo.

—Estoy pensando que esto puede ser excesivo. Es posible que solo lo haya interpretado mal, ¿sabes? No quiero parecer una quejica.

Comprendí sus dudas porque a mí me había pasado lo mismo. Las mujeres estamos condicionadas para dejarnos llevar y no armar jaleo, y eso es lo que aprovechan los hombres como Beckett. Bien, pues ahora le esperaba una buena sorpresa. Puse mi mano sobre la de Anna.

—Mira, hoy ya has tenido que aguantar a alguien que ha intentado obligarte a hacer lo que él quería. Yo no te voy a obligar a nada, es tu decisión. Pero nunca deberías haber sentido este miedo que tienes ahora. Jamás. El culpable ha sido Beckett, y a mí me gustaría que sufriera las consecuencias de sus actos. No solo ha incumplido media docena de cláusulas de su contrato, por

lo menos, sino que te ha *amenazado*. Yo me leí el contrato cuando me contrataron y te aseguro que lo que te ha hecho es causa de despido.

Lo que no le dije es que me había leído el contrato con tanta atención solo para ver si incluía algo que me impidiera estar loca por el jefe.

—¿Me ha llamado alguien? —preguntó Jennifer, saliendo de su despacho—. He oído las palabras «causa de despido». ¿Queréis pasar a mi despacho, por favor?

Anna me miró nerviosa y yo asentí.

—Sí —dijo con un hilo de voz—. Tengo que contarte una cosa que me ha pasado hoy.

—Y yo también quiero informar de un incidente —añadí para apoyarla.

Anna me dirigió una sonrisa agradecida y Jennifer cerró la puerta en cuanto entramos. Anna contó su historia entre lágrimas por segunda vez y, a continuación, yo hablé del comentario desagradable que Beckett me había hecho al oído durante la reunión mensual.

Jennifer llamó entonces a la seguridad del edificio y, en unos momentos, pudo ver en su pantalla las grabaciones de la cámara del ascensor. Desde el otro lado de la mesa, pudimos ver cómo pasaba su expresión de la curiosidad a la preocupación, la desaprobación y, finalmente, a una gran indignación. Al terminar, cerró de golpe su portátil, disgustada.

—Con tu historia y estas pruebas que lo confirman, tenemos información suficiente para proceder al despido. Por mí, podemos hacerlo hoy mismo. Necesitaré que rellenéis estos informes sobre los incidentes y firméis algunos documentos. —Nos entregó unos cuantos papeles a cada una y después sacó algunos más de un cajón, antes de continuar—. Esto es importante por si intenta reclamar por despido improcedente. Tenemos que asegurarnos de seguir el procedimiento al pie de la letra y sin errores. Y eso me recuerda que también tengo que informar al departamento legal. Eso sí, os aseguro que haremos que Beckett Tate abandone el edificio antes de que acabe la jornada.

—Vaya —dijo Anna con una larga exhalación—. Qué rápido va todo.

—No lo suficiente —contesté, dejando el boli sobre los documentos que acababa de firmar—. Yo me siento un poco culpable por no haber contado esto antes. Seguro que no somos las únicas, apuesto que hay otras mujeres que han tenido que aguantar que les pusiera nerviosas, o cosas peores. Hay que acabar con los acosos de Beckett hoy, y que no se repitan.

Anna extendió una mano y me apretó el brazo un poco.

—Muchas gracias.

Coloqué mi mano sobre la suya y le devolví el apretón. Después de todo lo ocurrido, por fin sentía que las cosas iban por el buen camino. Volvía a sentirme bien.



## NOAH

Todo se estaba yendo a la mierda, y no podía hacer nada más que quedarme aquí sentado y fingir que solo era un día como otro cualquiera.

En cuanto Maddy y Anna presentaron sus quejas, Jennifer había informado al departamento legal de lo ocurrido, y ellos habían preparado un plan para sacar a Beckett Tate del edificio de la forma más rápida y discreta posible.

Por desgracia, aquel gilipollas tenía otros planes.

Para sacarle de allí inmediatamente, le habíamos entregado un acuerdo de confidencialidad y le habíamos ofrecido pagarle dos semanas de sueldo más las vacaciones pendientes, una oferta que a mí me había parecido más que generosa. Sin embargo, él había roto el documento y había vuelto a su mesa irritado, diciendo que tenía que «recoger sus cosas». Se puso tan furioso al ver que le habían bloqueado el ordenador y cancelado el acceso a los sistemas, que hubo que llamar a los de seguridad. Solo se marchó cuando amenazaron con llamar a la policía para hacerle abandonar las instalaciones. Desde ese momento, las cosas solo habían ido a peor.

Estaba mirando por la ventana de mi despacho con la esperanza de que las vistas me ayudaran a calmarme durante la única entrevista telefónica que había decidido dar desde que se había sabido lo ocurrido con Beckett Tate. Se trataba de una llamada con la ESPN organizada por mi equipo de relaciones públicas como medida inmediata para tratar de controlar los daños, antes de que emitiéramos un comunicado oficial acerca del despido de Beckett. La idea era que solo le contara al periodista una serie de declaraciones preparadas de antemano con mi versión de los hechos, pero que dejara claro que no iba a ignorar la polémica.

—Parece que las cosas se han puesto muy feas con tu exempleado Beckett Tate —empezó el periodista, un tipo llamado Dan—. No se está cortando nada en las redes sociales. ¿Estás al tanto de lo que ha publicado?

Por supuesto que lo estaba, aunque los de relaciones públicas me lo filtraban, pero sabía jugar a este juego.

—En absoluto. Mi prioridad son, y siempre lo han sido, mis clientes y mis empleados.

Dan se aclaró la garganta, como si se estuviera preparando para lo que tenía que decir a continuación.

—Hablando de tus empleados, eso me lleva a la siguiente pregunta. Beckett ha dicho que... disculpa la expresión, estoy citando sus palabras... bueno... que te tiras a tus empleadas. Ha dado a entender que despediste a una asistente sin seguir el procedimiento debido, e inmediatamente contrataste a una mujer con la que se dice que tienes una relación. Beckett argumenta que le han despedido solo por tontear con una compañera, pero que tú tienes una relación con una subordinada sin que haya consecuencias. Dice que el despido se debe a que le considerabas una amenaza. ¿Qué tienes que decir a eso?

Tuve que morderme la lengua para no contar lo que había visto en la grabación de las cámaras de seguridad del ascensor, o lo que le había dicho a Maddy. ¿En serio que aquel desgraciado se había referido a todo eso como *tontear*? No me jodas. Sin embargo, sabía que tenía que dejarlo correr y no dejarme enredar en la campaña de difamación a la que Beckett pretendía arrastrarme. Además, los abogados ya estaban llevando el asunto y se estaban ocupando de documentar todo lo que decía, para preparar un posible juicio. Yo debía ceñirme al guion y no parecer un novio furioso que solo quería romperle la cara, sino un empresario preocupado por sus empleados.

Y eso era cierto, por supuesto, pero cómo deseaba darle una paliza a Beckett.

—Nuestro manual de empleados detalla con toda claridad las políticas de la empresa relativas a las relaciones entre compañeros, así como nuestra postura ante el acoso sexual. No es difícil distinguir una cosa de la otra, ni en PSM ni en ningún otro sitio. Permitimos las relaciones entre dos personas que estén interesadas y lo deseen mutuamente. Los avances con intención sexual, y el acoso verbal o físico no están permitidos. Al parecer, al señor Tate le resultaba difícil comprender esa diferencia. No puedo entrar en detalles por motivos legales, pero hemos recibido informes de dos casos de acoso por su parte y tenemos grabaciones de seguridad relativas a uno de ellos que confirman la versión de la persona que ha presentado el informe.

—¿Va a hacer públicas esas imágenes?

—No estoy seguro —contesté con sinceridad.

Lo cierto era que, a estas alturas, daba igual si las publicábamos o no. El daño ya estaba hecho, porque Beckett era un bocazas y no había parado de contarle a todo el que le escuchara que yo era un «folla-asistentes». La cantidad de reacciones negativas, y la rapidez con la que habían aparecido, me había sorprendido mucho, ya que en este sector los jugadores se veían envueltos en incidentes relacionados con drogas y prostitutas con regularidad. Sin embargo, la forma en que la gente solía pasar por alto las indiscreciones de sus jugadores favoritos no solía aplicarse a los escándalos en los que estaban implicados los agentes deportivos. Los principales medios de comunicación se habían hecho eco de lo que había contado Beckett, y yo iba a tener que emitir una declaración oficial para tratar de detener el problema, porque mis clientes estaban empezando a marcharse.

Siempre les había dicho a mis jugadores que, más que nada, tenían que parecer limpios; que, si querían conseguir buenos patrocinios, debían evitar las tentaciones y presentar una imagen positiva. Ahora, Beckett había creado la impresión de que yo no seguía mis propios consejos. Se había extendido la percepción de que utilizaba mi posición para seducir a mis subordinadas, que tenía celos de los hombres que hacían lo mismo y que había tomado represalias porque me sentía inseguro. Todo ello era muy humillante y complicado, y los jugadores se estaban empezando a marchar, alegando que no creían que trabajara de forma honesta.

Me enfurecía que muchas personas, a las que conocía desde hacía años, ahora parecieran tomarme por la clase de hombre que se aprovecharía de sus empleadas. Mi equipo afirmaba que una declaración formal sería útil, pero yo tenía mis dudas. Estaba furioso y dolido, y no podía creer que muchos de los hombres a los que me había matado por ayudar, ahora prefirieran creer a Beckett en lugar de a mí.

—Acordamos que esta sería una llamada breve. ¿Hay algo más que quieras añadir? —preguntó Dan.

—Esperamos emitir un comunicado oficial hoy a última hora. Muchas gracias por tu tiempo, Dan, te lo agradezco.

Pulsé el botón para terminar la llamada antes de que le diera tiempo de contestar y tiré el teléfono sobre la mesa. Apenas había visto a Maddy desde que había llegado porque había estado encerrado con el equipo que me estaba ayudando a tratar con el problema. No necesitaba que ella tomara notas porque ya tenían a una asistente dedicada a estos temas y con experiencia en problemas de la empresa. Me alegraba tener una excusa para no verla, porque aún me dolía lo que había hecho. No lo de que hubiera acompañado a Anna a recursos humanos, eso tenía sentido y yo no sentía ningún remordimiento por haber echado a Beckett con cajas destempladas.

No, el problema era que, de nuevo, había tomado una decisión espontánea que afectaba a mi empresa sin antes consultarme. No me había dado tiempo de saber lo que le había ocurrido a Anna, ni planificar la manera adecuada de librarnos de Beckett para evitar que pudiera crear este enorme escándalo. Sí, los abogados habían participado en el despido y el proceso se había desarrollado casi sin problemas, pero el hecho de que Maddy hubiera puesto todo eso en marcha sin siquiera una llamada de cortesía me había irritado. Cualquiera que supiera cómo pensaba Beckett habría podido prever el problema y habría tomado las precauciones necesarias para evitar este desastre de relaciones públicas al que nos enfrentábamos ahora. Pero no, Maddy había tenido que actuar sin dejarme intervenir, y ahora tenía que lidiar con las consecuencias.

Le envié un mensaje para pedirle que viniera a mi despacho y ella abrió la puerta dos segundos después de que pulsara el botón de enviar. En contra de lo habitual, iba vestida de negro y llevaba el pelo recogido y actitud de estar muy centrada en el trabajo.

—Hola. ¿Estás bien? —preguntó.

—Aguantando.

—¿Cómo ha ido la entrevista? —Se sentó en la silla al otro lado de mi mesa.

—Bien —contesté, y cogí mi teléfono—. Como esperaba, no ha habido sorpresas. Al menos dará algo de qué hablar hasta que publiquemos el comunicado oficial, que es de lo que te quería hablar. —Hice una pausa—. En una situación tan complicada como esta, creo que es importante que todos estemos de acuerdo, en lugar de ir cada uno por su cuenta.

Ella hizo una ligera mueca, y comprendí que había captado la indirecta.

—Vale, de acuerdo. ¿Los de relaciones públicas te han dado su opinión?

—Sí, pero me han dejado decidir a mí el enfoque y el tono. Lo emitirán en cuanto lo redactemos.

—Está claro que sabes cómo enfrentarte a todo eso del acoso, pero... —se agitó, inquieta—.

¿Qué hay de nosotros?

—Por eso estás aquí. Necesito saber con qué tipo de declaración te sentirías cómoda.

Ella me observó durante unos instantes, como si intentara leerme el pensamiento.

—Yo... me parece bien que seamos honestos. Tú y yo tenemos una relación consentida y no ha habido ninguna coacción. Estamos juntos porque queremos estarlo. —Terminó la frase casi en un susurro.

—Bien, de acuerdo. Eso era lo que esperaba que dijeras. Nos vendrá bien que añadas tu punto de vista al comunicado.

—Y tú ¿vas a decir algo sobre nuestra relación? —preguntó, hundiéndose un poco en el asiento.

—Por supuesto, pero lo que importa es tu opinión. Debido a la diferencia entre nuestras posiciones, la gente asumirá que no tuviste elección.

—Si supieran lo que me hiciste esperar —contestó riendo—. Todas aquellas señales tan confusas.

Yo no estaba de humor para pensar en ese periodo de nuestra relación. Tenía que centrarme en PSM y la crisis que teníamos entre manos.

—No te voy a mencionar en la parte que hable del acoso. El manual ya trata todo eso. Solo haré una referencia en la declaración.

Mi teléfono vibró en ese momento con un mensaje de Matthew Garrison, que quería saber si todo iba bien. A estas alturas, él conocía a Maddy desde hacía casi tanto tiempo como yo, y sabía lo que podíamos conseguir trabajando juntos.

—Es Matthew —expliqué a Maddy al tiempo que contestaba al mensaje—. Al menos sé que él no nos va a dejar.

—¿Cuántos se han marchado ya? —preguntó ella con cautela.

—Cuatro —contesté, y volví a sentirme irritado—. Callaway, Rivera, Braun y Kamaro.

—¿Derek Callaway se ha ido? —preguntó ella, sorprendida—. ¿El tío que ha tenido tres hijos con tres mujeres distintas mientras estaba casado con otra mujer?

—Ese mismo —contesté con un suspiro. Me volvía a sentir agotado, y muy furioso.

—¿Necesitas ayuda para preparar el comunicado?

—Me las apañaré —contesté con un gesto de la cabeza—. Cuando haya acabado con lo del acoso, te pediré tus declaraciones.

—¿Quieres que me quede? —preguntó, aunque se puso en pie—. ¿O mejor espero fuera? —señaló su mesa, justo al otro lado de la puerta.

—Puedes volver a tu mesa, te avisaré cuando esté listo para añadir tu parte.

—De acuerdo.

Me quedé mirando el documento en blanco en la pantalla de mi ordenador, e intenté calmar la intensa furia que sentía durante el tiempo necesario para escribir un comunicado coherente.

—¿Noah? —Maddy tenía una mano en el pomo de la puerta y me estaba mirando con expresión nerviosa.

—¿Qué pasa? —Mi pregunta sonó muy impaciente y, aunque no había tenido intención de utilizar ese tono, decidí no disculparme por ello.

—Estamos... ¿Tú y yo estamos bien? Pareces enfadado conmigo.

¿Lo estaba? Desde luego, no me hacía ninguna gracia que ella fuera una de las causantes de este desastre. Sin embargo, me seguía gustando mucho ese instinto suyo que le motivaba a intervenir cuando alguien tenía un problema. Mis emociones, y lo que sentía por ella, se habían complicado mucho con todo lo que estaba ocurriendo, pero este no era el momento de ponerme a analizar nada de eso.

—Todo va bien, Maddy —dije de la forma más amable que pude—. No sé qué va a ser de mi agencia, pero espero que este comunicado nos ayude.

—Claro, por supuesto —dijo ella, al tiempo que abría la puerta—. Te dejo con ello. Avísame cuando quieras que lo lea.

Después de dos borradores y la revisión de ocho pares de ojos, el comunicado quedó listo para ser enviado a los medios. Maddy se reunió conmigo en mi despacho en cuanto lo emitimos, se sentó en el sofá y se quitó los zapatos para ponerse cómoda mientras buscaba información en su teléfono. Yo me quedé sentado en mi mesa.

—Por ahora, las respuestas en Twitter van bien —informó—. Mucha gente opina que «¿a quién le importa?» que, básicamente, es lo mejor que se puede esperar de Twitter.

Yo estaba leyendo un artículo de opinión sobre acoso en el trabajo y dinámicas de poder en BuzzFeed News cuando sonó un mensaje de texto.

—Mierda —dije al ver quién lo enviaba—. Me ha escrito Kevin Ultimo, y ese nunca escribe salvo que quiera algo.

En cuanto vi la palabra «contrato» en el mensaje, supe que eran malas noticias.

—¿Qué dice? —preguntó Maddy con voz nerviosa.

—Quiere marcharse —dije sin entonación—. Va a terminar su contrato.

Llegaron dos mensajes de texto más, pero no me molesté en leerlos. Casi podía *intuir* lo que decían. El comunicado quizá nos había ayudado un poco, pero no iba a ser suficiente.

Mi negocio, del que estaba tan orgulloso, la razón por la que me levantaba de la cama todas las mañanas, se estaba yendo a pique y parecía que no podía hacer nada por evitarlo.



## NOAH

**M**i piso solía ser mi refugio, pero hoy me daba la sensación de ser una cárcel.

A pesar de nuestro comunicado, las mentiras de Beckett seguían dando lugar a nuevos problemas y, a estas alturas, una docena de los clientes a los que llevaba yo personalmente se habían ido a trabajar con otros agentes de la empresa, o se habían pasado a otra agencia. Mi equipo y yo habíamos decidido que sería mejor que me tomara un día libre para no tener que mantener las apariencias ante el personal. Aunque cualquier otro habría agradecido la oportunidad de tomarse un respiro durante una situación tan complicada, a mí se me estaba haciendo cuesta arriba.

No sabía qué hacer. No podía entretenerme con las redes sociales, porque en cualquier momento me podía encontrar algo sobre mí, y tenía que hacer esfuerzos para no abrir el ordenador y ponerme a trabajar. En casa había montones de libros, pero la mayoría de ellos eran biografías o autobiografías de mis clientes que hablaban de los obstáculos que habían superado y de cómo habían alcanzado sus sueños.

Fruncí el ceño al reparar en uno de los libros: *La última carrera*, de Manuel Rivera. Había asistido a la presentación del libro de Manny y recordaba que, cuando firmó mi ejemplar, me había dado las gracias por ayudarlo a pasar a la siguiente fase de su carrera. Me dijo que yo era parte del «equipo de sus sueños». Ya, seguro que esa era la razón por la que se había largado de PSM sin más formalidades en cuanto se enteró de lo ocurrido.

Ni siquiera podía encender la televisión, porque solo tenía memorizados los canales de deportes. Di vueltas por la casa como un animal enjaulado, sintiéndome impotente. No había nada que odiara más que esa sensación.

La terraza que daba a la playa, que no solía utilizar, tampoco me ofrecía consuelo. Maddy me había obligado a sentarme allí con ella algunas mañanas de sábado, pero no recordaba la última vez que la había disfrutado yo solo. Como no conseguía distraerme con nada, pensé que, quizá, sentarme al aire libre me ayudaría a despejarme un poco, así que me dejé caer en una de las tumbonas situadas bajo una sombrilla. Al sentarme, me fijé en la esquina de un libro que asomaba debajo de uno de los cojines, y lo saqué. La portada mostraba a una hermosa mujer con una larga melena oscura y un vestido a medio quitar, que miraba por encima del hombro a un pirata ceñudo con aspecto de estar estreñido. Era una novela romántica de Maddy, *La promesa de la eternidad*. La abrí por la primera página, pero las palabras parecían bailar ante mis ojos.

Maddy. Había rastros de ella por todo el piso. Gomas para el pelo y un tarrito de crema en el

baño, su cepillo en un vaso; una luz para leer en la mesilla junto a la cama; un par de pendientes en un plato decorativo sobre una mesa. Nada de ello parecía intencionado, no estaba marcando su territorio. Se trataba tan solo de las consecuencias de tener a Maddy en casa, pequeños recordatorios de que ahora, ella formaba parte de mi vida.

Habitualmente, me gustaba encontrar estos detalles por la casa, pero hoy me parecía que formaban un campo de minas.

El teléfono sonó entonces y lo saqué del bolsillo tan rápido que casi se me cayó al suelo. No era una llamada de la oficina, como esperaba, sino Maddy. Fue como si hubiera sabido que estaba pensando en ella.

—Buenos días —contesté.

—Hola, ¿cómo has pasado la noche? —preguntó con cautela—. ¿Has podido dormir?

Maddy había quedado con sus amigas anoche. Me había ofrecido cancelarlo y quedarse conmigo, pero me había parecido importante que saliera con ellas, ahora que era consciente de lo importante que era para ella pasar tiempo con las chicas. Además, había querido estar solo para aclararme las ideas, aunque no me había servido de nada.

—Un poco —suspiré y me estiré en la hamaca. Estaba hecho polvo.

—Mira, como yo también tengo el día libre, he pensado que podía hacerte compañía. ¿Has desayunado?

—No, no tengo nada de comer en casa, pero tampoco tengo muchas ganas de comer.

—Ah, vale —dijo ella, e hizo una pausa—. Bueno, entonces ¿igual nos podemos ver luego? O, si prefieres, no nos vemos. Lo que tú digas.

Así era nuestra relación ahora: la de dos personas que no sabían qué decirse. Ya no estábamos a gusto el uno con el otro y, aunque odiaba esa sensación, sabía que parte de la culpa era mía por no ser capaz de olvidar el papel de Maddy en todo lo ocurrido. Estaba siendo rencoroso, pero seguía irritado por el hecho de que no hubiera hablado conmigo antes de nada.

—No.

—¿Cómo? —dijo Maddy en tono de queja.

—Quería decir que no, no vengas luego. Ven ahora y pasaremos juntos el resto del día.

—Ah, vale —suspiró, aliviada—. No estaba segura de lo que querías decir. Llevaré el desayuno.

—No hace falta, no tengo hambre —dije, justo cuando mi estómago decidió protestar con un gruñido.

—No tardo nada. ¡Hasta ahora!

Oír que su voz se animaba me subió un poco el ánimo. Quizá ver a Maddy sí que me vendría bien, después de todo.

Me di una ducha rápida y, aunque el piso ya estaba perfecto, lo arreglé un poco más. Tenía muchas ganas de pasar tiempo con ella, pero en mi cabeza seguía sonando aquella vocecilla que

no dejaba de recordarme lo mucho que había tenido que ver con el desastre en el que me veía envuelto ahora. ¿Cómo iba a poder pasar página?

Mi teléfono vibró con el aviso de que Maddy había pulsado el botón de mi piso en el ascensor, y el corazón se me aceleró un poco. Sí, a pesar de todo, tenía muchas ganas de verla. Solo necesitaba librarme de todo el ruido de fondo que tenía en la cabeza.

Maddy llamó a la puerta, a pesar de que le había dado una llave. Cuando abrí, lo primero que vi fue una bolsa de papel de una panadería que vendía *bagels* al estilo de Nueva York.

—Ya sé que has dicho que no tenías hambre, pero no he podido resistir la tentación de traer algo de todos modos. Si no te apetece comer nada ahora, los puedes guardar para más tarde. Ah, y buenos días.

Contesté a su saludo con un abrazo y un rápido beso en la cabeza.

—Gracias, la verdad es que ahora sí tengo hambre, así que vamos a desayunar.

Ella se dirigió a la cocina con paso animado.

—A mí me gustan los *bagels* tostados, ¿te importa si uso el horno? También he traído dos clases distintas de queso para untar. No me acordaba de si te gusta natural, o con finas hierbas, así que he traído los dos. ¿Te he contado la vez que casi me corto un dedo tratando de abrir un *bagel*? Lo puse todo perdido de sangre, hasta el *bagel*. Fue asqueroso. Desde entonces, me da un poco de miedo cortarlos, es una de mis estúpidas fobias. ¿Podrías cortarlos tú, por favor?

Aunque habitualmente me gustaba escuchar sus historias, hoy no estaba de humor. Había esperado que Maddy estuviera tan pensativa como yo, pero, por alguna razón, parecía que todo esto no le preocupaba en absoluto. No podía soportar que mi vida entera se estuviera viniendo abajo y ella siguiera con su charla, pero encendí el horno y corté unos cuantos *bagels* por la mitad.

—¿Qué te pasa? —me preguntó por fin, con la frente arrugada.

Solté el cuchillo sobre la encimera y ahugué una carcajada amarga.

—¿Qué me pasa? Pues me pasa de *todo*, Maddy.

—Sí, bueno, lo sé —contestó apresurada—, pero parece que estás enfadado conmigo.

Crucé los brazos y me apoyé contra la encimera, observándola. Parecía nerviosa, pero también un poco... si no la conociera bien, casi pensaría que estaba un poco agresiva.

—Todavía estoy procesando todo lo que ha ocurrido.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó con el ceño aún más fruncido.

—¿En serio vamos a hablar de esto ahora? —suspiré—. ¿Antes de desayunar? De acuerdo, Maddy: habría preferido que vinieras a hablar conmigo antes de ir a recursos humanos. Pensaba que ya te habrías dado cuenta de eso.

—Espera, espera un momento —contestó ella, cerrando de golpe la puerta del horno—. No sé qué quieres decir. Me leí varias veces el manual de empleados y ahí no pone nada sobre una

cadena de mando, o sobre que te tengo que informar a ti sobre las cuestiones de acoso antes que a nadie. De hecho, eso se podría considerar un conflicto de intereses. Hice lo que debía hacer, igual que Anna.

Mantuve la vista fija en el suelo para poder contestarle con calma, aunque mi enfado iba en aumento.

—Ese manual está escrito para los empleados normales. Está claro que tú no eres uno de ellos. Tú y yo tenemos una relación y, además, también habías tenido una relación con la persona causante del problema. Si hubieras hablado conmigo primero, podríamos haber encontrado la forma de resolverlo sin acabar... bueno, sin acabar así.

—¿Me estás diciendo que debía haber hablado contigo para que convencieras a Anna de que no presentara una queja por acoso?

—No estoy diciendo eso —contesté—. Pero hubiera querido tener la oportunidad de pensarlo y preparar una estrategia antes de despedir a Beckett, para poder adelantarme a las posibles consecuencias. En lugar de eso, actuaste sin previo aviso y ahora tengo que lidiar con un maldito desastre que está acabando con mi negocio.

Ella se quedó mirándome un momento con los ojos muy abiertos.

—Ay, madre. Me estás... me estás echando la culpa —dijo por fin, en un susurro sorprendido y mirándome como si le hubiera traicionado.

—No —la detuve con un tono más brusco de lo que pretendía—. No se trata de eso, en absoluto.

—Entonces ¿de qué se trata? —Ahora fue ella quien cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la barbilla, desafiante—. Haz el favor de explicármelo.

Comencé a dar vueltas por la cocina, en un intento de controlar mi agitación.

—No me gustan las sorpresas. Pensaba que, a estas alturas, ya lo sabrías. No me gusta que me pillen desprevenido, y eso es exactamente lo que ha ocurrido. Si hubieras hablado conmigo primero...

—¿Qué habría pasado? —exigió ella—. ¿Nos habrías convencido para que no informáramos sobre Beckett? ¿Le habrías dicho a Anna que lo que le había pasado no era para tanto? Explícamelo, Noah, porque no lo entiendo.

Estallé, sin poder controlar más el enfado.

—No, por supuesto que no os habría convencido de que no lo contarais. Ese tío se merecía el despido y me alegro de haberme librado de él. Lo que *no* me gusta es que no lo vi venir. Sí, seguisteis el procedimiento, pero Maddy, parece que se te han olvidado todos los problemas adicionales que han surgido de esta situación y que lo están complicando todo.

Al oír su risa, me detuve en seco.

—¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un problema adicional?

—Joder, Maddy —dije alzando los brazos, desesperado—. No hacemos más que repetir lo mismo, ¿no? Da igual cuántas veces te lo explique, te niegas a verlo desde mi punto de vista. No

quieres admitir que han sido tus acciones las que han causado este desastre que tengo ahora entre manos.

—Eso es lo único que te preocupa, ¿no? —preguntó enfadada—. Tu preciosa agencia. Ya lo sabía, pero ahora es más obvio que nunca. Gracias por explicarlo, Noah, ya me ha quedado claro.

Empecé a contestar, pero Maddy cogió su bolso y salió a toda prisa de la cocina. No pude hacer otra cosa que seguirla.



## MADDY

—Maddy.

Mi nombre sonó como una reprimenda. No me volví para que no me viera tratar de contener las lágrimas.

—Maddy, no te vayas, por favor.

Su voz sonó más amable que antes y sentí un destello de esperanza. Me detuve en la entrada del piso sin saber qué hacer. Había creído que encontraríamos la forma de llegar a un entendimiento sobre lo ocurrido, pero ahora estaba claro que eso no sería posible porque Noah valoraba el bienestar de su agencia más que el mío. Cómo dolía eso.

—¿Qué? ¿Qué más queda por decir, Noah? —pregunté, e hice un esfuerzo por dominar mi expresión antes de girarme hacia él.

—Vuelve y vamos a sentarnos, ¿de acuerdo?

Dejé mi bolso en la mesa de la entrada y traté de transformar mi desánimo en ira mientras le seguía al interior del piso. Quizá, si lo conseguía, todo esto me dolería menos.

Nos sentamos en el mismo sofá en el que tantas veces habíamos hecho el amor cuando no podíamos esperar hasta llegar al dormitorio. Esta vez, en cambio, nos sentamos cada uno en un extremo, a una distancia que hacía imposible que nos tocáramos accidentalmente. Era curioso lo rápido que podían cambiar las cosas. Ya no me sentía a gusto en casa de Noah. De hecho, ¿cómo no me había dado cuenta antes de lo estéril que era? Todo era carísimo y de la mejor calidad, pero le faltaba *alma*. En ese sentido, era el lugar perfecto para Noah.

—Creo que tengo que explicarme mejor —comenzó Noah con cautela—. Necesito que entiendas mi punto de vista.

—Pero si entiendo tu punto de vista —dije con sarcasmo—. Me lo has dejado clarísimo desde el primer día.

—Maddy —pidió Noah con los ojos cerrados—. Para, por favor. Déjame explicarme.

Dejé escapar un profundo suspiro, y esperé.

—Sí, seguiste las normas de la empresa —continuó él—. Hiciste lo correcto, pero no se trata de eso. Lo que me preocupa es que Beckett ha utilizado el despido contra mí, y yo no pude

prepararme debidamente para su ataque. ¿Has visto las mentiras que va contando por ahí?

—La verdad es que no —dije, con una sacudida de la cabeza—. Estoy evitándole en las redes. He recibido algunas llamadas y mensajes que me pedían comentarios, pero no he contestado. También les he dicho a las chicas que no quiero hablar del tema.

—Mi equipo está filtrando la información. Beckett va por ahí diciendo que abuso de las mujeres, Maddy. Ha tergiversado nuestra relación para que parezca que utilicé mi posición e influencia para obligarte a acostarte conmigo contra tu voluntad. No para de hablar de lo atractivas que son nuestras empleadas, para dar a entender que las contratamos por su aspecto. Y, lo que es peor, está utilizando a Zoe como ejemplo de mi supuesto comportamiento inmoral. Dice que intenté acostarme con ella y la despedí porque se negó. Todo el mundo en PSM sabe que eso es mentira, pero si lo niego, solo conseguiré que crezca el rumor, y eso es lo último que necesitamos. Mi problema es que, con Zoe, lo hice todo mal: no me molesté en seguir el procedimiento debido ni tengo pruebas de su incompetencia, así que ahora no puedo demostrar nada. Está claro que Beckett se está aprovechando de todo eso.

Eso era cierto. Antes de retirarme de las redes sociales, había visto una publicación de Zoe en Instagram en la que se presentaba como víctima de un despido injusto.

—No sé qué decirte, Noah.

No hacía más que hablar de todos los problemas de su agencia. Yo había sido víctima de acoso, pero él apenas se había referido a lo que me pasó, y lo de Anna era aún peor. Ella se había visto atrapada en medio de esta batalla y estaba tratando de hacer todo lo posible para que su identidad no se hiciera pública. Sí, todos estábamos metidos en este lío, pero Noah no era capaz de ver el efecto de esos problemas en las auténticas víctimas. Lo único que le importaba eran su reputación y la agencia.

—Dime que entiendes mi punto de vista, Maddy. Di que estás de mi parte —pidió, encogiéndose de hombros con una mueca.

Sus palabras me dejaron helada.

—¿De... *tu* parte? ¿Lo dices en serio, Noah?

—Bueno, sí. —Cambió de postura, parecía estar confuso—. Necesitamos mostrarnos como un equipo. Nuestro comunicado no ha sido recibido como esperábamos, así que la agencia va a preparar una aparición pública nuestra, los dos juntos, para eliminar cualquier duda que pueda haber sobre nuestra relación.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Se me estaba rompiendo el corazón—. Aquí me tienes, dolida por todo lo ocurrido, por lo que Beckett nos ha hecho a Anna y a *mí*, por cómo ha intentado destrozarnos *nuestra* reputación desde que se fue, y tú no me has preguntado ni *una* sola vez cómo me encuentro. A ti solo te importa PSM. Pensé que quizá te acabarías dando cuenta y me ofrecerías un poco de comprensión, me abrazarías, me dirías que todo iba a ir bien, esas cosas. —En ese punto tuve que contener un sollozo y me aferré a la indignación que sentía—. Pero no, a Noah Parker solo le importan los resultados de su agencia, señores. Siempre ha sido así, y siempre lo será.

—Vamos, Maddy. Yo...

—No, ya es demasiado tarde —le interrumpí con una mano levantada—. Has tenido la oportunidad de decirme algo apropiado y has preferido no hacerlo. Y sí, claro que entiendo tu punto de vista y lo que te importa a *ti*, Noah. Eso me lo has dejado clarísimo. Esperaba que quizá fueras capaz de pensar en alguien que no fueras tú mismo, pero... —dejé la frase sin terminar, porque ya casi no podía contener las lágrimas, e hice un gesto de impotencia.

—Maddy, ¿qué quieres que haga? ¿Qué puedo hacer para que lo entiendas? Sí, me importa mi negocio porque doy trabajo a *cientos* de personas. ¿No lo ves? Ellos dependen de mí. Tú crees que la agencia solo tiene que ver conmigo y con mi ego, pero lo cierto es que mi reputación afecta directamente a todos los que trabajan en ella y también a nuestros clientes.

Sí, era cierto que la agencia daba trabajo a muchas personas... pero él se equivocaba mucho si creía que todo esto lo hacía por sus empleados. Estaba segura de que le importaban bastante, pero lo que más le preocupaba en este momento no era protegerles a ellos. Ni tampoco protegerme a *mí*.

Me limpié una lágrima y traté de reunir las fuerzas necesarias para decir algo que ahora era necesario, algo que iba a cambiarlo todo. Luché por no albergar la esperanza de que me contestaría que estaba equivocada porque, incluso antes de empezar a hablar, ya sabía lo que iba a ocurrir.

—Noah, está claro que esto no funciona. —Las palabras salieron apresuradas, como si me fuera a ser imposible decirlo a menos que lo soltara a toda velocidad. Recurrí a todas mis fuerzas para no llorar, porque quería demostrarle que no estaba asustada—. Si no eres capaz de compaginar tu agencia con el esfuerzo necesario para que esta relación funcione... será mejor que lo dejemos ahora mismo.

Mis palabras parecieron coger a Noah por sorpresa.

—¿Lo dices en *serio*?

Me aclaré la garganta.

—Muy en serio.

Él se quedó muy quieto, con la mirada perdida. Era la primera vez que veía al muy capaz y poderoso Noah Parker perder la capacidad de reacción. Por mucho que me doliera lo que estaba pasando, a una pequeña parte de mí le hizo gracia.

—¿Piensas eso de verdad? ¿Es eso lo que quieres?

Tuve que controlarme para no gritar que *no*, que eso era lo último que quería. Lo que realmente quería era que cayera a mis pies y me suplicara que siguiera con él. Quería que me dijera que era lo mejor que le había ocurrido en la vida, y que sentía mucho haberme tratado de esa forma. Pero eso era una fantasía. El hombre del que me había enamorado sin remedio no era capaz de esas emociones.

—Sí —dije al cabo de un momento—. Eso es lo que quiero.

Él dejó escapar un largo suspiro, con la mirada clavada en sus manos enlazadas.

—De acuerdo, bien.

Y eso fue todo. Sin luchar, sin suplicar, sin nada. Solo tres palabras. Eso fue lo único que necesitó para destrozarme.

El corazón se me rompió aún más, en millones de pedacitos. Ni siquiera había hecho un esfuerzo por salvar nuestra relación. No le importaba dejarlo. Le miré de reojo con la esperanza de ver en su cara lo que sus palabras no habían revelado; pero no, tenía la misma expresión inescrutable de siempre, típica de Noah. Era una expresión perfecta para los negocios, pero horrible para la vida real.

—De acuerdo —conseguí decir con voz firme, aunque estaba a punto de derrumbarme—. Me marchó.

Me levanté y pasé por su lado a toda velocidad en dirección a la puerta, con la intención de salir de allí antes de que nadie dijera nada más. Apreté el botón del ascensor tan fuerte que me hice daño en el dedo.

Mientras bajaba, recordé que tendría que hacerme cargo de dejar el trabajo porque, después de todo, seguía siendo su asistente. El teléfono del trabajo seguía en mi coche, y en las próximas semanas habíamos previsto hacer varios viajes. Sabía hasta qué punto dependía de mí, y tendríamos que pensar en cómo resolver todo eso, pero ahora no me sentía capaz de solucionarlo.

Al salir a la cálida luz del sol, la tristeza dio paso a la furia que se había estado acumulando en mi interior durante ese rato. Me recordé a mí misma que él dependía de mí para el *trabajo* y bueno, quizá para el sexo, pero lo importante en una relación, cosas como protegernos y apoyarnos mutuamente, nunca estaría en su lista de prioridades. Además, yo tampoco quería limitarme a ser una línea en una lista.

Los asientos de mi coche estaban ardiendo a causa del sol, pero agradecí el calor porque me había quedado helada tras la conversación con Noah. Aunque él nunca me había prometido nada, a mí me había parecido que teníamos una relación muy auténtica, y que yo le importaba de verdad. Qué imbécil había sido al pensar que Noah me consideraría lo más importante en su vida.

Me incorporé al tráfico casi sin mirar y me gané algunos pitidos enfadados. Maldita sea, iba a ponerme a llorar. Me froté los ojos con una mano e intenté pensar qué hacer. No quería volver a mi piso y tampoco estaba lista para analizarlo todo con las chicas. Necesitaba tiempo para... bueno, para dar rienda suelta a mis lágrimas.

Terminé por conducir hasta Surfside Beach. Ninguna de las playas de Miami podía considerarse remota, pero en esta, al menos, había algo menos de gente. Podía llorar todo el rato que quisiera sin preocuparme por si interrumpía una sesión de fotos de alguna modelo *influencer*.

Me quité las chanclas y caminé por la arena a toda velocidad. No llevaba protección solar y tenía tendencia a quemarme con mucha facilidad, pero me daba igual. Lo único que quería era pasear junto al océano hasta que todo el dolor y la angustia que sentía desaparecieran, arrastrados por la marea.

Cuando eso ocurriera, sería el momento de hacer planes porque, gracias a Noah Parker, mi vida entera iba a volver a cambiar.



## MADDY

Sentada en el despacho de Jennifer, no podía hacer que mi rodilla dejara de saltar. Me preocupaba pasar demasiado tiempo en el edificio, porque no quería encontrarme con Noah. Había tenido la intención de ir directa a recursos humanos, presentar mi dimisión y marcharme antes de tener ocasión de encontrarme con él.

Si había algo que podía decir a favor de Noah, era que me había pagado lo bastante bien como para ahorrar una cantidad que me permitiera dimitir sin problemas, y ahora me iba a venir muy bien.

Jennifer me lanzó una mirada ceñuda por encima de sus gafas.

—No me esperaba esto.

—Lo cierto es que yo tampoco —contesté, alzando un poco la barbilla con gesto desafiante—. Las cosas han cambiado mucho.

—Ya veo. Y dices que «con efecto inmediato». —Dejó mi carta sobre su mesa—. ¿Quieres hablar de ello? Ya sabes que aquí puedes hablar con libertad.

Parte de mí quería contárselo todo a esta mujer que me trataba casi como una madre, pero sabía que no era una buena idea. El fin de mi relación con Noah era una cuestión personal y, aunque se había debido al trabajo en buena medida, este no era un problema que pudiera tratar con recursos humanos.

—No hace falta —contesté.

—¿Has hablado de esto con Noah? —preguntó Jennifer con una ceja levantada.

Negué con la cabeza.

—Vaya —dijo ella en voz baja—. De acuerdo. Veo que es una situación... delicada. Esto no les va a gustar nada a los de relaciones públicas. —Se detuvo para observarme un momento—. ¿Estás segura de que no tienes que informarme de nada antes de irte?

En ese momento comprendí lo que quería darme a entender.

—Oh no, en absoluto. No se trata de eso. Es que me he dado cuenta de que ya era hora de probar otra cosa, como he indicado en mi carta. —La señalé para mayor énfasis.

—Sí, pero... —Jennifer frunció el ceño—. Justo ahora Ken y los demás estaban organizando una aparición vuestra ante algunos medios...

—Lo entiendo —me había preparado para esto—. Pero a ellos se les da muy bien contar historias y desviar la atención, y estoy segura de que podrán hacerlo una vez más. Yo no soy una persona conocida y no estoy acostumbrada a la atención pública. Pueden decir que me puse nerviosa y no quise aparecer. En algún momento, todo esto se pasará de moda y se olvidará.

—Yo no estaría tan segura de que se vayan a olvidar de ti tan rápido —dijo ella enigmáticamente. Me pregunté si se referiría a los medios, o al magnate que había estado pagando mi sueldo hasta ahora—. En fin, tienes que rellenar algunos documentos, tendrás que devolver tu ordenador y...

Cuando dijo eso, dejé el portátil en su mesa, junto con el teléfono y mi tarjeta de acceso. Ella miró los dispositivos y luego me miró a mí.

—Veo que vienes preparada. Eso me facilita mucho las cosas, gracias.

Completamos las formalidades necesarias para hacer oficial mi salida de PSM y, por suerte, pude centrarme en los diferentes pasos del proceso, en lugar de en lo revuelto que tenía el estómago. Firmar aquí, iniciales aquí y allá, y quedé libre.

Jennifer se puso de pie y me ofreció la mano. Yo se la estreché, agradecida.

—Ha sido un placer trabajar contigo —dijo—. Has ayudado mucho a PSM y siento que te vayas. —Hizo una pequeña pausa—. Estoy segura de que no soy la única.

—Gracias por todo —dije, retirando la mano.

Me enorgullecí ser capaz de aguantar las lágrimas hasta llegar a casa, pero, en cuanto entré en el piso, me dejé caer en una silla y me eché a llorar. ¿Qué diablos iba a hacer ahora? Miré a mi alrededor, desamparada. Estaba en paro, sola y lo único que quería era meterme en la cama y no salir en varias semanas, pero sabía que tendría que buscar algo que hacer para no perder la cabeza. Seguía evitando las redes sociales, no quería leer nada, no quería ni ver las novelas románticas que se apilaban junto a mi cama, y no tenía ganas de comer.

Envié un mensaje rápido a las chicas para pedirles que no me llamaran y decirles que les avisaría cuando estuviera lista para hablar. Nos conocíamos lo bastante bien como para saber cuándo una de nosotras necesitaba algo de espacio, así que no me sorprendió que el teléfono siguiera mudo.

Estaba demasiado alterada para dormir, demasiado deprimida para salir de casa y demasiado distraída para ver la televisión. Por fin, se me ocurrió una idea: la última actividad que me había proporcionado algo de consuelo había sido buscar los artículos de mi padre. Tenía media docena de cajas de material suyo en un armario; quizá este sería el momento adecuado para olvidar el desastre en que se había convertido mi vida y centrarme en todas las cosas bonitas de la suya.

Saqué la primera de las cajas, la arrastré cerca de una ventana a la luz del sol y me senté en el suelo para revisar su contenido. Al cabo de unas horas, estaba rodeada de recuerdos suyos, desde resguardos de entradas para partidos de fútbol universitario, hasta una vieja pelota de béisbol sucia. Mirar cada uno de esos recuerdos me hacía sentir más cerca de él y, al ver el resto de las cajas, me alegré de que aún me quedara mucho más que recordar.

Un fuerte golpe en la puerta me sacó de mi ensoñación, y lo primero que se me ocurrió acerca de quién podría ser no tenía ninguna lógica. Por supuesto que no sería Noah, él no hacía esas cosas. Para él, un adiós era un adiós, y estaba segura de que, a estas alturas, ya habría superado el fin de nuestra relación y habría pasado a ocuparse del siguiente problema. Tenía que dejar de creer que podría ser capaz de cualquier otra cosa, así que me levanté y fui hacia puerta dispuesta a decirle al repartidor correspondiente que se había equivocado de piso.

—Ábrenos —exigió una voz sin dejar de dar golpes—. ¡Traemos dulces y bebida!

*Nia.*

—Y un montón de achuchones.

*Hope.*

—Ha dicho «achuchones», no «colocones», pero si hace falta, también podemos conseguir de esos —añadió Nia.

*Les dije que no llamaran, pero no les dije que no vinieran.*

Cuando abrí la puerta, en el momento en que las vi allí con los brazos abiertos, ya no pude contener el torrente de lágrimas. Entre lo ocurrido con Noah y todos los recuerdos de mi padre, tenía las emociones a flor de piel.

—Cielo —dijo Nia dándome un abrazo enorme. Hope se nos unió a continuación y nos dio un golpe con la bolsa de la compra que llevaba.

—Cassie te manda todo su cariño y Scott ha dicho que le llames si quieres que le dé una paliza a Noah.

Me eché a reír a pesar de las lágrimas.

—No será necesario, pero muchas gracias. No hacía falta que vinierais.

—Pues claro que sí —dijo Nia entrando en casa—. No te vamos a dejar pasar por esto sola.

Hope dio un pequeño respingo al ver la caja y todo lo que había esparcido por el suelo.

—¿Esto es lo que creo que es?

—Sí —asentí con la cabeza—. Quería recordarle. Supongo que, ahora mismo, le necesito.

Dejé caer la cabeza y volví a echarme a llorar. Hope me dio un abrazo enorme y Nia me acarició la espalda hasta que pude controlar los sollozos.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Hope—. ¿Comer? ¿Sentarnos a hablar? ¿Buscar un sicario?

—Creo que querría acabar lo que he empezado —sollocé—. Al menos esta caja. ¿Os importa?

—Claro que no —dijo Nia acercándose a la caja—. Me encanta mirar recuerdos. —Sacó un álbum de fotos y empezó a pasar las páginas—. Espero que decir esto no sea una barbaridad, pero tu padre estaba como un tren, sobre todo cuando era más joven. No me extraña que seas tan mona.

—¿A ver? —Nia corrió hacia ella y miró por encima de su hombro—. Oh, ¡ya lo creo!

—Lo cierto es que siempre tuvo muchas admiradoras —reí.

Nia se sentó con el álbum y Hope sacó algunas fotos más de la caja.

—Ven a sentarte aquí —invitó Hope—. Así nos cuentas quién sale en cada foto.

Me acerqué a donde estaban y me dejé caer en el sofá. Me ayudó pensar en aquellos tiempos felices, y a medida que les contaba mis recuerdos, se reducía toda la angustia que me había estado agobiando. No había sido consciente de lo mucho que echaba de menos a mi padre. Él había sido mi confidente y me había dado los mejores consejos, pero no era capaz de imaginar lo que me habría dicho sobre de la situación con Noah. A lo mejor me habría dicho aquello de que «escuchara a mi corazón», pero dudaba que él mismo supiera lo que significaba eso.

Mientras Nia y Hope seguían enfrascadas en los álbumes de fotos, saqué otro cuaderno de la caja. Era diferente de los delgados cuadernos de periodista que utilizaba mi padre para el trabajo. Al ver su letra en la primera página, las lágrimas volvieron a amenazar con caer. Puse la mano sobre la hoja, como si pudiera absorber su memoria a través de la tinta plasmada en el papel.

Había esperado encontrar las estadísticas y notas sobre deportes de siempre, pero lo que encontré en esas páginas era completamente distinto: era una historia. Trataba sobre deportes, por supuesto, pero parecía más bien un artículo de opinión sobre el aspecto humano de la competición. La primera parte hablaba de un padre y un hijo a los que había observado durante el que, sin duda, era el primer partido de béisbol profesional al que asistía el chico. Mi padre había descrito el ambiente con tanta precisión que casi podía oler los aromas del estadio. La historia describía con simpatía el nacimiento de un nuevo fan y conseguía plasmar toda la emoción y la belleza de transmitir el amor por el deporte a la siguiente generación. Mi padre no se había molestado en identificar a los equipos que jugaron aquel partido, porque esa historia no iba sobre ellos. Trataba de la *familia*.

Al leerla, la vaga idea que me había estado rondando por la cabeza empezó a tomar forma. Recordé cuánto había disfrutado escribiendo aquella mañana, hacía unas semanas, pero, en aquel momento, solo lo había hecho para distraerme. En cambio, ahora me daba la impresión de que podía escribir mucho más.

—Chicas, ¿sería raro si empezara a escribir otra vez?

Hope me miró con la cabeza ladeada.

—Oh, dios mío, llevas siglos hablando de escribir. ¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—En realidad, es la idea de mi padre —dije, con el cuaderno alzado para que lo vieran—. Contaría las historias que hay detrás de los deportes y describiría las vidas que hacen posible los partidos que vemos. Por ejemplo, la historia de Matthew Garrison ayudando a su madre a recuperarse.

—¿Y eso te haría feliz? —preguntó Nia, tan directa como siempre. Yo lo pensé durante un momento.

—Sí, creo que sí.

—Entonces, adelante. Seremos tus lectoras de prueba.

—Se llaman lectoras *beta*, que no estás al día —corregí entre risas—. Y muchas gracias, me vendrá bien vuestra ayuda. Estoy muy oxidada.

Seguí leyendo el cuaderno durante un rato, y me pareció como si mi padre estuviera sentado a mi lado y me contara sus historias.

—Eh, mira esto —dijo Hope pasándome una foto descolorida—. Aquí parece muy feliz. ¿Esto es en Europa?

En la foto, algo desenfocada, se veía a mi padre en un parque delante de un grupo de hermosos árboles de cemento. El estómago me dio un vuelco cuando caí en por qué el entorno me resultaba familiar.

—Eso es Barcelona, el parque Güell. Yo... he estado ahí.

—Con Noah. —Nia terminó la frase por mí—. Nos mandaste las fotos.

—Ese viaje lo cambió todo entre nosotros. —Dejé escapar un suspiro—. Pero eso ya da igual.

El dolor me asaltó de nuevo al recordar lo feliz que había sido entonces, como una tonta. ¡Qué ingenua había sido al pensar que podría llegar a ser lo más importante en la vida de Noah! Suspiré con irritación.

—¿Le echas de menos? —preguntó Hope en un susurro, porque sabía que era una pregunta difícil. Extendió una mano y la apoyó sobre mi pierna.

—No quiero pensar en eso, ¿de acuerdo? —Me volví hacia la caja para intentar distraerme con alguna otra cosa.

—Sabes que eso no es bueno para ti, ¿no? —preguntó Nia—. Si te guardas todos esos sentimientos, se te van a quedar ahí dentro como un chicle pegado al estómago. Es bueno hablar de ello, es terapéutico, y no vas a encontrar un psicólogo tan barato como nosotras ni en sueños. Con un par de botellas de vino, nos conformamos.

—Y hablando de botellas de vino... —Me puse en pie.

—No creas que te vas a librar con eso —gritó Nia a mis espaldas cuando me dirigí a la cocina—. Vamos a hablar de todo lo que tenga que ver con Noah.

Al oír eso, me giré hacia ellas.

—¿Podemos dejarlo? No me lo voy a guardar para siempre, pero, al menos, no hablemos hoy del puto Noah Parker, ¿de acuerdo?

Hope hizo un gesto de sorpresa al oírme hablar así, y Nia le dirigió una mueca.

—Lo que tú digas —dijo Hope con buen ánimo—. Tú eres la jefa.

Si lo era, sería la primera vez.



## NOAH

**E**l número de deportistas disponibles no era infinito, y parecía que estábamos tocando fondo.

La salida de jugadores de la agencia tras el escándalo parecía haber llegado a su fin, pero aún teníamos que volver a recuperar la buena reputación de PSM, así que estábamos hablando con agencias de relaciones públicas especializadas en clientes con serios problemas de imagen. A mi equipo de relaciones públicas se le daba muy bien gestionar a nuestros propios clientes, pero todos estábamos de acuerdo en que ser parte de la empresa que tenía el problema les impedía tener la perspectiva necesaria para resolver esta situación.

Ya había descartado a un tipo considerado uno de los mejores en esto, porque había sugerido que contratar a más mujeres podría ayudar a cambiar la percepción pública de la agencia. Lo que no había tenido en cuenta era que los agentes de mi plantilla eran excelentes, que había tanto hombres como mujeres, y que todos ellos trabajaban mucho y demostraban su valía todos los días. Yo controlaba muy de cerca los márgenes financieros de la agencia, y sabía que añadir más agentes causaría tantos problemas al negocio que no sería una buena solución. Mis esfuerzos para limpiar nuestra imagen habían empezado de pena.

Un leve golpe en la puerta de mi despacho me recordó una vez más que había otra persona en el puesto de Maddy. Ella solía golpear la puerta como si un asesino le pisara los talones, como si fuera a pasar algo terrible si no le dejaba entrar en ese preciso momento. Eso me había molestado un poco, pero la actitud sumisa de la empleada temporal que la había reemplazado me ponía de los nervios. El problema no era la chica en cuestión, sino el hecho de que no era *Maddy*.

—Pasa —respondí sin molestarme en ocultar mi irritación.

—¿Señor Parker? Siento interrumpirle, pero su próxima cita se ha adelantado una hora.

Aquella chica, cuyo nombre no conseguía recordar —¿Tammy? ¿Tara?— parecía tenerme mucho miedo. Bien.

—Podrías haber utilizado el interfono para decirme eso —dije señalando el aparato.

—Claro, por supuesto —contestó, muy pálida—. Ha sido error mío ¡disculpe! El caso es que Craig Cafarelli ya está aquí, si puede atenderle.

Habría previsto tomarme un café antes de esa reunión, pero ahora pensaba que sería mejor quitármela de encima cuanto antes.

—De acuerdo, dile que pase.

—Claro, ¡gracias! Ahora mismo.

La chica salió del despacho como si se alegrara de alejarse de mí. Apenas me había dado tiempo de echar un vistazo a mi teléfono cuando la puerta se abrió de golpe.

—Noah, ¡encantado de conocerte! —tronó Craig con la mano extendida hacia mí—. Vaya situación de mierda, ¿eh? Bueno, que le den, vamos a resolverlo, ¿verdad? Por eso estoy aquí.

No supe qué parte de su entrada me había gustado menos: que me tratara con tanta familiaridad, que hubiera dicho lo de «que le den», o la sospecha de que debía haber llegado a donde estaba gracias a su aspecto de universitario guaperas. ¿Quién diablos había encontrado a este tío?

—Gracias por venir —contesté, y señalé una de las sillas—. Siéntate, por favor.

Él se dejó caer en el asiento con un ruidoso suspiro.

—Te diría que tu secretaria es muy mona, pero, teniendo en cuenta la que tienes liada, creo que mejor me lo callo.

Le dirigí una mirada enfurecida.

—¡Es broma, es broma! Bueno, vamos al problema, sin cachondeo.

Su tono informal me estaba hartando. Esto era una agencia de deportes, no un bar.

—Sí, será lo mejor.

—De acuerdo. —Craig se inclinó hacia delante en su silla y juntó las yemas de los dedos—. Esta es la idea. He estado observando la forma en que ha cambiado la opinión pública desde que Beckett Tate empezó a hablar. Y si analizamos las cosas que dice, en el fondo solo hay un *único* problema.

—Vale, lo entiendo —suspiré—. Dime cuál crees que es. ¿Se trata de la diferencia de poder? ¿El acoso sexual en el trabajo? ¿Las cuestiones de derecho laboral?

—No. ¿Alguna otra suposición? —preguntó, al tiempo que negaba con la cabeza.

Levanté los brazos.

—Para eso estás aquí, Craig. Por favor, ilumíname.

—El problema eres *tú*, Noah. —Craig me miró a los ojos—. Tú estás en el centro del problema.

Dejé escapar una risa, pero él ni siquiera sonrió.

—No es broma. Si quieres cambiar la imagen de PSM, tendrás que dejar tu puesto.

Estuve a punto de saltar sobre la mesa y agarrar a aquel niñato por el cuello, pero lo último que necesitaba era crearme otro problema.

—De ninguna manera.

Se hizo el silencio en la habitación mientras esperaba que Craig reculara, pero él se limitó a

encogerse de hombros sin dejar de mirarme a los ojos.

—Tú estás buscando un experto. Yo soy un experto, y esa es mi opinión.

Hice un esfuerzo por mantener una expresión neutra.

—Entendido, Craig. Te agradezco la opinión, y creo que ya no necesito nada más de ti por ahora. Gracias por venir.

Él se enderezó, sobresaltado.

—¿Y ya está? ¿No quieres que profundicemos en el asunto?

—No, en absoluto. Tammy te acompañará a la salida.

Él se levantó con una sonrisilla de superioridad.

—Fantástico, Parker. Se llama *Tamara*. Supongo que lo que dicen sobre ti era cierto. Te deseo suerte para encontrar a alguien que te saque de este puto lío en el que te has metido. Me alegro de no tener que ser yo.

Le dejé decir la última palabra porque, teniendo en cuenta mi estado mental, si le contestaba seguramente acabaríamos a puñetazos. Cuando salió, pulsé el botón del interfono.

—Tamara, ¿cuándo tengo la siguiente reunión?

El aparato zumbó y chasqueó mientras ella intentaba averiguar cómo utilizarlo.

—Tienes programadas reuniones de quince minutos con intervalos de cinco minutos entre ellas, pero tu siguiente cita ya está aquí.

Cerré los ojos y me los froté un poco.

—De acuerdo, acabemos con esto. Dile que pase.

—Hum... pero... ah... vale.

Al abrirse la puerta, entró una mujer rubia, alta y muy elegante que esbozaba una media sonrisa de superioridad.

—No soy lo que te esperabas, ¿eh?

Me levanté de la mesa y me dirigí hacia ella para saludarle.

—Tienes razón. Hoy está siendo un día complicado. Eres Melinda West, ¿verdad?

—Efectivamente. Me alegro de conocerte, a pesar de las circunstancias.

Extendí la mano y ella me la estrechó con las dos, con un gesto acariciador que duró un momento más de lo necesario.

—Me interesa mucho saber qué opinas sobre las opciones que tenemos en estas circunstancias — dije, al tiempo que volvía a sentarme tras mi mesa.

Melinda se acomodó en la silla y cruzó despacio sus largas piernas. El gesto tenía una intención

sugerente tan descarada, que me pregunté si me estaría poniendo a prueba. ¿Acaso intentaba averiguar si me sentiría tentado por una mujer como ella, con ese aspecto de modelo? Ya, como si ahora mismo fuera capaz de pensar en algo que no fuera el desastre en que se había convertido mi vida.

—Antes de eso, vamos a hablar de ti un momento, Noah. ¿Cómo lo estás llevando? Toda esta presión debe ser terrible.

Por nada del mundo admitiría lo difícil que se habían puesto las cosas ante una completa desconocida, y mucho menos ante alguien con quien me estaba planteando trabajar.

—Voy avanzando, y esa es la razón por la que estás hoy aquí. Cuéntame qué me puedes ofrecer.

—Tengo un *montón* de cosas buenas que ofrecerte —contestó ella con otra media sonrisa.

—Perfecto, te escucho —dije tras aclararme la garganta.

Melinda se inclinó para sacar una *tablet* de su cartera.

—Para empezar, he preparado algunas ideas sobre percepción pública y algunas proyecciones. Esto es una especie de mezcla entre ciencia y arte. Deja que te lo explique.

Ella se levantó de la silla, se colocó a mi lado detrás de la mesa y se sentó en el borde, de forma que su pierna quedó colgando a unos centímetros de la mía. Yo cambié de postura para alejarme un poco más antes de mirar su *tablet*.

—Creo que debemos cambiar la percepción desde aquí, Noah —dijo señalando un gráfico con una larga uña roja—. Hay un elevado porcentaje de gente que considera que PSM no es más que un club de tíos, teniendo en cuenta los clientes a los que representas.

—Pero eso no es cierto —interrumpí para defenderme, olvidando por un momento cómo se estaba insinuando Melinda—. Tenemos muchas clientes femeninas.

—Eso está muy bien, pero ¿por qué todas vuestras redes sociales se centran solo en los tíos? —Tocó la pantalla de nuevo y me mostró nuestra página de Instagram—. Mira: Raphael Hernandez, Ricky DelRio, Burt Simmons, Jack Matthews, Andrei Manolov, Zeke Hale, Alan Chang... ¡Fíjate cuánto tengo que bajar hasta llegar a Kiley Morsbach!

Volví a mirar la *tablet*. Maldita sea, era cierto.

—De acuerdo, tienes razón.

—Tienes que cambiar por completo tus redes sociales. ¿Cuánta gente tienes en el equipo de redes? —Me miró con la cabeza ladeada.

—Eso lo lleva el departamento de marketing, es parte de su trabajo.

Antes de que terminara la frase, ella ya estaba haciendo un gesto negativo.

—No, ya no. Necesitas un equipo dedicado a las redes y, si eres un poco listo, debería estar formado solamente por mujeres.

—Interesante.

—Eso es lo único que te voy a decir sin cobrarte —dijo mientras volvía a su silla, al otro lado de mi mesa—. Se suponía que solo te iba a dar unas ideas generales, pero no he podido resistir entrar en detalle contigo. —Hizo una pausa y dejó que sus ojos resbalaran por mi cuerpo—. Me gustas, Noah, quiero trabajar contigo. No tienes ni idea de las ganas que tengo.

Al decir esa última frase, su tono de voz se hizo más sugerente, y eso me puso en guardia.

—Agradezco mucho tu sugerencia y estoy seguro de que tienes otras ideas interesantes. Eres la primera persona con la que he hablado que tiene un plan razonable que se puede poner en práctica desde ya mismo.

—Pues tengo muchas más cosas que ofrecer —dijo, con una sonrisa que se extendió despacio por su cara. Sus rojos labios destacaban mucho contra unos dientes muy brillantes, en una mueca casi agresiva.

—Fantástico. ¿Hay alguna otra cosa que necesite saber antes de empezar a trabajar contigo?

—Soy un ave nocturna —dijo, y su sonrisa se amplió aún más—. Las mejores ideas se me ocurren por la noche. ¿Qué opinas de eso?

—Yo trabajo cuando hay que trabajar, así que no tengo problema. —En ese momento recordé la cara de Maddy. Gracias a ella, había empezado a silenciar el móvil por las noches para poder centrarme en algo que no fuera PSM. Ahora eso ya no sería un problema.

—Muy bien —dijo Melinda. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en mi mesa, de forma que hubiera podido ver sin dificultad lo que había debajo de su blusa, si hubiera dejado de mirarle a la cara—. Me imagino que tenemos por delante muchas largas noches de trabajo, Noah. —Deslizó la lengua por los labios.

—Quiero dejar una cosa muy clara —dije, frunciendo las cejas—. Todavía tengo que hablar con otras empresas de relaciones públicas.

Estaba empezando a temer lo que iba a pasar en esas otras reuniones.

—Venga ya —rio Melinda—. ¿En serio crees que vas a encontrar a alguien mejor que yo? No quiero presumir, pero lo tengo todo. Puedo asumir el mando cuando sé que tengo razón, pero también estoy dispuesta a aceptar órdenes cuando haga falta. —Volvió a mirarme de arriba abajo—. Toda clase de órdenes.

*Qué cojones...* Ahora ya estaba clarísimo a qué se refería. No podía creer que se me estuviera insinuando una mujer a la que estaba pensando en contratar para que me ayudase a lidiar con las alegaciones de acoso sexual. Hice un esfuerzo para dirigirle una breve sonrisa.

—Vaya, pues es una pena, porque nunca les doy órdenes a mis empleados. Yo sigo un enfoque más colaborativo. Bueno, te agradezco que hayas venido, pero estoy viendo que esto no va a funcionar, Melinda.

Su sonrisa triunfante se transformó en un gesto ceñudo.

—¿Cómo dices?

—Estas reuniones iniciales son breves porque me dicen lo que necesito saber para decidir quién

pasa a la siguiente fase del proceso de aprobación —expliqué, al tiempo que me levantaba—. Puedo decirte desde ya que no vas a encajar en PSM. En cualquier caso, te agradezco tu tiempo.

Ella se había quedado con la boca abierta.

—No lo dices en serio.

—Lo digo muy en serio —sonreí. Me incliné hacia delante y presioné el botón del interfono—. Tamara, la señorita West necesita un resguardo para el aparcamiento antes de irse.

Melinda se puso de pie tan rápido que las patas de su silla chirriaron contra el suelo.

—Eres un cabrón, ¿lo sabías?

—Sí, ya me lo habían dicho en alguna ocasión. Una vez más, te agradezco tu tiempo.

Me dirigí a la puerta y la abrí para que pasara. Ella salió hecha una furia y se detuvo un momento para lanzarme una mirada irritada por encima del hombro aunque, por suerte, no dijo nada más. El alivio que sentí al cerrar la puerta tras ella duró poco cuando pensé en todas las reuniones que aún tenía por delante. Las cosas seguían igual que antes de empezar y, ahora mismo, no tenía ganas de seguir aguantando a más candidatos.

Decidí que, a partir de ahora, el departamento legal podía encargarse de las reuniones iniciales y yo me involucraría una vez que ellos decidieran qué candidatos eran adecuados. Me recosté en la silla y cerré los ojos. *Joder*, qué cansado estaba, qué harto de todo el mundo. Pero, aun así, con todo lo que tenía encima, mi mente seguía volviendo una y otra vez a Maddy. Maldita sea, cuánto la echaba de menos. Odiaba tener que admitirlo, pero su marcha había dejado un vacío en mi vida. Ella era la única persona con la que quería hablar al terminar un mal día y, con todos los que había tenido últimamente, la habría tenido muy ocupada. Pero había roto conmigo, había acabado con lo nuestro, y me había dejado enfrentarme a todas estas batallas yo solo.

Aún no me terminaba de creer lo mucho que ella había cambiado mi vida en un tiempo tan corto. Abrí la aplicación del calendario en mi ordenador que, por alguna razón, se había convertido en una especie de diario que llevábamos entre los dos. Nadie habría entendido el código que habíamos establecido, pero tenía sentido para nosotros. Por ejemplo, en mi próximo viaje, sus jeroglíficos indicaban que había reservado dos billetes de avión y una habitación durante dos noches, y también había añadido una broma para pedirme que la llevara a cenar un chuletón. Eso me arrancó una sonrisa, a pesar de lo que me dolía saber que ella no vendría conmigo.

Necesitaba unas vacaciones de mi propia vida, y lo único que deseaba era que ella estuviera conmigo cuando me las tomara.



## MADDY

Las dudas me empezaron a asaltar cuando iba por la mitad de la historia sobre Jan Mingazow, el futbolista al que había conocido en Praga, y su hermano gemelo, que había nacido con parálisis cerebral. ¿Qué estaba haciendo? ¿Escribir? ¿Yo? ¿En serio pensaba que iba a salir bien? Pero tenía que tratar de acallar las dudas. Era muy difícil seguir los pasos de mi padre, así que lo mejor era decirme a mí misma que la capacidad de contar historias era hereditaria y que mi padre me la había transmitido.

Había querido saber más de los dos hermanos checos desde el momento en que supe un poco de sus vidas porque, incluso antes de que me asaltara el ansia de escribir, me había dado cuenta de que la suya era una historia digna de ser contada. Primero había obtenido toda la información que pude conseguir en internet y después me puse en contacto con Jan a través de Instagram para preguntarle si le interesaría que escribiera sobre ellos. Le hablé con sinceridad y le expliqué que no tenía dónde publicar la historia y que probablemente no saldría de mi ordenador, pero aun así quería saber más sobre sus vidas. Me había encantado trabajar con Jakub y con él, y ahora solo faltaba que fuera capaz de contar su historia de una forma que le hiciera justicia.

Estaba tan inmersa en la narración que casi no escuché el teléfono cuando Hope llamó para decirme que Cassie estaba de parto. Se había adelantado un poco, pero por ahora todo iba bien. Salí corriendo hacia el hospital con el corazón a punto de estallar. ¡Cassie iba a tener el primer bebé de nuestro grupo! Después de estos días tan tristes, me vendría bien un momento feliz como este. Entre lo mucho que echaba de menos a Noah y las dudas sobre mi capacidad para escribir, no se me ocurría nada mejor que poder centrarme en algo que no fueran mis propios problemas.

Entré a la carrera en la planta de maternidad y casi me llevo por delante a unas cuantas enfermeras con las prisas.

—¡Ahí está! ¡Hola! —dijo una voz desde la sala de espera. Nia y Hope se habían instalado en el sofá del rincón.

—Hola, ¿qué novedades hay? —pregunté cuando llegué hasta donde estaban—. ¿Va todo bien?

—Están esperando —contestó Hope—. No hay nada nuevo, pero al menos ahora nos podemos estresar todas juntas. Kaitlyn está con ella, y se supone que James pasará por aquí antes de ir a trabajar.

—Se ha juntado toda la banda —dijo Nia, que se había sentado en el respaldo del sofá—. Scott ha venido hace un rato para decirnos que todo va bien. Por lo visto aún no está chillando, así que

eso es buena señal. Lo único que podemos hacer es esperar.

—¿Han dicho cuánto va a tardar? —pregunté, con el estómago hecho un nudo por los nervios y la emoción.

—Esto no tiene plazos —dijo Hope, a la vez que negaba con la cabeza—. Pero Kaitlyn cree que va a ir muy rápido, porque ya la estaban preparando.

Al oír unos pasos que se acercaban a nosotras, todas nos giramos a la vez.

—¿Ya soy tío, chicas? —preguntó James al llegar junto a nosotras.

—Aquí está el señor Elegante —dijo Nia con una mirada que le recorrió de arriba abajo—. Igual vas un poco demasiado arreglado para el hospital, ¿no?

James llevaba un bonito traje oscuro en lugar de la ropa informal que solía ponerse para trabajar, y parecía listo para una sesión de fotos.

—Esta noche tenemos un evento importante en Bloom y me he tenido que arreglar más de lo normal —explicó al tiempo que se enderezaba la corbata—. Esperaba que hubiera buenas noticias antes de tener que ir para allá.

—A lo mejor acaba pronto —dijo Hope—. Por ahora no hay nada que hacer. Siéntate con nosotras.

James se sentó en el borde de una silla y se me quedó mirando un momento.

—Hola, Maddy. ¿Cómo estás?

Miré a mi alrededor, sin entender por qué se centraba en mí.

—Yo... bien, ¿y tú?

—Liado, pero todo bien, gracias. Anoche vi a Noah. Bueno, en realidad ahora le veo mucho, tanto que mi hija Harper le ha empezado a llamar «tío» Noah.

Esperé que no se notara lo feliz que me hacía recibir algo de información sobre Noah. Aunque no debería importarme lo que hiciera, lo cierto era que quería saber cómo le iba. Por mucho que lo intentara, aún no había podido acallar el ansia de mi corazón, pero acabaría por conseguirlo, en algún momento.

—Qué bien —dije en tono neutro.

James miró a Nia y Hope, y luego a mí otra vez.

—¿Has hablado con él últimamente?

El corazón me dio un salto solo de pensar en hablar con Noah.

—No. Rompimos y he dejado de trabajar para él. No tiene sentido que le llame.

Nia dejó escapar un sonido irritado.

—Estoy al tanto de que ya no estáis juntos, créeme —dijo James—. Noah no deja de hablar de ello. Hemos comentado los detalles de la ruptura tantas veces que tuve que recordarle que no soy

su psicólogo. Le dije que te llamara, pero supongo que no lo ha hecho.

—No, ya te he dicho que no hemos hablado. —Me sentí mal por contestarle de forma tan antipática, pero los tres me estaban mirando como si esto fuera un juicio.

—Seguro que estoy rompiendo el código de los tíos al decirte esto, pero ese hombre está hecho polvo, Maddy. De hecho, tiene el corazón roto. Cree que no le cogerás el teléfono si te llama, así que esa debe ser la razón por la que no te ha llamado él. En tu lugar, yo al menos le escucharía.

¿El corazón roto? Me costaba mucho creer eso. Me di cuenta de que estaba tirando del extremo roto de una uña para intentar distraerme de la tristeza que me embargaba.

—Qué interesante. —Intenté pasar a otro tema que no me resultara tan insoportable—. ¿Tenéis ya noticias de Scott? ¿Ha mandado algún mensaje o algo...?

—Eh, atontada —Nia estiró un brazo y me dio un puñetazo en el hombro—. Este hombre está tratando de darte un consejo, no cambies de tema.

Me volví hacia ella.

—Creía que no te gustaba Noah. ¿Qué más te da si hablo con él o no?

—Venga ya, Maddy, nunca hemos dicho que no nos gustara —dijo Hope con dulzura—. El problema era que nos parecía que te estaba apartando de nosotras, y que él era más importante para ti. Pero ya lo hablamos y sabemos que la mayor parte del tiempo que pasabas lejos, estabas *trabajando*. Él no te obligó a elegir entre nosotras y él. Además, nunca te habíamos visto tan feliz como cuando estabais juntos. ¿Verdad, Nia?

—Eso es verdad. —Nia se deslizó desde el respaldo del sofá para sentarse junto a mí—. Él te complementaba. Normalmente siempre estás súper contenta, pero Noah hacía que... no sé, es como que te *centraba*. Aunque seáis tan diferentes, encajabais muy bien. Sois como el yin y el yang.

—Lo supimos cuando os vimos juntos aquella noche en la cena —añadió Hope—. Hacéis una pareja estupenda.

—*Hacíamos* —corregí—. Nada es eterno, ¿no es cierto? Así son las cosas. Además, no hemos venido a hablar de mí, ¿vale? Hoy es el día de Cassie.

No tenía sentido seguir dándole vueltas. Noah había tomado su decisión. Sí, a lo mejor ahora tenía algunas dudas, pero mi lado cínico lo atribuía más bien a que me echaba de menos como asistente, no como novia. Y eso era porque PSM siempre sería lo primero para él.

James miró más allá de donde estábamos sentadas.

—Ahí está Kaitlyn, seguro que trae noticias.

—Ya está en marcha —dijo emocionada e impresionada a la vez—. Acaba de empezar a empujar.

Pasamos la hora siguiente hablando del bebé que estaba en camino y apostando sobre el nombre que elegirían Cassie y Scott. Al cabo de un rato, James tuvo que irse a la discoteca y nosotras nos quedamos esperando más noticias con impaciencia. Acabamos por ocupar casi todas las sillas y

sofás de la sala, como si estuviéramos en nuestra propia fiesta de pijamas, hasta que el teléfono de Kaitlyn sonó con un mensaje de texto.

—¡Oh dios mío, ya está aquí! —dijo, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Ya ha nacido Cole!

Nuestros gritos de alegría se debieron oír desde la habitación de Cassie, pero solo podíamos seguir esperando con impaciencia nuestro turno para ver a la mamá y al bebé. Por fin, Scott salió a buscarnos.

—Lo siento, vais a tener que estar muy poco tiempo —explicó de camino hacia la habitación—. Estamos rompiendo las normas porque no deberíais entrar todas a la vez. Cassie está agotada, pero quiere que las madrinas conozcan al bebé.

Al entrar en la habitación, encontramos a una Cassie exhausta pero feliz, que sostenía en brazos un diminuto paquetito envuelto en mantas.

—Hola chicas —susurró—. Venid a verlo.

Nos amontonamos junto a la cama para observar a la criatura más perfecta y diminuta jamás creada. Cole todavía tenía la carita muy colorada por el parto, pero dormía tranquilo. Miré a mis amigas por un momento y observé que todas estábamos muy emocionadas ante el diminuto milagro en los brazos de Cassie. Ella nos contó orgullosa cómo había ido el parto, y nos hizo reír al comparar sus alaridos con los de una manada de búfalos. Yo me encontré pensando en cómo le contaría la historia a Noah y me costó un momento recordar que ya no era parte de mi vida, y que no tendría la ocasión de compartir más momentos emocionantes con él.

Si aún estuviéramos juntos, él también habría estado aquí, aunque se sintiera fuera de lugar. Si yo le hubiera pedido que tomara parte en este acontecimiento tan importante en mi vida, él habría venido. Me lo imaginé cogiendo al bebé en brazos, nervioso por no saber muy bien cómo sujetar a un niño tan chiquitito, y me sentí aún más triste al pensar en un futuro que nunca llegaríamos a compartir.

Tenía que recordarme a mí misma que era yo quien había roto con él, que se trataba de mi decisión. Él no había protestado cuando le dije que me iba, pero ¿no sería porque él también pensaba que eso era lo mejor, y que no podría hacerme cambiar de opinión?

Noah nunca me prometió estar juntos para siempre, aunque eso había parecido posible en algunos momentos. Cuando me estrechaba en sus brazos después de hacer el amor y me miraba de esa forma que me hacía sentir valorada e importante, casi había creído estar en un cuento de hadas.

Me fijé en la forma en que Scott miraba a Cassie y a su nuevo hijo y sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas otra vez, aunque ahora era por otro motivo. Maldita sea, eso era lo que yo quería: un marido, niños, una vida y una familia con alguien a quien amaba. Pero había sido tan estúpida como para incluir en ese sueño a un hombre que jamás me había dado la menor indicación de tener las mismas intenciones. Qué idiota había sido. Noah no era capaz de la clase de amor que inundaba esta habitación. Había tomado la decisión correcta al marcharme antes de enamorarme aún más de un hombre que no podía quererme como yo necesitaba que me quisieran.

—Maddie, te toca —dijo Cassie—. ¡Quiere conocerte!

En el instante en que tuve al bebé en mis brazos, se me olvidaron todos los problemas. ¡Era perfecto! Hubiera jurado que se acurrucó un poquito contra mí, y eso me hizo sentir otra oleada de tristeza.

—Se te da bien —dijo Nia—. Eso es lo tuyo.

Cole hizo entonces un ruidito y yo se lo devolví a Cassie enseguida.

—Venga, un selfi rápido y luego dejamos dormir a la mamá —dijo Hope—. Juntaos un poco.

—Yo hago la foto —ofreció Scott.

—Lo siento, los selfis son una tradición, y Cole tiene que salir ahora también —dijo Nia.

Nos pusimos todas junto a la cama, riendo al apretarnos todo lo posible para caber en la foto, e immortalizamos el momento en el que nuestro grupo de chicas dio la bienvenida a su primer miembro masculino.



## NOAH

Matthew Garrison me sonreía mientras nos dirigíamos al aparcamiento de las instalaciones de entrenamiento del equipo a la caída del sol. Era un hombre totalmente distinto del que había encontrado la última vez que le vi.

Había vuelto a Pittsburgh para ponerme al día con él y sus entrenadores, y me acababa de enterar de que iba a ser titular en el próximo partido en casa. El riesgo que habíamos corrido al dejarle un tiempo en el banquillo parecía haber dado resultado, y ahora Matthew parecía más fuerte y resistente que nunca, muy lejos del hombre derrotado de mi última visita.

—Te agradezco muchísimo todo lo que has hecho, Noah —dijo Matthew—. Me alegro de tenerte en mi equipo. Muchas gracias por ayudarme a llegar hasta aquí.

—Estoy muy orgulloso de ti —contesté dándole un apretón en el hombro—. Has trabajado como nadie para demostrar de lo que eres capaz. Sabía que lo conseguirías.

—Los dos sabemos quién es mi inspiración. —La sonrisa de Matthew se hizo aún más amplia—. Nadie lucha tanto como la señora June Garrison.

—Eso es muy cierto —respondí con una carcajada y, a continuación, miré la hora en el teléfono—. ¿Tienes planes para cenar?

—Bueno, en realidad, esperaba que quisieras acompañarme a hacer una visita rápida antes de la cena. Hay alguien que ha preguntado por ti.

—¿Tu madre?

—Sí —asintió—. ¡La rehabilitación está yendo fenomenal! Le dije que ibas a venir y me pidió que te llevara a verla para que veas lo bien que está.

—¿En serio? Me encantaría, pero ¿estáis seguros?

—Me dijo que se enfadaría conmigo si no le daba la oportunidad de enseñarte lo mucho que ha mejorado —contestó Matthew riendo—. Ya sabes, de tal palo...

—De acuerdo, vamos a verla.

Veinte minutos más tarde estábamos en la zona de ejercicios de la planta de rehabilitación del hospital donde, acompañada por dos fisioterapeutas, June se preparaba como si estuviera a punto de desfilas por la pasarela en el concurso de Miss América. No la había visto desde la noche de

aquella cena en la que Maddy se había ganado su confianza. El corazón me dio un vuelco al pensar en lo mucho que ella había hecho por mí entonces, y en que no me acompañaba en esta visita tan importante.

Sentada en una silla de ruedas, June parecía haber envejecido un poco, pero era evidente que aún poseía la misma determinación que les había permitido llegar tan lejos a su hijo y a ella misma. Los ojos le brillaban con decisión, y era evidente que le gustaba tener público. Efectivamente, de tal palo...

—¿Lista, señora Garrison? —preguntó uno de los fisios.

Ella estaba situada ante dos barras paralelas, con uno de los fisios a cada lado.

—Claro que sí. Tengo que demostrarle al elegante agente de mi hijo que Matthew no es el único luchador de la familia.

—Venga, mamá, ánimo —dijo Matthew, empezando a aplaudir y animarla como si fuera otro jugador de su equipo—. Tú puedes.

De camino hasta allí, Matthew me había contado que, debido a las distintas operaciones, algunos problemas cognitivos ocasionados por el infarto y el hecho de que no había podido utilizar las piernas hasta que las fracturas se curasen, June había quedado tan débil que ahora tenía que aprender a andar de nuevo. Había temido que la rehabilitación fuera difícil, y se había mostrado reacia a empezarla hasta que Matthew utilizó con ella las mismas tácticas que usaban sus entrenadores para motivarle.

—Estamos aquí si nos necesita —dijo el otro fisio.

June le lanzó una mirada de advertencia.

—Ya sabéis lo que va a pasar. En cuanto empiece a andar, no vais a poder alcanzarme.

Eso nos hizo reír a todos. June se puso en pie, se apoyó en las barras y dio algunos pasos cautelosos. Matthew la acompañó desde el otro lado de las barras dando gritos de ánimo y palmadas.

—Eres increíble —le animé a medida que avanzaba—. Lo haces fenomenal, June.

Ella sacudió un poco los hombros.

—Me alegro de que te des cuenta. ¡Tu tampoco haces mal las cosas!

Cuando terminó su recorrido, se dejó caer en la silla de ruedas que esperaba al otro lado, se secó el sudor de la frente y nos miró.

—Estoy muerta de hambre. Y, si se me permite decirlo —añadió con una mirada rápida a los fisioterapeutas—, estoy harta de la comida que dan aquí.

—Un momento, tengo una idea —dijo—. Matthew y yo íbamos a ir a cenar, pero ¿qué tal si pedimos que nos traigan la cena aquí?

—Eso es todo un detalle, pero lo único que hay aquí cerca es un McDonald's, y ya estoy harta de eso también —dijo June.

—Oh, no estaba pensando en McDonald's. —Saqué mi teléfono—. Dame un momento.

Hice unas llamadas y localicé una sala de reuniones que no estaba ocupada. En cuarenta y cinco minutos, había conseguido transformarla en un restaurante de primera clase en el que no faltaban un mantel de tela y platos de porcelana.

—Pero ¿cómo has conseguido todo esto? ¡Huele de maravilla! —exclamó June cuando Matthew la trajo en su silla de ruedas.

—Noah Parker puede conseguir cualquier cosa. Se dedica a convertir los sueños en realidad. —dijo Matthew, al tiempo que me dirigía una mirada agradecida.

—Conseguir que Morton's venga al Hospital Presbiteriano sí que es un sueño hecho realidad. Noah, esto es justo lo que necesitaba. Muchísimas gracias —dijo June—. Por *todo*.

Me dirigió una mirada cargada de significado y yo se la devolví con una ligera inclinación de la cabeza.

—Es un poco distinta de nuestra primera cena —reflexionó Matthew mientras llenaba su plato a rebosar—. Aquella noche éramos cuatro y, al principio, la cosa estuvo súper tensa. Fue Maddy quien consiguió apaciguar los ánimos.

Yo había estado intentando no pensar en lo mucho que a Maddy le habría gustado estar aquí animando a June. Esta era exactamente la clase de situación en la que destacaba: salvar las distancias entre las vidas personales y profesionales de los clientes. Había estado a punto de hacer una foto de June con aire triunfante, para enviársela y que viera cuánto había mejorado, pero no habíamos hablado desde que rompimos y no tenía intención de empezar ahora. Cada día que pasaba parecía afianzar más nuestro destino.

—Eso, ¿dónde está Maddy? —preguntó June—. Pensaba que no os separabais nunca. Hace siglos que no hablo con ella.

Cambié de postura, debatiendo si hablarles con franqueza de algo tan personal. Siempre intentaba mantener la atención centrada en mis clientes y no en mí, pero la relación con los Garrison era algo distinta. Además, teniendo en cuenta la forma en que June me observaba, no parecía que fuera a poder librarme de contárselo todo.

—Ya no estamos juntos, y ella ha dejado PSM.

—¿Estás de *broma*? —se indignó June—. ¿Cómo ha podido pasar algo así? ¿La has pifiado, Noah?

A pesar del accidente, June seguía siendo la misma: una mujer directa, que no se andaba con chiquitas, tomaba siempre la iniciativa y no me iba a permitir que le ocultara lo ocurrido con Maddy.

—Creo que es posible, sí —admití apesadumbrado—. Pero así es la vida, supongo.

Estaba seguro de que June no lo iba a dejar estar y me preparé para la reprimenda que me iba a caer.

—Y una mierda —dijo, mirándome enfadada—. Si la has fastidiado, puedes arreglarlo. Maddy y

tú erais la pareja perfecta. Tú la necesitas, Noah, y no me refiero solo a tu negocio. —Hizo una pausa—. Aunque, bueno, para eso también la necesitas porque, de no ser por ella, ahora no estaríamos aquí sentados comiendo solomillo y coles de Bruselas.

Como si necesitara que alguien me recordara las muchas formas en que Maddy había mejorado mi vida y el vacío que había dejado al marcharse.

—¿Y bien? —June quería respuestas.

Matthew ahogó una risilla a base de meterse en la boca un montón enorme de puré de patatas.

—Veré lo que puedo hacer.

—La vas a llamar —dijo June señalando mi teléfono—. Ahora mismo.

—Mamá... —le regañó Matthew como un adolescente avergonzado—. No le obligues.

—Pero ¿no lo ves? ¡Es el momento perfecto! Me puede poner a mí como excusa para llamar. Puede decirle que quería contarle cómo me ha encontrado, y que yo he exigido hablar con ella. El cliente siempre tiene la razón, ¿no?

Yo no solía ponerme nervioso, pero el estómago me dio un vuelco al pensar en llamar a Maddy. Cuanto más lo pensaba, más claro veía que June tenía razón y esta era la excusa perfecta para llamar. A Maddy le encantaría saber qué tal estaba.

—Si no la llamas tú, lo haré yo —me advirtió June, blandiendo el tenedor como si fuera una varita mágica—. Tengo su teléfono, desde aquella vez que me llamó sin previo aviso.

—Mamá —suspiró Matthew.

—De acuerdo, June. Tú ganas —acepté resignado.

—Siempre lo hace —rio Matthew.

Saqué el teléfono y marqué el número bajo sus atentas miradas. Sabía que era imposible que notaran la batalla que se estaba librando en mi interior, porque había perfeccionado mi cara de póquer para situaciones como ésta; sin embargo, estaba hecho un lío. El teléfono sonó una y otra vez sin respuesta, y estaba a punto de colgar cuando ella contestó, por fin.

—¿Noah?

Al oírle decir mi nombre sentí una punzada en mi interior. ¿Parecía *esperanzada*? No, no era posible. Seguro que me lo estaba imaginando.

—Hola, Maddy, sí, soy yo. Estoy en Pittsburgh con los Garrison y querían que supieras qué tal está June. Creí que no te importaría que llamara.

—Ponla en manos libres —exigió June inclinándose un poco hacia mí.

Maddy rio al otro lado de la línea.

—La estoy oyendo hablar, parece que sí está mejor.

Conecté el manos libres y dejé el teléfono sobre la mesa.

—¿Nos oyes?

—Sí. ¡June, Matthew, hola! Contadme, ¿qué tal estáis?

—Yo me estoy preparando para la maratón de Nueva York —dijo June muy seria.

—June, ¡cuánto me alegro de oír tu voz! —exclamó Maddy—. ¿Qué tal va la rehabilitación?

Matthew metió baza en ese momento para contarle a Maddy los detalles y yo me retiré un poco para dejar que se pusieran al día. Era obvio que los tres se caían muy bien, y eso me hacía añorarla todavía más. Maddy se llevaba bien con todo el mundo, sin importar las circunstancias; era uno de sus muchos dones. Maldita sea, cuánto la echaba de menos.

—Me encantaría estar allí con vosotros —dijo Maddy cuando empezaron a despedirse—. Parece que todo está saliendo realmente bien.

—A nosotros también nos gustaría que estuvieras —dijo June mirándome a los ojos—. Quizá podamos verte pronto. Nunca se sabe, ¿no?

Aguanté la respiración durante la pausa que hizo Maddy antes de contestar.

—Eso me gustaría mucho. Hasta entonces, no pienso perderme el próximo partido, para ver a Matthew dar una paliza a todo el que se le ponga por delante.

Él enseñó el enorme músculo de uno de sus brazos.

—¡Y tanto! ¡Cuidado conmigo, Cowboys!

—Bueno, os dejo —dijo Maddy riendo—. Muchas gracias por llamarme. ¡Y, ánimo, June!

—¡Sigo adelante! —contestó June animada.

Fui a coger el teléfono para desconectar el manos libres y despedirme de Maddy, pero ella colgó antes de que pudiera hacerlo. Vale, de acuerdo. ¿Qué diablos esperaba?

—Noah Parker, eres idiota —dijo June al tiempo que volvía su atención a la cena.

—¿Cómo dices? —reí.

—La has dejado marchar.

En eso tenía razón, pero me seguía costando mucho hablar de mi vida personal con los clientes. Esta conversación ya había resultado ser un terreno completamente nuevo para mí.

—Y, siendo sinceros, tienes un aspecto horrible, Noah —dijo Matthew entre bocados de su solomillo—. Lo siento mucho, pero tú me dijiste lo mismo la última vez que nos vimos. Ahora te toca a ti escuchar las verdades difíciles.

Había esperado que nadie se diera cuenta de mis ojeras, pero parecía que los Garrison eran más observadores de lo que pensaba.

—Tienes que pensar en lo que has hecho mal y arreglarlo, Noah —dijo June—. Consigue que vuelva, la necesitas.

No dejaba de escuchar en mi cabeza la voz de June durante el viaje de vuelta al hotel, diciendo

«arréglalo». Qué sencillo parecía dicho así. Todo mi trabajo giraba en torno a arreglar las cosas para mis clientes, pero no era fácil hacer lo mismo en mi vida privada. Ni siquiera sabía si, a estas alturas, sería posible arreglarlo con Maddy. Me fui quedando absorto mientras conducía, dejando flotar mis pensamientos hasta que, de repente, tuve una revelación que casi me hizo pegar un frenazo.

Había estado tan ocupado «arreglando» las cosas para mis clientes que me había olvidado por completo de Maddy. Si quería que volviera conmigo, tenía que demostrarle que era ella, y no PSM, lo que más me importaba. Por fin había encontrado el sentido a aquella última conversación en mi casa. Me habría dado de bofetadas al recordar la cantidad de veces en que no había conseguido demostrarle lo mucho que me importaba, y todas las oportunidades de demostrarle mis sentimientos que no había aprovechado. ¿Cómo no iba a dejarme? ¡Qué idiota había sido al permitirle creer que no era lo que más me importaba en la vida!

Bien, eso se había acabado. Era hora de recuperar a mi Maddy.



## NOAH

—¿Qué se te ha perdido por aquí?

No conocía mucho a Nia, pero ese saludo me pareció propio de ella. Después de todo, me había plantado en su casa sin avisar, nada más bajar del avión al volver de ver a los Garrison en Pittsburgh. Tenía las palabras de June metidas en la cabeza y había decidido arriesgarme a arreglar las cosas, pero, antes de eso, necesitaba un poco de apoyo.

—Hola, Nia. Me gustaría hablar con vosotras.

Ella se me quedó mirando fijamente mientras gritaba por encima del hombro.

—Hope, ni te imaginas quién ha venido.

Hope salió a la puerta y las dos se me quedaron mirando como si fuera un bicho que les diera asco aplastar.

—Deberíamos invitarle a entrar —murmuró Hope, con la cabeza vuelta hacia Nia. Esta dio un paso hacia atrás y abrió la puerta del todo.

—Pasa.

Al entrar en la cocina, vi varias bolsas de la compra sobre la mesa y pensé que había llegado justo a tiempo.

—Suéltalo —ordenó Nia—. Maddy no ha querido contarnos nada, así que a lo mejor tú puedes darnos los detalles. Está hecha polvo, tienes que decirnos qué diablos le has hecho a nuestra amiga.

¿Era capaz de alegrarme de que Maddy estuviera hecha polvo? Pero me alegraba porque, ¿quizá se debía a que no estábamos juntos? Eso me dio un poco de esperanza, así que empecé a explicarme.

—He cometido algunos errores con Maddy, errores muy graves. Me gustaría tener la oportunidad de arreglarlo porque... bueno, lo cierto es que me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ella.

Las dos me observaron muy serias durante un momento, hasta que Hope estalló.

—¡Ooh, qué bonito! —dijo con una exhalación, y abanicándose la cara llorosa—. ¿Lo dices en

serio?

—Completamente. Me gustaría saber vuestra opinión, si queréis dármela. ¿Creéis que podríais ayudarme a decidir la mejor manera de acercarme a ella? Bueno, solo si creéis que es buena idea.

Aguanté la respiración, pensando en lo mucho que estas dos mujeres podían influir sobre Maddy. Si ellas no me ayudaban, recuperarla iba a ser mucho más difícil, aunque eso tampoco me detendría. Antes de nada, conseguiría que Maddy volviera y, si era necesario, después me ganaría poco a poco a sus amigas.

—Quédate a cenar —dijo Nia—. Es jueves, llegará dentro de dos horas.

Si les decía que había calculado mi visita a propósito para llegar a tiempo para su cena, con la esperanza de que me invitasen, ¿creerían que las estaba manipulando? Era mejor no arriesgarse.

—Ah, es verdad, hoy es vuestra Cena Familiar —dije, fingiendo que no lo recordaba—. ¿Seguro que no os importa que me quede?

—No, te tienes que quedar. —Hope me tomó del brazo y me llevó hacia la cocina—. Vamos mal de tiempo y necesitamos ayuda. Vamos a preparar pollo asado con zanahorias y patatas crujientes. Ponte un delantal y empieza a trabajar.

Hacía años que no cocinaba, pero Nia y Hope empezaron a darme instrucciones y enseguida nos organizamos bastante bien para trabajar juntos. A mí me tocó preparar el pollo mientras ellas se ocupaban de las verduras. Poco a poco, fui comprendiendo por qué Maddy las quería tanto. Nia hacía las veces de hermana mayor, dura, pero con un corazón de oro, y Hope era la que apoyaba y animaba. Me habría gustado conocer mejor a Cassie, pero James había dicho que estaba muy ocupada con su bebé, y yo había tomado nota para organizarle una sesión con mi masajista personal.

—Supongo que sabes que no va a ser fácil —dijo Nia, poniendo las zanahorias cortadas en una sartén—. No nos ha querido contar lo que ha pasado, y eso significa que es algo *muy* gordo, porque siempre nos lo cuenta todo cuando nos vemos.

—Sé que va a ser difícil —asentí—, pero no tengo más opción que tratar de arreglar las cosas.

—¿Qué te gusta de ella, Noah? —preguntó Hope—. ¿Qué hace que sea tan especial para ti?

Se trataba de una pregunta muy directa y personal. Yo tenía muy claro lo que me gustaba de Maddy, pero nunca lo había dicho en voz alta. Esta vez, en cambio, me pareció lo más natural del mundo contarles a sus amigas por qué me había enamorado de ella. Me apoyé contra la encimera y crucé los brazos, tratando de organizar en palabras coherentes los sentimientos que me abrumaban.

—Hay muchas cosas que me gustan de Maddy, además de lo que es obvio. Quiero decir que es absolutamente preciosa, pero eso no es lo que más me importa. Es esa... felicidad chispeante que desprende. Es como si viviera dentro de una burbuja de felicidad que se extiende a todos los que la rodean. Jamás he conocido a nadie así. He visto a algunos jugadores de fútbol, con el peor carácter del mundo, comportarse como cachorritos juguetones con ella. Además, sabe cómo controlarme. Por ejemplo, si ve que en una reunión con un cliente estoy yendo por mal camino, me lanza una de esas miradas suyas para que sepa que necesito seguir otro planteamiento. Hace

falta valor para eso.

—Esa es nuestra amiga —dijo Nia, orgullosa—. Nada le da miedo.

—Exacto —afirmé—. Se enfrenta a la vida como si quisiera devorarla con una sonrisa. Para ella, todo es una aventura. Me ha hecho sentir joven otra vez, ¿sabéis? No me había dado cuenta de que mi vida estaba estancada hasta que irrumpió en ella con su risa y su charla.

—Maddy es como un rayo de sol —dijo Hope, y supe exactamente a qué se refería.

Nia se dignó a sonreír un poco, por fin.

—Está bien, has aprobado. Te ayudaremos a recuperarla.

No me había dado cuenta de hasta qué punto había esperado recibir un voto de confianza por parte de ellas dos, pero, en cuanto Nia me dio el visto bueno, estuve seguro de haber superado el primer gran obstáculo.

—Anda, pon la mesa —continuó Nia, indicando dónde estaban los platos y los cubiertos.

Me pareció que las dos disfrutaban dándome órdenes, quizá como represalia por todas las veces que les había quitado a su amiga. Empecé a poner la mesa mientras ellas preparaban una estrategia.

—Noah, ¿quieres vino? —preguntó Hope desde la cocina.

—Sí, creo que me vendrá bien para darme valor.

Ella me trajo una copa bien llena de vino tinto cuando terminé con la mesa.

—¿Podrías ocuparte de la música también? Estoy harta de escuchar siempre las mismas canciones de nuestras listas.

Era la oportunidad perfecta. Maddy había hecho una lista con todas las canciones que habíamos escuchado durante nuestro viaje por Europa, desde las bossa novas más sugerentes a los valeses franceses más evocadores. No podía pedir una banda sonora que se adaptara mejor a mis esfuerzos para reconquistar su corazón.

—¿Puedes venir a echar un vistazo al pollo? —pidió Nia—. Siempre me da miedo que no esté hecho del todo.

Me dirigí a la cocina y acababa de empezar a trincar el pollo cuando alguien aporreó la puerta.

—Aquí está Maddy —dijo Hope entre risas—. Todos los vecinos se enteran siempre de cuándo llega.

Se me aceleró el corazón: había llegado el momento. ¿Querría Maddy quedarse a cenar con nosotros? ¿*Conmigo*?

—Yo voy a terminar de trincar el pollo —dije, contento de tener algo que hacer en ese momento—. Ahora mismo salgo.

Hope me dirigió una mirada comprensiva.

—No te preocupes, nosotras la prepararemos.

La cocina tenía una ventana que daba al resto del piso y que me permitía escuchar lo que decían sin ser visto. No quería espiar, sino dar a Maddy la oportunidad de decidir si quería quedarse a cenar sin tenerme delante.

—¿Qué está sonando? —le oí preguntar.

Era una de las canciones lentas y melancólicas que sonaron durante aquella cena en el barco.

—Es una lista de canciones nuevas —dijo Nia—. Te va a gustar.

Maddy empezó a sacar lo que había traído en una bolsa, mientras yo me aseguraba de seguir oculto a su vista.

—¿Quién ha puesto la mesa? Está muy rara.

Reí para mis adentros. Vale, de esas cosas se encargaba normalmente mi personal y no me acordaba de en qué lado se ponía cada cubierto, así que había decidido ser creativo y había colocado los tenedores y cuchillos cruzados sobre los platos. Nia y Hope ignoraron la pregunta.

—¿Qué está pasando? Estáis muy raras.

En ese momento, golpeé sin querer la tapa de una olla, que sonó con un repiqueteo. Maddy se quedó callada un momento.

—¿Hay alguien en la cocina? No puede ser Cassie, todavía se está recuperando.

Hope empezó a explicar algo, pero Maddy se dirigió a la cocina sin escucharla y se detuvo en cuanto me vio allí en medio, con un delantal muy mono y un cuchillo enorme en la mano.

—Tú.

Mi hermosa, triste y perfecta Maddy estaba aún más preciosa de lo que había creído posible. Solo a ella le podían sentar mejor una simple camiseta blanca y unos vaqueros recortados que un vestido de noche. Tragué con dificultad el nudo que se me había formado en la garganta e intenté encontrar las palabras adecuadas para pedirle que se quedara.

—Hola, Maddy. Espero que no te importe. Tus amigas me han invitado a cenar, pero si lo prefieres, me iré, y también lo entenderé si te quieres ir tú. Pero esperaba que pudiéramos hablar.

Ella se quedó allí de pie, mirándome en silencio con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer que era yo, de verdad.

—¿Qué...? —preguntó mirando de Nia a Hope—. ¿Habéis organizado esto vosotras?

Hope sacudió la cabeza.

—Ha sido él.

La cocina quedó en silencio mientras esperábamos la decisión de Maddy.

—Está bien —contestó por fin con expresión ceñuda—. Es hora de cenar, te vendrá bien comer algo.

No podría decirse que eso fuera una cálida bienvenida, pero al menos era un comienzo. Al menos no me había echado con cajas destempladas. Eso ya era algo.

—Chicas, ¿por qué no lleváis las patatas y las verduras a la mesa? Yo llevaré el pollo en cuanto terminé de trincharlo —sugerí.

Maddy cogió una botella de vino y una copa sin dejar de mirarme y salió de la cocina. Pude oír que estaba llenando la copa al tiempo que se alejaba rápidamente.

Por suerte, la cena estaba deliciosa y pudimos centrarnos en la comida para relajar el ambiente. Les conté que, en una ocasión, un chef francés muy famoso me había dado una clase de cocina, y había tenido la oportunidad de aplicar algunas de sus técnicas al hacer el pollo. Maddy no dijo mucho durante la cena, y enseguida resultó evidente que tendría que ser yo quien le diera conversación.

—Maddy, Nia y Hope me han contado que has estado escribiendo, y que lo haces bastante bien.

—Solo están siendo amables —dijo ella mirando a sus amigas con las mejillas encendidas.

—A estas alturas ya deberías saber que yo no soy amable —protestó Nia—. Te quiero mucho, pero no tengo reparo en decirte las cosas como son. Y si yo digo que tus historias son increíbles, es verdad. ¡Me hiciste llorar!

Eso me intrigó, porque Nia no era de las que lloran.

—¿Puedo preguntar sobre qué escribes?

Maddy había estado evitando mirarme durante la cena, pero en ese momento me lanzó una mirada rápida.

—Solo son algunas historias sobre deportes.

—Cuéntame más, por favor.

—Ha escrito sobre Jan y Jakub Mingazow, y es una historia preciosa —dijo Hope—. Es como una historia de amor, pero entre hermanos.

Conocía un poco de la vida de los Mingazow, pero estaba seguro de que Maddy habría conseguido un montón de información sobre ellos, porque eso era lo que mejor se le daba. Saber que, además, era capaz de escribir sobre ello y hacerlo bien, no me resultó muy sorprendente.

—¿Qué vas a hacer con esas historias? —le pregunté, pensando que tenía muchos contactos en el negocio editorial. Podría chasquear los dedos y conseguirle un contrato muy sustancioso para publicar un libro, pero no debía entrometerme en sus planes.

—No estoy segura. Estoy trabajando en algunas otras ideas, pero el libro está casi terminado. Lo decidiré cuando escriba la palabra «Fin».

—¿Tienes ya un título? —Al preguntarlo, me incliné hacia delante para demostrarle mi interés. Ella actuaba como si no soportara mirarme.

—Sí. Se va a llamar *El juego de la vida: historias desde la banda* —dijo con timidez.

—¡Ay, me encanta! —exclamó Hope.

—Es perfecto —corroboró Nia—, y cuando esté terminado, todo el mundo sabrá que eres capaz de hacer magia con las palabras.

—Yo no estoy tan segura —contestó, jugueteando con sus cubiertos—. Pero bueno, ya vale de hablar de mí. ¿Tenéis fotos nuevas de Cole que enseñarme?

La conversación pasó a centrarse en el bebé, así que aproveché para empezar a recoger la mesa.

—Noah, no hace falta que hagas eso. —Hope me puso la mano en el brazo cuando pasé por su lado—. Ya has preparado parte de la cena, no hace falta que recojas también.

—Vosotras poneos al día, yo me encargo de los platos.

Me fijé en que se miraban entre ellas cuando salí de la habitación. El caso es que no tenía ni idea de cómo meter todo aquello en el lavaplatos y me preocupaba bastante romper algo, pero estaba decidido a hacer todo lo posible para demostrarle a Maddy que ahora solo tenía una misión en la vida.

Aunque eso significara que debía lavar todos los platos de la casa.



## MADDY

—¿Qué haces? —dijo Nia con un susurro enfadado y un dedo apuntando a la cocina—. ¡Ve a ayudarle ahora mismo!

No me moví de la mesa. Todavía estaba tratando de entender qué pintaba Noah en nuestra Cena Familiar, y de qué habían hablado antes de que yo llegara. Le había estado dando vueltas a eso durante toda la cena y seguía sin saber qué pensaba del hecho de que estuviera aquí, con nosotras.

—¿Por qué? Le irá bien hacer algunas tareas domésticas —insistí—. Apuesto a que no tiene ni idea de cómo lavar un plato.

—Venga ya. ¿Por qué le estás torturando? —preguntó Hope.

—¿Que le estoy torturando? —reí—. Hay que lavar los platos. Así se dará cuenta de cómo vive la mayoría de la gente.

—No me refiero a eso. Apenas le has mirado en toda la comida, le has hecho el vacío —contestó.

—Sí, una parte de mí está muy orgullosa de que hayas sido casi tan dura como yo, pero ya está bien —dijo Nia—. Entra ahí y acaba con su sufrimiento. Tiene cosas que decirte.

—Sí, nos lo ha dicho antes de que llegaras —susurró Hope, inclinándose hacia mí con los ojos brillantes—. Cosas sobre ti. Cosas muy bonitas, como para emocionarse, Maddy. Está loco por ti.

—¿Qué ha dicho? —pregunté. Tratar de imaginar de qué habrían hablado me ponía muy nerviosa. Sabía muy bien lo duras que eran. Aunque Noah era capaz de negociar con todo el mundo, desde los responsables de marca de Apple hasta el vicepresidente de la NFL, no estaba segura de que fuera capaz de enfrentarse a la fuerza protectora conjunta de mis dos mejores amigas.

—Es personal —dijo Nia, altanera—. Eso queda entre nosotras y él.

Hope le dio una palmada en el brazo.

—¿Tú de qué lado estás? —Bajó la voz y continuó—. Empezó diciendo que eres guapísima.

—No, dijo que eres absolutamente preciosa —corrigió Nia—, que es mucho mejor.

—¡Eso mismo! —Hope asintió, emocionada—. Además, dijo que le haces muy feliz y que te rodea una burbuja de felicidad. ¿A que es muy bonito?

—También dijo que le gusta que puedas mantenerle a raya. En eso has salido a mí —añadió Nia con una inclinación de la cabeza.

Toda esa información estaba agitando algo en mi interior, como si mis emociones estuvieran entrando en ebullición.

—Escucha, no sabemos lo que ha pasado entre vosotros —dijo Hope.

—Porque no quieres contarlo —añadió Nia, directa como siempre.

—Pero está claro que la fastidió contigo, y le importas lo suficiente como para haber venido aquí a intentar arreglar las cosas. No tienes que perdonarle, pero creo que, al menos, deberías escucharle —concluyó Hope.

—Vale, de acuerdo —dije, levantándome de la mesa—. Iré a ayudarle.

—Déjale hablar —aconsejó Hope—. Creo que te va a gustar lo que tiene que decir.

—Pero no prometemos que no vayamos a espiar. —Escuché la voz de Nia detrás de mí mientras me dirigía a la cocina.

Abrí la puerta y me quedé mirando un momento a Noah, que estaba de espaldas. Después de tanto tiempo separados, me resultaba muy raro verle en este lugar tan familiar para mí. El acogedor piso de Nia y Hope era como mi segunda casa, pero él estaba aquí ahora y se comportaba como si este fuera su lugar también. Y lo cierto es que me gustaba tenerlo aquí, me gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Necesitas ayuda?

Noah había llenado el fregadero de cacharros y, cuando se giró hacia mí, su expresión dejó claro que no tenía ni idea del lío en el que se había metido.

—Ya lo creo. El lavavajillas está lleno y aún hay que fregar todo esto.

Me dirigí hacia donde estaba y eché un vistazo a lo que estaba haciendo.

—Estás usando jabón de manos y papel de cocina, Noah. No me extraña que te esté costando tanto.

—Lo hago lo mejor que puedo —se justificó—. No se me dan bien las tareas del hogar.

—Quita —dije, apartándole con un golpe de la cadera—. Yo me encargo.

—Yo puedo secar los platos —dijo con un suspiro cuando se retiró.

—Hecho. El escurrer platos está debajo del fregadero.

Nos quedamos callados mientras yo fregaba los cazos y cazuelas y él los secaba. Notaba sus ganas de hablar, pero, en vez de empezar esa conversación tan importante y necesaria, se entregó al trabajo para poder terminarlo cuanto antes. Creo que, de alguna manera, sabía que lo que teníamos que decir necesitaba toda nuestra atención.

—¿Te acuerdas de esta canción? —preguntó cuando empezó el sugerente rasgueo de una guitarra.

Incliné la cabeza para escuchar y sentí el calor del rubor en las mejillas.

—*Wicked Game* de Chris Isaak. ¿Cómo se me iba a olvidar? La escuchamos durante el viaje de vuelta de Europa.

—Fue un vuelo memorable —musitó—. Estuviste muy nerviosa hasta que...

—Hasta que me sentaste en tu regazo y me besaste. Luego me llevaste a uno de los sofás y...

—Y te hice olvidar el miedo que te da volar —dijo con una gran sonrisa—. Hasta que apareció el asistente de vuelo y nos interrumpió antes de que pasara nada. Casi le despidió en ese mismo momento.

—Mereció la pena esperar —contesté riendo también.

Me encantó recordar con él nuestro pasado. Pensar en los momentos felices era mucho mejor que reconocer hasta qué punto nos habíamos distanciado. Sin embargo, sabía que debíamos hablar de todos los problemas que habían acabado con nuestra relación y averiguar si seríamos capaces de resolverlos. Intenté no alimentar mis esperanzas, pero era imposible no sentir mariposas en el estómago cada vez que Noah me miraba.

Terminamos con los platos y limpiamos todas las encimeras hasta que la cocina quedó perfecta.

—¿Podemos hablar un momento? —pidió Noah, con el ceño fruncido y expresión sombría. Parecía muy preocupado.

—Por supuesto —murmuré. El corazón me latía a toda velocidad, e intenté calmarme antes de que empezara a hablar.

—Tengo que decirte que lamento mucho lo que hice, Maddy, lo de preocuparme más por la agencia que por ti. No tengo ninguna excusa. Siempre he tenido la agencia bajo control, y cuando las cosas empezaron a ponerse feas, creí haber perdido ese control y no supe gestionarlo. Lo que me cabreaba era la situación, no tu participación en ella. Tu posición era muy vulnerable y lo empeoré aún más. Te pido disculpas por eso.

Eso era lo último que esperaba de él, y sus palabras me emocionaron.

—Muchas gracias. Eso significa mucho para mí.

—Aún hay más. —Al decirlo, se acercó a mí, pero mantuvo cierta distancia entre nosotros todavía—. Siento haberte dejado marchar sin luchar por que te quedaras conmigo.

Sus palabras me cortaron la respiración. Parecía haberme leído el pensamiento.

—Noah, yo también tengo que disculparme —dije apresuradamente, para no perder la ocasión de que escuchara lo que tenía que decir.

—¿Por qué razón? Soy yo quien...

—Por huir de ti. De nosotros. —Respiré hondo—. No hice ningún esfuerzo por hablarlo contigo y eso no fue justo. Creo que lo ocurrido ha sido tanto culpa tuya como mía. He estado buscando

pegas a nuestra relación, pero, hasta que las cosas se fueron al traste con todo lo de Beckett, no teníamos ningún problema. Estábamos muy bien juntos, y eso me asustaba, porque no sabía si tú sentías lo mismo.

—Dios, Maddy, por supuesto que sí. Claro que sentía lo mismo. Te he echado mucho de menos —dijo Noah con dulzura, y observándome con atención—. No sabes cuánto. La de veces que he querido llamarte... Sin ti, mi vida parece vacía, como si me limitara a pasar por ella sin llegar a vivir del todo.

—Yo he estado igual —admití—. Llevo tiempo sin dormir.

Nos miramos en silencio, asimilando todo lo que acabábamos de confesar. Por fin, Noah tomó mi mano entre las suyas.

—Hay algo más que tengo que decirte —dijo en voz baja, con la expresión más sincera que jamás había visto en su rostro.

—¿El qué? —susurré, a la vez que me acercaba un poco más a él.

—Pues que... —Puso una mano en mi mejilla y me miró a los ojos—. Me he enamorado loca, *desesperadamente* de ti, Maddy Malone. Me he estado volviendo loco porque creía haberte perdido para siempre. Antes de continuar, te pido que me digas si tú sientes lo mismo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y no pude hacer otra cosa que asentir en silencio.

—¿En serio? —preguntó, con una enorme sonrisa que iluminó sus facciones.

—Yo también te quiero, Noah —sollocé tratando de controlar la emoción que se estaba apoderando de mí—. Muchísimo.

Me lancé hacia él y me abrazó y me inclinó un poco hacia atrás en cuanto nuestros labios se encontraron, en un beso como los de las películas. ¡Cuánto había echado esto de menos! Nuestros cuerpos solo parecían sentirse bien estando juntos. Le rodeé el cuello con los brazos y le besé como si quisiera recuperar el tiempo perdido.

—Oh, vaya, ¡lo sentimos!

Noah se separó un poco de mí sin dejar de sujetarme en sus brazos, inclinada hacia atrás. Hope y Nia estaban en la puerta de la cocina, sonriendo.

—Parece que todo va bien por aquí —dijo Nia—. Veníamos a por el postre, pero parece que vosotros dos ya habéis empezado.

Noah me enderezó y yo me tapé la boca con las manos porque se me escapó una risilla avergonzada.

—Pillados —dijo Noah algo azorado—. Pero, al menos, hemos fregado los platos.

—Ya veo. —Hope entró en la cocina sonriendo—. ¿Queréis quedaros o preferís... bueno, ir a algún otro sitio?

—Eso depende de lo que haya de postre. —Noah arqueó una ceja.

—Tarta esponjosa de chocolate —contestó ella—. La he hecho yo misma.

—Un momento, a mí me da igual lo que quiera él. Yo me quedo a la tarta —dije.

—Estoy de acuerdo —añadió Noah—. Nunca me pierdo nada que lleve chocolate.

Nia empezó a preparar cafés con Baileys y Hope sacó los platos. Al poco tiempo, estábamos de nuevo en la mesa para dar buena cuenta de la tarta casera más deliciosa del mundo.

—Mucho mejor que las de la pastelería Sebastien Gaudard de París —dijo Noah después de sacarse la cuchara de la boca muy despacio.

Sabía que no lo hacía para seducirme, pero ese simple gesto me puso a mil.

—Vaya piropo. ¡Muchas gracias! —exclamó Hope.

Se puso aún más contenta cuando Noah se sirvió un segundo trozo de tarta.

—Bueno, ¿qué pasa con vosotros dos? —preguntó Nia mirándonos con interés—. Noah ha venido aquí con una misión. ¿Os habéis reconciliado o solo estabais dando el espectáculo?

—Nos hemos reconciliado, y te aseguro que lo que has visto no era un espectáculo —dije, sonrojada a más no poder.

Noah miró de Nia a Hope.

—Os doy las gracias por haberlo hecho posible.

—Venga ya —dijo Hope a la vez que agitaba la mano—. Lo habríais resuelto vosotros solos.

Los tres empezaron a bromear sobre lo difícil que había sido para Noah cocinar en la pequeña cocina del piso, y yo me dediqué a disfrutar de la escena. Aún no me podía creer que estuviera aquí, con dos de mis mejores amigas y con el hombre al que amaba, sí, *amaba*, ejerciendo su encanto sobre ellas. Casi me parecía una ilusión, y no podía dejar de sonreír.

—Mírala —dijo Hope—. Está radiante.

—Las cosas vuelven a la normalidad, por fin —rio Nia—. Nos estábamos empezando a preocupar. El rollo emocional no te sienta bien, Maddy.

—Es que estoy muy feliz —contesté tras lanzar una mirada a Noah y apretarle la pierna—. Y un poco sorprendida, porque no me esperaba esto para nada.

—Bueno, aún queda mucho más —dijo Noah—. Prepárate para una vida que va a desafiar todas tus expectativas.

Me miraba como si no hubiera nadie más alrededor. Los dos nos acercamos a la vez, ante las exclamaciones de mis amigas.

—¡Idos a un hotel! —protestó Nia.

—Me parece un plan perfecto —murmuró Noah al tiempo que se separaba de mí—. Señoritas, si nos disculpáis, necesito llevarme a esta preciosa mujer y dedicar el resto de la noche a hacer que se sienta como nunca.

Sus risas nos acompañaron hasta que salimos del piso, y mi corazón nunca se había sentido tan

dichoso.



## MADDY

**M**e costó mucho no meterle mano a Noah mientras conducía hacia su piso a toda velocidad.

De hecho, no conseguí evitarlo. Le estuve acariciando por encima del pantalón todo el camino, a lo que respondió cambiando de marcha y acelerando más rápido de lo habitual. Sentí la tentación de sentarme sobre él en cuanto entró en el garaje, pero su Maserati solo tenía dos asientos y no era muy cómodo para hacer todo lo que tenía en mente.

Cuando entramos en el ascensor, me sujetó contra una de las paredes y me besó como si no hubiera cámaras de seguridad. Tuve que contenerme para no ponerme de rodillas allí mismo y bajarle la cremallera del pantalón.

Recorrimos el pasillo hasta su piso sin dejar de tocarnos cualquier tramo de piel que quedara al descubierto. Cuando por fin abrió la puerta, pensé que me llevaría inmediatamente al sofá y me haría de todo, pero en lugar de eso, se separó de mí en cuanto entramos y encendió las luces.

—¿Qué pasa? —protesté con una mueca.

—Mira, quería enseñarte esto.

Señaló la pared que teníamos enfrente. Antes, allí había colgado un enorme e impersonal cuadro de estilo moderno, como los que suele haber en los vestíbulos de los hoteles. Ahora, en cambio, esa pared se había transformado en algo mágico, como un museo sobre nosotros dos.

—Son todo... ¿cuándo has...? —dije con un respingo, sin dejar de mirar la cantidad de fotos que colgaban de la pared en marcos de distintos tamaños y formas.

—Acércate un poco más —dijo tomándome de la mano para llevarme hasta allí.

En el centro estaba colgada nuestra primera foto juntos, la que hizo en el parque aquel hombre gruñón de la pareja que encontramos en España. En ella, Noah me rodeaba con sus brazos y tenía la cabeza inclinada hacia mí y una sonrisa enorme y sincera que no había visto hasta ese día. Yo estaba muy apretada contra él y le devolvía la sonrisa. Los vibrantes colores del parque, las flores naranjas y el verde de las hojas, nos rodeaban por todos lados. No me había dado cuenta de lo mucho que revelaba esa foto porque no la había ampliado, pero, al verla allí colgada en un tamaño mucho más grande, era obvio que estaba loca por ese hombre incluso entonces y, ahora que veía bien todos los detalles, me daba cuenta de que Noah sentía lo mismo. Cualquiera que viera esa foto habría asumido que éramos un par de enamorados felices de vacaciones, en lugar de un jefe y una empleada que intentaban resolver sus complicados sentimientos.

—Es perfecta —suspiré sin dejar de mirar la foto.

—Mira esta —dijo, señalando una más pequeña, en blanco y negro.

—Oh, Dios mío, ¿cuándo la hiciste?

Era una foto mía, de perfil, sentada al sol en la terraza de una cafetería y sonriendo a algo en la distancia. La imagen era sencilla, pero tenía que admitir que estaba bastante guapa en ella.

—En París. Estabas mirando a una niña que bailaba al son de un violinista callejero. Estabas tan guapa y tan feliz que quise capturar el momento. Fue egoísta por mi parte, pero... no quería olvidar jamás cómo eras en ese momento, Maddy.

—Yo... no sé qué decir...

—Sigue mirando, hay mucho más.

—¿Qué? ¡Esa de ahí me da mucha vergüenza! —Señalé una foto de la fiesta de Cassie, cuando me tocó salir en el juego de las adivinanzas. Tenía las manos alzadas formando garras y me reía con la cabeza echada hacia atrás.

—Eras demasiado feroz para un osito de peluche —rio—, pero tu equipo acabó por adivinarlo.

—¿Cómo no me he dado cuenta de que estabas haciendo todas esas fotos?

—Se me da bien lo que hago —presumió—. *Todo* lo que hago. Mira esta otra.

Me llevó a otra foto pequeña, también en blanco y negro. Estaba un poco borrosa y descentrada, pero era muy realista, parecía una de esas imágenes espontáneas de escenas cotidianas que hacen los reporteros gráficos.

—De esto no me acuerdo —dije, concentrada en la foto.

—Presta atención.

Estábamos en un ascensor con paredes de espejo que reflejaban mi imagen. Tenía un dedo bajo un ojo como si estuviera limpiándome el maquillaje, pero en lugar de mirarme, era evidente que estaba observando a Noah a través del espejo. El borde de la foto le cortaba a él, pero su cara también se reflejaba en todos los espejos, con los ojos fijos en mí.

—Es la noche en que nos conocimos —dije al notar que llevaba un traje más oscuro y elegante de lo habitual.

—Ajá. No la hice queriendo, pero estaba furioso y debí manosear el teléfono y hacerla sin querer. Me encanta la forma en la que me estás mirando.

—Esto... perdona, pero a ti prácticamente se te cae la baba —dije señalando la foto entre risas—. Fíjate en cómo me miras tú.

—Tienes razón. —Al decir eso, se colocó entre las fotos y yo—. Te miraba así, a pesar de lo exigente e impertinente que habías sido.

—Quita, quiero ver las demás.

Me puse de puntillas para tratar de ver por encima de su hombro. Se había tomado muchas molestias para crear esa pared y quería apreciar su trabajo, a pesar de que no podía pensar en otra cosa que en arrancarle la ropa. *Tenía* que esforzarme por apreciar el regalo que me había hecho antes de pasar a desnudarle a gusto.

—Adelante —dijo, al tiempo que deslizó un dedo por mi cuello con suavidad.

Sentí un escalofrío, pero di un paso atrás, decidida a no dejar que me impidiera ver el resto de las fotos. Él se colocó detrás de mí, lo bastante cerca como para que pudiera sentir el calor de su cuerpo, pero sin tocarme. Se inclinó un poco para darme un beso en la base del cuello, y su aliento agitó los cabellos que se me habían desprendido de la coleta.

—Me lo estás poniendo muy difícil —protesté.

Seguía mirando las fotos, pero ya había dejado de prestarles atención.

—Ya somos dos —me susurró al oído.

Al decirlo, me besó el lóbulo de la oreja y pegó su cuerpo al mío, y supe que ninguno de los dos podríamos aguantar ni un segundo más. Me volví, y él me levantó y me besó con un ansia como jamás había sentido. Le rodeé con las piernas sin dejar de besarle y él empezó a andar. Creí que me dejaría caer sobre el sofá, pero siguió por el largo pasillo que llevaba a su dormitorio.

—No me puedo creer que hayas esperado hasta ahora —dije riendo cuando me depositó sobre la cama.

—Es porque quiero disfrutar de ti. Quiero hacer que te corras media docena de veces. Luego dormiremos un poco y nos despertaremos para volver a empezar de nuevo.

Estaba de pie frente a mí, mirándome con cariño, como si no pudiera creer que me tuviera aquí.

—Quieres que yo me corra, pero ¿y tú? —Me incorporé un poco para alcanzar su cinturón y empezar a desabrocharlo—. ¿Puedo hacer lo mismo por ti?

—No sé si llegaré a la media docena de orgasmos —dijo con una sonrisa—, pero haré lo que pueda.

Siguió mirándome desde arriba mientras yo le bajaba la cremallera de los pantalones y sacaba su miembro, ya duro y preparado. Me dejé caer sobre las rodillas delante de él.

—Maddy, no. Quiero estar dentro de ti...

—Déjame, por favor. Solo un momento. Quiero que te sientas tan bien que se te olvide todo lo demás.

—Ya haces que me sienta bien —dijo negando con la cabeza.

—Perfecto.

Tras decir eso, le introduje en mi boca y él dejó escapar un suspiro tembloroso. Empujó un poco hacia mí, como si intentara contenerse, pero no pudiera resistirse a la sensación de mi boca alrededor de su polla. Le acaricié con la lengua y le saqué muy despacio.

—*Maddy* —dijo en un susurro ahogado.

Le rodeé la base con los dedos mientras seguía dándole placer con la boca, primero despacio y después más rápido. Él no pudo evitar moverse hacia mí e introducirse un poco más.

—Lo siento —susurró, y deslizó los dedos por mi pelo con suavidad.

En lugar de responder, le puse las manos en el culo con las manos y le atraje hacia mí para que penetrara más. Sentí que le faltaba muy poco para el clímax, pero, entonces, él se separó de mí de repente.

—Me muero de ganas, pero aún no —dijo entre jadeos e intentando calmarse—. Antes necesito comerte.

Me puso de pie, se dejó caer de rodillas delante de mí y me acarició el interior del muslo con delicadeza. Después me desabrochó el botón de los pantalones cortos, bajó la cremallera y los deslizó, junto con la ropa interior, hasta mis tobillos. A continuación, me levantó cada uno de los pies del suelo, me quitó las chanclas y me ayudó a salir de los pantalones, mientras yo me quitaba la camiseta.

—Separa más las piernas —me ordenó con una palmada ligera en el tobillo.

Me mordí el labio e hice lo que me pedía, pero apenas esperó a que me hubiera situado para meter la cabeza entre mis piernas y lamer cada uno de mis pliegues con la lengua. Las piernas me empezaron a temblar cuando alcanzó el clítoris con la lengua, y lo besó y chupó a la vez que introducía un dedo dentro de mí. No pude contenerme y me rendí al orgasmo dejando caer la cabeza hacia atrás y sin poder reprimir un grito que retumbó contra las paredes.

Noah apenas me dio tiempo a recuperarme antes de tomarme en sus brazos y depositarme con cuidado sobre sus maravillosas sábanas.

—¿Te encuentras bien? —murmuró mirándome.

Asentí, porque no era capaz de hablar.

—¿Quieres sentirte aún mejor?

—Siempre —conseguí decirle.

Noah sacó un condón de la mesilla, se lo puso y se acostó en la cama junto a mí.

—¿Cómo quieres que me ponga? —le pregunté.

—Enséñame qué opciones hay —exigió.

Estaba tumbada boca arriba, así que me limité a abrir las piernas, sin más.

—Así.

—El clásico misionero, me gusta. —Asintió a la vez que empezaba a acariciarme de nuevo el clítoris.

Deseaba dejar que siguiera tocándome, pero ya había tenido un orgasmo y ahora era su turno. Me di la vuelta para colocarme boca abajo y le miré por encima del hombro. Arquee la espalda y levanté el culo hacia él.

—¿Qué tal así?

—Me encanta —dijo complacido. Me dio una palmada en el culo que me hizo gritar de la sorpresa—. ¿Qué más propones?

Me puse de rodillas, gateé como una tigresa hacia donde estaba y me puse a horcajadas sobre él, mirándole a los ojos.

—Esto también me gusta.

Me froté contra él hasta arrancarle un gemido.

—Decidido.

Noah puso sus fuertes manos sobre mis caderas y me levantó para situarme sobre su polla. Me dejé caer sobre él con suavidad mientras me besaba.

—Cuánto he echado esto de menos —suspiré al sentirle dentro de mí. Empecé a moverme sobre Noah y él me sujetó rodeándome la nuca con una mano.

—Yo te he echado de menos a ti —repuso él—. Te quiero Maddy. Joder, te adoro.

—Yo también te quiero —dije justo antes de que me estrechara contra él y se apoderase de mi boca.



## NOAH

Resultaba difícil creer que hubiera pasado un año desde nuestro viaje a España. Aquel viaje había sido un torbellino absurdo de reuniones incesantes, con algunos interludios en los que habíamos coqueteado y deseado hacer mucho más. Sabía que a Maddy le habría encantado poder hacer más turismo, pero, por aquel entonces, yo no me había sentido inclinado a perder el tiempo con lo que me parecían frivolidades, considerando todo el trabajo que tenía que hacer.

Ahora, en cambio, veía la vida de otra manera. Esta vez estaba decidido a hacer bien las cosas y, a juzgar por la expresión de admiración de Maddy, parecía que había empezado con buen pie.

—No consigo entender cómo lo haces —dijo mientras caminábamos a través de hermosos arbustos de rosas hasta llegar a una mesa para dos situada bajo un arco—. No dejas de sorprenderme.

—Tú mereces todo esto, y mucho más —contesté, apartando la silla para que se sentara.

Había reservado los Jardines de la Rosaleda de Madrid para una cena a la luz de la luna con Maddy, lo cual no había sido tarea fácil porque era justo cuando los rosales estaban en flor y muy solicitados. El jardín tenía cientos de variedades de rosas y su dulce aroma, unido a los centenares de lucecitas que lo decoraban, hacían de este lugar el escenario perfecto para la primera noche de nuestro gran viaje. Maddy llevaba un vestido vaporoso color rosa que parecía sacado de un cuento de hadas, y que resultaba perfecto en este lugar encantador.

Había estado planeando este viaje durante meses y me había asegurado de que mi equipo fuera capaz de funcionar sin mí durante tres semanas. Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para delegar mis muchas responsabilidades, pero sabía que debía demostrar a Maddy que nada me importaba más que ella. De hecho, durante el último año había estado esforzándome por delegar más y, aunque me seguía costando un poco, Maddy lo merecía todo.

Hope, Nia y Cassie me habían ayudado a enterarme de cuáles eran los lugares a los que Maddy había querido viajar antes de la enfermedad de su padre. Le habían ido sacando la información poco a poco, de forma que no resultara sospechosa. Cuando me lo contaron, preparé un itinerario perfecto para ella, que incluía todos los lugares que había querido visitar y, además, había recurrido a mis muchos contactos para completarlo. Iba a ser un viaje como nunca habría soñado. Empezaríamos en España y luego iríamos a Italia, Francia, Suiza, Inglaterra e Irlanda. Había incluido algo de margen también, en caso de que quisiéramos quedarnos más tiempo en algún lugar que nos gustara mucho. Eso no iba con mi forma de ser, pero Maddy me había ayudado a

apreciar que, a veces, era mejor dejarse llevar por los impulsos y no adherirse a un plan estricto.

—¡Mira esto! —exclamó Maddy. Me mostró una guirnalda de rosas de un tono rosa pálido muy delicado que le había regalado el personal del jardín.

—Póntela, quiero hacerte una foto —dije, al tiempo que sacaba el móvil del bolsillo.

Cuando mi preciosa Maddy se colocó la guirnalda en la cabeza, se transformó en una hermosa princesa medieval. ¿Cómo era posible que cada día estuviera más guapa?

Enfoqué la foto de tal forma que las luces detrás de ella aparecieran desenfocadas, y le enseñé el teléfono tras examinarla.

—Estás perfecta, aunque preferiría haber tenido aquí mi cámara. Mira.

—Vaya, tus fotos son cada vez mejores, Noah —sonrió ella—. Hasta con el teléfono.

Ese era otro de los muchos cambios que Maddy había traído a mi vida. Me había hecho ver que hacer fotos no se me daba mal y me había animado a tomarme en serio la afición a la fotografía, algo que nunca se me había ocurrido antes. ¿Un adicto al trabajo con una afición? Pero, como siempre, había tenido razón. Adquirí el mejor equipo que pude encontrar, contraté a un fotógrafo del National Geographic para que me diera algunas lecciones y, al cabo de poco tiempo, estaba enganchado. Para mí, suponía una forma excelente de liberar estrés, y tenía la ventaja de que mis propios clientes eran los sujetos perfectos para las fotos. Había empezado a asistir a los partidos con intención de fotografiarles, y eso me había hecho disfrutar aún más de mi trabajo. La revista *Sports Illustrated* me había hecho una entrevista unas semanas atrás, y había incluido en ella algunas de mis fotos.

La fotografía también me había ayudado a distraerme mientras recuperaba la reputación de mi agencia. Había hecho falta mucho tiempo y la atención de un experto en relaciones públicas muy hábil al que había conseguido encontrar después de mucho buscar, pero, con el tiempo, tanto los clientes como el público habían empezado a depositar su confianza en PSM una vez más. También había ayudado el hecho de que la verdadera historia de Beckett Tate hubiera salido a la luz pues, con el tiempo, varias mujeres más declararon haber sufrido sus acosos a lo largo de los años. Cuando fue evidente que era un mentiroso, todo el mundo dejó de creer lo que había dicho sobre nosotros.

Un camarero se acercó a nuestra mesa para preguntar si queríamos champán.

—Sí, por favor —pidió Maddy, con los ojos puestos en la botella de Möet & Chandon que traía.

El camarero llenó las copas y desapareció tan discretamente como había venido.

—Por nosotros —dije alzando mi copa.

—Por los nuevos comienzos y las celebraciones.

Maddy tocó mi copa con la suya y yo bebí un poco antes de darme cuenta de que me estaba mirando con una sonrisa de oreja a oreja. El corazón se me aceleró. ¿Quizá había visto lo que llevaba oculto en mi equipaje? ¿Habría encontrado aquella pequeña cajita azul?

—¿Por qué sonríes tanto? —pregunté.

Ella aplaudió feliz antes de contestar.

—¡Estás saliendo con una autora a punto de publicar su primer libro!

—Maddy, ¿es en serio? —Me quedé boquiabierto.

Ella asintió, con la cara sonrojada por la emoción.

—Mi agente me ha escrito hoy, y he preferido esperar al momento perfecto para contártelo.

Salté de mi silla y la abracé lo más fuerte que pude.

—Sabía que lo conseguirías, Maddy. ¡Enhorabuena!

En cuanto la besé, deseé que no estuviéramos en un lugar público y tuve que controlar, a duras penas, la tentación de llevármela al hotel en ese mismo momento. Mis ansias tendrían que esperar, porque tenía algo más preparado para esta noche y quería hacerlo antes de que pasáramos a celebrar el resto de las grandes noticias.

Cuando por fin nos separamos, Maddy me miró y continuó.

—El editor cree que debo incluir algunas fotos de los personajes del libro. Ojalá conociera a algún agente deportivo guapísimo y con mucho talento que pudiera ayudarme con eso... —Me miró con una ceja levantada.

—Maddy, venga ya, ni en broma. No soy tan bueno como para un libro —protesté.

—¡Claro que sí lo eres! Además, tú conoces personalmente a todos los deportistas sobre los que he escrito, y eso significa que les harías unas fotos increíbles.

En ese momento empezó a sonar música a través de unos altavoces ocultos entre los rosales, y aproveché para tomar a Maddy en mis brazos y empezar a bailar con ella, con la intención de distraerla del tema.

—Noah, dime que lo harás. Tienes que hacerlo —exigió con una patada en el suelo.

Tuve que reírme. Maddy era la única persona que podía hablarme así sin sufrir ninguna consecuencia.

—Ya veremos —dije, tras besar su cabecita.

Eso pareció bastar para dejar el tema por el momento, aunque tenía claro que, a la larga, no podría seguir negándome. Ella se relajó en mis brazos y bailamos muy juntos, mientras yo pensaba en lo bien que iban las cosas ahora. Siempre había creído ser feliz pues, aunque toda mi existencia giraba en torno a mi trabajo, había creído durante años que eso era suficiente. No me había replanteado toda mi vida hasta que conocí al pequeño torbellino que era Maddy. El trabajo era importante, pero *tenía* que dejar de ser lo más importante para mí.

—Creo que he tenido muchísima suerte —musité.

Maddy se acercó todavía más a mí.

—Ah, ¿sí? Cuenta, por favor.

—Vaya, ¿estás esperando un piropo? —dije con una risilla.

—Puede que sí...

—Pues prepárate, porque tengo unos cuantos.

Acaricié la espalda de Maddy tratando de calmar una presión en el estómago que me resultaba totalmente nueva. No era la clase de hombre que se pone nervioso, pero esa noche estaba inquieto a más no poder. No se trataba de dudas, porque jamás había estado tan seguro de nada en mi vida. Me tomé un momento para analizar mis sentimientos con atención y terminé por darme cuenta de lo que me pasaba: estaba tan ilusionado, como un niño que no puede esperar a la aventura que empezará mañana.

—Bueno, tuve mucha suerte al encontrarte en mi habitación aquella noche en el hotel.

—Perdona, pero fuiste tú quien entró en mi habitación. Yo había llegado primero, mirón.

—Creo que nunca estaremos de acuerdo en eso —sonreí—. Pero es cierto que encontrarte allí fue una suerte increíble.

—No fue suerte, fue el destino.

Su voz delataba que estaba sonriendo. La estreché un poco más contra mí.

—De acuerdo, fue el destino.

—¿Y qué más? —susurró.

—Tengo mucha suerte de que me entiendas. Soy consciente de que no es fácil quererme, Maddy.

—Eh, ¡no digas eso! —Se separó de mí y me miró con el ceño fruncido—. No hay nada más sencillo que quererte, Noah Parker.

—Ya sabes a qué me refiero —dije, y volví a acomodarla contra mí—. Siempre estoy lidiando con un montón de problemas de trabajo.

—Todos tenemos problemas —replicó ella.

—Vale, de acuerdo —suspiré—. Me alegro de que tengas una respuesta para todo lo que digo. Siempre me mantienes a raya.

—Alguien tiene que hacerlo, y es mejor que sea yo —contestó entre risas.

—Exacto, es mejor que seas tú.

Mientras nos seguíamos meciendo en silencio al ritmo de la música, pensé que esta era otra forma en la que Maddy me complementaba. Yo no solía bailar, pero me resultaba muy natural moverme con ella en mis brazos.

—Muchas gracias por este viaje, Noah. Me encanta.

—Solo es el primer día. ¿Cómo sabes ya que te encanta?

—Porque estoy contigo —explicó—. Los dos solos, sin interrupciones. Ese es el mejor regalo que podrías haberme hecho. El regalo de tu tiempo.

Lo pensé un instante y decidí que esta era mi oportunidad.

—Hablando de tiempo...

Me separé un poco para sacar la cajita de mi bolsillo, me puse de rodillas ante ella y la abrí.

—¿Qué te parece «para toda la vida»?

Ella se llevó las manos a la boca.

—¡Noah!

Tuve que concentrarme en lo que quería decir, porque de pronto solo podía pensar en besarla hasta detener las lágrimas que habían empezado a rodar por sus mejillas.

—Maddy, no sabía que era posible querer tanto a alguien. Has hecho de mí un hombre más abierto, y has hecho que mi vida sea mucho mejor. Nunca he conocido a nadie como tú y quiero pasar el resto de mi vida demostrándote lo mucho que significas para mí. —Respiré hondo para armarme de valor—. Maddy Malone, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, sí, ¡sí quiero! —contestó dando un salto de alegría—. Noah, sí que quiero.

Al ponerme en pie, ella se lanzó a mis brazos y estuvo a punto de derribarme, a pesar de la diferencia de tamaño entre nosotros. Me besó repetidamente en las mejillas hasta que nuestros labios se unieron en un beso que selló nuestra promesa.

—Ponme ese anillo ahora mismo, Noah Parker —consiguió decir por fin, entre lágrimas.

Me sorprendió notar que me temblaban un poco las manos. Por primera vez en mi vida, me había vencido la emoción, pero no podía pensar en un mejor momento para ello.

—Es enorme —dijo Maddy sorprendida cuando lo vio en su dedo—. ¡Te has pasado!

El precioso diamante oval de seis quilates destacaba a la perfección contra su piel pálida.

—A mí me parece perfecto —dije, al tiempo que le movía la mano a un lado y a otro para hacer destellar la joya—. Pero si prefieres otra cosa, podemos volver a Harry Winston y...

—¡Ni hablar! ¡No pienso quitármelo en la vida! —dijo, llevándose la mano al pecho con gesto protector—. Me encanta, Noah. —Su labio inferior empezó a temblar otra vez y volvió a echarse a llorar.

—Ya, ya —susurré, tomándola en mis brazos.

—Es que soy tan *feliz* —dijo entre lágrimas—. Nunca pensé que me pasaría algo así.

—Ya somos dos —contesté, bastante emocionado yo también.

Había creído tenerlo todo. Lo único que había necesitado en la vida era mi imperio, hasta que apareció Maddy y me hizo ver todo lo que me había estado perdiendo. Me enseñó a disfrutar del momento, a disfrutar de las cosas sencillas y a ver que era posible mejorar el peor de los días simplemente compartiéndolo con alguien que te entienda.

—Te quiero, Maddy. —La rodeé con los brazos y la estreché con fuerza—. Y voy a pasar el

resto de mis días demostrándotelo.

—No hace falta, ya lo sé —sollozó.

Le levanté la cabeza con dulzura y le limpié una lágrima con el pulgar.

—Vamos a por nuestra próxima aventura, mi amor.

No podía esperar a ver qué nos depararía nuestro futuro en común.

**FIN DE UN JEFE EXIGENTE**

MULTIMILLONARIOS AL MANDO LIBRO 2

*Un jefe insoportable, 30 mayo 2023*

*Un jefe exigente, 20 febrero 2024*

P. D.: ¿Quieres enamorarte perdidamente? Entonces, lee estos fragmentos exclusivos de ***Un jefe insoportable.***

## ¡GRACIAS!

Muchas gracias por comprar mi libro. Las palabras no bastan para expresar lo mucho que valoro a mis lectores. Si disfrutaste este libro, por favor, no olvides dejar una reseña. Las reseñas son una parte fundamental de mi éxito como autora, y te agradecería mucho si te tomaras el tiempo para dejar una reseña del libro. ¡Me encanta saber qué opinan mis lectores!

Puedes comunicarte conmigo a través de:

[www.leslienorthbooks.com/espanola](http://www.leslienorthbooks.com/espanola)



## CÓMO ALEGRARLE EL DÍA A UNA AUTORA

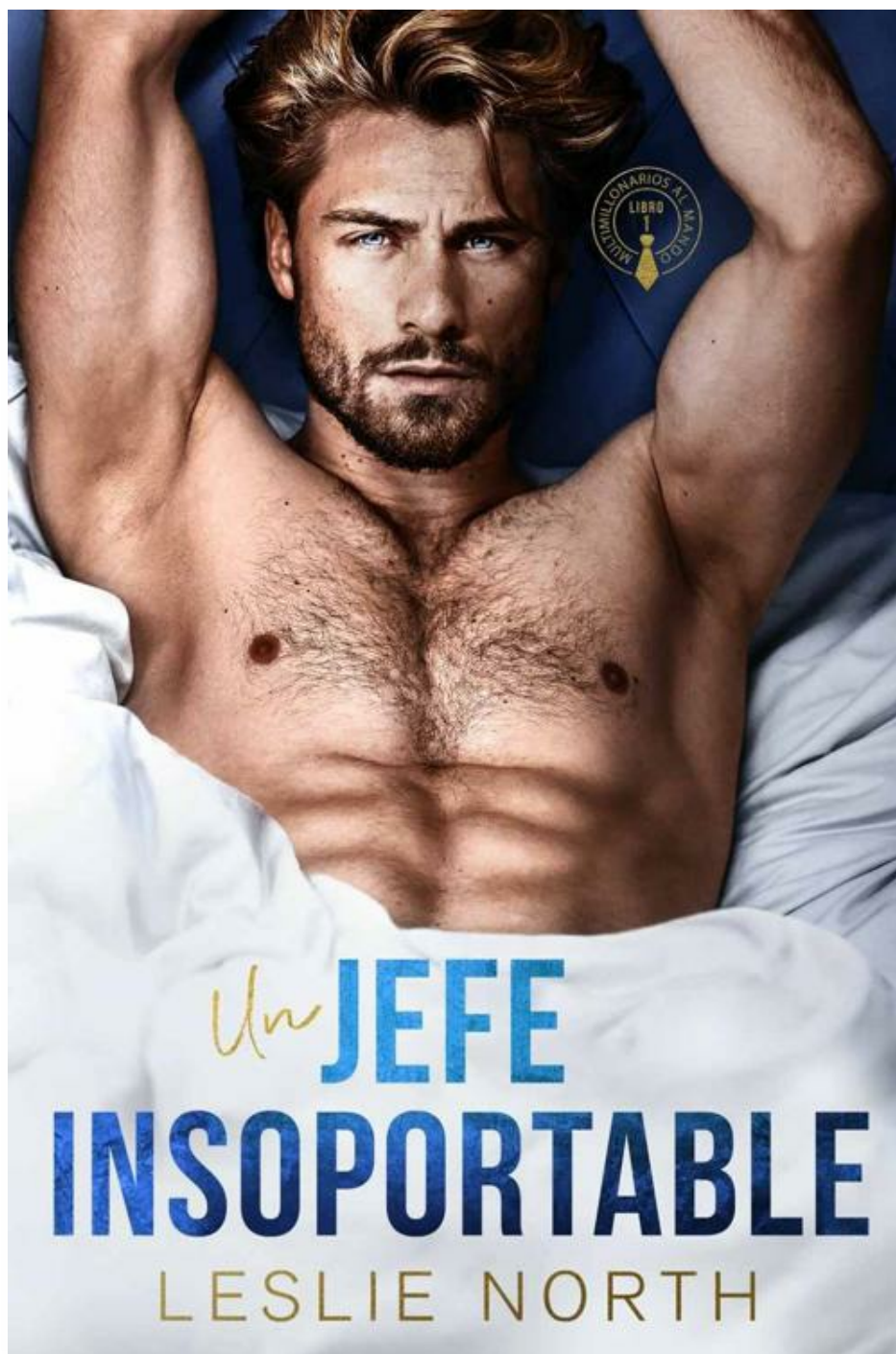
No hay nada mejor que leer buenas reseñas de lectores como tú, y no lo digo solo porque me haga feliz. Al ser una autora independiente, no tengo el respaldo financiero de una gran editorial de Nueva York ni la influencia para aparecer en el club de lectura de Oprah. Lo que sí tengo (mi arma no tan secreta) es a ustedes, ¡mis increíbles lectores!

Si disfrutaste el libro, te agradecería muchísimo que te tomaras unos minutos para dejar una reseña. Simplemente [haz clic aquí](#) o deja una reseña cuando te lo pida Amazon al terminar el libro. También puedes ir a la página de producto del libro en Amazon y dejar una reseña allí. En ese caso, debes buscar el link que dice “ESCRIBIR MI OPINIÓN”.

Sin importar el largo que tengan (¡incluso las más breves sirven!), las reseñas me ayudan a que la saga tenga la exposición que necesita para crecer y llegar a las manos de otros lectores fabulosos. Además, leer sus hermosas reseñas muchas veces es la parte más linda de mi día, así que no dudes en contarme qué es lo que más te gustó de este libro.

## **ACERCA DE LESLIE**

Leslie North es el seudónimo de una autora aclamada por la crítica y best seller del USA Today que se dedica a escribir novelas de ficción y romance contemporáneo para mujeres. La anonimidad le da la oportunidad perfecta para desplegar toda su creatividad en sus libros, sobre todo dentro del género romántico y erótico.



## SINOPSIS

¿Les confieso algo?

Odio las despedidas de soltera. Odio la idea de pasar una noche llena de pajillas con forma de pene, pasos de baile ridículos y mujeres diciéndome: «¡La próxima serás tú, Kaitlyn!». Y las odio todavía más si son en una discoteca superglamorosa de Miami, exactamente el tipo de lugar

donde no encajo. La cosa no podría ser peor, ¿no?

Pues, sí: podría ser peor. Con ustedes, el señor «Más-Guapo-Imposible». El rey de los insoportables. Hasta su ceño fruncido tiene el ceño fruncido. Y se pone todavía más insoportable después de que, sin querer, le vuelco unos tragos encima. El tipo debe ser el gerente de la discoteca, porque tiene las llaves del *penthouse* que está en el piso de arriba. El *penthouse* al que me invita después de compartir un beso en el balcón. El *penthouse* donde tenemos el mejor sexo de mi vida. El *penthouse* del que me echa minutos después al recibir una llamada. ¡Les dije que se ponía peor!

¿Están listos para que se ponga incluso peor? Es el primer día en mi nuevo trabajo y ese tipo insoportable resulta ser mi jefe. James Morris, un empresario multimillonario dueño de discotecas y un completo imbécil como jefe (si es que las revistas de chismes dicen la verdad). Y también papá soltero de una niña adorable que necesita mi ayuda.

Pero ¡de ninguna manera puedo aceptar el trabajo! Si cada vez que miro a James, recuerdo esa noche en el *penthouse*. Y, por el modo en que me mira, sé que él piensa lo mismo que yo. Pero luego me explica por qué es importante para él que acepte el trabajo. Y por qué no puedo negarme.

¿Les confieso algo más?

Odio a mi jefe.

Obtén tu ejemplar de *Un jefe insoportable a*  
[www.LeslieNorthBooks.com](http://www.LeslieNorthBooks.com)



## FRAGMENTO

### Capítulo 1 Kaitlyn

*Había dos cosas que debería haber hecho. Una era quedarme en casa y la otra, ponerme las gafas. Claro está que no hice ninguna de las dos.*

—¡Cuidado con las escaleras!

—¡La madre que...!

—¡Se va a...!

Aunque la gente suele gritar mucho en las discotecas, no llegué a oír el final de la última frase. Mis pies se precipitaron hacia la nada, las luces parpadeantes de la discoteca comenzaron a girar a mi alrededor y fue entonces que me di cuenta de que iba a salir volando a toda máquina.

Lo primero que hice fue lanzar los brazos al aire para recuperar el equilibrio, pero mi tobillo se torció cuando el zapato chocó contra el escalón. Ahí comprendí que mi final era inminente. En

lugar de disfrutar de una vida larga y provechosa, mi existencia iba a limitarse a una línea triste en la sección de esquelas: «Joven se rompe el cuello en una discoteca». En eso estaba cuando apareció alguien más.

Lo único que alcancé a ver fue la silueta borrosa de un hombre, del que intenté sujetarme tan fuerte como pude. Pero, en lugar de tantear su cuerpo, mi mano palmoteó una bandeja llena de copas de champán.

—¡Señorita, no! ¡Cuidado! —gritó el camarero, que ahora estaba lo suficientemente cerca como para poder identificarle, pero su advertencia llegó tarde. Agarré el borde de su bandeja, en la que había tanto champán como para celebrar un *brunch* con una barra libre inagotable de mimosas, y tiré de ella para estabilizarme.

La buena noticia era que, efectivamente, había conseguido estabilizarme. La mala era que el camarero no. El pobre se tambaleó, lo que provocó que la bandeja volara por los aires y termináramos los dos bañados en una oleada de champán, así como todos los que se encontraban cerca. Bueno, al menos yo ya no me estaba cayendo: en cambio, ahora chapoteaba en un mar de champán. Vaya manera de empezar la noche.

En mi intento de ayudar al camarero, hice un movimiento demasiado rápido y volví a tropezar. Una vez más me precipité hacia el suelo y tuve que prepararme para recibir el impacto. Y entonces fue cuando él apareció.

—Tiene que ser una puta broma.

Oí una voz grave e irritada resonar en el ambiente y noté también un par de manos que me encandilaron. Sus dedos, largos y fuertes, me sujetaron el codo con firmeza para que me mantuviera en posición vertical y, eso bastó para que sintiera un escalofrío de lo más agradable recorrer toda mi espalda.

—Lo siento mucho —balbuceé—. No he visto por dónde iba. No es culpa suya, no llevo las gafas y... ¡oh, al diablo!

Me deshice de su agarre, metí la mano en el bolso y saqué unas enormes gafas fucsia con estrás y forma de ojo de gato.

No tenía pretensiones de ir a la última moda, se suponía que eran una broma. La clase de gafas que tienes a mano en caso de emergencias o como un accesorio divertido para hacer la gracia durante alguna cena. Pero, como Dios tiene un sentido del humor muy retorcido, la noche anterior me había sentado sobre mis gafas habituales y mi pedido de lentillas no había llegado a tiempo para la despedida de soltera de Cassie. Por eso, había tomado la insensata decisión de salir esa noche sin llevar siquiera las gafas puestas. El mundo se volvió a enfocar cuando me las coloqué sobre la nariz.

—¿Qué diablos acaba de pasar?

El hombre de la voz portentosa seguía de pie delante de mí, con la expresión de alguien que acababa de pillar a un intruso intentando llevarse la cubertería de plata. No supe descifrar si estaba enfadado conmigo o con el camarero.

—¿Está bien, señorita? —Sus palabras eran corteses, pero su actitud las dotaba de un significado

diferente: en vez de querer saber si me había magullado, parecía estar sugiriendo que me hallaba mal de la cabeza. .

—Este, yo... Bueno...

«Santo cielo, Katie», pensé. «Espabila, tú puedes. Eres capaz de armar frases completas y con sentido».

Aun así, las palabras no me salían con facilidad. En un vano intento de despejar mi mente, me volví hacia el camarero, cuya camisa blanca se había teñido de color amarillo pálido, y luego miré de nuevo al otro hombre que estaba frente a mí. Él era... Maldición. Era todo.

Alto y de hombros anchos, llevaba una pulcra camisa negra que se adaptaba a su torso esbelto de una forma muy apetecible. En su cara se mezclaban tanto facciones suaves como duras, que le otorgaban una apariencia de estar esculpida en mármol y luego pulida hasta la perfección, y sus ojos eran, sencillamente, encantadores.

«Céntrate, por lo que más quieras», ordenó mi voz interior. «Ya sé que ha pasado mucho tiempo, ¡pero este no es el momento ni el lugar!».

—¿Hola, hola? ¿Puede oírme? —insistió el hombre, agitando la mano delante de mis ojos—. ¿Qué es lo que ha pasado, exactamente?

—Lo siento mucho —repetí, corriendo junto al camarero para comprobar cómo estaba. Era lo menos que podía hacer—. Estoy bien, de verdad que sí. Pero usted...

—Estoy bien, señorita—. El camarero me apartó de la forma más cortés posible, con la mirada puesta en la alfombra de cristales rotos que cubría el suelo de la discoteca, y cerró los ojos. A mí me estaba yendo fatal, pero su noche no parecía ir mucho mejor. Y todo por mi culpa.

—Ocúpate de esto, Fernando —le indicó el hombre misterioso.

Un pequeño batallón de camareros surgió de la nada tras un rápido chasquido de sus dedos. Moviéndose como una máquina bien engrasada, el grupo acordonó el desastre y comenzó a recoger los cristales y fregar el suelo, trabajando a toda velocidad mientras la fiesta continuaba sin pausa a nuestro alrededor. Me resultó odioso.

Había ido allí a pasarlo bien, no a complicarles la vida a los demás. Y esa discoteca, Dios, esa discoteca no era lo que esperaba. Para nada. Al estar situada en el ático de uno de los rascacielos más altos de Miami, esperaba que el ambiente del sitio fuera más del estilo típico de la ciudad, con luces de neón, palmeras y demás. Me había sorprendido mucho cuando entré y me topé con una escena que ejemplificaba la elegancia en su máxima expresión. El interior estaba decorado en tonos azul marino, con bancos bajos de cuero rodeando la pista de baile; las paredes estaban pintadas de color negro azulado y, en lo alto, unas arañas de cristal centelleaban como gotas de lluvia. El conjunto creaba la impresión de que Bloom era un club muy pijo y al que solo se ingresaba si eras miembro. Todo resultaba suntuoso, cómodo y opulento en extremo, y a mí eso me hacía sentir fuera de lugar.

—Me siento fatal, en serio. Puedo pagar por el inconveniente.

—En absoluto —me interrumpió el hombre, al que di por una especie de director de sala—. Ha sido un accidente y... —me miró estrechando los ojos y su expresión pasó de enfadada a

sorprendida.Me miraba a los ojos con una intensidad suficiente como para partirme el alma, y sentí que me acaloraba sin remedio hasta que me di cuenta de que solo era por mis gafas—.¿Qué se supone que es esto?

Ay, ese tono. Podía tolerar un poco su mala educación, pero esto ya era demasiado.

—Gafas —contesté, resaltando la palabra con tono afilado—. Ya sabe, para ver.

—¿Y le funcionan? —replicó levantando una ceja. Sus ojos parecían soltar rayos láser, casi podía sentir cómo la montura de plástico de las gafas se derretía sobre mi cara.

De acuerdo, había algo que sí entendía. En lo que respectaba a discotecas, Bloom era el no va más del entretenimiento nocturno en Miami. Era imposible entrar salvo que estuvieras forrado o tuvieras el aspecto de una estrella de cine. Yo, desde luego, no estaba forrada, y me figuraba que aquellas gafas no cuadraban del todo con el estilo de Hollywood, pero ni en broma iba a aguantar que me juzgaran de tal modo por mi aspecto, a pesar de que no estaba demasiado orgullosa de él.

—Quizá unas gafas más prácticas le habrían ido mejor —continuó él, con la vista puesta en las escaleras que casi habían acabado conmigo—. ¿Cómo es que no las ha visto? No son difíciles de ubicar.

—No llevaba gafas —admití—. Está claro que debería habérmelas puesto, porque si... yo...

—Ah, así que no son para ver —dijo él—. Solo funcionan en retrospectiva, ¿no? Ya entiendo —se apretó el puente de la nariz y cerró los ojos un momento, como si tratara de contenerse para no destrozarme con más juegos de palabras inconducentes—. Supongo que no puedo culparla por no querer ponérselas.

Apretó los labios y un brillo divertido iluminó sus ojos. Estaba claro que, fuera quien fuera, a este tío le costaba mantener la profesionalidad en ese momento. Se había dado cuenta de que yo no encajaba ahí y se estaba divirtiendo a mi costa y, aun así, por mucho que me irritara, no era capaz de encontrar las palabras apropiadas con las que replicarle. Tenía la mente obnubilada por su mandíbula de simetría perfecta y con esos labios, que daban tantas ganas de besarlos. Ese hombre era, sin duda, una cruel broma del destino. Su actitud era tan cáustica que podía arrancar la pintura de las paredes, pero estaba oculta en un envoltorio tan espectacular que hubiese sido preciso que llevara un letrero de advertencia.

—Mire, no se preocupe, la próxima vez, solo... ¡Oh, vaya!

Su mirada recorrió mi cara y luego descendió hasta mi cuerpo y, de inmediato, fui consciente de la forma en que el vestido se me pegaba a las curvas. No recordaba que fuera tan ajustado ni que se hubiera mojado al punto de incomodarme.

—Oh, mierda —murmuré tocando la tela empapada del vestido estropeado por completo—. Estoy toda...

—¿Húmeda? —sugirió el hombre, y por sus labios se extendió una sonrisa de superioridad que había contenido hasta ahora. Hizo una pausa breve mientras intentaba borrar la sonrisa, que le daba un aspecto estúpido a su cara, y después continuó—: Le pido disculpas por todo esto, señorita, en serio. Tenemos una asistente maravillosa en el tocador de señoras que dispone de un armario lleno de ropa limpia para que pueda cambiarse a gusto. Ella le ayudará a arreglarse para

el resto de la noche. Por supuesto que yo me haré cargo de todos sus gastos, así como de reemplazar su... —dejó la frase en el aire, pues intentaba averiguar la marca de mi vestido y fracasó en el intento—. Bueno, eso.

—¡A mi vestido no le pasa nada! —Tiré de la tela húmeda para separarla de mi cuerpo. El movimiento hizo que el vestido se pegara a mi trasero y revelara unos cuantos centímetros más de pierna. Noté que un calor incómodo se extendía por mis mejillas e intenté tirar de la prenda hacia abajo.

—No he dicho que le pasara nada. —Volvió a apretar los labios, como si estuviera intentando contener la risa, y obligó a su mirada a subir desde mi escote a mi cara—. Es solo que parece estar...

—Húmedo, ya lo sé.

—Por favor —insistió en un esfuerzo por mantener el tono profesional—, vamos a...

Bueno, ya era suficiente..

—No es necesario. Puedo pagar por mí misma, y también puedo ocuparme de esto. Eché los hombros hacia atrás y enderecé la espalda. Parecía un pez mojado al que un gato callejero había arrastrado, y las gafas ridículas desde luego que no ayudaban en nada, pero quise aferrarme a la poca dignidad que todavía tenía. Fuera quien fuera aquel idiota condescendiente, no necesitaba de su ayuda inservible ni tampoco quería deberle nada. Me daba igual que, en cuanto a atractivo, él fuera para mí tan peligroso como una bomba nuclear—. Además, no creo que me vaya a quedar mucho rato.

—Deje al menos que la ayude a encontrar a su grupo —propuso él, y me di cuenta de que elegía con cuidado sus palabras—: O a su pareja, en su caso.

—No tengo pareja. —La frase brotó de mis labios antes de que mi consciencia pudiera contenerla.

—¿Ah, no? —la sonrisa de superioridad volvió a aparecer—. ¿Y supongo que tampoco busca encontrar una? A ver, no quiero volver a sacar a relucir el tema de las gafas, pero...

—Escúcheme, señor «Vista Perfecta» —estallé—. No todos tenemos la suerte de ver bien y yo, desde luego, ni quiero ni necesito una pareja. Ni siquiera aunque...

«Ni siquiera aunque esa pareja fueras tú», estuve a punto de decir.

—¿Ni siquiera aunque? —me instó, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos estaban clavados en los míos y casi podía sentir que intentaba leerme la mente. La actitud del muy capullo comenzaba a afectarme, me alteraba las ideas y disfrutaba de cada una de mis reacciones.

—¡No tengo por qué darle explicaciones!

—Por supuesto que no. Pensé que iba a decir que... —dejó la frase a medias y, aunque me di cuenta de que lo hacía a propósito, no me pude contener.

—¿Que qué?

Él se encogió de hombros.

—No tengo por qué darle explicaciones.

Quise estrangularle, pero, en lugar de eso, di dos pasos hacia él. El primero lo di muy enfadada, pero el segundo fue distinto.

—No tengo ni idea de por qué cree que tiene derecho a ser tan... —Apreté los dientes y, al no encontrar las palabras adecuadas, solo pude agitar la mano hacia él con irritación.

—¿Alto? —Ahora era él quien daba un paso hacia mí. Vaya, sí que era muy alto—. ¿Encantador?

—¡Molesto! —le solté—. ¡Y nada profesional!

Eso le dolió.

—¿No soy profesional? —Su boca se convirtió en una delgada línea y el rastro de una sombra oscureció sus facciones—. Me han llamado muchas cosas, pero nunca eso.

—¡Nada profesional! —repetí, sabiendo que había encontrado su punto débil—. Ya me ha oído. Su comportamiento no es profesional y no me está ayudando lo más mínimo. ¡Yo solo quiero encontrar a mis amigos, hacer mi parte y marcharme a casa! —Agité la mano hacia la elegante pista de baile que era un caos—. Esto no es para mí. Yo lo sé y usted también lo sabe, así que, por favor, ¿podemos terminar de una vez con todo esto?

—Muy bien —dijo, con tono neutro y profesional. Por alguna razón, eso me decepcionó—. ¿Puede decirme a quién está buscando?

—He venido a la despedida de soltera de Cassandra Thorn.

—¿Cassandra Thorn? —dijo él pestañeando—. ¿Quiere decir Cassie?

—Sí, Cassie —repetí—. Es mi hermana. Espere, ¿cómo sabe su nombre?

Y ese fue el momento en que mi hermana eligió hacer su aparición, invocada, al parecer, por la simple mención de su nombre. Envuelta en un torbellino de volantes blancos y un tocado de tul, se estrelló contra mí, rodeándome en un abrazo achispado.

—¡KATIE! —me gritó al oído, con un aliento que contenía el tequila suficiente como para embriagarme a mí también—. ¡Puaj, estás empapada! ¿Qué te ha pasado?

Cassie me miró a mí, después miró a mi némesis y, abriendo mucho los ojos con sorpresa, se echó a reír.

—¿James? ¿Qué está pasando? ¿Por qué estáis los dos empapados? No sabía que os conocíais.

—No nos conocemos —protestamos James y yo a la vez.

—Antes no —corrigió Cassie, con los ojos brillantes mientras seguía riendo—. Pero ahora ya os conocéis.

**Obtén tu ejemplar de *Un jefe insoportable* a  
[www.LeslieNorthBooks.com](http://www.LeslieNorthBooks.com)**